

J MARIÑO

LAS CRÓNICAS DEL BIEN Y DEL MAL

LIBRO III
LA HORA DEL FENIX



Colección Otros Mundos

Ediciones P.G.

Las Crónicas del Bien y del Mal

Libro III
LA HORA DEL FÉNIX

J Mariño



Ediciones PG
Colección Otros Mundos

Primera edición - Diciembre 2018

© 2018 José Mariño

© 2018 de la presente edición en castellano para todo el mundo

EDICIONES PG Calvario, 26 -18140 LA ZUBIA-GRANADA

Tf.: + 34 958 177 948

www.punica.es - info@punica.es

Foto de Portada: © Nekro

Diseño de cubierta: © 2018. Juan Carlos Rodríguez Torres

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN digital : 978-84-949302-7-0

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO I. Día de perros

Casco viejo de Bangkok. 21 de marzo de 2006, 11:30 p. m.

CAPÍTULO II. La Sombra

Línea 1 del metro de Madrid

CAPÍTULO III. Keletxian

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

CAPÍTULO IV. En jaque

Cala Conta (Ibiza, Baleares, España). 21 de marzo de 2006

CAPÍTULO V. Tenemos que hablar

Cala Conta (Ibiza, Baleares, España)

CAPÍTULO VI. El Príncipe del viento

Sede de la casa de Licos (Montecarlo)

CAPÍTULO VII. Ya voy

Sede del Fénix (Palermo, Sicilia)

CAPÍTULO VIII. Más allá del espejo

Sede de los hijos de Licos. Montecarlo, 2006

CAPÍTULO IX. Sheitz ha Bennú

Mar de Dunas, cerca de Siwa. Desierto de Egipto, 531 a. C.

CAPÍTULO X. Punto de ruptura

Afuera de Palermo (Sicilia). Sede de los hijos del Fénix

CAPÍTULO XI. Plumas de fuego

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

CAPÍTULO XII. Visita de cortesía

Afuera de Gijón (Asturias, España). Sede de los hijos de Bunne

Afuera de Gijón (Asturias). Año 2 a. C.

CAPÍTULO XIII. Sin cobertura

Afuera de Palermo (Sicilia). Sede de los hijos del Fénix

CAPÍTULO XIV. En el ojo del huracán

Sede de los hijos de Licos (Montecarlo)

Mediterráneo (mar abierto). Quince minutos antes

CAPÍTULO XV. Nada que decir

Sede del Fénix (Palermo, Sicilia)

CAPÍTULO XVI. Paraíso

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

CAPÍTULO XVII. Silencio

Palermo (Sicilia). Sede de los hijos del Fénix

CAPÍTULO XVIII. Por la sangre de un dios

Hospital General de San Antonio (Ibiza, España)

CAPÍTULO XIX. Sorpresa

Islote de Kium-Zu (Mar de China)

CAPÍTULO XX. Bajo los puños del Tuerto

Sede de los hijos de Licos (Montecarlo)

CAPÍTULO XXI. Noche de paz

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

CAPÍTULO XXII. Seguro

Tokio (Japón)

CAPÍTULO XXIII. Bombones y rosas.

Piso franco de Tarik Filadelfia (EE. UU.)

CAPÍTULO XXIV. Karma

Isla de Encuentro. Templo de los Eones

CAPÍTULO XXV. Promesas

Ciudad de Oro de Tollan (Amazonas). Segunda guerra tolteca, año 1240 d. C.

Templo de los eones, 2006

CAPÍTULO XXVI. De padres a hijos

Tokio, casa de Azuma Joyko, 2006

Ciudad de Oro de Tollan (Amazonas)

CAPÍTULO XXVII. Despierto

En algún lugar del desierto de Egipto

CAPÍTULO XXVIII. Más promesas

Casa de Tanis, Sur de Hungría

CAPÍTULO XXIX. Haciendo amigos

Nave de transporte Arcón (flota del Atlántico). Aguas internacionales

CAPÍTULO XXX. La Madre

Ciudad Sagrada de Tollan (Amazonas)

CAPÍTULO XXXI. Panteras y lobos

Nave de transporte Arcón (flota del Atlántico). Aguas internacionales

CAPÍTULO XXXII. La hora del Fénix

Estratosfera. Sobre el sur de América, 2006

CAPÍTULO XXXIII. La batalla de Tollan

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas) 2006

Tollan.

Interior de la selva.

Tollan: Piramide central.

Tollan: Sierra de Zarhan.

Tollan: Sendero de los tres lagos.

Tollan: Las minas.

Tollan: Escalinata de la gran piramide.

Tollan: Las minas.

Tollan: Sierra de Zarhan.

Tollan: Santuario.

CAPÍTULO XXXIV. Vivir para ver

Finca de Mellias (Palermo, Sicilia). Una semana después de la batalla de Tollan

CAPÍTULO XXXV. A sangre fría.

Misiva de Star colgada en Megacrip.com tres semanas después de la batalla de Tollan

CAPÍTULO XXXVI. Fin... de la partida

AGRADECIMIENTOS

Dedicado a mi tío Manuel y a mi madre, Isabel
Vuestro pedacito de eternidad...

Qué soy, me preguntas.
Soy un nombre, solo un hombre.
Un pedazo de eternidad en el infinito,
una brizna de hierba en el campo,
una mota de polvo en el desierto.
Un hombre, solo un nombre.
Mas mi secreto es tal
que cuando el sol cubre de fuego el mundo en el que vives
en las alas de las nubes verás escrito mi nombre.
Un nombre, solo un hombre.
Un pedazo de eternidad en el infinito...

Qué soy, me preguntas.
No soy más que el furor de la justicia.
No soy más que el pecado que lamentas.
No soy más que el garante de tus firmas.
Y el que paga todo el precio de tus deudas.
Soy quien te ha enseñado a llorar
en las noches en que el miedo te desquicia.
Soy quien te ha enseñado a pagar
todo aquello que ha robado tu avaricia.
Qué soy, me preguntas.
Soy el que enseña con dolor.
Yo... soy la justicia.

Qué soy, me preguntas.
¿No lo puedes comprender?
Me criaste entre las sombras
y me diste de comer.
Me educaste con las sobras
del «no pudo» y «pudo ser».
Qué soy, me preguntas.
Y tu pregunta es mi ser.

Existo porque me creas,
y porque, aunque no lo desees,
tu voluntad es mi ser...

... llegó la hora del Fénix.

PRÓLOGO

He visto nacer constelaciones enteras, he sentido el cálido aliento del Creador y el frío de la oscuridad más absoluta.

He visto cómo una madre mata a la muerte cuando suspira en el rostro de su hijo recién nacido, para limpiar luego sus pecados con lágrimas durante toda su vida.

He visto a hombres matar y morir por orgullo..., sentir el abrazo de la nada en un susurro sin nada que entregar al Creador a su partida.

No hay nada en el mundo de los vivos que no conozca y, a la vez, no hay nada en él que me resulte cercano, conocido o cálido.

Cada vez que toco el mundo, retiro la mano escaldado ante el dolor que lo alimenta.

Para vosotros, es el día a día. Nacéis condenados a muerte. Cada segundo de vuestra existencia os conduce al final. Cada palabra, cada gesto, cada segundo perdido esconde la factura de vuestros actos, y pagáis... Cada día pagáis con el sufrimiento de querer y no poder. Y al final, cuando la muerte os pasa la factura, tembláis como niños y pagáis la deuda que vosotros mismos os habéis impuesto por vuestros actos. El dolor que por ignorancia habéis sembrado cae sobre vosotros como la firme sentencia de un dios colérico.

Mientras, él, el Creador, tan solo os observa. Coloca ante vosotros las piezas del puzle, las letras que componen la factura, y entonces, solo entonces, os decís mientras os sujetáis con vehemencia las sienes: «¿Qué he hecho?! ¿Por qué? Yo no lo sabía...».

Y por vosotros, por estas criaturas que describo, codiciosas, volubles, embusteras y cobardes... yo me sacrifico. Porque, en vuestro interior, la llama del Creador arde con más fuerza que en mi ser. Porque, a pesar de todo... él os ama. Y es por esta razón que yo y mis hermanos también lo hacemos, como fragmentos inconexos de una única consciencia.

Ahora, el juego se desmorona. El trabajo que tanto Tronos como Potestades hemos llevado a cabo desde vuestra creación está en peligro. Las normas se rompen, y el caos renace desde el centro mismo del orden extendiéndose como

las ondas en un estanque tranquilo. Lo que antes se consideró inamovible ahora se mueve. Lo que antes se consideraba imposible ahora... es real.

Hell, un Trono de la Alianza, asalta el mundo rompiendo las normas de Licos, intentando forzar a sus hermanos a la expulsión.

Yo, una Potestad, intento proteger a la orgullosa Alianza trasgrediendo sus propias normas. Una vez más, Tronos y Potestades se enfrentan, pero cambiadas de sitio: la reina blanca juega en negras, y la negra en blancas. Es el despropósito de un mundo loco que, tal vez, ha llegado a influir en los dioses hasta hacerles perder... la partida.

CAPÍTULO I

Día de perros

Casco viejo de Bangkok
21 de marzo de 2006, 11:30 p. m.

Cuando un hombre se rebaja tanto como para matar por unos buenos zapatos y un reloj, es que las cosas se han torcido en su interior. Pero cuando empuja a un chiquillo a hacerlo por la mitad...

Lee sopesaba la vida de aquel anciano mientras en su interior el opio pugnaba con la energía de Shen, que intentaba, en vano, devolverle la cordura. Sabía que estaba drogado, y por eso mismo aquel hombre aún tenía una posibilidad de salir de aquel antro con los zapatos de Lee y con lo poco que le restaba de vida natural.

No se había ganado el apodo de «Maestro» por tomar decisiones a la ligera, así que tan solo soltó el pelo del anciano y dio un paso atrás mientras el viejo caía de rodillas con la mano izquierda en el pecho.

—¿Te duele el corazón? —preguntó Lee con sorna mientras intentaba mantener la vista centrada—. Me extraña... Seguramente lo tienes podrido desde hace más años que yo.

Casi sin saber por qué, se echó a reír. El corazón de Lee llevaba muerto más de tres mil años, pero latía, latía al son de Shen, devolviendo la vida a un cuerpo incapaz de sentir nada más allá del calor del aguardiente o del dolor por la muerte de un amigo..., de un hermano. Ryu habría apaleado a aquel monstruo hasta la muerte, y de la misma forma sabía que él le habría amonestado por ello.

Negó con la cabeza y se agarró las sienes. ¿Acaso se estaba volviendo loco? ¿Era eso? ¿Por fin la cordura le había abandonado? Pero ¿por qué en ese momento y no cuando vio cómo el Ejército Rojo saqueaba el Potala? ¿Por qué no la perdió cuando tuvo que permitir, impotente, que un soldado ruso matara a patadas a la última descendiente de su familia?... ¿Por Ryu?... ¿Había perdido el juicio... por Ryu?

Volvió a echarse a reír. En mil ocasiones le había dicho al Blanco que terminaría por hacerle perder el juicio: «Conseguirás volverme loco». A lo que Ryu siempre respondía de la misma forma: «Pues no te vendría mal, niñato».

Una vez más, abrió los ojos, y el anciano había desaparecido. «Bueno —pensó—, está claro que ha llegado a viejo por algo...». Se pensó unos segundos si merecía la pena hacer algo más, y llegó a la conclusión de que con ese susto las cosas cambiarían por allí, sobre todo si saltaba por el sendero dejando aquel edificio un tanto maltrecho. Esbozó la misma sonrisilla traviesa que le habría dedicado a Ryu de estar su alma presente y se dispuso a saltar con un poco de «energía extra».

Pero no pudo saltar; alguien bloqueaba el sendero. Aturdido, Lee cerró de nuevo los ojos y extendió sus sentidos en todas direcciones. Fue como si el espacio circundante se cargase de la humedad de Shen. La gente se detenía al sentir el frescor en el aire y se relajaba contemplando los escaparates o fingiendo que buscaba algo en los bolsillos, mientras Lee intentaba comprender de dónde procedía esa energía, esa fuerza limpia, suave y sutil que parecía envolverlo todo. Por desgracia, el sondeo duró tan solo unos segundos, y la gente volvió de nuevo a sumergirse en su mundo de perros que ladraban y niños que corrían, de los gritos de protesta de los peatones ante el intenso tráfico, del «vendedor» que no pregona lo que vende y del cliente que no levanta la vista del suelo mientras desliza el dinero entre los dedos sin saber por qué compra su muerte a plazos.

Lee estaba rodeado. Pudo contar dos torres, tres alfiles, seis caballeros y más de una docena de peones, todos de tierra menos uno.

Se quedó paralizado. En su interior, la droga reclamaba su sitio, y sus pensamientos conscientes luchaban por activar todas las alarmas. No se reunía un grupo así para pedir ayuda, no se reunía un grupo así para jugar a las cartas... ¡Venían a por él! Giró el rostro, impresionado.

—¡Por el sagrado culo de Dios! —citó drogado, intentando recordar, entre su neblina de pensamientos, de qué puñetero libro de todo el maldito mundo se había sacado esa cita. Le resultaba tan «sagradamente obscena» que se dobló por la mitad de risa. Seguramente, aquellos que le estaban observando a través de las paredes, todos aquellos con menos de tres milenios (o sea, la mayoría) estarían tragando saliva mientras pensaban que aquellas risas se debían a una sutil y prometedora amenaza.

¡Le habían lanzado más condenados encima que al guardián de la Alianza! En cierto modo, eso le hizo inspirar con orgullo.

«El apodo de «el Maestro» acojona lo suyo», se dijo. Al parecer, se acercaba la hora de pagar la factura por ese mote.

Analizó a todo el grupo. «Serán muchos, pero todos tontos», pensó aún soñando cómo sus auras de colores bailaban entre las sombras. Todos de tierra menos ¿uno? Se basaban en pelear contra él con su opuesto. ¿Y solo confiaban en uno de ellos para compensar las probabilidades? Todo el mundo sabía qué elementos dominaba Lee, y la tierra era uno de ellos. O eran rematadamente tontos, o el que estaba a punto de reclamar toda su atención era tan fuerte como Scyros y tan inteligente como el pato Donald. No pudo evitar volverse a reír, en esta ocasión sin doblarse. No podía resultar tan prepotente. ¿O sí? Las drogas no le dejaban pensar con claridad. Se golpeó la frente con el canto de la mano y se obligó a abrir los ojos de nuevo.

No estaba en condiciones para pelear como le gustaría. Si aquellos desgraciados le mataban, su «impecable» recuerdo se iba a quedar en poco más que un cuerpo muerto, y para colmo pequeñito. Volvió a reírse e intentó no doblarse por la cintura de nuevo, pero no lo consiguió.

Afuera, los condenados que se acercaban frenaban el ritmo y se miraban entre ellos, confundidos. Apretaban las armas y fruncían el ceño intentando dejar claro ante los demás que aquello no podía ser más que un alarde ridículo, ¿no?

Lee consiguió rehacerse gracias a su autocontrol y a más de tres milenios de experiencia en taichi. Pero no le duró mucho y terminó doblándose una vez más, maldiciendo al opio con cada carcajada que se le escapaba. Ni siquiera dejó de reírse cuando el primero de aquellos locos dobló la esquina y empezó a disparar.

Fueron milésimas de segundo llenas de incertidumbre mientras las entrañas de Lee se tensaban ante el inminente combate y su mente se escondía entre luces de colores y pensamientos sin sentido. Aun así, el Dragón se despertaba, y los causantes estaban a punto de sentir su aliento en la nuca.

Pasó de cero a cien en un parpadeo, en un instante eléctrico y fugaz. El primero en su línea de paso hacia su estúpido objetivo tan solo recibió un puñetazo en el pecho. No hizo falta más para romperle dos costillas en la caja del corazón, la descarga se lo reventó como si de un globo de feria se tratase. Estaba fuera de juego para toda la noche y, antes de que aquel desdichado tocara el suelo, Lee ya le estaba rompiendo el cuello al siguiente; después,

fractura de columna a otros dos; traumatismo múltiple craneal al de después, y así, sin prisas, hasta llegar ante la torre de agua que destacaba del resto.

El «pato Donald» le esperaba como quien espera la llegada puntual de un tren nocturno con la certeza absoluta del que sabe que llegará puntual.

Lee lo hizo, tal vez uno o dos segundos, una o dos paredes y uno o dos idiotas más tarde de lo esperado, pero entró en aquel callejón como una marea, deseando conocer al «pato Donald». Por desgracia, lo que encontró no fue a un idiota... Fue a un loco.

Todos los condenados que habían intentado darle caza y seguían en pie se detuvieron como si supiesen que aquel tren había llegado a su destino y no seguiría avanzando.

Lee aminoró el ritmo hasta ponerse delante de su «viejo amigo» y le dedicó una mueca de desprecio tan oriental como el arroz.

—Debería haber imaginado que tenías que venir tú. Ningún otro animal aprieta tanto los dientes cuando muere.

Se llamaba Zelt-Zia, un condenado más, un muerto endeudado. Como él. Primogénito de Asmoday, una de las pocas Potestades a las que se les podía llamar «demonio» sin excederse. Agresivo, territorial y extremadamente peligroso.

Zelt era chino, como él. Era tan joven y a la vez tan viejo como él. Y, además, eran tan opuestos como el cielo y el infierno. Era imposible encontrar una sola cosa idéntica en ellos, ni en la forma de sus ojos ni en el blanco de estos.

Zelt vestía un traje europeo negro adornado con una corbata amarilla. Llevaba el pelo recortado como un seto y pintado de un verde tan ridículo que parecía césped. La droga casi le arranca otra carcajada a Lee de tan solo mirarle. Pero la ira tenía tanta fuerza en su interior que la risa murió en su seno, dejando aquel semblante de desprecio en su sitio.

Zelt había estado presente en casi todas las desgracias que había vivido Lee hasta tal punto que el día en que murió Ryu se había sorprendido a sí mismo buscando a ese cabrón entre los restos del accidente. Se sorprendió tanto de no verle allí como lo habría estado de no ver al sol salir por la mañana.

—La veda del Dragón está abierta y... ya sabes —respondió Zelt—, estoy deseando ver tu cabeza en mi salón.

Aquello, por desgracia, no era una frase hecha. Ese hijo de puta conservaba las cabezas de sus enemigos en el salón de su casa en Filipinas colgadas de la

pared como testigos mudos de su locura. Le dedicó una sonrisa fingida que intentaba cubrir su expresión de ansiedad, sin conseguirlo. Parecía que estaba deseando atacar en cada sílaba, como un perro furioso tensando la correa.

Zelt no era tan poderoso como Lee, eso era tan obvio como la oscuridad que rodeaba el callejón y a la vez tan claro como la luz de la única farola que funcionaba. Se había traído la ayuda de al menos dos Potestades más, y la otra torre significaría la vida o la muerte de Lee, así que dio un vistazo alrededor buscándola, pero se estaba escondiendo en las sombras.

—Me pregunto a quién te has traído de caza —preguntó Lee aun sabiendo que Zelt nunca sería tan idiota para caer en esa trampa. Si la otra torre no estaba dando la cara era porque atacaría sucio y en el peor momento.

—Y yo me pregunto si me has echado de menos —respondió Zelt sin apartar los ojos de Lee, tan atento como una cobra. Incluso parecía oscilar suavemente como una de ellas—. Dicen que ahora que te has quedado solito me nombras en sueños. —Dedicó a Lee una sonrisa macabra antes de proseguir—. No te preocupes, en cuanto tenga tu cabeza en el salón iré a buscar la de Ryu para que te haga compañía eternamente.

Solo de imaginar la situación se tensó algo muy dentro de Lee.

Pasaron dos segundos. Tal vez fuesen tres, y entonces la cobra intentó morder, y en aquel instante se terminó la cordura. Comenzaron a llegar balas desde la parte de atrás del callejón mientras Lee y Zelt las esquivaban por igual, concediéndoles la relevancia justa, muy por debajo del valor habitual de una bala.

Los puños, los pies y la energía danzaban con maestría entre ellas, como si se tratase de una coreografía estudiada, la secuencia de una película de acción caótica. Hasta que una de aquellas balas rozó el hombro de Zelt, su velocidad sufrió un pequeño retraso y Lee no perdió la ocasión; terminó empotrándolo contra una de las paredes, lanzando trozos de ladrillo al aire en medio de una explosión silenciosa.

Lee se giró hacia la entrada del callejón. Había que reducir el número de atacantes, así que cargó el agua con tal fuerza que las tuberías de los edificios cercanos reventaron y el aire se llenó del agua de los circuitos de calefacción y de los aparatos de aire acondicionado.

Se creó una enorme nube sobre el callejón, salpicado aquí y allí con trozos de ladrillo y de cemento. Tensó el elemento en el aire, levantó el puño y el agua

siguió sus movimientos hasta quedar suspendida sobre las cabezas de sus enemigos a más de veinte metros de altura, lo mantuvo firme un segundo y el agua se detuvo, mientras el polvo y las piedras seguían su camino hasta el suelo.

Quebró aquel segundo de silencio con un suspiro, cerró los ojos y bajó el puño con violencia.

El agua se comprimió en el aire y cada gota se convirtió en un punzón de hielo duro y afilado como una navaja. Los lanzó hacia al suelo con toda la tensión elemental en tres kilómetros a la redonda. Ryu llamaba a ese ataque «granizo infernal», un nombre acertado, aunque algo dramático a juicio de Lee, y que surgió de forma sencilla una tarde lluviosa cuando Lee obligó a su pupilo a mantenerse a la intemperie hasta que consiguiese evitar que le cayera una sola gota de lluvia encima. ¿Qué decir? Ryu no destacaba por su paciencia, así que no solo lo consiguió, además se le ocurrió que podría hacer algo interesante con el agua que mantenía sobre su cabeza: peló todo el jardín, mató algunas de las plantas más hermosas del mundo, y Lee lo mandó de un guantazo a buscar sirenas.

Los novatos no lo vieron venir y cayeron como moscas atrapadas en un tornado. La mayoría perdieron la consciencia con un millar de proyectiles atravesando sus cuerpos. Los más veteranos consiguieron cubrirse con aire o endurecerse con la piel de piedra, perdiendo la tensión elemental y dejando ambos elementos a merced de Lee, que ya tenía ese ataque más visto que su rostro en el espejo.

Ahora tenía el agua, la tierra y el viento en su poder, mientras el Dragón ganaba fuerza con cada gota de agua.

Ellos habían perdido la superioridad numérica, al menos la aplastante, dejando tan solo a dos torres, tres alfiles y un caballero ante los dientes del Dragón. «La cosa se empieza a equilibrar», pensó Lee mientras se hacía la cuenta de cabeza rezando para que no hubiese víctimas «civiles» entre los condenados.

—No vas a dejarte matar, ¿verdad? —dijo Zelt mientras se recuperaba del golpe que casi lo había dejado inconsciente, pero solo casi...

Y en cierto modo lo agradecía. Ese nudo en el estómago que le estaba haciendo la vida imposible desde la muerte de Ryu parecía reaccionar de alguna forma positiva con cada golpe que le había sacudido a Zelt, así que la ansiedad le empujaba a seguir dándole de palos un rato más.

Pero antes de que materializase el deseo de atacarle, una carga de fuego le llegó por la espalda, tan firme y contundente que le quemó la chaqueta lanzándole contra el fondo del callejón. Consiguió equilibrarse y protegerse con viento, aunque eso solo consiguió avivar un poco las llamas que envolvían su chaqueta. Se le quemó algo de pelo y parte de la cara, pero consiguió arrancarse la ropa antes de que la cosa se pusiese fea, y el Dragón, tan cargado de energía como estaba, reparó las quemaduras al mismo ritmo en que aparecían.

«¡Joder, odio esto! Parece sacado de una película de Bruce Lee», pensó entre el efecto de las drogas y la consciencia del combate. Aun así, no pudo evitar que su mente nublada le trajese algún recuerdo de Bruce Lee quitándose la camiseta, y le sacaba de quicio, no porque no admirase su trabajo, siempre le gustó aquel chaval, pero no lo sentía como un referente o un ejemplo ni de la cultura china ni de la disciplina del kung-fu. No le restaba valor al jeet kune do (la nueva escuela que fundó Bruce), pero le veía lagunas técnicas que, a juicio de Ta-Mo Shei, resultaban irritantes.

Tardó demasiado en salir de sus pensamientos, y mucho más si se tenía en cuenta la habilidad de sus contrincantes. Le llovieron unas cuantas cargas de energía y tuvo que apurar cada milésima de segundo para esquivar algunas balas. Por desgracia, no pudo esquivarlas todas y pagó el despiste alojando dos proyectiles en el pecho y uno en el estómago.

Sintió cómo el dolor le terminaba de espabilar. El tiempo había convertido los músculos de Lee en algo más parecido a la goma de un neumático que a la carne natural de un adolescente. Y, si bien sonreír le costaba más trabajo que partir ladrillos, en una situación como esa no dejaba de tener ciertas ventajas. Apretó los músculos del pecho y las balas salieron de él como si nada, dejando a sus rivales aún más desconcertados. Incluso pudo ver cómo uno de los alfiles de la entrada del callejón tiraba el rifle al suelo maldiciendo en ¿alemán? Volvió a soltar un par de carcajadas que, dada la situación, no sonaron prepotentes, y dos de los alfiles dieron un paso atrás y saltaron al sendero.

Verlos saltar planteó a Lee una nueva duda: ¿quién bloqueaba el sendero? Hacía falta una voluntad de hierro o un don poco común para sitiar a una torre. Zelt no tenía ni una cosa ni la otra, así que tenía que ser su aliado.

—Bueno... —dijo Lee mientras rastreaba en todas direcciones. Ya solo quedaban dos torres y un caballero que permanecía acobardado a la entrada del callejón. No hacía falta ser muy observador para comprender que si no había

saltado al sendero ya era porque la otra torre que se ocultaba sería el primogénito de su familia. Podía sentirla en los ladrillos y en el asfalto. Una torre de tierra que dominaba el fuego. Un elemento más le diría su opuesto.

Zelt no tenía pupilos. Lo intentó, pero convivir con un psicópata no resultaba «saludable», y la mayoría terminaban decorando la pared del salón.

—¿Vais a matarme ya? —continuó Lee sin borrar el tono de desprecio de su voz—. ¿O vais a salir corriendo?

Zelt dio un par de pasos en su dirección y adoptó de nuevo su posición de combate. Lee tan solo intentó sonreír sin conseguirlo. En cualquier otra situación, habría disfrutado apaleando a ese demente, pero las drogas le aturdían y tenía la permanente sensación de estar a punto de cometer un error grave.

El enorme poder que ostentaba podía convertir aquel combate en una masacre. El «granizo infernal» podría haber causado la muerte a muchos inocentes, y él ni siquiera había dudado en utilizarlo. Se estaba adentrando en un estado de ánimo peligroso y no sabía cómo detenerse sin perder la vida. Por unos segundos, meditó la posibilidad de dejarse matar, pero el Dragón no estaba por la labor; podía sentirlo en su interior, furioso. Estaban intentando sacar del juego a uno de los Tronos fundadores de la Alianza.

Aunque la naturaleza de Shen no contemplaba el odio, sí contemplaba el orgullo. El anillo no reflejaba limitación alguna. El Dragón estaba dejando en sus manos la magnitud de la respuesta a aquel insulto, o tal vez las drogas estaban nublando su sensibilidad, así que Lee se encontraba aún más perdido. ¿Hasta dónde debía llegar? ¿Se conformaría la Alianza con la cabeza de aquellos locos? ¿O tendría que llegar más lejos para dejar clara la postura de Shen?

Extendió a fondo sus sentidos intentando dar con la torre que le había atacado por la espalda, pero esta seguía escondiéndose.

—¡Basta de tonterías! —gritó—. Si no vas a dar la cara, me voy a llevar a tu caballero por delante. Después sacaré del juego a este cretino —dijo señalando a Zelt—. Y nos vamos a quedar los dos solos.

En respuesta, el caballero saltó al sendero, y Zelt tragó saliva visiblemente afectado por las circunstancias. Se había quedado sin su pequeño ejército de advenedizos en menos de diez minutos. Se empezaban a escuchar sirenas por todas partes, y Lee tan solo había perdido la camiseta, la chaqueta y los zapatos, y estos últimos ni siquiera los había perdido en el combate.

Zelt tan solo hizo amago de atacar. Lee le enfrentó concentrando su atención en él, y la esquivadora torre de tierra volvió a atacarle por la espalda. En esa ocasión le dio de lleno. Lee perdió el equilibrio y la tensión elemental mientras daba con sus huesos contra la pared del callejón.

«Acorralado —pensó—. Creen que me han acorralado». Zelt saltó hacia él enarbolando una espada corta que parecía haber sacado de la nada. Dio un par de cortes hacia las manos de Lee, pero este los esquivó con maestría y le hizo una llave de muñeca obligándole a soltar la espada, que quedó suspendida en el aire medio segundo antes de que Lee la cogiese para descargar su propio golpe. Ni siquiera lo pensó, tal vez el opio... Tal vez el odio acumulado hacia aquel animal durante milenios... Tal vez el destino, o la sentencia de Shen... El caso es que el corte fue tan limpio que Zelt perdió el brazo sin ni siquiera quejarse. Y la vida se le fue, arrastrando su alma más allá del sendero.

Cuando el cuerpo de Zelt tocó el suelo, Lee fue consciente de lo que había hecho. No sabía qué debería haber sentido. Seguramente debería sentirse feliz; por fin, aquel loco descansaba en paz. Había tentado a la suerte tantas veces que al fin el Dragón se había cobrado la pieza.

Pero no sintió nada, ni siquiera el vacío que aquel enemigo mortal dejaba al desaparecer del juego, ni siquiera la tristeza de saber que casi tres mil años de la historia del mundo morirían con los recuerdos de Zelt. Se vio a sí mismo empuñando la espada que había expulsado a Asmoday del juego, pero no sintió nada, nada.

Un silencio incómodo se extendió por el callejón.

Lee extendió de nuevo sus sentidos mientras se concentraba en sitiar a la torre enemiga. Aquel cobarde, fuese quien fuese, estaba a punto de darse cuenta de que las tornas habían cambiado. Ahora los dos estaban atados al plano físico, uno por la voluntad del otro, así que uno de los dos no saldría de allí con vida.

—Da la cara, cobarde... —susurró mientras las sirenas de la policía se escuchaban más y más cerca—. Se te termina el tiempo.

Sintió la tensión del anillo justo a tiempo para girarse y encarar el fondo del callejón. Tras el cadáver de Zelt, la pared vibró con fuerza, se resquebrajó con violencia y una figura de casi dos metros se abalanzó sobre él. Parecía un enorme golem de ladrillo rojo y cemento. Aquel cobarde había usado los

materiales del edificio para protegerse, creándose una armadura que al mismo tiempo evitaría que tuviera que mostrar su identidad.

Golpeó a Lee con todas sus fuerzas, obligándole a usar el viento para esquivarle. Cuando lo hizo, el desconocido tiró de toda la energía elemental de viento que pudo y la descargó contra Lee, que no pudo hacer nada para detenerle. El impacto fue brutal, y Lee salió volando hacia la entrada del callejón a una velocidad imposible. Impactó contra un coche de policía que acababa de llegar, levantándolo del suelo. El conductor intentó controlar el coche, pero solo consiguió llevarse una boca de riego por delante antes de estrellarse contra el escaparate de una tienda de ropa de segunda mano.

Lee sintió cómo perdía la consciencia. A su alrededor, el mundo daba vueltas mientras los colores se distorsionaban en figuras deformes.

«El aire —pensó—, ha usado el aire». Tierra, fuego y aire... ¿Su opuesto era el agua? ¡Por eso no daba la cara. Había decidido participar en el linchamiento de la torre de agua más fuerte de la Alianza! Y ahora estaba solo ante el Dragón sin Zelt y su pequeño ejército de idiotas. Consiguió levantar la cabeza y mirar al callejón. Allí, su adversario permanecía paralizado. Seguramente rezaba para que Lee perdiese el conocimiento.

Se escuchaban gritos mezclados con las sirenas de la policía. El aire estaba cargado de humedad, mientras la boca de riego escupía una columna de agua de diez metros de altura. El suelo temblaba ligeramente alimentando la energía del desconocido, hasta que ambos fueron conscientes de la verdadera situación.

Lee desvió la mirada hacia el chorro de agua de la boca de riego. El desconocido se giró en redondo y empezó a correr hacia la pared de la que había arrancado la armadura.

—No te vas a escapar, maldito hijo de... —susurró Lee mientras concentraba toda la energía de agua a su alrededor. Se levantó como pudo mientras en su interior la luz azul de Shen se extendía por todo su ser. Consiguió dar los tres pasos que le separaban de la boca de riego y tocó el chorro de agua.

El desconocido se fundió con la pared, como si nunca hubiese existido, y comenzó a trasladarse hacia la parte superior del edificio. Mientras, tras él, el chorro de agua de la boca de riego se deformaba elevándose hacia el cielo, trenzándose sobre sí misma, formando los contornos de una criatura mítica, de un ser imposible sacado de los cuentos de hadas. El Dragón tomó consciencia a través de los ojos cansados de Lee. Al cruzar de plano, Shen se centraba en la

voluntad de su torre sin ser consciente de nada más a su alrededor. Era pura energía alimentada por la ira, el dolor y la voluntad de Lee, que levantó la vista al cielo y después la centró en la estela de su enemigo.

El desconocido se elevaba hacia el tejado del edificio. Su única posibilidad de escapar era salir del rango de visión de Lee lo antes posible. Si conseguía llegar al tejado y saltar por el otro lado, podría proyectarse al sendero y abandonar aquella locura. Había alcanzado la mitad del edificio cuando escuchó rugir al Dragón. Durante una décima de segundo todo su ser se quedó paralizado. Había perdido el aire, y mantenerse en la piedra consumía energía de tierra constantemente, y de fuego andaba justo tras atacar a Lee con él. ¡No tenía ni por asomo energía para detener «eso»! Concentró todos sus esfuerzos en seguir subiendo. Tenía que llegar. ¡Tenía que llegar!

Lee abrió los ojos del Dragón. Estaba a más de quince metros sobre el suelo. Pudo ver su propio cuerpo junto al coche de policía, con los ojos cargados del azul de Shen, mientras a lo lejos las luces de otros coches patrulla se acercaban.

Mezclado con la consciencia de Shen podía ver el tiempo de otra forma, más lento y firme, como si cada cosa estuviese en su sitio; podía sentir la curiosidad de la gente que veía aquella «aparición» desde las ventanas del lupanar y los edificios colindantes; podía sentir la mirada del mocoso asesino desde una de las esquinas del callejón, mientras acariciaba su reloj como si de repente se hubiese transformado en una reliquia sagrada. Estaba rompiendo muchas normas en muy poco tiempo. Debería dejar escapar a aquel cobarde y minimizar el impacto de aquella locura.

Pero, de alguna forma, el dolor de Lee por la muerte de Ryu, el efecto de las drogas, la tensión de la pelea... todo se había mezclado en su interior, y la furia terminó de cegarle.

El Dragón se giró hacia el callejón, dio un rugido brutal y se lanzó zigzagueando contra el edificio del fondo. Impactó en el centro mismo, haciendo temblar la estructura mientras se elevaba devorando la pared, arrancando la vibración de su enemigo de la piedra, el cemento y el metal de las tuberías, como un perro de presa siguiendo el rastro de una liebre. Trepó y trepó ganando distancia a su enemigo, que ascendía quemando toda su energía.

El desconocido alcanzó el tejado del edificio con un último esfuerzo. Salió de la piedra quemando cada átomo de energía hasta tal punto que reapareció completamente desnudo. Había tenido que sacrificar todo lo que llevaba o no

habría podido recuperar la forma humana. No pudo evitar sentir un escalofrío al comprender que había estado a punto de quedar atrapado en la piedra. Instintivamente, se giró hacia atrás, podía escuchar al Dragón devorando la pared del edificio a su espalda. Tropezó cruzando sus propios pies y terminó en el suelo, intentando controlar el pánico que se estaba apoderando de él.

«No puede conseguirlo... —se dijo—. ¡Estoy fuera de su rango de visión!» Pero algo en su interior le decía que sí, que aquella bestia se elevaría sobre el edificio antes de caer sobre él y despedazarle. Y como si su imaginación se hubiese hecho realidad, el Dragón superó la cornisa y se elevó sobre el edificio.

Lee apuraba la energía para mantener el control del Dragón, pero si superaba un solo metro más la estructura cedería y la criatura se convertiría en lo que era... agua... simple, limpia y fría. Sintió cómo se enfurecía... Tan cerca... Tan cerca...

El desconocido comenzó a gatear hacia atrás apoyando todo su peso en las palmas de las manos, mientras ganaba metro a metro la distancia que le alejaba del Dragón. Este clavó los ojos azules en los suyos y pudo sentir una muestra de reconocimiento en ellos. La azotea del edificio comenzaba a vibrar. No hacía falta ser una torre de tierra para sentir que aquel edificio estaba a punto de venirse abajo. Había utilizado el muro de contención del edificio para desplazarse a través de él, tenía que utilizarse la zona de mayor densidad para hacer algo como aquello, y el Dragón había seguido su rastro destrozando todo el muro. El edificio tembló y la azotea empezó a precipitarse hacia la dirección de la agresión, o sea, hacia la boca de Shen.

El desconocido se puso en pie de un salto, se giró y comenzó a correr hacia la cornisa contraria mientras acumulaba el único elemento que le quedaba. Alcanzó el borde, saltó y descargó el fuego contra el edificio de enfrente, abriendo un boquete en la pared y colándose dentro a la vez que el edificio se hundía por completo a sus espaldas.

Lee sintió la oleada de pánico de todos los inocentes a su alrededor. Aunque pocas, aún quedaban personas dentro de aquel edificio. La rabia que sintió al ver desaparecer a su enemigo quedó inmediatamente solapada ante la catástrofe general. La gente corría en todas direcciones, intentando alejarse de aquella mole de ladrillos de siete plantas que parecía estar transformándose en humo mientras se venía abajo en medio de una inmensa nube de polvo. El

Dragón se deshizo como si alguien hubiese lanzado un inmenso cubo de agua contra la escena, mezclándose con los restos del edificio al caer.

Por fin, el griterío general se sostuvo unos segundos para morir ante el estruendo del edificio al desplomarse. El polvo se extendió en todas direcciones envolviendo a Lee, que permanecía de pie junto al coche de policía intentando entender cómo había podido desencadenar todo aquello. En su mente, la droga se enzarzaba en una lucha sin cuartel contra su voluntad, su deber y sus recuerdos, mientras su subconsciente intentaba poner un nombre a aquel desconocido.

Parpadeó intentando alejar el polvo de sus ojos muertos.

—Snake... —Ese era uno de los hijos de Bunne. ¿Qué narices hacía la Serpiente trabajando con Zelt tan lejos de su territorio?

Aturdido, comenzó a caminar bajo la nube de polvo y chocó con alguien, pero no le prestó mucha atención. La gente tosía y se cubría el rostro con las manos mientras él agradecía que no necesitara respirar. Se fue fundiendo con la gente cada vez más lejos de los coches de policía y de las ambulancias, que comenzaban a controlar la situación. Cuando sintió que se había alejado lo suficiente, se detuvo y se dejó caer apoyando todo su peso contra la pared de la siguiente esquina. Estaba mareado y confuso. Se sentía culpable y a la vez liberado. Había vuelto a matar. Después de una eternidad luchando para no hacerlo, después de haber perdonado a Zelt un centenar de veces... Sin saber por qué, recordó tiempos pasados. Se vio a sí mismo sentado en una cueva de Saholin mirando al sol, buscando razones para no perder la cordura. Meditó en aquella cueva durante nueve años, nueve años que a ojos de los monjes fueron una muestra de voluntad, pero que en realidad solo fueron el descanso por la pérdida de uno de sus hermanos. Fue Talos quien vino en su rescate, fue la seca lengua del lobo la que le recordó cuál era su destino.

La leyenda cuenta que un lobo enorme estuvo a punto de matarle. Consiguió sonreír y cabeceó hasta tocar la pared con la nuca. Leyendas... Qué fácil resulta crear leyendas cuando uno dispone de todo el tiempo del mundo.

Dicen que la sombra de Ta-Mo quedó impresa en la pared de la cueva. Cierto, lo hizo cuando aprendió a proyectarse a través de ella, al igual que Snake lo había hecho aquella noche.

Se preguntó cuántas aventuras y desventuras habría vivido Zelt hasta caer finalmente ante Shen, cuántas cabezas decorarían actualmente su macabro

salón. Las imaginó sonriendo colgadas de la pared, hileras e hileras de ojos perdidos.

Permaneció unos minutos ensimismado, rememorando cada uno de los mil nombres que había usado a lo largo de los siglos: Go Ma, Ta-Mo, Da Mo, Boddidharma, Xing, Métrio... Lee.

«¿Quién soy?», se preguntó. Y la única respuesta que acudió a su mente fue la sonrisa de Buda: «Eres un sueño del todo».

La mezcla de energía elemental del combate le había devuelto la movilidad de los músculos, incluso parte de su aspecto exterior había cambiado, acercándose al de un muchacho asustado que apretaba con fuerza las rodillas contra el pecho. Se escuchaban gritos lejanos de hombres y de mujeres sin nombre que buscaban a sus amigos o familiares entre los escombros.

«Una pesadilla. Eso es lo que soy», se dijo mientras se balanceaba nervioso atrás y adelante, sintiéndose más culpable a cada segundo a la vez que se extendían los gritos de ansiedad de los bomberos.

—Un dragón, mamá. ¡Te juro que era un enorme dragón de agua! —escuchó gritar a un niño.

«Por todos los dioses —se dijo—. ¿Qué es lo que he hecho?».

CAPÍTULO II

La Sombra

Línea 1 del metro de Madrid

Santi intentaba encontrar la postura adecuada en el duro asiento de plástico mientras los vaivenes del vagón le irradiaban dolor a la cadera todavía amoratada por el maldito accidente. Revisaba una y otra vez sus apuntes buscando una razón lógica para que la ecuación no hubiese funcionado. Más aún, entender por qué no había funcionado tenía cierta lógica; en la física teórica te podías encontrar con un millón de motivos. Lo que no conseguía encontrar eran esos mismos motivos por los que aquel trasto había salido volando llevándose a dos técnicos al infierno. Cerró el cuaderno, se inclinó un poco más hacia delante y se pasó la mano por la cara, desfigurando su rostro en una mueca más cercana a su verdadero estado de ánimo.

«Por Dios... Casi me mata», pensó mientras el vagón del metro comenzaba a frenar al entrar en la siguiente estación. No le gustaba nada viajar en metro, y mucho menos con esa pinta de cerebritito cuarentón que destilaba por cada poro. A según qué horas, parecía que llevaba un letrero en la frente en el que ponía: «Atrácame, lo estoy deseando». Pero volver en coche significaba una hora más, y tenía el tiempo justo para llegar a darle un beso de buenas noches a su hija recién nacida. Después de la experiencia que había vivido por la mañana, necesitaba darle ese beso. Se tapó la cara con las manos y se imaginó el sufrimiento al que se verían sometidas su mujer y su hija si el que hubiese muerto aquella mañana hubiese sido él. A duras penas consiguió tragar saliva en lugar de echarse a llorar como un crío.

A su alrededor, una mujer de unos cuarenta años leía una novela rosa mientras movía uno de los pies en círculos siguiendo algún patrón musical en la cabeza. Frente a ella, un chaval de unos diecisiete años masacraba marcianitos en su PSP al tiempo que, junto a la puerta del vagón, dos chicas jóvenes discutían acaloradamente sobre la ropa que se pensaban poner para salir esa

noche, mientras veían cómo los letreros de la estación pasaban cada vez más y más despacio.

Cuando el tren se detuvo y las puertas se abrieron, Santi levantó la vista. No era su estación, pero no pudo evitar echar un vistazo a las dos chicas mientras salían del vagón y se alejaban hacia la salida. Ni siquiera se dio cuenta de que por el final del vagón entraba un hombre.

El nuevo viajero dio un vistazo rápido al vagón desde unas gafas de sol de espejo bastante pasadas de moda y comenzó a caminar hacia Santi. Era alto, corpulento y tenía el pelo moreno y corto con bastantes entradas a ambos lados de la frente. Fue ganando velocidad a medida que se acercaba a él, que permanecía con la vista perdida más allá de los cristales. En la mano derecha, una navaja de cazador se abrió con un fuerte giro de muñeca. El filo brilló un segundo a su lado, como una centella, reflejando las luces de la estación justo en el momento en que una figura se interpuso entre Santiago y el dueño de la navaja.

Entró en el vagón prácticamente volando. Había saltado desde una distancia considerable montada en un monopatín. Cuando las ruedas tocaron el interior del tren, lo frenó en seco y venció la inercia quedándose colgada de una de las barras del techo.

—¡Diosss! —gritó—. ¡Joder, por poco lo pierdo! —Se escuchó el pitido de amenaza de las puertas del tren antes de cerrarse, el brillo de la navaja desapareció y las puertas se cerraron con un golpe seco.

Todo el vagón se centró en su nueva pasajera, una chica alta y esbelta que llevaba el pelo moreno cortado a trozos como si a su peluquero le hubiesen cambiado la máquina de recortar por un esquilador para el ganado. Llevaba los ojos pintados de un negro azulado un tanto llamativo, unas mallas negras ajustadas y una guerrera militar forrada de parches y de chapas de diverso pelaje: podían verse calaveras mezcladas con cruces, ninfas, estrellas de casi todos los colores y una preciosa bruja serigrafiada en mitad de la espalda. Terminaba el modelito con una camiseta en la que podía leerse «Yo la chupo, esta no», con una mano estampada que señalaba a la derecha. Instintivamente, el hombre de la navaja cerró el filo y se la guardó en el bolsillo de la cazadora. Tensó la mandíbula y apretó los labios, mientras la chica de la camiseta le dedicaba una sonrisa traviesa. Tenía los ojos pequeños, incluso parecía estar cerrándolos a propósito, como si la luz del vagón le dañase la retina; los labios

finos y largos y la tez clara, posiblemente blanqueada con algún tipo de maquillaje.

El tren se puso en marcha dando un fuerte tirón, y el viajero se sentó mientras maldecía en susurros. Ella, en cambio, se quedó de pie mirándole con la sonrisa tan fría y afilada como el filo de la navaja que él se había guardado en el bolsillo. Un par de segundos después, le asestó un pisotón a la parte de atrás del monopatín que lo elevó en el aire, lo cogió al vuelo, se giró hacia Santi y se sentó a su lado diciendo:

—Buenas, vecino. ¿Cómo lo llevas?

Santi levantó la cabeza y la miró de nuevo. Durante medio segundo estuvo tentado de rascarse la cabeza, hasta que la identificó.

—Ah, hola. ¿Silvia? —Frunció un poco el ceño mientras trataba de encontrar otro nombre para ella asociado en la memoria. Pero ella asintió sonriendo, y Santi tan solo se dejó caer de nuevo sobre el asiento, como si encontrar su nombre hubiese sido agotador.

Silvia se había mudado a su edificio hacía ya seis o siete meses, prácticamente en la misma fecha en que él había ascendido, justo cuando su mujer le dio la noticia de que estaba embarazada, justo cuando sus jefes le dieron el visto bueno para que se gastara cuarenta millones de euros en el proyecto. Casi todos los días la veía de refilón en el rellano o en el metro, pero nunca llegaban a entablar conversación. Por otro lado, en su mente, aquella chica parecía haberle traído suerte, y aunque no tenía lógica alguna, eso empujaba a Santi a no prejuizarla por su aspecto.

—Chico, tienes mala cara —le dijo mientras le miraba como si fuese un filete en mal estado—. ¿Un mal día?

La pregunta sonó sencilla, como si se le hubiese escapado, pero golpeó a Santi con la misma fuerza que una maldición. Sintió cómo se estremecía mientras algunos fotogramas del accidente le vinieron a la memoria: cristales rotos, fuego... la mirada perdida de Felipe y la sangre. Sobre todo la sangre. Casi no le dio tiempo a taparse la cara antes de echarse a llorar. Tembló como una hoja seca antes de derrumbarse y sollozar como un niño.

—Tranquilo... Hombre... La vida es una ingente sucesión de hostias y más hostias —le dijo Silvia mientras le apretaba un poco el hombro. Santi no supo si le había apretado con una fuerza imposible en una niña de veinte años o si le

había acertado en uno de los muchos hematomas que le había dejado el accidente. El caso es que dio un pequeño grito y se arrugó en el asiento.

—Lo siento —dijo ella.

—Tranquila —respondió él. Y la conversación se quedó estancada sin remedio.

Silvia se apoyó en su asiento y dejó la vista rondar por todo el vagón. El único que seguía mirándoles era el tipo de la navaja, que parecía haberse tragado un kilo de sal. Ella volvió a sonreírle y se abrió ligeramente la chaqueta. «Yo la chupo, ella no» señalaba hacia la siguiente pasajera más allá de la puerta, que seguía leyendo su novela y moviendo el pie en circulitos. El hombre de la navaja esbozó una sonrisa, se quitó las gafas de sol y se puso a limpiar los cristales.

—Hemos tenido un accidente en el laboratorio esta mañana —dijo Santi con un hilo de voz—. Han muerto dos de mis compañeros, y otro más está en la uvi.

—Joder... —Silvia se giró hacia él con los ojos abiertos como platos, después resopló suavemente y puso cara de circunstancias—. Supongo que estarás acojonado... —Dejó la frase en el aire hasta que Santi levantó la barbilla en un vano intento de negar lo evidente—. Yo lo estaría —concluyó.

Santiago tan solo cogió algo de aire y dejó caer la barbilla de nuevo.

—Aún no entiendo cómo sigo con vida, ni siquiera entiendo qué demonios ha pasado.

—Creía que los cerebritos como tú no corrían tanto riesgo —dijo Silvia con un deje de simpatía en la voz intentando restar la mayor cantidad de hierro al asunto—. Os imaginaba mirando por el microscopio o lo que sea que utilizéis mientras tomáis notas en un cuaderno —dijo señalando el que tenía Santi sobre el regazo.

Él estiró un poco las piernas, como si de pronto aquel cuaderno pesase demasiado. Lo miró, y un gesto de pena se instaló tras aquellos ojos inocentes.

—Mi trabajo no suele ser peligroso. La unidad ni siquiera parecía poder alcanzar la mitad de la temperatura de riesgo. Debí de calcular mal, y ahora... — Tan solo negó con la cabeza y perdió de nuevo la vista más allá de los cristales del tren, donde la oscuridad se lo tragaba todo.

—No te sientas culpable; los accidentes ocurren. Nadie quiere que les pase a ellos, pero cuando llegan hay que entender que el que no arriesga no gana.

Santi la miró de nuevo, y en aquel instante no le pareció una niña de veinte años. Sus ojos reflejaban algún tipo de valor moral, como si la vida le hubiese

enseñado mucho más en esos veinte añitos que a Santi en sus casi cuarenta. Asintió e intentó devolverle la sonrisa, pero simplemente se le atragantó. Contuvo la inminente necesidad de echarse a llorar de nuevo mientras calculaba el tiempo que restaba hasta la siguiente estación.

Pronto estaría en casa y le robaría algunos minutos de sueño a su hija antes de contarle a su mujer lo que había pasado. Con suerte, ella no se asustaría, no temería que a él...

—Es curioso —dijo Silvia sacándole de sus pensamientos—. El otro día, el padre de una amiga mía se murió de un infarto. —Hizo una pausa y levantó los hombros mientras ponía cara de susto—. Al parecer, se había excedido con la sal. Nos cogió a todos por sorpresa. No estaba gordo ni parecía tener ningún problema de salud. Pero el caso es que, en algún momento, una pizca de sal, una molécula... Qué digo una molécula, un simple átomo de sodio saturó su organismo y le produjo una subida de tensión. —Puso esa cara de sorpresa que las niñas tontas de las películas ponen cuando descubren que algo completamente lógico se les había escapado durante años—. Es increíble lo que un simple átomo de sodio puede hacer, ¿no?

Santi estaba escuchando a medias. No sabría decir en qué parte exacta de la conversación había perdido el hilo, pero el caso es que en su mente aún flotaban los patrones de la ecuación que llevaba en su cuaderno y, casi sin saber por qué, un átomo de sodio se le coló dentro. Se quedó paralizado medio segundo, como si el software de su cerebro estuviese iniciando la ecuación. Se puso casi tan pálido como Silvia y balbuceó algo indescifrable antes de abrir el cuaderno con violencia y comenzar a seguir la ecuación con los dedos, como si ya no le quedase vista para hacerlo con normalidad.

—¡Sodio! —Todos los que estaban en el vagón le miraron como si lo que acabase de decir fuese un insulto o una palabra obscena—. ¡Joder! ¡Sodio! —repitió mientras dividía su atención entre el cuaderno y la cara de Silvia, que le miraba con un gesto que venía a resumir algo así como: «¿De qué coño estás hablando?». Frente a ella, en los asientos al otro lado de la puerta, el hombre de las gafas de sol apretó la mandíbula y se puso de nuevo las gafas resoplando.

En ese momento, la oscuridad exterior se esfumó devorada por las luces de la siguiente estación. La claridad sacó a Santi de su inminente estado de euforia. En cuanto distinguió el nombre de su parada, se giró hacia Silvia mientras volvía a ser consciente de todo lo que había vivido aquel día.

—No te imaginas lo que acabas de hacer —le dijo negando con la cabeza.

—Eso es obvio —respondió ella mientras le dedicaba una mirada entre curiosa y sorprendida.

—Es nuestra parada —dijo Santi mientras se ponía en pie y se estiraba la chaqueta.

—Yo tengo que seguir unas cuantas. He quedado con una amiga —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Vale, pero te debo una copa. —Hizo una pausa como negando para sí—. O una cerveza, o lo que sea.

—Claro, hombre... Ya nos veremos por casa —respondió Silvia como si aquella invitación le sonase falsa o simplemente fuera de lugar.

El tren se detuvo y las puertas se abrieron, a lo que Santi reaccionó como un resorte.

Justo antes de salir, se dio la vuelta hacia Silvia y se despidió con una sonrisa forzada y un gesto con la mano mientras apretaba el cuaderno contra el pecho.

Ella tan solo asintió sin prestarle demasiada atención. El hombre de la chaqueta negra y las gafas de sol se levantó del asiento con la clara intención de salir del vagón antes de que se cerrasen las puertas.

—¿A dónde coño crees que vas, majadero? —dijo Silvia en un francés fluido y afilado como un cristal roto. Era un lenguaje viejo y tosco que nadie que no se hubiese tragado la Revolución francesa de la raíz a las puntas sería capaz de recordar.

El hombre de las gafas se paró en seco a medio metro de la puerta mientras se sujetaba a una de las barras laterales.

—No tengo nada que hablar contigo —respondió en la misma lengua, pero con un acento más cercano a la nobleza que al vulgo que le dio forma. Pero antes de que pudiese impulsar su cuerpo hacia delante y atravesar la puerta, Silvia estaba de pie a su lado, tenía la mano sobre su hombro y le miraba a escasos cinco centímetros de sus gafas de espejo.

—Pues yo sí que tengo que hablar contigo, mon amour... —Apretó su hombro con fuerza—. Si cruzas esa puerta, te voy a sacar el corazón por el culo y me voy a hacer un monedero con él.

Pasaron un par de segundos de tensión, sonó el pitido de aviso y las puertas se cerraron, quedando a dos centímetros de su rostro ceniciento. Ella le soltó el hombro, dio un par de pasos atrás y se dejó caer sobre el asiento.

—Siéntate, Luí... —Él se giró sobre los talones con cierto desprecio mientras se quitaba las gafas y le dedicaba a Silvia una mueca.

—No creas que me intimidas, Sil-ví. ¿Qué es lo que quieres?

Ella dejó escapar una sonrisa mientras extendía la mirada a ambos lados. Los otros dos pasajeros del vagón parecían concentrados en sus asuntos.

—Has matado a dos personas —dijo en un susurro—. No sé cómo demonios habéis conseguido meter el explosivo en el laboratorio, pero este juego se ha terminado. —Hizo una pausa y señaló el asiento frente a ella—. Siéntate. No lo volveré a repetir. —Su tono sonó acerado, y la mirada que le dedicó a continuación resultó lo suficientemente fría como para congelarle las pelotas.

Luí tragó saliva y se sentó. Aquella mujer ya era un alfil cuando él llevaba pañales. Una cosa era enfrentarse a ella en el juego y otra muy diferente faltarle el respeto, así que se sentó dando un bufido y respondió:

—Kali lo quiere muerto. Solo cumplo con mi trabajo.

—Solo tiene un caballero y dos peones sobre el tablero, Luí —respondió Silvia haciendo un gesto brusco con la mano, como si le tirase una pelotita imaginaria—. La Alianza tiene dos alfiles, cuatro caballeros y ocho peones para protegerle. Y se nos está acabando la paciencia.

—Si termina el proyecto, lo primero que van a fabricar es un arma de destrucción masiva.

—O una fuente de energía renovable —respondió ella—. No nos corresponde a nosotros hacer conjeturas sobre el futuro, Luí. Esto solo puede acabar con Kali fuera del juego, así que creo que sería inteligente que os largaseis con la música a otra parte.

—Si la jugada es buena —respondió Luí sonriendo—, un peón se puede llevar a una torre por delante.

—Si crees que Kali juega mejor que Alariel, es que has perdido el juicio. —Se puso seria, cruzó las piernas y se echó hacia atrás, dejando caer todo su cuerpo sobre el asiento.

—Siempre puede cometer un error.

Durante un par de segundos, el tiempo fluyó perezoso, sus miradas se enfrentaron y Silvia negó suavemente con la cabeza.

—Nosotros no cometemos errores... —No había terminado la frase cuando se escuchó el sonido amortiguado de un disparo con silenciador. El muchacho sentado al fondo del vagón había cambiado la PSP por una pistola, y resultó que

tenía la misma habilidad para disparar que para matar marcianitos. La bala de plomo reforzado atravesó el cráneo de Luí de oreja a oreja y salió por el otro lado. Como si de una coreografía estudiada se tratase, la mujer que leía la novela rosa se puso en pie, sacó un trapo y se apresuró a limpiar los rastros de sangre. Hubo suerte; el disparo había sido tan limpio que casi no dejó nada que limpiar.

Para cuando Silvia se puso de pie, Luí reposaba inconsciente en su asiento, perfectamente sentado y sin rastro alguno del impacto en la cabeza. La energía de Kali había cerrado la herida a buen ritmo. Se acercó a él y le limpió una gota de sangre perezosa que le había pintado la barbilla.

—Luí, Luí, Luí... Siempre has sido un gilipollas. —Se volvió hacia el chaval de la pistola—. Un buen disparo.

—¡Vaya! —replicó el chico—. ¡Por fin un cumplido!

—Ni cumplido ni elogio, novato. Es la verdad —respondió Silvia.

—¿Y ahora qué? —preguntó la mujer de la novela rosa mientras metía el trapo manchado de sangre en una mochila.

—Le dejaremos aquí. Tardará al menos una semana en despertarse y más de dos meses en recuperar la memoria. Es una de las peores putadas que le puedes hacer a un condenado. Los servicios de emergencia lo van a pasar mal intentando averiguar qué coño le ha pasado.

—No entiendo cómo es posible que no lo viera venir —dijo el chico mientras fijaba su atención en el anillo que brillaba en la mano de Luí. Sería tan fácil quitárselo y mandar su alma a la mierrr...

Pareció que Silvia le leía el pensamiento.

—Nosotros no decidimos quién entra o sale del juego, novato. —Hizo una pausa hasta que el chico le devolvió la mirada.

—Pero ha matado a dos personas —dijo el chico señalando a Luí.

—Y tú también —respondió Silvia. El chico bajó la cabeza. Se llamaba Joaquín, pero todos le llamaban Kini. Tan solo era un peón. Llevaba en el juego poco más de quince años, condenado por jugar a las bandas en las favelas de Río de Janeiro, condenado por matar creyendo que el honor se ganaba con sangre. Tragó saliva y le dedicó a Silvia su sonrisa de disculpa más sincera.

Ella asintió y se giró hacia la otra mujer. Se llamaba Zulema y era un caballero de tan solo doscientos treinta y siete años. Comparados con sus setecientos ochenta y dos no parecían muchos, pero tenía la cabeza bien amueblada, y lo iban a necesitar.

—Cerrad el cerco. Santiago ya tiene todas las respuestas, así que a Kali se le termina el tiempo, y aún le quedan dos peones en activo.

—No se arriesgará con dos peones —dijo Zulema señalando a Luí—. Los mandará a buscar a este.

—No —respondió Silvia—. Confía en mí. Conozco a Kali. Intentarán matarlo en las próximas horas con todo lo que les quede.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Kini—. Avisamos a los demás y les cazamos.

—Tendréis que hacerlo vosotros —respondió Silvia—. A mí me reclaman en Montecarlo. —Hizo una pausa para ver la reacción de los demás. El muchacho se quedó pálido, y Zulema empezó a negar con la cabeza incluso antes de que terminase la frase.

Entre los condenados existía una frontera invisible. A un lado estaban los condenados jóvenes. Todo aquel que no había alcanzado el rango de torre o que no sumaba dos milenios era considerado de «segunda división». Jugando a ese lado de la frontera todo se movía a ras de suelo, las armas eran normales y en raras ocasiones se tiraba de elementales. Todo se desarrollaba en cierta armonía y era muy difícil terminar perdiendo el anillo y salir del juego. Pero al otro lado de esa frontera... Allí habitaban las leyendas, los ancianos... y los locos, personajes como Scyros (el Tuerto), Tarik (el Turco), Lee (el Maestro), Ryu (el Blanco), Luna (la Albina) o Leonidas (el Espartano). La nobleza y la locura se mezclaban con el día a día. La «primera división» era peligrosa. No hacía falta tener mala suerte para terminar despedazado.

—¿Qué quieren de ti? —preguntó Zulema evitando mirar a Silvia a los ojos—. Corren rumores... Dicen que están en guerra con los toltecas.

—No lo sé... Seguramente solo quieren mi opinión —respondió Silvia.

—Los griegos no piden consejos... —respondió Zulema jugueteando nerviosa con su bolso.

Silvia no pudo dejar de sentir ternura por el miedo de sus pupilos, pero nadie le decía que no a los guardianes de la Alianza. Sencillamente, eso no era una posibilidad, así que se llenó los pulmones del aire viciado del metro, dedicó a sus «niños» una sonrisa que lo resumía todo y respondió:

—Quedas al mando, Zulema. —Ella tan solo asintió, plantó la mano en el hombro de Kini y le empujó hacia las puertas del tren.

Cuando el metro se detuvo en la siguiente parada, empujó al chico fuera del vagón y, antes de salir tras él, susurró:

—Ten cuidado...

Kini era demasiado joven para plantearse saltar por el sendero, así que lo más práctico sería coger un tren en dirección contraria. Cuando el metro se alejó de nuevo con Silvia y el cuerpo inconsciente de Luí en su interior, Zulema no pudo dejar de negar con la cabeza.

—Menudo disparo, ¿eh? —dijo Kini pagado de sí mismo.

—No te equivoques, hijo. Luí te habría detectado de no ser por Silvia.

El chico frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Nunca te has preguntado por qué no puedes rastrear cuando ella está presente? —preguntó Zulema. Kini tan solo encogió los hombros. Ni siquiera rastreaba; le costaba mucho trabajo comprender que ver con los ojos cerrados podía tener utilidad. Era joven y confiado—. Ese es su don —continuó diciendo Zulema—. Cuando ella está presente, hace sombra a los demás, puede ocultarnos con un manto, como si lo único importante fuera ella. Solo los más ancianos pueden darse cuenta del truco.

—¡Claro! —respondió Kini—. Por eso la llaman «Shadow», ¿no?

—Sí, hijo. —Hizo una pausa, guardándose para sí algunos motivos más que aquel muchacho no tenía por qué saber—. Por eso la llaman Shadow.

CAPÍTULO III

Keletxian

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

Solo... Por primera vez en toda una eternidad, Arishalotek, primer hijo de Ketxal, sumo sacerdote y chamán de los toltecas, sucesor de un dios... estaba solo, completamente solo. Ni siquiera el demonio que habitaba en su interior parecía estar presente. Había expulsado del gran salón a la guardia Blue, que a regañadientes había obedecido a su señor. Y, por primera vez desde que entró en el mausoleo de Hell, se sentía solo. No sabía si reír o llorar.

Se reiría por poder volver a controlar su cuerpo, por poder respirar y sentirse libre una vez más. Reiría por poder comer y saborear de nuevo. Reiría por la simple razón de poder hacerlo. Si el nudo que sentía en la garganta le permitiese reír... reiría.

Lloraría, con el recuerdo aún caliente sobre su piel de todos y cada uno de los guerreros que había asesinado para entregarle a Hell un ejército. Aquel monstruo se había hecho con una legión de condenados en menos de una hora. Ahora poseía ciento sesenta y cuatro alfiles, sesenta y siete torres y a todo un pequeño ejército de mortales equipados con pelo de murciélago y un sinfín de armas de fuego. Y él había sido el responsable de todo. De todo.

Dejó correr la vista por la inmensa sala del trono de su padre. Toda ella estaba cubierta del oro más puro, suelos, paredes y techos. Todo bruñido hasta reflejar la realidad, alejándola del mundo de los vivos, enfrentándola a sí misma hasta morir en el infinito. Caminar por aquella sala, distinguir por todos lados tu propio reflejo repetido y repetido, perfilando una silueta sobre otra y otra hasta el infinito era lo más parecido a estar en el centro del universo que el ser humano pudiese sentir jamás. Era como si los ojos de Dios pudiesen ver todas tus facetas, todos tus secretos, todas tus dudas.

El sentirse observado por uno mismo desde todas direcciones acrecentaba la sensación de Aris. Solo..., rodeado..., pero solo.

Dejando la enorme puerta del mirador a sus espaldas, caminó hasta el gran pedestal del trono de su padre. Elevado sobre la columna rota, la representación del decimotercer mes del año, el que, según las leyendas, Ketzal sacrificó a la serpiente a cambio de la inmortalidad.

Inmortalidad... «Los dioses no pueden morir —pensó—. Los dioses NO deben... morir».

Ascendió los dos escalones del trono y se dejó caer sobre él. Dejó que los pulmones exhalasen todo su contenido mientras permitía descansar a su mente.

Sheteck... El Mestizo... No pudo evitar sonreír al recordar la increíble muestra de valor y de estupidez que había presenciado unas horas antes. Aquel loco se había lanzado contra Hell desde los cielos, se había presentado como un ave fénix, envuelto en llamas. Al tocar el suelo, había transformado toda la energía de la metamorfosis del cuervo para crear una onda de choque, lanzando a casi toda la guardia Blue escaleras abajo.

Le parecía que aún estaba escuchando cuchichear a sus tropas «Un cuervo de fuego», entre susurros de pánico.

El Fénix había hecho su aparición con la teatralidad que le caracterizaba. Aris no pudo dejar de negar con la cabeza al tiempo que susurraba: «Así me gusta, idiota. Con dos cojones...».

Había arriesgado su vida y la salvación de su pueblo. Toda la información sobre los planes de Hell se podía haber perdido con él. Y todo por salvar la vida de un hombre.

Sabía que la Pantera seguía viva en cuanto le dijeron que alguien había robado el zafiro sagrado delante de las narices de Hell.

Aris llenó de nuevo los pulmones de aire, sumándole una buena cantidad de orgullo. Orgullo por un hombre al que había intentado matar en dos ocasiones. Un hombre al que había odiado hasta hacerle perder el sueño. Y ahí estaba..., renacido bajo el poder de la Potestad más persistente de todo el maldito universo, el Fénix.

Sheteck, la Pantera... El propio Aris había sentenciado al destierro a su padre, acusándole de desacato divino. Él mismo había falsificado las pruebas para garantizar el ascenso de sus hijos ante Ketzal, para quitarse de en medio a Sheteck y a la zorra de su madre. Tipicknaua, la Pantera, única descendiente de Cothexa Chicome-oztotli-co, el de las siete cuevas, el rey brujo más poderoso de

Centroamérica. Sheteck nació siendo una amenaza para la cultura tolteca, para el linaje de Aris. Cuando su padre perdió la vida, su madre pidió clemencia a Ketzal para su hijo. Aris, a cambio, se llevó la vida de su madre, dejando a Sheteck sin linaje, condenado a vivir enterrado en un pasado imposible.

Cuando su hija se enamoró de Sheteck... Por los dioses...

Qué fácil habría sido no intervenir, no haber condenado a sus progenitores, no haber mentido. Si Aris no hubiese estado tan ciego, habría entregado a su hija al hombre al que amaba, habría convivido con su hermano, garantizando la posición de sus hijos. Todo habría sido perfecto. Nadie estaría muerto y su hermano no le atormentaría en sus sueños emponzoñando su alma por los remordimientos. Fue la ira, la ira y la ambición...

—Keletx... —susurró—. Keletxian... Por favor, estés donde estés, perdóname...

El pecado de su hermano había arrancado su nombre del mundo. El propio Aris se había asegurado de que jamás fuese pronunciado de nuevo. Ni siquiera Sheteck sabía el nombre de su padre.

Levantó ligeramente la mirada hacia la columna más cercana y pudo ver su propio rostro allí, observándole, con su millón de sombras perdiéndose en el infinito, con la marca verde de Hell tras las pupilas.

«Demasiado tarde para pedir perdón a los muertos, ¿verdad?», se preguntó a sí mismo, pero fue Hell quien respondió:

«Nunca es demasiado tarde para eso».

«¡Maldita seas! ¡Déjame en paz!», dijo Aris antes de apartar la mirada de sí mismo para darse cuenta de lo terrible que era saber desde cuántos rincones se observaba. Allí donde posase la vista, Hell le escrutaba desde su propio reflejo.

«¡Basta!». Se levantó y caminó hacia la puerta con la convicción de que más allá sería libre, de que, tras cruzar aquel umbral, Hell no podría volver a tocarle.

Salió fuera, donde el frescor de la noche le dio la bienvenida con una suave caricia de humedad. Los árboles parecían de juguete a los pies de la ciudad de Tollan, y la gran cascada alimentaba los lagos mientras patrullas de cuervos volaban en círculos sobre las minas del oeste.

«En las minas —susurró Hell en su interior—, dejaste a su madre morir en las minas». Aris se echó las manos a la cabeza intentando hacerla callar. «¿Y dices que no mereces esto?».

Abatido, Aris dejó caer las manos. ¿A quién quería engañar? Solo podía engañarse a sí mismo. Merecía aquel castigo. Su padre había dispuesto de la

vida de miles de hombres, mujeres y niños. Su pueblo había conquistado y asesinado a tribus enteras y condenado a otras a la esclavitud de las minas de oro. Se sentía como un ciego que ve por primera vez.

«¿Qué demonios es lo que quieres, Hell?». Por primera vez, su voz sonó humilde, como cualquier esclavo, como cualquier hombre. Pero Hell no respondió, se alejó en el interior de su mente y se acomodó en un rincón mientras Aris dejaba caer la mirada sobre la escalinata de la gran pirámide.

Allí donde Shetecck había calcinado los escalones aún podían distinguirse las manchas de sangre. Tras la primera impresión, Hell había soltado al capitán de la guardia Blue para defenderse. El cuerpo rodó escaleras abajo dos o tres metros mientras Shetecck daba cuenta del único Blue capaz de detener su ataque, el primer condenado de Hell. Le asestó dos cortes a una velocidad increíble, para luego encararse con Aris.

Aún podía sentir aquella mirada verde y cristalina escrutando la presencia de Aris tras los ojos de Hell, esa mezcla de esperanza y de temor en su semblante. Hubiese dado cualquier cosa por poder gritarle: «¡Estoy aquí! ¡Estoy orgulloso de ti! ¡Estoy solo!». Si Hell le hubiese permitido gritar al menos una sola palabra... ¡Una sola palabra!

«¿Cuál sería?», preguntó Hell en su interior mientras espiaba sus pensamientos, como si le estuviese observando en la distancia.

Aris buscó en su interior. Una sola palabra, que resumiese todo el agradecimiento, que resumiese su arrepentimiento, su dolor..., su orgullo.

«¡Keletxian! —dijo al fin—. ¡KELETXIAN!», gritó con la sutil esperanza de que alguien le escuchase. Se giró con violencia hacia las puertas del salón del trono y comenzó a caminar.

«Es una buena elección —dijo Hell—. Tal vez, si volvemos a verle... te lo permita».

Aris se detuvo, mientras sentía una saeta de pena atravesándole el corazón.

El Mestizo había sobrevivido. Por alguna extraña razón, Hell le había permitido vivir. Cuando se abalanzó sobre ella, tan solo bloqueó su ataque y le desarmó como si fuese un niño de pecho.

Cogiéndole del cuello, lo levantó un palmo del suelo y se dispuso a rematarle. Aris aún podía sentir el calor que emanaba el cuello Shetecck en su mano. Pero algo sucedió. Aris pudo sentirlo en Hell como ella podía sentirle a él. Fue como

un susurro, como una brisa caliente en los oídos, como un cántico. Y entonces lo soltó. Lo dejó caer siguiendo el mismo camino que el capitán de la guardia.

Sheteck se rehízo rápidamente, como la Pantera que era, mientras un círculo de guerreros se formaba a su alrededor. Desenfundó la pistola y una de las dagas del capitán de la guardia y se dispuso a presentar batalla. Pero Hell levantó la mano y solo dijo:

—Vete. —A su alrededor, los guerreros contenían la respiración sin comprender. Mientras, en el interior de Aris, Hell calculaba un sinfín de probabilidades sin sentido.

«¿Puede un hombre entender las razones de los dioses?», se preguntó Aris mientras Sheteck se giraba, se echaba el cuerpo del capitán de los Blue al hombro y desaparecía en el sendero. ¿Por qué dejar vivo al enemigo? No lo entendía, no podía siquiera intuir las intenciones de Hell.

Cuando Aris atravesó de nuevo las grandes puertas del salón del trono, se encontró una vez más con sus propios ojos. Dejó caer la vista al suelo y se sentó en los escalones del altar.

«Los hombres pueden entender... —le dijo el primer reflejo al que miró—, pero siempre lo hacen tarde».

CAPÍTULO IV

En jaque

Cala Conta (Ibiza, Baleares, España)
21 de marzo de 2006

El aire, denso y cargado de olores que yo ni siquiera recordaba, me dio la bienvenida al mundo de los vivos. Habían pasado más de tres mil años desde la última vez que tomé un cuerpo vivo, y ya casi se me había olvidado por qué. Pero en cuanto sentí el peso del cuerpo de Marc, su sabor, su olor, sus miedos, sus recuerdos, sus deudas, sus compromisos..., en ese momento recordé, tal vez por eso sentí ansiedad y mi respuesta fue desproporcionada. Inflamé el aire a mi alrededor intentando alejar de mí el peso, el sabor, el olor, los miedos, los recuerdos, las deudas, los compromisos... Pero yo no era Marc, y Marc aún no formaba parte de mí, así que todo aquello que quería alejar de mí siguió en su sitio. Pero todo lo que me rodeaba, no.

Borré aquella bonita casa de la faz de la tierra en medio de una marea de llamas.

Lo primero que vi fue el rostro de Tarik conmocionado por mi presencia una décima de segundo antes de verle volar con la explosión.

Había traicionado a Baal para pasar a mi servicio, algo que los seres de nuestra naturaleza no suelen aceptar con agrado. En cualquier otra situación, nunca habría puesto a Tarik en la tesitura de la traición, pero no podía permitirme perder a Marc.

Hell estaba ya sobre el terreno, y aunque ocupaba un cuerpo de forma temporal, había tenido mucho tiempo para meditar sus pasos y preparar su estrategia, y yo tan solo estaba improvisando basándome en la poca información sobre las intenciones que sus actos daban a entender. Había tomado el cuerpo de Aris, por lo que era de imaginar que el suyo habría resultado dañado durante su liberación. El poder y la condición de Aris como hijo de Kexal permitían a Hell dominar el cuerpo del chamán sin causarle la muerte, pero si no se fundía

por completo con él, Aris perdería el juicio y terminaría escondido en un triste rincón de la consciencia de un ser más viejo que el polvo.

Mi presencia resultaba necesaria.

La explosión había mandado aquella preciosa casa al Mediterráneo dividida en fragmentos del tamaño de un puño, junto con un montón de cenizas y los cuerpos inconscientes de Joyko y de Alter, el primogénito de Astarte.

Devolví el aliento a Joy al tiempo que le ordenaba que sacara a Alter del agua y lo trajera a mi presencia mientras me giraba para encarar a Mell y a Sílex, que fueron los primeros en recuperarse de la explosión.

Mellias frenó el paso en cuanto vio que lo que tenía frente a él no era un peón sin cabeza. Lanzó una mirada furiosa a Tarik y se dejó caer delante de mí clavando la rodilla derecha en el suelo. A través de sus ojos vi la nueva forma de mi ser. Mi cuerpo era alto y fuerte para ser un humano, y mis ojos se veían de forma similar a como se aprecia la llama viva del hogar tras los cristales.

Estaba vestido de negro, con unos pantalones holgados y una camiseta que ocultaba un chaleco antibalas. Podía sentir el peso de dos pistolas en los riñones; su frialdad rivalizaba con el miedo de Tarik y los recelos del Romano, que no alcanzaba a comprender las razones de mis actos. También sentí el despertar de Luna y el cuerpo inconsciente de Tanis, la única superviviente del clan de Tiuz, en la playa más allá de las ruinas. Sentí la mirada atenta de las gaviotas y el azote de la brisa en la cara. Mientras, Sílex ordenaba sus pensamientos y Tarik se ponía en pie a mis espaldas.

—Mell, acepta a Tarik entre mis hijos. No te pido que lo entiendas, no te pido que aceptes como a un hermano a tu enemigo, pero sé paciente —le dije—. Tu vida ha estado en sus manos más veces que la suya en las tuyas, y los dos sabéis por qué no os pusisteis nunca fin el uno al otro.

Mell cruzó con Tarik una mirada cómplice, sencilla y vergonzosa como la de un niño pequeño tras las piernas de su madre. Siempre se habían respetado de un modo que solo deforma el largo paso del tiempo. Saber que la vida de uno residía en las manos del otro una y otra vez, que el dolor de ver caer un imperio tras otro, un sueño tras otro al mismo tiempo durante dos mil años pesaba más que el rencor de perder y ganar una y otra vez la partida... Ambos consiguieron desviar una vez más la mirada al mismo tiempo.

Joyko apareció con un estruendo y dejó caer el cuerpo de Alter a mis pies como una ofrenda. Después la vi temblar como una hoja en otoño mientras su mente

barajaba la posibilidad de haber perdido a Marc para siempre.

En ese momento me sentí como un ladrón, como un monstruo sin corazón, como un bandido. Pude percibir la súplica del corazón de un Marc que sabía lo que Joyko estaba sufriendo, y no pude evitar bajar la cabeza. ¿Cómo podía hacerles ver a los dos que lo entendía? ¿Cómo podía hacerles ver que lo sentía como un latigazo de cobre ardiente en la espalda? Pero ¿podía acaso comprender el hombre más viejo la intención que me guía?

—Lo siento, Joy —dije al fin—. Juro que no es mi intención suplantar a Marc ni tomar a mi bien su vida. Intentaré no causarle daño alguno, voy a dormir en su interior en cuanto escuchéis lo que tengo que decir e intentaré salir del mundo en cuanto la situación lo permita.

Joy levantó la frente un segundo para mirarme a los ojos. Duro siente el corazón quien se atreve a mirar a un eón a los ojos, y tan solo fue el amor quien puso en ella el valor suficiente para hacerlo. Medio segundo después, su rodilla acompañó a la de Mell, mientras que con la mirada recogía los pedazos de su corazón del suelo.

Yo aún sentía esperanza, como quien encuentra una ilusión que creía para siempre perdida. Tal vez Hell no presentase batalla, tal vez no me obligase a fundir el alma de Marc a la mía. Tal vez el mundo me permitiese volar sobre él sin rozarlo siquiera. «Tal vez...», pensé. Tal vez no me viese obligado a exigir la hora del Fénix.

—Y tú, Sílex —dije señalando con suavidad al Astur—. Una vez clavaste rodilla ante mí, ante la justicia de mis actos, así que no se te ocurra dudar ahora de mis intenciones.

Sílex cruzó los brazos delante del pecho, obedeciendo los dictados de su señor, pero pude ver en sus ojos el respeto. Y supe que, de tener libertad para actuar, se arrodillaría de nuevo ante mí.

«Arrodillarse —pensé—, simple muestra de respeto, único pago del hombre al esfuerzo de los dioses, plegaria muda, silueta de humildad de un mundo que ha perdido la inocencia».

¿Por qué os cuesta tanto arrodillaros? ¿Acaso no lo hacéis para aceptar vuestras culpas, acaso no lo hacéis para jurar lealtad o para pedir clemencia? ¿Por qué negar a vuestro dios, a vuestra propia alma encarnada, el pago que se merece? Pero os negáis, caminando sin levantar la vista de los reclinatorios de una iglesia cuando entráis como turistas en ellas, sin comprender que atribuirle un

solo nombre a Dios es tan ridículo como querer llamar del mismo modo a cada estrella del firmamento, sin comprender que arrodillarte ante el Creador es tan sencillo como nacer llorando, que sentir su mirada es tan hermoso como morir riendo.

Acepté ese insignificante insulto con cierta diversión, pues siempre ha sido para mí algo carente de importancia, pero la parte de mí que pertenece al Creador sintió pena ante el ignorante orgullo del hombre.

Luna despertó de su sueño impulsada por Licos, se levantó del suelo y marcó el sendero casi al mismo tiempo, por lo que me preparé para la inminente llegada de la Alianza dando un par de pasos en su dirección. Sentí su temor y me detuve.

—Tranquila, Luna, estoy esperando a la Alianza —dije sonriendo, pues quería dejar clara mi postura desde el principio.

El primero en llegar fue Scyros, seguido de Star; una hija de Alariel, un alfil llamada Silvie; dos torres de Azura, Simeón y Garlash; otra torre de Anthiles llamada Enrique, y un alfil de Sachiel llamado Amadeo. Resultaba un buen número de caza para una dama, pero yo sabía que la Alianza no se atrevería a tocarme.

Scyros dio dos pasos en mi dirección y se detuvo al tiempo que Licos tensaba su correa. Apretó el puño donde el anillo de mi hermano le hablaba y, sin comprender, fue dejándose caer de rodillas hasta postrarse ante mí.

Uno a uno, los demás hicieron lo mismo.

—Esto es lo que tengo que decir —les dije—. Tomo cuerpo entre los hombres para detener a mi hermana Hell antes de que se cobre más justicia de la que merece. Intentaré respetar la integridad de mi huésped durmiendo, manteniendo mi consciencia alejada de la realidad, pero no saldré del mundo hasta que Hell regrese al Sephyra. Si me veo atacado de una forma u otra, por Trono o Potestad alguna —dije mirando a Sílex—, me veré obligado a defender este cuerpo a toda costa. En caso de que Hell amenace la vida de alguno de mis hijos, exigiré la hora del Fénix. Y todo su esfuerzo se quedará en nada. —Extendí mis palabras al universo para que llegasen a los oídos de mi hermana, y pude sentirla maldecir en silencio mientras alejaba su mano del cuello de Sheteck.

—Justicia... Para los que le taparon los ojos, para los que se escondieron de ella relegándola al olvido, para los que ansían reponerla, para eones y hombres. Eso

es lo que traigo en mis manos. Si la aceptáis, todos tendremos lo que queremos, yo volveré con mi hermana de la mano al universo y el juego seguirá adelante. — Hice una pausa para extender mis palabras por todos los planos, de hermano a hermano, desde la luz a la oscuridad, desde un extremo al otro del Creador.

—Pero si no la aceptáis... —continué—, el Fénix reclamará su hora, y será por la fuerza que el universo acepte sus razones. Y lo hará con fuego.

Dejé que mis palabras llegasen a hombres y a dioses por igual. Y cada uno me entregó su respuesta. Algunos tentarían a la suerte o al calor de mi mano; otros aceptaban mis promesas con la consideración propia de su condición, y otros alejaron de mi entorno la mirada, abogando por la neutralidad.

Pero todos entendieron mi mensaje. Y uno a uno fueron retirando sus piezas, hasta que solo quedaron Scyros, Star y Luna por Licos; Silvie por Alariel; Sílex por Bunne; Alter, aún inconsciente a mis pies, por Astarte; Tanis, acercándose entre los cascotes del edificio, por Tiuz, y mis hijos, con un Tarik entre ellos que apretaba con fuerza el puño donde lucía su nuevo anillo.

Se reunieron a mi alrededor formando un círculo inconexo de personalidades diferentes: Mellias, que me servía con la entrega fiel de un soldado; Joyko, dispuesta a dar su vida por Marc o por Mell sin dudar un segundo mientras intentaba aceptar la presencia de Tarik a su lado, como aceptó la presencia del último lobo en la alameda de Azuma. «El miedo hace extraños compañeros de viaje», pensó mientras acariciaba el mango de un cuchillo oculto en la manga de su vestido, y Tarik, que, asustado, intentaba convencerse a sí mismo de que yo no le trataría igual que mi hermano.

«Yo no soy Baal —le dije desde el interior de su mente—. Creo más que pagada tu deuda, y libre eres de abandonar mi servicio. Mas, para no encontrar la oscuridad a tu partida, aún te queda perdonarte a ti mismo».

Me miró como quien mira su propio rostro demacrado en un espejo. Y comprendió... Comprendió que Baal había alargado su condena el mismo trecho que él se habría impuesto de saber las consecuencias de sus actos. Y, durante un mísero segundo, pudo ver la verdad de los dioses, la razón que nos impulsa. Pude sentir cómo comprendió al fin el hambre de Baal. Tragó saliva, agachó la mirada y ocupó de nuevo su lugar tras mi hombro izquierdo. «Serán mil años, mi señor —susurró junto a mi oído—. Si mis nuevos hermanos no me matan antes...». Dejó escapar una risita nerviosa y le dedicó a Scyros su mejor sonrisa de loco.

En ese momento, Sheteck rompió el espacio. Traía a un tolteca inconsciente sobre el hombro derecho y el rostro lleno de la sangre seca de un adversario. Lanzó el cuerpo contra el suelo y se colocó encima de él. Lo había hecho saltar al sendero estando vivo, lo que le estaba costando la vida por momentos. Por suerte, era un guerrero tolteca que, aunque no estuviese acostumbrado al salto en forma humana, había desarrollado la vibración de salto lo suficiente como para conseguir salvarse. Me acerqué a él, retiré a Sheteck con cariño y le toqué. Mi vibración fundió su ser de nuevo y volvió a la vida con un grito de dolor mientras se retorció. Pude sentir su agonía, un millar de agujas atravesando los poros de su piel, antes de verle perder el conocimiento de nuevo.

—Se despertará —pronostiqué asintiendo ante el rostro de Sheteck, que se quedó mirándome asustado. También pude sentir su miedo, pero este se esfumó en cuanto vio a Scyros, y fue la ira la que envenenó su corazón cansado.

Es curioso el odio. A veces, nace de un gesto sin más sentido que el que uno quiere darle; en otras, nace arropado por el sentimiento de culpa ante un acontecimiento infame. En ocasiones, ante un gesto de la misma vida, como una risa o una mirada perdida. En otras, nace ante la muerte de un ser querido. En el caso de Sheteck, nació ante la muerte de miles de sus hermanos y ante el sacrificio de la única mujer a la que había sido capaz de amar.

Tal vez Scyros tardó menos en sentir aquel odio en la mirada del tolteca que en comprender que se había convertido en uno de mis hijos.

—No sé qué juego te traes entre manos, Fénix. Pero esto... —dijo mientras se erguía levantándose del suelo y señalando a Sheteck.

Sílex se adelantó a mi respuesta.

—Ten cuidado de a quién le pides explicaciones, Tuerto... —Se giró divertido hacia él—. Tu poder termina donde empieza el suyo.

—Cuando quiera tu opinión, te la sacaré a guantazos, Sílex —respondió Scyros como si tal cosa mientras el Astur levantaba las palmas de las manos como queriendo decir «Tú mismo, yo ya te he avisado».

—Estoy convencido de que serías capaz de sacarme también a mi lo que quieres oír a «guantazos» —dije yo—, pero, por desgracia, lo que voy a decirte no se parece en nada a lo que quieres oír.

Caminé un par de pasos hacia Scyros. Por un momento, pude sentir una pizca de miedo en su ser, pero fue inmediatamente sustituida por la determinación. Sentí la mirada de Licos en él. Nunca se amedrentaría, nunca temería... Aunque

la vida le fuese en ello. Por otro lado, no era mi intención asustarlo, tan solo pretendía acercarme a él para poder protegerle de las ansias de venganza de Sheteck, llegado el caso.

—Sheteck, ven aquí —le llamé—. Quiero que aclaréis una cosa ahora.

El tolteca se incorporó lentamente. Se acercó acechando como una pantera, observando detenidamente al Gigante, calculando dónde tendría que atacar para poder matarlo, hasta que empecé a hablar.

—Tú odias a Sheteck por matar a Ryu, por arrancar la vida a más de setenta condenados. Le odias porque ha matado a gente a la que amabas, le odias porque crees que el mundo estaría mejor sin él.

Me giré hacia Sheteck.

—Tú odias a Scyros por matar a Yalia, por arrancar la vida a más de trescientos de tus hermanos de armas. Le odias porque crees que el mundo estaría mejor sin él.

Se hizo un silencio extraño mientras ellos se miraban a los ojos. No sabría decir quién fue el primero en echar la vista al suelo. ¿Quién sabe? Tal vez porque el primero en hacerlo fui yo.

Escuché a Tanis rezar por Scyros desde el fondo de su corazón, mientras Tarik la miraba de hito en hito deseando en lo más hondo verla sentir eso mismo por él. Vi a Silvie mirar a Sílex con la mirada dura del que ha sido traicionado en demasiadas ocasiones.

—Es curioso... —dije yo—. El amor y el odio se parecen en algo, no entiendo por qué lo suele recibir quien no lo quiere.

Aquella frase me sirvió para matar cinco pájaros de un tiro: Tarik dejó de mirar a Tanis, Tanis dejó de mirar a Scyros, Silvie dejó de mirar a Sílex, Sheteck dejó de mirar a Scyros, y Scyros dejó de mirarme a mí.

—Si tuvieseis que pedir justicia, ¿quién de los dos me entregaría su alma primero?

—¡Yo cumplía órdenes! —respondió Scyros, pero antes de terminar la réplica ya estaba mirando a Sheteck con otros ojos. Y Sheteck ya no despedía el hedor amargo del odio.

—Los dos lo hacíais —dije yo—, pero él perdió más que tú, Scyros, así que respeta su dolor, porque ahora me sirve a mí, y ya le abandonó la vida.

Scyros dio un corto paso atrás y se encaró por completo con Sheteck.

—Fue un accidente —dijo en voz baja—. Nunca quise hacer daño a tu mujer. Ella se interpuso en la trayectoria de la lanza, lo hizo a propósito.

—¿Crees que no lo sé? —respondió el tolteca—. Recuerdo perfectamente lo que pasó. Lo que yo no podía perdonar era vuestra mera presencia allí. Y aunque ahora lo entienda, no puedo dejar de odiarte. Mantente alejado de mí. O juro...

—Permite que te dé algunos consejos sobre los juramentos, Sheteck —dije cortándole—. No jures nada que no estés en disposición de cumplir. Caminas porque yo te lo concedo, tu mundo no es el de los vivos y tu alma está condenada. Sirve a la justicia o sufre por ella... Es así de simple. Desde el día de tu muerte, Scyros ya no es tu enemigo. Tal vez el juego le convierta en tu adversario, pero seré yo quien decida cómo, cuándo y por qué.

Clavé en sus ojos mi mirada y esperé. Tan solo asintió en silencio, así que me giré hacia el Griego y proseguí:

—Esas son las normas del juego. Y vosotros dos las respetaréis o sufriréis las consecuencias de vuestros actos. Tal vez tú —dije señalando a Scyros— quieras sentir lo que sintieron todos y cada uno de los hombres que mataste, sus mujeres y sus hijos, sentir el sufrimiento que sembraste. Tal vez creas que es mejor aprenderlo así que sirviendo para que otros lo entiendan. Tres mil años de condena te han enseñado mucho, Scyros, pero sigues sin ver lo más importante: no basta con cumplir las órdenes; primero se reciben, luego se meditan y por último se ejecutan.

Dejé a Scyros frente a Sheteck, sabiendo que ya ninguno de ellos necesitaría ser defendido del otro, y me acerqué al Romano, que seguía de rodillas rastreando el sendero a la espera de cualquier gesto de ataque, viniese de donde viniese. En su mente, mantener a salvo a Joyko y a Marc era una obsesión gratificante.

Coloqué una mano sobre el hombro de Joy y la otra sobre el de Mell.

—Tengo que dormir. Mantened la calma, defended a la Alianza y esperad mis órdenes.

Ambos me miraron y asintieron. Él, convencido; ella, preocupada. Y yo regresé a mi lugar, esperando el porvenir de los acontecimientos en mi pequeño huevo, abandonando el peso del cuerpo de Marc, su sabor, su olor, sus miedos, sus recuerdos, sus deudas... y sus compromisos.

CAPÍTULO V

Tenemos que hablar

Cala Conta (Ibiza, Baleares, España)

—¡Me habéis destrozado la casa, joder! —gritó Alter en cuanto se despertó. El rostro de Marc se había transformado ya, y sus ojos se apagaron ganando poco a poco su color original.

Mientras, Joy le sujetaba la cara con cariño. Su primera reacción fue abrazarle, hasta que recordó el tirón que Tarik le había dado para arrancarle el anillo del dedo. Instintivamente, le miró la mano. Ya no tenía anillo alguno.

Marc tan solo cerró el puño y le dedicó una mirada cariñosa.

—Alguien tenía que ser capaz de sacrificarse... —dijo en un susurro, como si aquella explicación arrastrase todo el peso del mundo.

Luego extendió la mirada a su alrededor y vio en qué mísero boceto se había convertido la casa de Alter. El Muerto parecía estarlo y empezó a rebuscar entre los cascotes sin dejar de negar con la cabeza.

—¡Solo en el salón había más de un millón setecientos mil euros en cuadros! —dijo señalando hacia los escombros.

—Haber comprado láminas como todo el mundo, Marrargarito —le contestó Sílex mientras se acercaba a Marc sonriendo. A su espalda, Alter le enseñó el dedo corazón.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Marc. Sílex y Joy se miraron y después alargaron la vista hasta el Romano. Como tardaban en responder, Marc siguió hablando:

—¡Ya! No me lo digas, no me lo digas... «Estas cosas pasan», ¿a que sí? —dijo bufando como un crío.

—Pasan —respondió Joy.

—Pasan —respondió Sílex.

—Pasan —respondió Mell echándose atrás su eterno mechón rebelde.

Sheteck y Scyros no paraban de lanzarse miradas, unas cargadas de desprecio y otras tan solo de mutua curiosidad, hasta que Marc vio al tolteca.

—¡Tú! —gritó señalándole con el dedo—. ¿Qué demonios...? —Dejó la pregunta en el aire mientras se deshacía del abrazo de Joy.

El tolteca tan solo le encaró sin saber bien qué decir mientras, instintivamente, se colocaba cerca del cuerpo inconsciente del capitán de los Blue.

Marc acortó la distancia mientras desenfundaba una de las pistolas que llevaba a la espalda.

—¡Quieto, fiero! —dijo el Romano sujetándole la mano antes de que desenfundase el arma del todo—. Está con nosotros.

Marc se detuvo un segundo, miró al Romano a los ojos y después otra vez a Sheteck sin comprender.

—¿Estás de broma? ¡Es un sociópata!

—No tenemos tiempo para esto. Es decisión del Fénix.

Marc relajó la mano, se zafó de Mell y acortó su distancia con Sheteck.

Le lanzó un puñetazo con la zurda que la Pantera bloqueó sin dificultad, y luego otro con la derecha que terminó del mismo modo. Y cuando parecía que el asunto se iba a quedar así, agarró a Sheteck de cada mano y le descargó un cabezazo en la nariz que no habría podido parar ni el Tuerto.

Sonó a hueso roto, y Sheteck se fue al suelo con cara de sorpresa mientras la energía del Fénix le apañaba la fractura.

Marc tan solo se puso el dedo en la cara, donde Sheteck le había cortado en Montecarlo, e hizo el gesto del corte.

—¡Y aún te debo esta, hijo de puta!

El Romano le cogió del hombro y le empujó hacia atrás.

—Vale, ya solucionaremos esto, ¿ok? —le dijo, como un maestro en una riña de patio de colegio—. No tenemos tiempo.

Sheteck tan solo se puso en pie. Había recibido muchos palos en su extensa vida como para darle mucha importancia. Se limpió el polvo del suelo y se quedó mirando a Marc sin saber qué hacer ni qué decir.

A su alrededor, Tanis dedicó una disculpa a Luna, que tan solo asintió con la cabeza antes de lanzarle la pistola que le había arrancado de las manos en la pelea. Tanis, a su vez, saludó a los presentes, dedicándole al Turco una sincera sonrisa. De todos los presentes, ella era la única que alcanzaba a comprender lo

que significaba aquel «enroque» para Tarik. Le dedicó un guiño de complicidad que llevaba grabado un «me alegro», y después saltó al sendero.

Star se frotaba la mandíbula como si quisiese afeitarse la barba con los dedos, mientras Tarik le miraba pensando si debería decirle cómo hacerlo.

—Vaya con el peón —dijo Sílex sonriendo—. Está claro que sabe usar la cabeza.

Se escuchó alguna carcajada a medias mientras los nervios se templaban. Marc terminó por bajar la cabeza sonriendo y se buscó un sitio junto a la Geisha, que se ajustó a su costado como si fuese la costilla que le faltaba.

La situación general era de calma. Incluso Scyros parecía haber sonreído ante la broma de Sílex. Pero todo se fue al garete cuando Alter preguntó por Leo.

No le hizo falta la experiencia de tres mil años de vida para leer la cara de Scyros, para comprender por qué Star le esquivaba la mirada o para interpretar las nuevas lágrimas de Luna. Fue en ese instante cuando comprendió por qué había entrado en su casa llorando. Se quedó petrificado, como si le hubiese acertado un rayo de lleno, convirtiendo cada uno de sus átomos en humo. Sus ojos se quedaron muertos, y durante varios segundos pareció que iba a romper a llorar. Pero aquellos que le conocían, como Tarik o el mismo Scyros, sabían de sobra que Alter no lloraría en público.

—Quién... —Acarició el horizonte con la mirada fría y la mandíbula apretada esperando una respuesta. Scyros cruzó una mirada más con Sheteck, como queriendo decirle «Díselo tú, dile que tu socio ha despertado a Hell, dile que es su propia madre la que se ha cobrado la vida del único ser en el mundo que le importaba. Vamos... díselo».

—Ha sido Hell. —Terminó por decir Scyros, a lo que Alter reaccionó dando un pequeño traspié entre los escombros, como si durante medio segundo se hubiese quedado sin energía.

—¿Hell? —Su mirada parecía vacía, como si no tuviese alma. Balbuceó algo incomprensible y se dejó caer al suelo cruzando las piernas.

Algunas sirenas se escuchaban a lo lejos. La policía venía «volando» desde San Antonio. El brillo de las sirenas despuntaba en la oscuridad de la noche, dando al monte circundante el aspecto de un incendio azul. Antes de que se acercasen demasiado, Scyros repartió unas cuantas órdenes y la gente comenzó a desaparecer.

—La Alianza se reunirá en mi casa —dijo mirando a Mell—. Supongo que vosotros tenéis «potestad» para hacer lo que os venga en gana. —Lo dijo en un tono lo suficientemente tajante como para dejar claras muchas cosas. Consideraba al Fénix fuera de la Alianza por sus actos, pero si Licos no ordenaba lo contrario tendría que respetar la presencia de sus piezas en casa.

Luna se dio la vuelta, caminó un par de pasos hacia la playa y se proyectó al sendero. La siguieron Star y Silvie, que tan solo cruzó una última mirada con Sílex antes de saltar.

Cuando le tocó el turno a Scyros, se acercó a Alter y lo ayudó a levantarse.

—Siento tu pérdida, adelphos —Alter seguía sin reaccionar—, pero me temo que tienes que venir conmigo. —El Muerto tan solo levantó la mirada. Parecía inmerso en una película de terror. Miró en todas direcciones hasta encontrar la mirada de Sílex, que tan solo asintió.

—Tú no lo entiendes, Tuerto. Esto es más serio de lo que te puedas imaginar —dijo Alter, taciturno.

—Pues eso es lo que quiero, que me lo expliques —respondió el Gigante al tiempo que cargaba la vibración de salto. Se lo llevaría de allí por las buenas o por las malas, así que Alter se dejó hacer. Solo le restaba esperar las órdenes de Astarte.

Se miraron un segundo durante el que Alter parecía un juguete roto sujeto al brazo de Scyros.

Desaparecieron justo cuando el primer coche de policía entró en la finca, lo que arrancó al Romano una maldición.

—Estábamos en la playa, ¿ok? Solo hemos subido a ver si podíamos ayudar —dijo Mell volviéndose hacia los focos del primer coche.

—Claro, hombre, vestidos de largo y sin toallas —dijo Tarik en tono de guasa.

—Estábamos en el restaurante —rebatía Mell señalando hacia el local que despuntaba en el acantilado y cuyas luces se observaban a lo lejos.

—Claaaaaro... —respondió Tarik—, y a este le ha caído mal la langosta —dijo señalando al tolteca inconsciente mientras Sílex se ponía a caminar hacia su moto partiéndose de risa.

—Yo me largo —dijo entre carcajadas—. Tengo un llavero que a la policía no le hace ni puta gracia. Avisadme cuando el Fénix se saque otro «conejito de la chistera».

—Yo también voy armado —dijo Marc intentando entrar en la conversación, pero tan solo consiguió que le mirasen medio segundo.

—Pinta feo... —dijo Joy—. A este no lo podemos hacer saltar. Está vivo —dijo mientras comprobaba el pulso del capitán de los Blue.

Sheteck resopló mientras se erguía. Las constantes de su amigo eran normales, pero podría tardar días en despertar.

—Diremos que él y yo pasábamos junto a la casa y que le ha caído una piedra en la cabeza. Yo me quedaré con él y nos reuniremos con vosotros más tarde. Scyros no me ha dejado ni hablar. Hell ha reunido un ejército, está levantando... —Se quedó callado, no supo por qué, pero se quedó callado, como si los actos de Hell fueran una moneda de cambio demasiado valiosa para dársela a los que hasta el día anterior eran sus enemigos—. Dejémoslo en que tenemos que hablar —dijo al fin. Tal vez podría usar aquella información para salvar a su pueblo, si no a todos, al menos a alguno.

Mell y Tarik le miraron sin prestarle atención ni saber por dónde se da comienzo a una amistad nacida del odio más visceral. El primer policía ya estaba saliendo del coche.

—¿Sabes dónde está nuestro santuario de Sicilia? —le preguntó Mell.

—Sí —dijo Tarik. El Romano frunció el ceño—. Siempre he sabido dónde te escondías, Romano. Incluso he visto esa estatua tan bonita... —Le dedicó una de sus muecas antes de proseguir—. Milles gloriosus, ¿no?

—¡Vale ya de tonterías! Cállate o te comes los dientes —respondió Mell algo airado, pero no consiguió arrancarle a Tarik la sonrisa de la cara—. Quédate con ellos, y en cuanto este cuervo pueda volar preséntate en la torre.

Tarik miró el rostro del tolteca con su precioso tatuaje azul rodeándole los ojos, asomó un poco la lengua entre los dientes y respondió bromeando:

—Ok, en cuanto el Blue se despierte nos vemos frente a la estatua. —Volvió a sonreír—. No me esperes para cenar. —Acompañó sus palabras con alguna carcajada fingida y su sempiterna sonrisa de psicópata, a lo que el Romano solo negó con la cabeza mientras se quitaba el flequillo de la cara y se centraba en Marc y en Joy.

—Nosotros nos vamos a Sicilia en cuanto la policía nos dé un respiro.

—Llevo dos pistolas en los riñones —dijo Marc entre dientes sin apartar la vista del primer policía que venía hacia ellos de cabeza con la mano en la pistolera.

—Pues vamos a ver qué tal improvisas, Novato —dijo Mell sonriendo.

Joy giró un poco el rostro y le acompañó con la sonrisa. Le miraban los dos como quien mira a un gatito jugar con una bola de lana. Y él no era un gatito ni llevaba en los riñones dos bolitas de lana.

Se lanzó hacia delante y empezó a gritar en un perfecto castellano a los policías:

—¿Queréis daros prisa, joder?! ¡Aquí hay un hombre herido! —Empujó a una Joy sorprendida hacia el Romano y comenzó a caminar hacia la policía mientras desenfundaba una de las pistolas dejándola a la vista, sujetándola con dos dedos —. ¡Los terroristas han huido en dirección a San Antonio, os los habéis tenido que cruzar! ¿Quién cojones está al mando aquí?

Uno de los policías se fue derecho a por él con cara de no gustarle las bromas.

—Yo estoy al mando —dijo el policía disimulando el poco orgullo que sentía. Marc le dedicó una sonrisa. «Toma, gatito», pensó.

—Pues me temo que tenemos que hablar. —Le echó la mano al hombro y se lo llevó caminando hacia los escombros mientras Joy, Mell y Sheteck le miraban sin dar crédito.

A más de doscientos metros de la casa, Sílex permanecía en las sombras junto a una de las tapias de una villa. Desde allí podía rastrear a los hijos del Fénix sin llamar la atención, y las sombras engullían los brillos de la Harley.

Sacó el teléfono, marcó uno de los números de la memoria y esperó mientras veía a Marc hacerse con la policía. El chico parecía «espabilado». «Por desgracia, no va a salir vivo de esta», pensó.

—Zelt está fuera del juego —dijo Snake al otro lado de la línea. Su voz sonó neutral, como si le importase tan poco como el paso del tiempo.

—Mira tú qué alegría. Un loco menos en el mundo —respondió Sílex.

—Me ha visto —dijo la voz.

El Astur tan solo dio un gruñidito y arrancó la moto.

—No tiene importancia, el Dragón está temporalmente fuera del juego. ¿Provocó muchas bajas?

—Casi todas las piezas pequeñas están fuera del juego.

—¿Civiles?

—Unos cuantos.

—Reúne toda la carne de cañón. La vamos a necesitar.

—¿Dónde?

—Sicilia.

Se hizo un silencio incómodo mientras el Astur se frotaba las sienes con la mano libre.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Snake.

—Nos va a dar lo mismo. Súbelos a un barco, armaos hasta los dientes y esperad mi señal.

—¿Esperar?

—Tenemos un problema de los gordos. Estaré allí dentro de un rato. Voy a ver si encuentro un poema que guardé en mi casa de Oviedo hace más de mil años. Me va a llevar unas cuantas horas. ¿La niña está en casa?

—Creo que sí.

—Vale, luego te llamo.

Cortó la llamada suspirando. Le vino a la mente el sótano de su edificio en Oviedo, una casa solariega levantada por él piedra a piedra desde hacía más tiempo del que le apetecía recordar. Estaba llena de cajas y cajas, unas con reliquias de una vida demasiado larga, otras con documentos y libros que con solo rozarlos se convertirían en polvo.

—Diosssss —dijo furioso mientras aceleraba la moto y se preparaba para arrastrarla al sendero—. Me cago en el puñetero pajarito y en el huevo del que salió.

CAPÍTULO VI

El Príncipe del viento

Sede de la casa de Licos (Montecarlo)

Alter apuraba una cerveza belga mientras intentaba recordar los nombres de todos los condenados que veía a través del ventanal. La casa de Licos parecía un museo en obras. Al menos había contado unos sesenta condenados y más de un centenar de inocentes «civiles», que habían llegado a la casa en cuanto la Alianza limpió los cadáveres y los restos de sangre tolteca.

Al menos eso es lo que pensaban. Se habían dejado a un rastreador muerto colgando en el hueco del ascensor y uno de los operarios de mantenimiento se llevó un susto serio. Scyros le contó un cuento de hadas a la policía sobre un invitado a la fiesta, un hueco de ascensor y el exceso de alcohol, y se fueron dando las gracias por el café y los donuts.

Resultaba intimidante ver a media Alianza reunida. Se movían en grupos por las inmediaciones del edificio charlando como mafiosos en un entierro, esperando las órdenes de «el Padrino», Scyros, que las repartía a diestro y siniestro con la pericia que dan tres mil años de experiencia.

Arresto domiciliario. «Ya...», pensaba Alter, teniendo en cuenta que lo único que había quedado de su casa era un calendario del restaurante chino. Podrían haberle dejado tranquilo en sus islas en lugar de «agenciarle» un cuarto de invitados en la villa de Licos. Claro que oponerse a semejante muestra de generosidad le habría costado, cuanto menos, una buena pelea. Y mientras el Fénix siguiese declarando su afiliación a la Alianza, podía resultar peligroso para Astarte plantarle cara. Había que esperar el momento, y este se acercaba, podía sentirlo a su alrededor, contemplando a la Alianza como un niño a una granja de hormigas atareadas, confiadas.

Pensó que, al menos, la cerveza era buena y que aún se respiraba en el aire el perfume de Leo. Tragó saliva y se sentó en un sillón de cuero blanco frente al ventanal. Podía sentir al Espartano por todas partes, como si aún estuviese allí,

sobre las alfombras persas y los libros de derecho que se habían quemado en la pelea. Scyros los había recogido del suelo apretando la mandíbula, y casi se come a un chaval que tuvo la intención de tirarlos a la basura. Sin duda eran de Leo. Scyros tan solo había cruzado un par de veces la mirada con Alter, pero cuando uno está sufriendo ve con más claridad el sufrimiento ajeno. Y en la actitud del Tuerto había culpabilidad y dolor a toneladas.

Las horas transcurrían a su alrededor mientras las cosas volvían a su sitio, se lucían las paredes y se reparaban los tabiques. Los cristales reaparecían y los muebles se reemplazaban por el último grito en moda. Y en lo único en que no había intención de reparar era en el precio. Todo parecía formar parte de un plan perfectamente diseñado para contingencias como aquella. Y en menos de nueve horas la casa pasó de parecer que había sido azotada por un tornado a estar recién construida. Alter tan solo maldijo el olor a pintura porque se había llevado el de Leo, mientras comprimía su alma por dentro para no darle el gusto a la Alianza de verle llorar por él.

Ya casi caía la noche cuando Star regresó a la casa. Venía hablando por un teléfono móvil mientras marcaba un número en otro hasta que se encontró con Alter en el salón. Pasó de la sorpresa a la sonrisa en cuestión de un suspiro y apagó los móviles antes de hacerle a Alter una pequeña reverencia.

—Hola, Alter —dijo Star mientras colocaba los teléfonos encima del nuevo piano de cola—. Quiero que sepas que siento muchísimo lo de Leo. Supongo que es difícil hacer comparaciones, pero ha sido mi hermano durante más de dos siglos, así que creo que me he ganado el derecho a decirte que te acompaño en el sentimiento. —Se apoyó en el piano de cola, cruzó los brazos delante del pecho y se quedó mirando a Alter que, conmovido, esquivó su mirada asintiendo.

—Gracias. Creo que es la primera verdad que escucho hoy —respondió Alter con la vista perdida más allá del ventanal, donde los jardineros más rezagados plantaban de nuevo los rosales.

—Sé que esta visita no es de cortesía, Alter, pero quiero que sepas que estoy a tu disposición de todo corazón. No puedo enfrentarme a Scyros, pero puedo hacer todo lo que esté en mi mano para que estés cómodo entre nosotros.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —preguntó el Muerto.

—No lo sé. Scyros no dice por qué se hacen las cosas ni cuánto tiempo se hacen. Pero se lo preguntaré si lo deseas.

Alter solo negó levemente con la cabeza. Sabía de sobra cuánto tiempo duraría aquello: hasta que su madre tirase la puerta de Scyros abajo, o viceversa.

—Dicen que eres la torre de viento más fuerte sobre la tierra —dijo Star. A lo que Alter tan solo respondió girando un poco el rostro como queriendo aprovechar los cuatro rayos de luz que aún entraban por la ventana—. Debe de ser muy difícil controlar el viento, ya sabes. Con eso de que es impredecible, libre...

Alter se giró en el sofá y cruzó la pierna contraria entre molesto e intrigado.

—¿Libre? —respondió—. ¿Es eso lo que crees? ¿Que el viento es libre? —Sonó algo duro, como si estuviese ofendido o algo así, por lo que Star se encogió de hombros y se apresuró a responder.

—Eso es lo que dice la gente, ¿no? Ser «libre como el viento».

Alter le clavó los ojos un segundo y después asintió suavemente devolviendo la vista al mar.

—El que diga eso no sabe nada del viento.

Star levantó las cejas, meditó una réplica y después se la tragó. Sin lugar a dudas aquel hombre sabía más del viento que las veletas. Y él no era nadie en la materia, así que se quedó callado y acompañó a la mirada de Alter tras los cristales.

Tal vez fue esa muestra de respeto, o tal vez Alter estaba deseando hablar con alguien. Seguramente ambas cosas, pero el caso es que, después de suspirar un par de veces, el Griego se puso a hablar.

—Dicen que el viento es libre, que nadie puede retenerlo. Pero eso no es verdad, sino que es justamente lo contrario. Piensa en una burbuja en el mar. La ves ascender hacia la superficie y crees que es ella la que se está elevando. Pero no es cierto. La realidad es que el agua la está expulsando, la presión la empuja por todas partes con la única intención de arrancarla de su ser. La atmósfera hace lo mismo. La presión empuja el aire y es por su propio peso por lo que sube y baja; el sol lo calienta y lo eleva de nuevo; el frío lo lanza en picado hacia la tierra, y vuelta a empezar. El aire es lo que expulsas de tu camino cada vez que te mueves, cada vez que abres una puerta, cada vez que respiras, cada vez que te mueves. Tal vez por eso yo sé tanto del viento.

Hizo una pausa y le lanzó una mirada a Star, que se la devolvió con la boca ligeramente abierta, como un niño ante un teatro de marionetas.

Alter centró la vista como si de repente se hubiese quedado ciego, tiró del aire a su alrededor y los ojos se le cargaron del azul oscuro de Astarte.

—El aire está por todas partes, entra y sale incluso de ti, pero siempre lo hace a la fuerza. Por eso es el elemento más terrorífico de todos, porque puede negarse a hacerlo. Puede negarse a hacerlo todo. Puede dejar de apartarse de tu camino cuando lo empujas, puede dejar de darle aliento al hombre, puede dejar de huir y revelarse... Y cuando se revela —hizo un gesto, y un pequeño remolino levantó algo de arena en la playa llamando la atención de la gente—, cuando se revela se retuerce, se retuerce y grita, te arrastra para luego empujarte lejos de él, para intentar hacerte comprender el trato que le disputas cada día.

—Libre... —prosiguió—. Nada ni nadie es libre. La libertad no es más que una ilusión, una estatua con una antorcha levantada buscando la verdadera salida.

Se quedó mirando a Star esperando la pregunta. Y el Marshal se la hizo sin hacerse de rogar:

—¿Acaso existe esa salida? —preguntó.

—Me temo que Leo ya está al otro lado —respondió Alter, y por un segundo se pudo detectar su ansiedad, como un relámpago en el cielo. Alter deseaba morir, lo deseaba tanto como el viento la libertad. Pero el segundo se perdió y el relámpago se esfumó. Alter recuperó la triste sonrisa y el pequeño remolino de deshizo junto a las olas del mar.

—No te engañes, Star, el viento es para los que jamás se han sentido libres, no puede ser de otro modo. ¿Alguna vez has escuchado el grito de un tornado?

Star rememoró algunas ocasiones en las que había visto nacer tornados en la distancia. Los caballos los detectaban mucho antes que las personas y rara vez caminaban hacia ellos. Su rugido era brutal.

Tan solo asintió a la pregunta mientras se removía inquieto contra el piano.

—Pues lo que grita es «libertad».

Se giró de nuevo en el sofá, cruzó la pierna contraria y volvió a perder la mirada tras los cristales mientras Star se rascaba ligeramente detrás de la oreja.

—Nací cargado de cadenas de oro, sin saber más del mundo que lo que escuchaba tras las puertas o lo que leía en tablillas de cera y pergaminos quemados por el tiempo. Escapé para sentirme libre y me encontré con un mundo donde no podías respirar sin pagar un precio. Intenté romper mis cadenas con una espada, y lo único que conseguí fue un yugo eterno. He pasado tres mil años encerrado, esperando el día en que la única cadena que no pude

romper se rompiese sola; y cuando lo hace, me encierran en esta casa, lejos de lo que he llamado «hogar» durante toda mi vida. —Hizo una pausa para inspirar con fuerza, dando a su monólogo el tinte justo de desesperación como para que Star entendiese sus razones—. Agradezco tu generosidad y tu compañía. Incluso agradezco la oportunidad de aclarar tus dudas respecto al viento. Pero no te equivoques, soy el primogénito de Astarte. No sé si lo sabes, pero le llaman «el Príncipe del viento». No está acatando las órdenes de la Alianza, tan solo está esperando el siguiente movimiento del Fénix. Así que dile al Tuerto que a ninguno de los dos nos interesa que el Príncipe del viento se ponga a exigir su libertad... a gritos.

Star sintió un escalofrío y en su pecho el aire pareció negarse a salir. Pudo sentir a su alrededor la presencia de algo tan viejo y poderoso que hasta los rayos del sol se alejaban de su camino. La noche se abalanzó sobre la casa como un depredador, arrojando sobre todos la sensación de que algo peligroso se había escondido entre aquellas paredes. Pudo ver cómo la mayoría de los condenados más viejos volvían su atención hacia la casa, como si de repente fuesen conscientes de la presencia de un lobo en el redil. Algunos se quedaron mirando hacia Alter, como si los operarios hubiesen llenado el jardín de estatuas de carne y piedra, de espantapájaros, de fetiches y de talismanes protectores con la única intención de retener algo imposible..., al Príncipe del viento.

CAPÍTULO VII

Ya voy

Sede del Fénix (Palermo, Sicilia)

Mell contaba las copas de los árboles desde el ventanal de su cuarto en la vieja torre de Sicilia. Los olivos casi no dejaban ver el suelo. Los habían plantado en hileras con poco menos de tres metros entre ellos, algo que facilitaba el trabajo de recogida de la aceituna en la antigüedad, pero que en los tiempos modernos lo complicaba bastante. Al parecer, Joy había estado donando el preciado fruto a la comunidad, que enviaba a sus trabajadores sin saber que estaban haciendo su labor sobre un campo de minas.

En cierto modo, resultaba seguro, ya que el sistema defensivo tenía que ser activado desde la casa a través de una señal de radio.

Contuvo una mueca cuando las consecuencias de un descuido se le pasaron por la cabeza. Pero Joy no solía cometer errores. En todos los años que habían estado juntos, solo la había visto errar cuando tocaba el piano, y cuando cometía un error, no se repetía.

La tarde estaba resultando calurosa, demasiado para la primavera. El termómetro exterior marcaba treinta y cuatro grados, aunque dentro de la torre la temperatura no superaba los veintidós. El aire acondicionado no había parado de funcionar durante toda la noche, algo lógico si se tenía en cuenta que Marc y Joy no habían parado de hacer el amor como si el fin del mundo estuviese a punto de llegar. Aunque, por otro lado, parecía que lo estaba haciendo. Publio, Ursus, Leo... Tarik ahora formaba parte de su familia. «Vivir para ver», susurró mientras vaciaba la pequeña botella de agua mineral de un trago. Era una frase que su padre le repetía de niño. Aún podía imaginarle, con su túnica de hilo y sus calzones de lana, abrevando los caballos junto al río.

Mell, por su parte, agradecía el aire fresco, al igual que agradecía poder quedarse a solas con sus recuerdos. Echaba de menos a Lidia. Su presencia se había convertido en algo palpable, constante y cálido, como un manto o una joya

alrededor del cuello. Había amado a más mujeres en el pasado, aparte de Luna, por supuesto. Pero en su memoria tan solo eran piel. Podía recordar su tacto, incluso su olor, pero no las sentía como una parte de sí mismo. Ni siquiera a Luna. Tan solo a Lidia...

Casi sin darse cuenta levantó la mano izquierda y se la puso en el hombro derecho, donde, inevitablemente, estaría la mano de Lidia si estuviese viendo aquel atardecer junto a él. Y durante un segundo, como si de una jugarreta del subconsciente se tratase, sintió el roce de sus dedos y pudo sentir su olor a limón y a canela.

Se puso tenso y no pudo evitar levantarse de un salto, colocarse el flequillo y bufar como un gato.

Dejó la botella vacía sobre el primer mueble que vio y salió de su habitación intentando huir, aunque no supo exactamente de qué.

La nevera le dio la bienvenida en silencio, con su luz brillante y el tintineo de las botellas de cerveza y de agua de manantial. Cogió otro par de botellas de agua mientras en el piso de arriba se escuchaba una cacofonía de gemidos, gruñidos y crujidos de diverso pelaje.

Suspiró, se bebió otra de las botellas de agua de un par de tragos y regresó hacia su habitación con una sonrisilla en los labios.

«Juventud —pensó—, divino tesoro».

Se paró unos segundos ante la puerta de su cuarto mientras comprendía que el hecho de haber envejecido una vez lo había cambiado todo. Ya no se sentía fuerte, aunque lo fuese, ni se sentía tan capaz como antes de haber visto a su piel ganar arrugas cada año.

Sin duda era todo psicológico, pero eso no lo convertía en irreal. Lo sentía en la carne y en los huesos, y sobre todo en el corazón. Agarró el picaporte de la puerta y apoyó la frente en la fría madera de roble, convencido, en algún lugar de su mente, de que tras esa puerta Lidia le esperaba mirando el atardecer desde el ventanal. La imaginó allí, con un vestido rosa de gasa fina, su piel blanca y su preciosa sonrisa.

«¡Vamos, cariño, te lo estás perdiendo! —diría—. Solo hay un atardecer al día».

Tragó saliva, dejó a sus ojos llorar lo justo para un hombre muerto y abrió la puerta.

«Ya voy, cariño —respondió en su mente—. Ya voy».

En el piso de arriba, Marc dejaba sus incisivos marcados en el cuerpo de Joy, que permanecía exhausta sobre la cama. Acariciaba sus pechos y arremetía una y otra vez en su interior con la cadencia de un ariete, intentando arrancarle gemidos por sistema.

Empezaron el día anterior con la pasión de dos adolescentes, y pasaron luego a una especie de concurso de pericia en el que Joy, como toda mujer, empezó perdiendo, para un par de horas más tarde terminar ganando con diferencia.

Joy esperó el momento, y cuando Marc comenzó a temblar le volteó sobre la cama, se subió sobre él a horcajadas y comenzó a torturarlo con la maestría de alguien que aprendió cómo se hacía cuando ni siquiera había aprendido a leer.

Bailó sobre él hasta que su respiración se quebró y después se lanzó voraz hacia su cuello, contrayendo los músculos de su vagina para inmovilizar a Marc, deteniendo una vez más un orgasmo que prometía dejarle en estado de coma una semana si conseguía alcanzarlo algún día.

—Eres... —intentó decir entre gemidos—. Eres... malvada.

—Síííí —respondió ella siseando como una serpiente—, y te encanta.

El pecho de Marc se sacudió, conteniendo las carcajadas. Luego cogió impulso, sujetó a Joy por los muslos y se puso de pie apretando el cuerpo de Joy contra el suyo como si fuese un chaleco. El peso de la Geisha resultaría liviano para alguien como Marc aunque estuviese vivo y coleando. Dada la situación, resultaría tan fácil de transportar como un llavero.

—A Mell... —comenzó a decir Marc—, ¿no le molestará que le dejemos solo?

Joy apretó un poco las piernas, negó con la cabeza y volvió a enterrar los labios en el cuello de Marc.

—Créeme, si quisiese compañía ya estaría llamando a la puerta —le dijo en un susurro mientras asaltaba el lóbulo de su oreja.

Marc salió de la habitación con Joy sujeta a su cuerpo como un koala y cruzó por el pequeño salón privado de la torre hasta llegar a una pequeña nevera bajo la barra del bar.

Cada una de las cuatro plantas de la torre contaba con su habitación, su salón privado y su cuarto de baño, algo que Joy había copiado de la torre de Lee en Shun Zu.

—¿No tienes sed? —preguntó Marc mientras señalaba la nevera. Si ella no se lo facilitaba, difícilmente se podría doblar para coger algo del interior.

Joy se alejó un poco de él y le miró fijamente a los ojos. Después le dedicó una sonrisa, apretó las piernas, se soltó de brazos y se arqueó hacia atrás, abrió la nevera, sacó dos botellas de agua y regresó a su posición anterior; todo ello sin dejar a Marc salir de su cuerpo.

Abrió una de las botellas y se la ofreció a Marc.

—Vaya, ¿contorsionista?

Joy tan solo le devolvió una sonrisa perversa y luego giró la botella de agua fría, dejando que el contenido se vaciase sobre su pecho. El agua se precipitó hacia abajo, acariciando el abdomen de ambos y los genitales de Marc, que tan solo pudo dar un grito antes de que Joy tomase de nuevo el control. Le obligó a girarse, lo aprisionó contra la barra del bar y comenzó a agitarse con violencia mientras le agarraba por detrás de la cabeza y contraía una y otra vez los músculos de su vagina haciendo a Marc perder la poca cordura que le quedaba.

Airado, excitado, sediento... Marc giró sobre sí mismo, colocó a Joy sobre la barra del bar y la embistió con todas sus fuerzas, una y otra vez, mientras la Geisha le dejaba hacer. Por fin consiguió llegar al clímax mientras cada uno de sus músculos se estremecía. Sintió cómo todo su cuerpo temblaba, el corazón le latía con violencia y, aunque sabía que no necesitaba respirar para vivir, no daba abasto. Se dejó caer sobre las rodillas y, por último, se giró hasta apoyar la espalda en la nevera.

Joy se había quedado tumbada en la barra del bar con casi todos los huesos doloridos y una sonrisa de oreja a oreja grabada en el rostro. Hacía décadas que no había echado un polvo con todas las letras, así que dejó de respirar tan solo para poder escuchar a su corazón latir de nuevo. Por su edad, había ocasiones en que el corazón dejaba de latir durante horas. Incluso en el fragor del combate, latía lo justo para hidratar su organismo. Ya no había adrenalina ni tensión. Ya no había temor ni ira suficiente como para sentirse viva. Así que atesoró aquel momento, el bombeo en su pecho, la sensación de plenitud, y dejó caer la mano izquierda con la otra botella de agua, que quedó al lado del rostro de Marc.

—Toma... Bebe.

—¿Me la he ganado? —respondió Marc mientras cogía la botella. Tenía la garganta más seca que el cañón del Colorado, e incluso el agua con que se habían mojado había desaparecido.

—Es un pago a cuenta...

Marc se bebió aquella minúscula botellita de agua de un trago mientras se hacía una pregunta que estaba deseando responder: «¿A cuenta de qué?».

CAPÍTULO VIII

Más allá del espejo

Sede de los hijos de Licos
Montecarlo, 2006

Scyros parecía inmerso en una tormenta. En su mente no paraba de imaginar una y otra vez la muerte de Leo y podía sentir cómo el dolor pugnaba por despertar su carácter.

Curiosamente, seguía en aquel extraño estado que parecía haberse traído de su descanso. Casi estaba tentado a clavar otra vez la lanza en el jardín y ordenar directamente que le forrasen de yeso si con ello pudiera evitar que la rabia hiciese de nuevo su aparición. Pero no se lo podía permitir. El Fénix había tomado dama sobre la tierra, Hell estaba haciéndose fuerte por momentos y las Potestades tramaban algo, eso estaba claro. Bunne no aparecía en escena si no había algo oscuro y retorcido acechando en las sombras.

Desde la llegada de Alter al edificio, el Tuerto había decidido trasladar su centro de mando al sótano, donde el sistema informático le permitía mantener vigilado a Alter sin ponerle más nervioso de lo que ya estaba. A su alrededor, Luna buscaba información sobre los toltecas a través de la red: informes de encuentros y enfrentamientos con cualquier otro miembro de la Alianza, tradiciones, rituales, historia, mitos, leyendas... Cualquier cosa que pudiese ser útil en los días que se avecinaban. A su lado, Star intentaba encontrar información sobre la hora del Fénix. Estaba claro que un eón no hablaba por hablar, y aquello tenía algún significado.

«En caso de que Hell amenace la vida de alguno de mis hijos, exigiré la hora del Fénix. Y todo su esfuerzo se quedará en nada».

Estaba claro que el Fénix tenía poder para pararle los pies a Hell, pero ¿por qué amenazarla y no hacerlo directamente? El instinto le decía que si no lo hacía directamente era porque «la hora del Fénix», fuese lo que fuese, tenía un precio, y conocer ese precio se había convertido en una prioridad.

Scyros permanecía de pie, a sus espaldas, mirando a una y otra pantalla intermitentemente. De vez en cuando daba un bufido, se abalanzaba sobre la nevera, cogía alguna lata del interior y la cerraba de un portazo. Luego regresaba de nuevo a su sitio y se ponía a preguntar.

—¿Tienes algo? —le preguntó a Star, que parecía poseído por Windows.

—Fragmentos inconexos, alusiones, chorradas...

—Dame un ejemplo.

—Traduzco literalmente. Primer libro de Alexias. «Fina es la línea de la justicia, pero de sombra tan grande como las puertas del Hades. Huye... hasta la hora del Fénix».

—Yo ya he oído eso antes —respondió Scyros mientras recordaba a Ergara al borde del mirador—. Ergara lo mencionó hace mucho tiempo, durante una Carneia en Vigalar.

—Pues no creo que esté en condiciones de aclararnos el dilema —dijo Star rascándose la cabeza—. ¿Vigalar?

—Era un antro de eunucos en Pompeya —respondió el Tuerto antes de dar un trago y señalar la pantalla del ordenador.

Scyros asintió.

—Activa el GPS del collar de Talos, encuéntralo y dile que necesito hablar con él, que se reúna conmigo en la cueva. Las cosas nunca son lo que parecen, y menos si hablamos de eones. El juego existirá mientras exista el mundo, y si el Fénix ya ha exigido su «hora» y sigue saliendo el sol por la mañana, no es tan grave como lo pintan. Alexias siempre fue un tanto... ¿Cómo decirlo? ¿Dramático? —A su lado, Luna dio un bufidito, afiló la sonrisa y ladeó la cabeza sin dejar de mirar el ordenador.

—Lo único que sabemos es que va a morir gente —continuó Scyros—, algo que por otro lado pasa siempre que el puñetero Fénix se pone juguetón.

En ese caso, los tres asintieron inconscientemente.

—¿Qué tal se porta nuestro invitado? —preguntó señalando hacia uno de los monitores del circuito de seguridad donde Alter seguía sentado mirando al mar.

—De vez en cuando se pasa por la cocina, coge algo de beber y regresa al salón. Han pasado a saludarle unos cuantos, pero solo ha charlado con Silvie y conmigo —respondió el Marshal.

—¿Y se puede saber qué te dijo?

Star llevaba cinco horas esperando aquella pregunta. Sabía de sobra que con Scyros las exigencias terminaban mal. Siempre era preferible cogerle en el momento justo que rondarle mil años.

—Está agobiado, le encantaría volver a Baleares y está esperando una simple muestra de respeto por tu parte. Nos avisa de que Astarte es temperamental e imprevisible, y que no tolerará mucho tiempo este juego sin revelarse.

Scyros meditó cada palabra mientras mascaba su piedra imaginaria.

—Llévadle una botella de lo más viejo que tengamos en la bodega y decidle que hablaré con él en cuanto tenga un minuto. Ofrecedle sin rechistar cualquier cosa lógica que os pida y hacédle ver que si le tenemos aquí es por garantizar su seguridad.

Star se giró hacia el Tuerto y frunció el ceño antes de responder:

—Eso no se lo va a tragar ni aunque se beba la botella de coñac de un trago.

—Pues yo creo que sí. Por lo que me han dicho, su madre debe de tener muchas ganas de echárselo a la cara. Voy a bajar a hablar con Licos. —Hizo una pausa y se irguió por completo, rozando con el pelo el techo del sótano—. Si pasa algo, bajad a buscarme.

No recibió respuesta, pero tampoco la esperaba, así que se centró en recordar la cámara acorazada. Se trataba poco más que de una cueva natural a más de cincuenta metros de profundidad bajo la casa. Alexias ya la había agrandado mucho cuando Scyros se unió a los hijos del Lobo. La primera vez que la vio le pareció estar en el Hades. Era oscura y húmeda, pero sorprendentemente cálida. Al parecer, fue Talos el primero en entrar en aquella cueva, y fue gracias a él como Alexias entró allí por primera vez.

Como si fuese su madre, la Tierra le dio la bienvenida con un ligero temblor, como si tuviese la intención de reñirle por haber pasado casi una decena de años sin visitarla.

Suponerle consciencia a una tumba natural como aquella era una muestra torpe de superstición para un hombre que cargaba tres mil años en las espaldas. Pero, aun así, no pudo evitar susurrar una disculpa en su lengua natal. La primera vez que llamó a la piedra, la primera vez que sintió el verdadero poder de la Tierra fue allí dentro, bajo el látigo de Alexias. Cuando cruzó la primera cámara y se adentró en la tumba del que fue su maestro y amigo, no pudo evitar imaginarle sentado sobre su sarcófago de piedra negra balanceando las piernas mientras enrollaba su látigo de tres colas.

«¿Esto es todo lo que se te ocurre? —le reñía—. ¡Pues mal vamos, Tuerto!».

Aquella frase debía de estar impresa en las paredes de aquella cueva. Si no la había escuchado cien mil veces, habían sido doscientas mil.

Star había instalado un sistema de generadores eléctricos con una turbina magnética y vete tú a saber qué invento de los suyos. Pero el caso es que funcionaba y mantenía encendidas una serie de luces suaves de tono anaranjado que daban al lugar una atmósfera de serenidad. El enorme sarcófago de alabastro negro de Alexias destacaba en el centro de la cámara central rodeado de arcones llenos de oro, piedras preciosas, bonos del Tesoro de países que ya no existían, espadas de bronce bañadas en oro, coronas que habían pertenecido a mil reyes, escudos, joyas que harían a un anticuario enloquecer y recuerdos de momentos tan ocultos en la historia del hombre que sería imposible reconocer públicamente su existencia. Todo mezclado en un ordenado caos. Como la vida sobre la faz de la tierra.

Tras el sarcófago, junto a la pared, un enorme espejo de plata bruñida descansaba sobre un trípode de piedra. Seguramente, ese espejo tenía más años que Scyros, pero lo recuperó cuando ya se había convertido en condenado. Contaba ya con más de un siglo cuando se lo llevó a golpe de espada del templo de Era en Navarino (Actual Pilos).

Circulaban rumores sobre aquel espejo y se decía que los espíritus de los muertos podían hablar con quien se pusiese frente a él. Como siempre, eran verdades a medias. Los eones podían usar cualquier superficie que reflejase la luz para alterar el plano físico, desde una botella de cristal hasta un simple charco de agua. Scyros podría haber llamado al Lobo en cualquier lugar, pero la solemnidad de aquel sitio y la presencia de aquel espejo decían más del respeto del Tuerto que de la predisposición de Licos.

—Mi señor... —susurró el Griego mientras apoyaba su peso sobre el borde del sarcófago—. Mi señor, necesito consejo.

Su anillo vibró levemente y ante él, en el espejo, el regio rostro de Licos se perfiló lentamente con un brillo verde y dorado. El rostro le encaró al tiempo que parecía erguirse sobre la superficie de bronce. Llevaba una estola verde que le rodeaba los hombros y se perdía más allá de la realidad. Su rostro parecía cincelado en el cristal más puro, destacando unos pómulos altos y una mandíbula ancha, las sombras parecían recortar una barba inexistente, y su mirada escrutaba más allá de la piel y de los huesos.

Scyros lo sintió como una caricia. No pudo dejar de recordar a Leo, que tenía una forma de mirar muy similar capaz de calarte hasta lo más hondo.

No había asimilado por completo la muerte de Leo. Para él, parecía que estaba a punto de hacer su aparición, soltaría alguna de sus afiladas preguntas y después le discutiría la respuesta por sistema. La congoja le trepó por el cuello y no pudo menos que mirar al suelo y tragar saliva.

Licos, el de los mil nombres, le miraba desde el otro lado del espejo, observando el interior de su primogénito con interés.

—No sufras por él, hijo mío. Tan solo ha dado un paso más en su camino. Ha abandonado el dolor, ha saldado su deuda y ahora su alma es libre.

Scyros no dijo nada. Se quedó en silencio unos segundos buscando la sombra del sarcófago con la mirada, mascó lentamente su piedra imaginaria y, por último, suspiró antes de preguntar:

—¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué es la hora del Fénix?

La expresión de Licos no cambió en absoluto. Centró sus ojos en Scyros antes de fruncir levemente el ceño y responder:

—Es muy complicado, Scyros, pero intentaré complacerte. —El suelo empezó a vibrar con suavidad mientras la figura de Licos atravesaba suavemente los límites del espejo.

Al contacto con el aire, todo a su alrededor comenzó a distorsionarse. La realidad perdió su consistencia al tiempo que aparecían pequeños puntos luminosos en el aire. Poco a poco surgieron pequeñas esferas de diferentes colores alrededor de los puntos luminosos.

—¿Nunca te has preguntado por qué existe el juego, Scyros? —preguntó Licos mientras, a su alrededor, las esferas y los puntos luminosos ganaban en nitidez.

—Me lo he preguntado mil veces —respondió Scyros sin dejar de masticar el dolor que sentía, como si su piedra imaginaria le ayudase a digerirla.

—Te pondré como ejemplo el plano físico. Lo que ves es el universo, el universo físico. Las luces son estrellas. Como ves, están muy alejadas unas de otras, rodeadas de sus planetas, y estos, a su vez, de sus satélites. Desde tu punto de vista, las estrellas permanecen inmóviles, pero no es real. —Licos hizo una pausa y a su alrededor las esferas empezaron a moverse. Las más pequeñas giraban alrededor de las más grandes, y estas, a su vez, giraban alrededor de las estrellas. A su vez, las estrellas giraban unas sobre otras siguiendo un patrón de tamaño—. Las estrellas también se mueven, Scyros. Su densidad cambia con los

años. Una enana azul o una supernova poseen energía suficiente para atraer a las estrellas más viejas, y estas, a su vez, se equilibran con la tensión de otras, generando una danza cósmica de proporciones universales.

Una nueva pausa y el espectáculo en la cueva se volvió sobrecogedor, las estrellas fueron perdiendo tamaño y las esferas más pequeñas desaparecieron de la vista para que pudieran verse cada vez más y más estrellas. Unas eran inmensas y otras simples destellos en el aire. La imagen se alejó y alejó hasta que Scyros ya no era capaz de identificar la zona en la que Licos había iniciado su explicación.

—Curiosamente —dijo Licos—, las estrellas no colisionan, Scyros. Por mucho que alteremos el universo, este siempre recupera el equilibrio.

—Te sigo —dijo el Tuerto asintiendo.

Licos comenzó a reír con suavidad, como un padre al escuchar disertar sobre filosofía a un niño de cinco años.

—Me temo que no, Scyros. Tan solo asimilas lo que ves, pero «entender» lo que ves es algo que no resulta tan sencillo. Lo que estás viendo es la representación física de la realidad. Los motivos que mantienen así el universo y los principios por los que se rige son conceptos que la raza humana tardará millones de años en comprender.

Scyros tan solo asintió mientras perdía la vista en una acumulación de luces suspendidas a medio metro de él.

—Lo que observas ahora es la Vía Láctea.

El Tuerto tardó unos segundos en comprender lo que eso significaba. Aquel núcleo de estrellas brillaba como un anillo de brillantes a la luz del sol y ocupaba prácticamente lo mismo. A su alrededor se dibujaba un universo inmenso, núcleos de estrellas tan numerosos que se extendían por toda la cueva. Scyros descolgó la mandíbula intentando asimilar la magnitud que le rodeaba.

—Ahora te enseñaré su esencia —dijo Licos mientras hacía un suave gesto con la mano derecha.

El universo, a su gesto, comenzó a moverse ganando velocidad a cada segundo. Las estrellas brillaban lanzando destellos por toda la cueva. Algunas se inflamaban y otras se extinguían, giraban unas sobre otras, danzando en una coreografía inmensa. Scyros observaba sin saber bien cómo asimilar aquello. Durante su larga vida había aprendido de Licos muchas cosas. Había aprendido casi todo lo que se podía saber sobre la vida del hombre, sobre su naturaleza,

sobre sus defectos y virtudes. Sobre el mundo, sobre el Astral y el Sephyra, incluso sobre los eones. Pero nunca había alargado su mirada al universo.

—¿Qué me dirías si te dijese que como es arriba es abajo, que el universo es idéntico en todos sus planos, que la realidad es la misma en la hoja de un árbol, en una gota de agua o en un átomo? —dijo Licos dando un paso al frente e invadiendo el espacio de una enorme estrella brillante en el centro de la sala—. ¿Qué me dirías si te dijese que nosotros, los eones, somos como las estrellas? Nuestra densidad y nuestro poder varían. Algunos somos idénticos y otros somos opuestos. Algunos tienen el poder de una enana roja o de una gigante azul. Y al igual que una estrella es parte del universo, nosotros somos partes del Creador, y al igual que las estrellas tienen planetas a los que sostienen y alimentan, nosotros tenemos piezas como tú, que proteger y alimentar. «Como es arriba es abajo». ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Scyros tan solo asintió. No tenía demasiado claro el concepto, pero podía aceptarlo.

—Nosotros —prosiguió el Lobo— no nos enfrentamos directamente. Si dos estrellas chocan se destruyen la una a la otra. Por eso tomamos piezas entre los hombres, por eso mantenemos la distancia entre nosotros. Porque si nos enfrentásemos de forma frontal, como mínimo uno de los dos dejaría de existir durante mucho tiempo, y eso podría alterar la forma misma del universo. El juego es nuestra danza, Scyros, nuestra forma de manipular la realidad sin desestabilizar el universo. Puesto que ambos bandos, Tronos y Potestades, buscamos lo mismo, la evolución del hombre, lo consideramos un juego. Recuérdalo siempre, Scyros.

El Tuerto asintió recordando lo primero que Alexias le enseñó: «Ni buenos ni malos, tan solo un juego eterno y cruel».

Licos hizo un gesto con la mano y la imagen suspendida en el aire se centró en una estrella amarilla y muy brillante que comenzó a desplazarse fuera de la danza general del universo. Su patrón de movimiento era lineal, completamente opuesto a las demás, que danzaban en círculos y elipses perfectos.

—Hell —dijo Licos casi en susurros— es una estrella que ha decidido salir del juego. Se mueve hacia su objetivo sin dudar, sin respetar los patrones ni las normas. Pero las leyes que rigen el universo son inamovibles, inevitables. Toda causa tiene su efecto, y desde el otro extremo una fuerza de igual poder se activa

para contrarrestar su influencia. —El universo se expandió por la gran sala y otra estrella destacó entre las demás, roja e intensa, y comenzó a moverse hacia la primera.

—El Fénix —dijo Scyros asintiendo.

—El Fénix —confirmó Licos mientras la vista general giraba sobre sí misma.

Algunas estrellas parecían apartarse del camino de Hell; otras se cruzaban delante de ella, obligándole a cambiar levemente de trayectoria, pero seguían su camino ganando velocidad a cada segundo. Al otro lado, el Fénix hacía lo mismo en dirección contraria.

—Hell es un Trono que actúa como una Potestad, y el Fénix una Potestad que lo hace como un Trono. —La voz de Licos resonaba por toda la sala haciendo vibrar cada partícula de polvo—. Una quiere equilibrar el universo haciendo justicia, pero la locura nubló su juicio; el otro representa la justicia universal. Ella... Él... Opuestos perfectos. El universo siempre provee, Scyros, el equilibrio siempre prevalece. No te pido que lo comprendas. Sería mucho pedirle al ser humano —dijo Licos sonriendo mientras con un nuevo gesto el universo comenzó a extenderse de nuevo, agrandando sus constelaciones; primero núcleos de estrellas, después la Vía Láctea, después el sistema solar.

La vista se precipitó hacia la Tierra a tal velocidad que Scyros no pudo evitar sentir vértigo, atravesó las nubes y frenó el ritmo hasta detenerse sobre la casa de Licos en Montecarlo, justo sobre sus cabezas cincuenta metros más arriba. Alter estaba en el jardín acariciando una rosa enorme, una de las pocas supervivientes de la batalla con los toltecas. Scyros se agarró por inercia al sarcófago de Alexias y contuvo un gemido.

—Dos estrellas no deben chocar. Ambas lo saben —concluyó Licos.

Se hizo un corto silencio mientras el Lobo regresaba a su lugar más allá del espejo y la cueva se sumía una vez más en su penumbra anaranjada.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Scyros con algo parecido a un nudo en la garganta.

—De momento, nada —respondió Licos—. Tan solo esperar. Hell tiene al Fénix en dirección contraria. Es lo suficientemente poderoso como para borrar a los dos del universo y está completamente decidido a sacrificarse. Por otro lado, mantén preparada a la Alianza y continúa preparando el ataque a Tollan. A no ser que Hell y el Fénix se enfrenten antes de tiempo, esperaremos a ver los

movimientos de los demás. Las Potestades han fracasado una vez, pero no se darán por vencidas.

—Una cosa más —dijo Scyros—. ¿La hora del Fénix?

—En cinco ocasiones, el Fénix ha sacrificado su ser para cambiar el universo, y en cinco ocasiones ha renacido, transformando su ser en pro de la justicia. Gracias a su sacrificio, el ser humano conserva ese concepto desde que nace. No le subestimes. —Se giró de nuevo para encarar a Scyros—. Es uno de los jugadores más hábiles del juego, al igual que Hell. Tengo que reconocer que va a resultar un enfrentamiento interesante.

—Pero ¿cuál es el precio? —preguntó Scyros—. El precio de la hora del Fénix.

Licos desapareció del espejo mientras la realidad tomaba de nuevo la estancia. El espejo dejó de vibrar y la pared recuperó su color. El aire crepitó un segundo antes de recuperar la normalidad y la oscuridad regresó para acechar de nuevo en las esquinas.

La voz de Licos se extendió por la cueva por última vez, como un fugaz recuerdo de lo ocurrido.

—Tan solo tiene que encontrar a alguien dispuesto a sacrificarse. Pero recuerda una cosa, Scyros: tras su enfrentamiento, existe la posibilidad de que uno de los dos sobreviva, ya sea Hell o el Fénix. No permitas que una dama camine sobre la tierra.

Scyros se levantó del sarcófago mientras valoraba las consecuencias de esa orden.

—Si vence el Fénix, eso... sería traición. Está jugando para la Alianza.

—Dura lex sed lex (la ley es dura, pero es la ley) —contestó Licos mientras su presencia se perdía en el sendero—. El Fénix ha roto las leyes de la Alianza.

Scyros tan solo asintió mientras se giraba en dirección a la otra sala de la cueva. Nunca le gustó saltar al sendero delante de aquel espejo. Comenzó a masticar de nuevo su piedra imaginaria mientras su mente bosquejaba un plan capaz de sacar a un dios del juego.

Se encontró a Talos en la otra sala. Parecía que estaba allí desde hacía bastante tiempo, pues permanecía sentado sobre uno de los cuartos traseros y se rascaba detrás de la oreja izquierda con la tenacidad de un obseso. Se agachó a su lado y le acarició la cabeza.

—¡Hola, Peludo!

El enorme lobo acusó las caricias con un pequeño quejido cariñoso, una forma de hacerle entender que le había echado de menos.

—Yo también a ti, Peludo. —Le frotó un poco más fuerte la cabeza y se puso en pie—. Necesito que me cuentes todo lo que puedas recordar sobre la hora del Fénix. —Se curvó un tanto por la cintura hasta que pudo coger el morro de Talos y levantarlo hacia su cara.

—La hora del Fénix, ¿ok? —preguntó, a lo que Talos respondió torciendo el morro.

—Sé que me has entendido perfectamente, Peludo. —Se irguió de nuevo y se frotó las manos. Siempre le pasaba eso cuando acariciaba a Talos. Su tacto era extraño y su pelaje se sentía como miles de agujas de plástico tan finas como duras. Daban la impresión de ser púas preparadas para atravesarte la mano en cualquier momento.

—A la caída del sol —concluyó el Tuerto antes de proyectarse al sendero.

Talos se quedó parado unos segundos aspirando las entrañas de la hija del Sol y de la Luna. Olfateó el aire y sintió la presencia de Licos en la sala posterior. El aire estaba cargado de la energía estática que emanaban los eones, así que caminó despacio hacia él para presentar sus respetos.

Se adentró en la sala, rodeó el sarcófago de Alexias y se sentó frente al espejo. Al otro lado, la figura de Licos se perfilaba distante, como si esperase compañía entre las sombras.

—No le enseñarás nada —dijo Licos—. Primero irás a la tierra del Nervión, donde los osos duermen, ¿recuerdas? —El lobo giró la cabeza—. Le haremos una visita a un viejo amigo. Después, cruzarás el gran océano hasta las tierras del sur, allí donde la montaña de oro reluce —Talos asintió— y esperarás hasta que llegue el momento.

Sin más, Licos desapareció tras el espejo dejando a Talos sentado en aquella penumbra anaranjada. Soltó con fuerza el aire que retenía para limpiarse las fosas nasales y se puso en pie de nuevo, dio un pequeño quejido nervioso y se giró hacia el sarcófago de piedra negra, que brillaba reflejando la luz. Como habría dicho Alexias en esa situación: «Se acerca la hora de luchar», pensó. Sí, se acerca.

CAPÍTULO IX

Sheitz ha Bennú

*Mar de Dunas, cerca de Siwa
Desierto de Egipto, 531 a. C.*

El campamento se extendía en todas direcciones alrededor del oasis de El-Kharga. Los caballos habían arrasado con la poca hierba del vergel mientras los mercenarios persas hacían lo mismo con las palmeras datileras. Habían sacrificado casi todo el ganado ante los ojos de sus impotentes dueños, que tan solo podían rezar por una muerte rápida a manos del invasor. Por un simple augurio —pensaban—, por un insulto tan nimio como el llanto de un crío, Cambises había ordenado la muerte de todos los hijos e hijas de Amón.

El mundo entero creía que aquella bravata moriría antes de nacer, hasta que Cambises el Grande había arrojado su oro a las bestias. Cincuenta mil mercenarios compró. Cincuenta mil bocas hambrientas, cincuenta mil lanzas, escudos y espadas para garantizarse la muerte de los amonitas. El faraón Amosis II se encontraba en plena guerra con los hititas al norte y con los nubios al sur, y sus fuerzas estaban tan diezmadas que no podrían hacer frente a semejante ejército. Y lo sabía... No pudo más que tragarse el orgullo y rezar a los dioses.

Por su parte, los hijos de Amón se negaron a abandonar Karnak, convencidos de que su magia podría detener la masacre. «Los hundiremos en el gran mar», dijeron, pero el mar escupió los barcos persas al norte del océano de arena y el enemigo siguió avanzando. «La luz de Ra secará sus entrañas en el desierto», dijeron, pero acamparon de día y caminaron de noche, y a dos días de camino esperaban su destino trescientos sesenta y cinco sacerdotes y sus familias y dos mil cuatrocientos esclavos —hombres, mujeres y niños— tan incapaces de sostener una lanza como de contar la ingente cantidad de ellas que se les venían encima. Se quedaron allí, temblando a los pies de la sagrada efigie de Amón.

Gorn se ciñó bien la capa antes de salir de la tienda del general persa, un cabrón de noble cuna tan deseoso de bañarse en la sangre de los amonitas que parecía haber olvidado que le habían enviado a matar sacerdotes cebados, furcias y niños de pecho. El atardecer venía cargado de gritos desesperados. Los habitantes del oasis esperaban ver llegar al ejército en masa. Creían que disponían de todo el tiempo del mundo y pagaron caro su error tras ver cómo el horizonte se llenaba de caballos. Cuatro mil jinetes dieron cuenta de los hombres antes del amanecer, dejando a los niños y a las mujeres para más tarde.

Gorn calculó que aquella inmensa máquina de guerra aún tardaría un par de días en abastecerse de agua y procesar la carne y las pieles antes de seguir su camino hasta Karnak y dejar reducido aquel vergel a cenizas. Dos días... Giró el rostro y torció el gesto. No le gustaba estar allí, no le gustaba aquel hedor a hombres podridos por el horror de la guerra, no le gustaba aquel general pomposo tan cargado de perfume como una cortesana y, sobre todo, no le gustaba el desierto, la sensación del polvo incrustado en cada poro de la piel.

Se sacudió las vestiduras apretando bien los dientes, intentando ignorar la dentera de la arena escurriéndose entre los pliegues de la armadura de cuero, y siguió caminando hacia sus hermanos, que le esperaban a las afueras del oasis.

Talos permanecía sentado a los pies de Alexias, que tenía la mirada perdida más allá de las dunas. Había intentado tapar al lobo con arena, pero en cuanto hubo terminado, Talos se puso de nuevo en pie para hacerle la puñeta. Por suerte, estaban lo suficientemente lejos de los vigías como para pasar por un caballo pequeño.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Alexias en cuanto pudo sentir los pasos de Gorn.

—Mal... —respondió el Atlante—. Ese animal pretende zanjar el asunto con los jinetes mañana por la mañana.

—¿Para eso se traen un ejército hasta aquí?

—El ejército está aquí por si se presenta el faraón. —Hizo una pausa, suspiró y siguió hablando—. No necesita más que diez camellos y otros tantos animales de estos —dijo refiriéndose a los mercenarios— para pasar a todo el oráculo a cuchillo. Y lo peor es que lo sabe. No va a dejar ni uno con vida.

—Él no lo consentirá —dijo Alexias taciturno.

—Eso está claro.

Se hizo un silencio cercano mientras, a lo lejos, los llantos perdían fuelle ante las risas de los carniceros. Se podían escuchar claramente el llanto de un niño, los gritos de impotencia de una mujer y los ladridos de un perro.

—¿Qué hacemos aquí? Esta gente merece que el Fénix se dé un festín con sus huesos— dijo Alexias cruzando los brazos delante del pecho mientras Gorn asentía mirando al suelo como si estuviese viendo botar una pelota imaginaria.

A su espalda, los ladridos del perro cesaron bruscamente con un quejido, y Talos levantó las orejas en aquella dirección. Los llantos del niño murieron de la misma forma, y tan solo los gritos ahogados de la mujer permanecieron en el aire antes de convertirse en lamentos.

—Es un asunto humano, Alex. El Fénix no debería intervenir. Un rey tonto se ha enfadado con un sacerdote más tonto todavía, y la enemistad de Cambises y Amosis ya viene de lejos. Egipto está débil, y Cambises solo quiere una excusa para poder beberse el Nilo. Si el faraón se presenta, no solo perderá el oráculo de Amón, perderá todo Egipto... —Hizo un gesto con la mano para hacer entender a Alex que allí se apostaba mucho más que la vida de aquellos sacerdotes—. La Alianza no está aquí para dar la victoria a Cambises; tan solo estamos aquí para evitar que el Fénix se la quite.

—Eso es injusto.

—Sí —afirmó una vez más—, por eso mismo va a venir aquí con todo lo que tenga y nos va a dar la bienvenida —respondió, suspirando, mientras en su cara podía leerse claramente que no le hacía la más mínima gracia. Se rascó la barba canosa con nerviosismo, escupió y se giró hacia Talos, que había vuelto a dejarse caer sobre la arena.

—Conflicto de intereses... —susurró Alexias.

Gorn no respondió. Llevaba dos mil seiscientos sesenta y un años caminando sobre la tierra; de ellos, más de seiscientos como guardián de la Alianza tras la muerte de su predecesor. Se había enfrentado al Fénix en un millar de ocasiones. Conocía bien al «pajarito». Una injusticia de semejante magnitud, en su territorio...

—Me parece que los únicos que van a luchar aquí vamos a ser nosotros —dijo señalando al campamento—. Estos animales van a recibir el mismo trato que pensaban darle a Karnak y, por muy bien que luchemos, el Fénix se va a llevar a un montón por delante.

—Podemos marcar el sendero y reunir unas sesenta torres. Y no creo que las Potestades ayuden al Fénix en esto.

Gorn no lo tenía tan claro. Alexias era inteligente, fuerte y honrado, algo que no tenía por qué ser del todo bueno cuando uno cumplía una condena tan larga como las suyas. Estaba resultando ser una buena pieza, pero, con un milenio a la espalda, aún pecaba de iluso en demasiadas ocasiones. Podría darle un centenar de razones para hacerle entender que las Potestades podían llegar a ser tan diligentes como la Alianza, incluso podrían ayudar al Fénix y convertir ese desierto en un infierno sin una sola razón que al pobre Alex pudiera resultarle «lógica». A fin de cuentas, ¿qué hombre podía entender por qué los dioses actuaban como lo hacían?

Se frotó las manos y se dispuso a darle una de sus clases «rapiditas» sobre los eones cuando el anillo de Licos mandó el primer aviso. Tanto Gorn como Talos giraron la cabeza en dirección a las dunas al mismo tiempo.

Alexias tardó un poco más, y tan solo lo hizo por la reacción de los otros dos. Había sentido la vibración del anillo, pero no había sido capaz de interpretarla de forma acertada. El segundo aviso fue más constante y alargado, y consiguió erizarle el pelo. A su lado, Talos se puso en pie dando un pequeño quejido, metió el rabo entre las patas y miró a Gorn, que se había quedado petrificado con la vista perdida en la oscuridad.

Estaba empezando a clarear, pero el sol aún no despuntaba en el horizonte; tan solo su reflejo empezaba a teñir de rosa las nubes, que pasaban rápidas sobre sus cabezas. A su espalda, a unos trescientos metros, las primeras tiendas de campaña permanecían aún entre la oscuridad y el reflejo de las llamas de las fogatas, los caballos se ponían en pie resoplando y los hombres roncaban ignorando los sollozos de los prisioneros, el repicar de los herreros que reparaban las armas y las muelas de piedra que usaban los esclavos para moler el trigo, el maíz y la sal de roca. Pronto aquella máquina de muerte despertaría y su bostezo rompería la paz de la noche.

A Alexias aquel momento le resultó irreal, como robado a un recuerdo. Algo en sus entrañas le estaba diciendo lo mismo que a Talos y al bueno de Gorn, pero no alcanzaba a entender su magnitud hasta que pudo distinguir aquella triste figura en las dunas.

Venía caminando de forma irregular, como si estuviese al borde de la muerte. Llevaba una túnica sacerdotal de lino bordada en oro y cáñamo fino en tonos

blancos y amarillos típica de los hijos de Amón. No necesitó ni medio segundo para comprobar que era un condenado. Brillaba en el sendero como un peón, pero, a diferencia de los peones normales, su aura se arremolinaba a su alrededor como un vendaval. Cuando Alex dejó de rastrear y abrió los ojos, tenía una sonrisa en la boca.

—¿Nos manda un peón? —Casi suelta una carcajada—. Será una broma, ¿no? Tal vez solo nos trae un mensaje.

Esperaba una respuesta graciosa, tal vez un guiño o incluso una carcajada de Gorn, pero este permanecía mirando aquella figura distante como si el que viniese hacia ellos fuese el mismísimo Anubis.

Talos giró levemente la cabeza, dio un gruñido corto y dos pasos atrás con el rabo entre las patas, y Alex, sin saber del todo por qué, perdió la sonrisa mientras una sensación demasiado cercana al miedo le trepaba por las piernas.

—Eso no es un simple peón... —dijo Gorn susurrando—. Me temo... —Se quedó sin aire para seguir hablando, mientras una maraña de recuerdos sin sentido le pasaba por la cabeza.

—Escucha, Alex —dijo Gorn llenándose los pulmones de aire—, hay muchas cosas que no sabes de los eones y ahora no tenemos tiempo para hablar de todas ellas, pero presta atención a lo que te voy a contar. —Alex tan solo asintió antes de volver la vista de nuevo hacia aquel hombre que seguía caminando de forma errática hacia ellos a varios estadios de distancia—. El Fénix representa la justicia universal. Puede aceptar la naturaleza salvaje del hombre porque no le queda otro remedio, puede verle matar para sobrevivir, puede verle provocar dolor por imprudencia o locura..., pero no soporta la injusticia. Se ve obligado a hacerlo, la engulle como si le estuviesen obligando a comer un puñado de clavos y toma nota de ellas, las mastica... Y a cada bocado se hace más y más fuerte. Mientras, en su interior, va creciendo su verdadera hambre. En ocasiones, la sacia presentando la factura a un hombre o a un reino, hace justicia y se relaja, para seguir después engullendo más clavos, más y más deudas. Y cuando ya no lo aguanta más, cuando el hombre rebasa su límite... se cobra la deuda de golpe.

Talos dio un pequeño gemido y miró al cielo. Las nubes empezaban a teñirse del rojo intenso que precede al sol del amanecer. Inquieto, se acercó a Gorn, se pegó a su cadera y devolvió la vista a las dunas.

—A eso lo llamamos «Sheitz ha Bennú», «el día del Fénix» o «la hora del Fénix». —Hizo una pausa, colocó la mano sobre el hombro de Alexias y le obligó

a mirarle a los ojos.

Lo que Alex pudo ver en aquellos ojos grises le recordó la mirada de una mujer al saberse embarazada: una mezcla de ilusión y de miedo, de esperanza teñida de dolor.

—La última vez que lo hizo —siguió diciendo Gorn— mandó todo mi continente al fondo del mar.

Gorn volvió de nuevo la vista al desierto mientras acariciaba el lomo de Talos.

—No te puedo decir más. Yo aún no había cumplido cien lunas de condena cuando aquello pasó. Mi predecesor me contó todo esto. Al parecer, siempre utiliza un peón.

—¿Un peón? —respondió Alex—. ¿Por qué un peón?

Gorn negó con la cabeza.

—No lo sé. Tal vez no quiera arriesgar sus torres, tal vez tenga otro motivo. La verdad es que me gustaría saberlo. —Sonrió—. Se lo voy a preguntar.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Alex, incrédulo—. Si ese peón es lo que dices que es, Licos no nos puede pedir que sigamos adelante. Dejemos que se cobre su deuda.

—Nadie puede detener esto —dijo Gorn—, pero tienes que entender, tienes que comprender, que esta es una situación que nadie ha vivido para contar, al menos nadie que yo conozca. —Se pasó la mano por el mentón con nerviosismo—. Tengo que hablar con él, tengo que averiguar por qué lo hace, cómo lo hace.

—¿Será seguro? —Alex hizo aquella pregunta intentando que el miedo no despuntase en su rostro. Era lo único que enfadaba a Gorn. No toleraba el miedo, y cualquier muestra de debilidad era tratada con todo el desprecio que un hombre como él podía engendrar.

—No ha venido a por nosotros —respondió Gorn sonriendo—. No obstante... ¿Has sido justo, Alex? —le preguntó simpático mientras se frotaba las manos. La temperatura estaba empezando a cambiar y el frío siempre se podía percibir con más intensidad cuando el sol empezaba a templar la tierra—. Ese que viene hacia aquí es la materialización de la justicia, sin argumentos ni mentiras, Alex. Si le debes algo, más te vale salir de aquí cagando leches. —Lo miró inquisitivo mientras levantaba las cejas con humor e intentaba calentarse las manos sin mucho éxito.

Alexias meditó la respuesta, y a su cabeza llegaron recuerdos de gritos, la furia y el dolor de las lanzas, las lágrimas de muchas de sus víctimas, los lamentos de

mujeres como las que aquella noche habían encontrado la muerte en aquel oasis.

—Sin duda, le debo mucho—respondió.

—Pues sal de aquí —dijo Gorn muy serio—. Vete ahora y deja en paz a la Alianza. Ni un millar de torres le van a detener. —Miró al cielo. Las nubes estaban incendiadas por el reflejo del sol—. Hoy, no.

—¿Y tú? —preguntó el Griego—. ¿Tú no le debes nada?

Gorn se encogió de hombros.

—Tal vez... Pero yo ya tengo más que saldada esa deuda. Llevo tanto tiempo caminando por el mundo que ya no necesito sandalias. —Bromeó mirándose los pies descalzos—. Si quiere mi pellejo, que se lo quede, pero no voy a dejar pasar esta oportunidad.

La figura errática parecía haberse detenido a un estadio de distancia. De nuevo, aquella extraña vibración en el anillo. Talos dio un pequeño quejido, torció el morro y miró a Alex.

—Vete —dijo Gorn haciendo un gesto con la mano como queriendo restarle importancia al asunto—. Nos veremos en la cueva.

Alexias miró a sus compañeros con una súplica muda pintada en la cara, pero ellos mantenían la vista sobre la figura de aquel sacerdote, así que tan solo tragó saliva y comenzó a caminar hacia el campamento. A cada paso que daba alejándose de ellos se le atragantaba un poco más aquella orden.

Los presentimientos no eran lo suyo, le costaba mucho interpretar bien las señales del anillo y no tenía el más mínimo don para detectar problemas. Los combates más duros en los que había participado le habían encontrado dormido, borracho o indispuerto. Pero en esa ocasión sintió un nudo en la boca del estómago y le dieron ganas de darse la vuelta y regresar. Incluso se paró cuando ya estaba entrando en el campamento, se giró hacia las dos figuras lejanas y pudo ver cómo caminaban juntas en dirección al sacerdote. Un escalofrío le recorrió la espalda, dio un pequeño paso en su dirección..., pero al final recordó las palabras de Gorn: «¿Has sido justo, Alex?».

Se sacudió el polvo de los brazos y entró en la primera tienda abierta que encontró. Dentro, una mujer yacía muerta junto a unas pieles de oveja sobre las que dormía su asesino roncando a pierna suelta. Se detuvo un segundo para ver el rostro de aquella mujer. Tenía la vista perdida y claras marcas en el cuello de que había sido estrangulada, seguramente durante la violación. Tenía las

muñecas marcadas por las cuerdas y los párpados hinchados por la paliza que recibió antes de morir.

La primera vez que él violó a una mujer no pudo dormir durante tres días. Algo le dijo que aquello estaba mal desde el primer segundo, desde la primera mirada de dolor y el primer mordisco. Instintivamente, se acarició la muñeca donde aquel día aquella pobre mujer descargó su frustración contra él. «¿Has sido justo, Alex?». Tragó saliva y saltó al sendero.

Talos caminaba junto al flanco de Gorn. Cuanto más se acercaban a aquel hombre, más le llegaba el olor del miedo. No el olor que generaba una persona, sino el olor del sudor y la sal de las lágrimas, el olor del aliento seco y de la desesperación. Estaba sentado en la arena abrazando sus rodillas mientras golpeaba suavemente la frente contra ellas. Sin duda, estaba llorando. Teniendo en cuenta que era un condenado, que había caminado al menos un par de días por el desierto y que pertenecía a un eón de fuego, resultaba prácticamente increíble que pudiese llorar. Debía de llevar muerto muy poco tiempo; si no, resultaría imposible.

Gorn fue el primero en llegar hasta él, se detuvo a un par de metros de distancia y le saludó con la mano, asegurándose de no invadir su espacio de ninguna forma agresiva.

Parecía muy joven. Rondaría los veintitrés o veinticuatro años. Tenía el pelo negro y brillante tan largo y descompuesto que se perdía entre su espalda y la arena de las dunas. Estaba cubierto de sangre y sudor. Llevaba la túnica desgarrada en la espalda y las rodillas. Parecía sacado de una pesadilla, pero a Gorn le bastó una sola mirada a aquel rostro para comprender que aún estaba inmerso en una.

—Hola. —Acompañó sus palabras con su mejor sonrisa, mantuvo los hombros bajos y las palmas de las manos hacia arriba. Pero el muchacho seguía llorando como una plañidera, le temblaban las manos y no levantaba nunca la vista más allá de las rodillas de Gorn.

Talos se acercó un poco más, olfateando el aire. Se pasó la lengua por la boca y dio un par de pasos más hasta quedar prácticamente a un codo del chico.

—Talos... —susurró Gorn—, le vas a asustar.

El enorme lobo soltó un gemidito y dio un paso atrás mientras escrutaba el rostro del chico sin saber si un lametón lo calmaría o lo pondría en fuga como a los otros novatos que había conocido a través de los siglos. Lo meditó un par de

segundos más mientras miraba a Gorn de reojo, que seguía allí plantado como un bobo.

—Holaaaaa... —repitió Gorn—. ¿Puedes oírme, niño?

La palabra que utilizó fue *hunad*, «niño de pecho» en egipcio, una forma despectiva que se usaba con los adolescentes que aún actuaban como niños pequeños. De alguna forma, aquel pequeño insulto atravesó la neblina de dolor que envolvía a aquel hombre. Levantó el rostro y vio a Gorn, e inmediatamente después vio a Talos casi junto a él. Y como Talos ya se había imaginado que haría, se puso en pie de un salto y dio un par de pasos atrás.

—Tranquilo... —se apresuró a decir Gorn—. Tranquilo... —Hizo un gesto suave con las manos y se las enseñó haciendo un gesto con el pulgar derecho para señalarse el anillo de Licos en la misma mano—. Somos condenados. Soy Gorn, el Atlante, torre de Licos.

El chico pareció calmarse un poco. Miraba al uno y al otro con nerviosismo y con la cara típica de un alucinado.

—Y este es Talos —concluyó Gorn señalando al lobo, que se había sentado para no asustar más al muchacho.

La luz ya bañaba el cielo, pero no la tierra. Las nubes reflejaban la luz del sol, teñidas de rosa y carmesí. El aire fresco de la noche levantaba pequeñas nubes de polvo alrededor, mientras a lo lejos se escuchaba el repiqueteo de las piedras de moler y el relinchar de los caballos de Cambises. El muchacho se calmó bastante, sorbió por la nariz y después tosió el polvo del desierto.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó el Atlante dejando caer los brazos y dando un paso más hacia él.

—Horck —respondió él. Su voz sonó dulce para un hombre, pero a la vez estaba cargada de las notas fuertes de uno acostumbrado a hablar en público.

Gorn asintió con una sonrisa. No sabía muy bien cómo calmar al chico, ni siquiera sabía qué narices estaba haciendo allí. Tan solo sentía esa opresión en el estómago que acompaña al peligro, como si el tal Horck escondiese una cobra entre los pliegues de su túnica rasgada.

—Eres un hijo del Fénix, ¿no? —Ante aquella pregunta, el chico dio otro paso atrás temblando.

—Tranquilo... ¡Por los dioses, chico, tranquilo! No vamos a hacerte ningún daño.

En ese momento, el muchacho se quedó paralizado. Una sombra de terror le pasó por la cara antes de echarse a reír y a llorar de nuevo. Talos y Gorn cruzaron una mirada de incredulidad antes de que el chico hablase de nuevo.

—Tenéis que salir de aquí... —dijo susurrando mientras luchaba contra las lágrimas con las manos temblorosas—. Él no quiere hacer daño a la Alianza.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Gorn acompañó aquella pregunta abriendo mucho los ojos grises y curvando las cejas en un gesto tan cómico que el muchacho no pudo menos que detener su llanto y mirar a su alrededor. Parecía que estaba despertando de un sueño.

—Yo...

—¿Dónde están tus hermanos? —Tal vez si empezaba preguntando algo concreto el chico saldría de la espiral en la que estaba.

—El Halcón atacó el norte —respondió Horck—. Han muerto muchísimos inocentes. El Fénix los ha mandado a todos allí para apoyar al faraón.

El Halcón era el primogénito de Baal, la Potestad cuyo territorio lindaba con el del Fénix. Siempre andaban liados con rencillas y luchas de poder, pero el Fénix solía vapulearlo con facilidad. Le sacaba cuatro torres de ventaja, así que Baal raramente conseguía ganarle terreno. Esa información constataba la teoría de Gorn: el faraón no podría detener a Cambises si tenía a los hititas atacando el norte con la ayuda de Baal.

—Y si no estás en el norte, ¿por qué estás cubierto de sangre? —preguntó el Atlante.

Horck se miró las vestiduras como si no hubiese sido consciente de su aspecto hasta entonces, parpadeó conmocionado y se echó a llorar de nuevo.

—No lo sé. Me perseguían, y cuando me vieron levantarme dijeron que yo era un hijo de Anubis, que debían destruirme. Ellos no lo entienden. Nadie lo entiende.

En ese momento, Gorn lo comprendió todo. Abrió la boca, incrédulo, y se pasó la mano por la nuca.

—¿Hace cuánto que eres uno de nosotros? —preguntó, aunque ya estaba viendo venir la respuesta.

—Tres días —respondió el chico.

—¿Nadie te ha protegido? ¿Nadie te ha explicado el juego? —le preguntó.

El chico tan solo negó con la cabeza, sorbió los mocos y respondió:

—No sé nada de ningún juego. Hablé con él. Hicimos un pacto. Él salvará a mi gente, a mis hermanos y hermanas, a mis maestros... Alguien tiene que estar dispuesto a sacrificarse.

Talos dio uno de sus gemidos y un paso atrás mirando a Gorn. Estaba inquieto, con el rabo entre las patas y el lomo ligeramente curvado, como si quisiese echar a correr.

El muchacho levantó la vista hacia el cielo y se limpió el sudor de la cara. Miró a su espalda esperando ver al sol despuntar al horizonte, pero las dunas aún les mantenían en las sombras.

—Tengo miedo —dijo Horck entre sollozos.

Gorn se acercó un poco más a él.

—Si no conoces a tus hermanos, ¿cómo sabes dónde están?

—Porque él está aquí, conmigo. Me habla. Dice que os vayáis ahora. Todos van a morir.

—Allí abajo también hay inocentes —dijo Gorn señalando el campamento de Cambises.

—Está furioso y hambriento —respondió el chico negando con la cabeza—. No queda nadie inocente. Y los que quedan rezan por una muerte rápida. Puedo sentirlos, puedo escuchar sus súplicas.

Gorn se quedó sin argumentos. Sabía de sobra que lo que estaba escuchando era cierto.

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó, mientras a su lado Talos parecía estar intentando tirar de él hacia el campamento dando pequeños pasos hacia atrás. Horck se puso a sollozar otra vez y miró de nuevo a su espalda, nervioso, antes de responder.

—Cuando era sacerdote no tenía miedo a la muerte. Sabía que mi alma volaría hacia el sol. El hombre al que había matado no era más que un asesino de niños, y no pensé que Amón me condenaría por ello. Pero ahora... —hizo una pausa y se echó las manos a la cabeza—, ahora voy a ser uno con un ser más antiguo que el mundo. Mi ser morirá en sus entrañas como el Nilo en el gran mar, como una mota de arena en la inmensidad del desierto. Dejaré de ser yo.

—¡Puedes negarte! —le espetó Gorn—. Solo tienes que quitarte el anillo y... — Buscó el aro del chico en sus manos, pero no estaba allí. Se quedó mudo de golpe. Simplemente, aquello no era normal, nunca había visto a un condenado sin anillo, salvo Talos, que lo llevaba de collar.

—Es demasiado tarde para eso —respondió Horck abriendo los dedos de las manos mientras se las miraba—. Él está aquí —dijo señalándose la frente a continuación—. Está aquí, en su huevo ardiente, vibrando más fuerte a cada segundo, esperando a que el sol despunte.

—Tiene que haber una salida —dijo Gorn. Simplemente no podía entender que el chico estuviese atrapado por una promesa. Aunque él mismo lo estaba. Todos los condenados lo estaban.

—No —dijo Horck negando suavemente—. Él sabe que estoy dispuesto a sacrificarme. Simplemente tengo miedo. —Dejó caer la cabeza un instante y cuando levantó la mirada parecía otra persona. Esbozaba una sonrisa triste mientras sorbía una vez más la mucosidad de su llanto y el polvo del desierto.

Se quedó un segundo con la vista perdida tras la mirada de Gorn, después parpadeó y abrió mucho los ojos. Un fuerte escalofrío recorrió la columna de Gorn mientras su anillo comenzaba a vibrar con fuerza. El Atlante dio un paso atrás, asustado.

Talos gimió con fuerza y golpeó la cadera de Gorn con el lomo.

—Que Amón me perdone —susurró Horck en el mismo segundo en que el sol despuntaba las dunas.

Los primeros rayos le acariciaron el pelo, que empezó a brillar como si estuviese compuesto de millares de agujas de cristal. Incluso Gorn pudo sentir cómo algo en el interior del muchacho se rompía. Su pelo empezó a flotar en el aire mientras fibra a fibra se limpiaba del polvo y de los restos de sangre. Unas manos invisibles lo tejían y trenzaban mientras su rostro se transformaba lentamente. Su piel se clareaba, la suciedad y el polvo parecían huir de él mientras sus poros se cerraban y su piel se convertía en algo parecido a los cristales de sal. A medida que el sol le tocaba, la piel cambiaba. En su rostro se dibujó un gesto de sorpresa, se miró las manos y empezó a negar con la cabeza, al principio suavemente, pero en segundos lo hacía con desesperación.

—NO... ¡NO PUEDE SER! —gritó—. ¡NO PUEDE SER! ¡ÉL NO! —Levantó la mirada perdida hacía Gorn, pero ya no le estaba mirando a él—. ¡POR LOS DIOS! ¡AHORA LO ENTIENDO! —Levantó la vista al cielo. Las nubes reflejaban la luz del sol con tal fuerza que parecían estar ardiendo—. ¡¡¡MAS MI SECRETO ES TAL, QUE CUANDO EL SOL CUBRA DE FUEGO EL MUNDO EN EL QUE VIVES, EN LAS ALAS DE LAS NUBES VERÁS ESCRITO MI NOMBRE!!! ¡MI NOMBRE! ¡¡¡MI NOMBREEEEEE!!!

El sol cubrió su ser por completo y su túnica ardió en cuestión de segundos, dejando su cuerpo desnudo. Su piel brillaba como una gota de rocío al amanecer. Negaba con la cabeza con los ojos tan abiertos que parecía querer mirar a la vez el mundo entero. Entonces tembló de pies a cabeza, se calmó de golpe y sus hombros se relajaron. Dejó caer la mirada a la arena, y una pequeña lágrima carmesí asomó en su ojo izquierdo, inocente, pequeña y brillante, como si estuviese hecha de sangre ardiente.

Gorn sintió entonces la vibración más fuerte que había sentido en sus más de dos milenios de existencia. El anillo parecía querer arrancarle el antebrazo. Se lo agarró con la otra mano y se giró hacia Talos, que ya caminaba de lado hacia el campamento sin dejar de mirar al chico. El mensaje era tan claro y violento que no pudo evitar transformarlo en palabras.

—¡CORRE! —Talos lo miró gimiendo—. ¡CORRE! ¡CORRE! —Los dos salieron disparados hacia el campamento de Cambises. Sin duda, aquel era el sitio menos seguro del mundo en aquel momento, pero en su mente el pánico solo le pedía alejarse de Horck a toda costa, y la explanada era el único sitio por el que ganar distancia con seguridad.

Intentó proyectarse al sendero, pero Horck estaba absorbiendo toda la energía elemental de la zona con tal violencia que le resultó imposible hacerse con nada. Era como correr contra un huracán intentando robarle algo de aire para poder respirar.

Talos mantenía el ritmo de Gorn con facilidad, mientras el Atlante corría a todo lo que le permitían las piernas. Cuando pasaron junto a los primeros vigías los encontraron durmiendo junto a sus lanzas, sin duda «temerosos» de un posible ataque del faraón. Ni siquiera abrieron un ojo para ver a qué venía tanto alboroto.

El lobo dio un vistazo rápido a su espalda. A lo lejos, la figura de Horck brillaba como un espejismo en las dunas, y aquella pequeña lágrima descendía por su rostro tan despacio como las sombras de las tiendas lo hacían por la arena.

Al fin, cuando rodeó su barbilla y se precipitó hacia el suelo, el tiempo pareció haberse detenido un segundo. Gorn sintió un último tirón en el anillo antes de que este se quedase mudo. Talos aflojó el ritmo para mirar hacia atrás una vez más, y las nubes se detuvieron en el aire como si el viento hubiese muerto de golpe.

Cuando la lágrima tocó el suelo, la arena alrededor del sacerdote se levantó dos metros en el aire y una enorme nube de polvo se extendió en todas direcciones. Medio segundo después, la arena se inflamó. Millones de partículas de polvo ardiente se extendieron como si una estrella hubiese caído del firmamento. A su espalda, las dunas se cristalizaron por el calor y la ardiente arena se convirtió en piedra, mientras hacia delante la nube de polvo rojo empezó a ganar velocidad en dirección al campamento. Metro a metro, la nube devoraba el suelo levantando más cristales ardientes.

Un estruendo aterrador lo llenó todo. Dejaron de sentirse los gritos y los sollozos, los lamentos y los relinchos de los caballos, que se encabritaron e intentaron huir llevándose todo lo que encontraban a su paso. Los soldados se quedaban paralizados al ver la nube de polvo ardiente avanzar hacia ellos. La mayoría pensaba que solo era una tormenta de arena, otros intentaron ocultarse en las tiendas o taparse con mantas de piel. Pero cuando la nube tocó la primera tienda de campaña la redujo a cenizas casi en el acto, y los hombres fueron devorados por millares de agujas de fuego que se comían la carne, el metal y los huesos con la misma facilidad que las langostas el trigo tierno. Los gritos de pánico se extendían por todas partes mientras la nube no dejaba nada más que ceniza a su paso.

Gorn seguía intentando saltar al sendero, pero no encontraba forma de arañar energía para hacerlo. Había cometido unos cuantos errores aquel día: debía haber cargado el salto antes de acercarse a aquel hombre, debía haber huido al primer aviso, debía haber recordado que su opuesto era el fuego... Aquella nube le destruiría, sin lugar a dudas.

—¡Corre! ¡Sal de aquí! —le gritó a Talos, que seguía corriendo a su lado. El lobo tan solo giró el rostro hacia él sin dejar de correr. Durante aquel segundo fue fácil reconocer su consciencia más allá de su aspecto animal—. ¡Te he dicho que te vayas! ¡Yo estoy perdido! ¡Enséñaselo a Alex! —El lobo gruñó con fuerza y miró hacia atrás. La nube de arena se acercaba cada vez más deprisa. Los hombres se convertían en polvo al igual que los caballos; el metal de las lanzas se fundía en el acto y las armaduras de hueso brillaban antes de convertirse en ceniza—. ¡VETE!

Talos meditó las posibilidades que tenía de salvar a Gorn. Había intentado avisarle un centenar de veces y aquel humano terco no había escuchado. Si conseguía robarle algo de energía al Fénix podría cargar el fuego y la tierra, así

podría sobrevivir a la nube de fuego. Tal vez podría proteger a Gorn, pero no conseguiría robarle su elemento a un dios del fuego. Miró a Gorn e intentó despedirse de él. Le llegaba la hora como a tantos otros antes. Un guardián de la Alianza caía y Licos levantaba otro en su lugar. Siempre había sido así y siempre lo sería. Era el espíritu del juego.

—¡VETE! —gritó Gorn y después se paró en seco, miró al lobo y le dedicó una sonrisa.

Talos siguió corriendo incluso cuando vio cómo la nube devoraba a Gorn sin hacer distinción alguna con el resto de la vida a su alrededor. Las palmeras se desmoronaban convirtiéndose en ceniza antes de tocar el suelo, los hombres gritaban, los caballos corrían... Talos apuró el paso y comenzó a parpadear en el sendero. Por suerte, ese don no dependía de la energía elemental. Comenzó a ganar distancia a la nube de fuego y atravesó el campamento de lado a lado, archivando en su memoria el rostro de aquellos hombres. Vio los cuerpos de hombres, mujeres y niños amontonados, con sus huesos al aire y la mirada seca, y a una mujer que se levantó moribunda para abrir los brazos y, sonriendo, dar las gracias a Amón por haber escuchado sus súplicas. La nube la borró de la tierra como a una huella en la arena.

Talos corrió y corrió, dudando que aquella nube dejase de perseguirle algún día. Pero al final lo hizo. A unos quinientos estadios del arrasado oasis la nube empezó a frenar y el lobo detuvo la carrera. Se giró hacia ella gruñendo y aullando de impotencia. La arena se levantó hacia el cielo, se detuvo un instante y comenzó a posarse de nuevo en el suelo. Unos minutos después tan solo quedaba el desierto. Talos aulló con vehemencia mientras se sacudía la arena del lomo. Estaba furioso y triste a partes iguales. Le dolía el corazón cuando rememoraba la imagen de Gorn sonriendo mientras la nube devoraba su figura.

Sacudió el morro y dio un quejido de pena mientras dejaba descansar la vista. El padre (el Sol) lucía con fuerza reclamando a su hija, acariciando su cuerpo. No pudo dejar de pensar que lo que había hecho era rascarle una costra purulenta.

Aquellos hombres estaban podridos, estaban muertos mucho antes de la llegada del Fénix. «Enséñaselo a Alex», recordó. Torció el morro y se pasó la lengua por los labios mientras Licos anulaba esa orden con un suave tirón de su collar. Ya era la tercera vez que veía aquello, aunque en esta ocasión lo había visto de cerca. Demasiado cerca.

La hora del Fénix había comenzado. Caminaría por la tierra hasta cobrarse su deuda.

CAPÍTULO X

Punto de ruptura

Afuera de Palermo (Sicilia)
Sede de los hijos del Fénix

Marc despertó con las manos en la cabeza e intentó gritar, pero no pudo. Tan solo se quedó paralizado con los dedos aferrados a las sienes mientras en su interior la secuencia de imágenes se perdía en la memoria, como un mal sueño. Podía sentir el huevo en el interior de su cabeza, incluso la sensación de la arena del desierto entre los dedos de los pies. Pero el sentimiento más persistente era el terror. El terror que sintió aquella gente le cubría la piel, como si formase parte de su sudor.

—¿Estás bien? —La voz de Joy le llegó como una luz apartando las sombras. Sintió su aliento en la espalda, así que tan solo se giró para abrazar su pequeño cuerpo. Estaban llegando a un punto de ruptura. No conseguiría explicarle a Joy todo aquello. El problema no era contarle lo que había soñado, sino expresar lo que había sentido.

En ese momento aquellos recuerdos parecían querer enterrarse en su memoria como un topo, rascando con vehemencia la superficie de su alma para poder ocultarse de la luz, cada vez más y más profundo, hasta que desaparecieron. Marc tan solo pudo intentar asir fragmentos de aquella visión: una lágrima de fuego, una mujer sonriente que cerraba los ojos y abría los brazos mientras una nube de fuego la engullía, Gorn, Talos, Alexias...

—Nada... Cosas que pasan. Ya sabes... —respondió al fin mientras cubría el hombro de Joy con sus besos.

CAPÍTULO XI

Plumas de fuego

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

Aris se sentía cansado. Había pasado el día observando el mundo que le rodeaba, había ojeado libros y revistas modernas, había estado viendo la televisión ante la mirada atónita de la guardia Blue, que no alcanzaba a comprender el motivo por el que su dios-hombre, Arishalotek, permanecía ensimismado con las cosas mundanas. Cuando Hell se hartó de mirar el mundo moderno, algo que no tardó en suceder, ordenó a la corte y a sus guardias que le dejaran solo. Aunque estar «solo» resultaba algo del todo imposible mientras ella ocupase su cuerpo.

«¿No es el mundo que esperabas?», preguntó Aris mientras abría y cerraba las manos. Dados los pocos momentos en que podía dominar su propio cuerpo, había pasado a valorar enormemente movimientos tan absurdos como ese. Sentir el ritmo del aire en su pecho, tragar saliva... cosas que nunca creyó que podría añorar.

«No...», respondió Hell en su interior. Parecía haberse relegado a una esquina de su subconsciente por voluntad propia. La sintió débil y cansada. Normalmente, habría agradecido ese estado, incluso parecía que era él quien dominase la situación, pero sabía de sobra que era solo una quimera. «Solo pensé que la Alianza aprovecharía mejor la ventaja. Han tenido tres mil años para dominar el juego. Y el resultado no merece tres mil años de sacrificio».

«¿Sacrificio?», dijo Aris frunciendo el ceño y con el desprecio pintado en el rostro.

«Calla... Ocupa tu tiempo en disfrutar del poder que tanto ansiaste, mantén la ceguera del hombre-mono, sigue creyendo que soy un demonio, o un espíritu malvado o lo que sea que tu ridículo fanatismo estipule. Estás tan lejos de entender mis razones como un gusano de entender lo que es el sol. Yo represento el equilibrio. Lo violé para darle al ser humano la oportunidad de

cometer errores sin tener que pagar por ellos. Yo convencí a Salomón para que atase la voluntad de muchos de mis hermanos, yo les quité la espada a los verdugos del mundo... Y durante estos tres mil años he pagado el precio, esperando que, sin las Potestades, el hombre creciese en libertad. Y esto... —Dio una fuerte sacudida tomando de nuevo el control de Aris mientras señalaba con el dedo al enorme televisor de plasma que había en las habitaciones del chamán—. ¿Esto es lo que habéis hecho con el tiempo que gané para vosotros?».

Una vez más, Hell se retrajo en su interior, como si hubiese recibido una bofetada.

«La Alianza ha seguido influenciando al hombre —respondió Aris— decidiendo quién ordena y quién manda, destruyendo linajes, manejando los hilos».

Hell se retorció en sus entrañas antes de responder con un susurro en el interior de su mente.

«La Alianza respeta la vida y las decisiones del hombre. O al menos lo ha hecho hasta ahora. Yo les entregué el universo, pero de la misma forma creé un desequilibrio que ahora va a rectificarse».

«¿Vas a darle el mundo a las Potestades? ¿Es eso lo que vas a hacer?».

«Intenta entender. —En el interior de la mente del chaman surgió una imagen. Era un péndulo estático—. Mis actos empujaron el péndulo hacia un lado. —La imagen del péndulo comenzó a moverse despacio hacia un lado—. Y mi obstinación lo mantuvo en tensión durante estos últimos tres mil años. Pero ahora el péndulo se ha soltado, y por la ley del equilibrio... —la imagen se movió y el péndulo se fue hacia el lado contrario con fuerza— tiene que restablecerse».

«¿Por qué no sigues sosteniéndolo?», preguntó el chamán.

«Alguien destruyó mi cuerpo. Mi vínculo con este mundo se agota. Los condenados que he levantado entre tu pueblo me mantendrán aquí un poco más, pero mi vibración crece empujando mi ser hacia el Sephyra».

«¿Te quedas sin poder?», preguntó Aris sin poder contener cierta esperanza.

«Pobre mono... ¿Realmente crees que es tan simple? ¿Crees que somos máquinas? ¿Que nos podemos quedar sin “batería”? —Una vibración sacudió el cuerpo de Aris, como si Hell pretendiese hacerle cosquillas—. Soy una parte del universo, eterna, inalterable... y es el propio universo quien me alimenta. El mismo que me da vida me condena».

Aris tan solo apretó la mandíbula; la prepotencia de Hell le parecía insoportable. Pero a su vez, esa esquina de consciencia que compartía con ella le hacía comprender que tenía razón, que nada de lo que él creía estaba a la altura de las circunstancias.

«El bien y el mal —continuó diciendo Hell—, el cuento de nunca acabar, la falacia, la eterna estupidez que arrastráis desde el día que veis la luz por primera vez. ¿Qué es lo que crees que busco, tu alma? ¿Acaso crees que el alma es como una prenda de ropa? ¿Que puedes ganarla o perderla, hipotecarla, venderla? ¿Acaso crees que puedes disponer de tu propio ser? Imagino que crees que la eternidad tiene precio, un precio que los dioses pueden pagar por ti».

Aris tan solo pudo guardar silencio mientras escrutaba su propio rostro reflejado en las paredes de oro.

«Ignorar la realidad que veis cada día en todo lo que os rodea convierte vuestra ignorancia en estupidez. Os creéis este cuento por vuestro propio bien, porque siempre es más fácil creer una mentira que asimilar la verdad. Sois solo un sueño, una forma de aprender para el Creador, una forma de experimentar la realidad para vuestra alma inmortal, que a su vez es parte del Creador. Sois solo una hoja del gran árbol de la vida».

Aris no sabía qué responder ni cómo hacerlo, así que tan solo guardó silencio.

«Lo único que busco es cumplir con mis promesas. Prometí enseñar al hombre, prometí no cuestionar sus decisiones, prometí mantener el equilibrio».

«¿Y qué es lo que pasó?», preguntó Aris. La pregunta fluyó de él por simple interés. No se percibió en ella la malicia del enemigo buscando un punto débil. Para Hell, aquella pregunta fue como un bálsamo. Por primera vez, aquel mono preguntaba algo con la intención de aprender, así que le respondió.

«Pasó que la humanidad pesa demasiado en los eones, pasó que quise salvar a mi hijo de la esclavitud que se ganó con sus actos, pasó que creí que el ser humano merecía algo de tiempo libre de la crueldad de las Potestades, pasó que no fui capaz de ver que la crueldad también forma parte de vuestra naturaleza, pasó que traicioné a mis hermanos y a mí misma, pasó que malgasté tres mil años que no me pertenecían, pasó que cercené una de las manos del Creador... Y eso fue como quitarle un brazo al alfarero. Y ese —hizo una pausa señalando al televisor— ha sido el resultado».

Una vez más, Hell se fundió en su interior. Pudo sentirla, caliente y delicada como la brisa en el desierto, buscando un rincón en su mente donde

acomodarse, buscando datos en las experiencias de Aris, en su subconsciente, en sus recuerdos. En cambio, más allá de la piel sentía el frío que emanaba, como si el mundo de los vivos, día a día, se enfrentase más a ella, intentando expulsarla de la realidad.

Y comprendió. El mundo la repudiaba, por eso el aire se enfriaba a su alrededor, por eso necesitaba el cuerpo de Aris para refugiarse.

«Vaya... —susurró Hell—, parece que empiezas a comprender lo más básico».

«Se te acaba el tiempo».

«Dispongo de todo el que necesito».

«¿Qué pretendes conseguir?». De nuevo Aris preguntó sin malicia, tan solo deseaba comprender sus motivos, las razones que la habían llevado a todo aquello.

«Devolveré el equilibrio al mundo, el mismo que le quité».

«¿Cómo?».

«Tu pueblo perderá a aquellos que aplaudieron tus actos. Les daré a las Potestades el tiempo que les quité, sacando a la mayor parte de la Alianza del juego. Y regresaré al Sephyra».

«Lo que pretendes no devolverá el equilibrio, tan solo desequilibrará la balanza al lado opuesto», dijo Aris, y pudo sentir cómo Hell se sorprendía en su interior.

«Exacto —respondió la diosa—. Empiezas a comprender. El universo es complejo. No está en mi mano dejar las cosas como estaban antes de mis actos. Yo tan solo puedo facilitar el proceso. Para que regrese la estabilidad hay que compensar el pasado».

«¿Tres mil años para las Potestades?».

«Otra pregunta acertada —contestó Hell—. Pero... soy un Trono de la Alianza».

Se hizo un silencio espeso. Aris esperaba la respuesta con cierta ansiedad. Empezaba a comprender los motivos de Hell: había roto las reglas del juego en el pasado y por eso se veía obligada a hacerlo de nuevo. Pero si algo había aprendido de los eones a lo largo de su vida, a través de los cientos de libros que había leído y de las respuestas que había buscado, era que nunca actuarían en contra de su naturaleza. Hell era un Trono de la Alianza, y arreglar lo que había hecho supondría entregar el mundo a sus enemigos, y eso estaba en contra de esa naturaleza.

«El universo ya ha generado mi opuesto tolteca. Viene hacia mí para compensarme. Me detendrá, o al menos minimizará los daños que estoy provocando. Puede que me vea en la tesitura de tener que entregar el mundo a las Potestades, pero al menos elegiré a quién y cómo».

«¿Al Fénix?».

Hell sostuvo el silencio unos segundos mientras la luz del sol se teñía del rojo del atardecer y uno de los cuervos de la guardia Blue volaba sobre sus cabezas recortando su sombra por los escalones de la gran pirámide.

«Sí... al Fénix».

CAPÍTULO XII

Visita de cortesía

Afuera de Gijón (Asturias, España)
Sede de los hijos de Bunne

Sílex aparcó la moto junto a la entrada principal del caserío. Habían colocado algunas pérgolas para que la lluvia no mojase los vehículos los días de tormenta, o sea, casi todos.

El jardín resultaba tan difícil de controlar que habían decidido abandonarlo. La madreSelva, la hiedra y el césped habían terminado por comerse cada palmo del camino de entrada, y los muros del edificio parecían estar hechos de musgo en lugar de piedra. El caserón se levantaba dos plantas sobre el suelo y tenía tres niveles por debajo; cinco plantas forradas de libros antiguos, colchones de lana y cuadros casi tan viejos como el propio Astur.

Se demoró unos minutos escuchando el traqueteo del motor de la Harley mientras pensaba si meterla en el garaje. No había una sola nube en el cielo, pero eso en Asturias podía cambiar de una hora a la siguiente. Al fin, le venció la pereza, apagó el motor y se bajó de la moto.

—Hola, grandullón.

Se llamaba Minerva, pero todos la llamaban Baby o Min. Era la más joven del clan de Bunne y, siendo un peón con menos de un siglo de vida, tenía que lidiar con dos torres en casa. Eso significaba hacer todo el trabajo. No solo organizaba el servicio, la limpieza o la información, también tenía que estudiar y entrenarse día y noche para alcanzar el siguiente nivel. Era despierta, guapa y, por desgracia para Sílex, rebelde. Un par de veces al año se perdía en lo que a ella le gustaba llamar «vacaciones».

—Vaya... La señorita se ha dignado a aparecer —dijo el Astur sonriendo mientras ella le plantaba un beso en la mejilla.

—No te enfades, ¿vale? Estuve con Snake.

Sílex apretó los dientes y le dedicó una mirada asesina.

—En cuanto la cosa se puso fea salí de allí. —Se apresuró a decir ella dando un pequeño paso atrás.

—¿Es que te has vuelto loca? ¿Qué creías que podías hacerle a una torre? ¿Cosquillas?

—¡Conseguí crear la piel de piedra! Tenías que haberme visto —respondió Minerva ilusionada—. ¡Caían navajas de hielo del cielo!

—¡Basta! —le espetó furioso—. Podrían haberte bloqueado el salto.

—¿Cómo esperas que avance si no me dejas luchar?

—¡Cada cosa a su tiempo!

Min suspiró, pero bajó la vista al suelo. Sabía que su mentor tenía razón; aún recordaba la sensación de miedo que sintió cuando Lee amenazó con matarla.

Sílex se pasó la mano por la cara con cierta desesperación antes de responder.

—Está pasando de todo, y todo malo. Estamos preparando un grupo de caza. El Fénix se ha vuelto loco. No le ha bastado con jugar con la Alianza, ahora se ha sacado de la manga dos torres y una dama.

—¿Una dama? —preguntó Min sorprendida—. ¿Pero eso existe?

Sílex tan solo le devolvió una mirada de circunstancias, negó con la cabeza, nervioso, y suspiró.

—Existe, joder, existe. Pero hacía algunos miles de años que no se veía una. La mayoría de las Potestades están en contra de su existencia y están prohibidas por la Alianza, así que no creo que sobreviva al día de hoy.

—¿Vamos a atacar... al Fénix? ¿A Mell, a Joyko? —Por su expresión, parecía que estaba a punto de gritar: «¿Es que te has vuelto loco?». La amistad entre Mellias de Syracuse y Verdingetorix era mítica entre los condenados.

—¡Así es el juego, Baby! ¿Acaso crees que me hace gracia?

La conversación se estancó cuando la mirada de Sílex se perdió a espaldas de Min. Estaba claro que estaba sufriendo, recordando, o tal vez ambas cosas...

Afuera de Gijón (Asturias)

Año 2 a. C.

El pasado es como tu reflejo en un estanque. Siempre crees que lo que refleja es la imagen completa, pero no ves a los peces nadar por el fondo. Cada bonito recuerdo esconde lo que no fuiste capaz de valorar, lo que no fuiste capaz de

amar, lo que no fuiste capaz de conservar en ese momento. Y si intentas tocarlo de nuevo, se desvanece. Y solo quedan... los peces.

—En el día de hoy, Verdingetorix, Caleón de los Lugones, Caleón de los Pesicos, entrega a su hija Milee a... —el viejo sacerdote druida, que no veía ya tres en un burro, se giró hacia su aprendiz y le interrogó dando una sacudida con la cabeza. El chico le susurró algo al oído y el anciano prosiguió—: a Mellias. —El aprendiz volvió a decirle algo al oído, el anciano le pellizó en uno de los brazos y el muchacho de no más de doce años dio un respingo.

—A Cneo Poncio Serta, legado de Roma —prosiguió el anciano—. Sus testigos son: Mellias de Syracusea y Telio de Calé.

Los Romanos dieron un paso al frente y depositaron entre los dos un pesado cofre de madera de cedro a los pies de Milee. Ella, vestida con una enorme piel de oso y una corona de flores de espino blanco, les miraba con curiosidad mientras Cneo la miraba a ella como si no hubiese nadie más en el mundo.

Verdingetorix presenciaba la escena con los dientes apretados y cara de pocos amigos. No se había partido los cuernos luchando contra Roma, pero tampoco se fiaba de un solo Romano, y mucho menos para entregarle a su única descendiente, pero la niña estaba enamorada.

««Enamorada». Hay que joderse», pensó mientras aquellos hombres abrían el cofre.

Estaba lleno hasta la mitad de monedas de oro, al menos unos cuarenta y cinco kilos. Milee no pudo evitar sonreír mientras su padre no pudo evitar que la hiel le subiese a los labios. Para cualquier otro hombre, ese cofre sería un magnífico regalo. Para él solo significaba que Roma le respetaba, pero no tenía por qué respetar a su hija. Tragó saliva y se apoyó contra la pared. Por un instante aparentó todos y cada uno de los treinta y cinco años que supuestamente tenía, e incluso algunos más. Cada cicatriz, cada hueso roto en el pasado le pasó factura.

Se sentía cansado, harto de ver fantasmas en cada esquina, de ver tretas y traiciones por todas partes. Si en ese momento algún dios oscuro le ofreciese borrar su pasado y permitirle empezar de nuevo, sin duda seguiría siendo un aprendiz de herrero sin gana alguna de fabricar una sola espada. Pero también sabía que, dado el cariz de los tiempos que le habían tocado vivir, habría terminado forjándolas, habría tenido que negociar con Roma, habría tenido que pelear para salvar a su pueblo e irremediabilmente habría tenido que matar

para conseguirlo. Y por ese mismo motivo, aquel «dios oscuro» decidió hacerle su oferta.

La gente a su alrededor vitoreaba a su hija mientras el viejo druida le anudaba la mano derecha con una cinta, uniendo su destino al de aquel Romano.

Malditos Romanos, malditos, malditos, malditos mil veces. Estaban devorando el mundo hasta dejarlo en los huesos, pero traían la paz debajo del brazo, una paz más necesaria que el oro de aquel cofre, y tenían la fuerza imparable de un mar de lanzas.

Verdingetorix perdió la mirada a su alrededor. El druida reía, su hija reía, los más de doscientos invitados reían, incluso el tejo sagrado se agitaba con la brisa y parecía reír. Tan solo él seguía serio. Lo intentó, incluso con empeño..., pero no pudo. Aquel hombre se llevaría a la única persona que le importaba, el único recuerdo que tenía de su paso por el mundo de los vivos, casada con un legado de Roma que se pasaría un par de años por allí jodiendo bien a los astures hasta que el emperador lo enviase a la otra punta del imperio. ¿Y entonces qué?

Se pasó la manga por la frente perlada de sudor frío y pudo ver al otro Romano, que le miraba con cara de pena. El tal Mellias, uno de esos soldados que no se dejan matar, llevaba la armadura de gala tan brillante que parecía arrancado del puñetero Olimpo. Cruzaron una extraña mirada; tal vez las diferencias culturales, tal vez sus diferencias morales, el Astur no supo bien por qué, pero se sintió ofendido por aquella mirada.

Hinchó el pecho, le dedicó una mirada de cariño a su Mílee y se largó de allí cerrando la tapa de aquel maldito cofre de un rodillazo.

No pudo oponerse a una boda por amor, pero no tenía ganas de amargarle el día a nadie. Vio por el rabillo del ojo cómo el legado se ponía blanco y cómo el otro Romano le ponía la mano en el pecho y le hablaba al oído. No había podido alejarse más de cien metros cuando escuchó cómo el tal Mellias le llamaba. Frenó el paso mientras echaba la mano a su espada por pura inercia. Luego analizó fríamente la situación, alejó la mano de ella y se detuvo para encarar al Romano.

—Te ruego que me disculpes —dijo Mellias, que se acercaba sonándose la nariz con un pañuelo. El pobre no había dejado de estornudar durante toda la mañana, y tenía los ojos llorosos y la nariz hinchada—. Me gustaría hablar un momento contigo si me lo permites.

Verdín se revolvió un poco, pero no pudo hacer más que asentir. Aquel hombre sabía hablar con la suficiente miel en la boca como para no poder echarle en cara una sola nota de soberbia en la voz.

El Romano se le acercó lo suficiente como para poder sentir su aliento y se detuvo con esa mirada que le había dedicado en la boda. Parecía tan cansado y triste como él.

—Mira —le dijo mientras echaba la vista hacia el poblado, donde la música comenzaba a sonar y el jolgorio general llenaba las calles—, solo quiero decirte que ese hombre es amigo mío desde hace más de veinte años. Es una buena persona, un hombre leal, noble, y te puedo jurar que ama a tu hija.

El Astur se quedó más rígido que una tabla. Entrecerró un poco los ojos y respondió:

—Muy bien... Hazlo. —El Romano se irguió sorprendido, dio un pequeño bufido y sonrió. Tenía una dentadura más limpia que un potro. Asintió, se cogió los testículos y juró.

—Por mi simiente. Que mis hijos nazcan muertos si lo que digo no es cierto. —La mirada que le dedicó a continuación fue tan humilde, tan sentida y tan creíble que el Astur no pudo más que deshincharse y negar con la cabeza, como si fuese un niño enfurruñado al comprender que no tenía razón, que le estaba jodiendo el día a la niña sin ningún motivo.

Dio un respingo y se puso a caminar de nuevo en dirección a la boda mientras le plantaba una de sus manazas al Romano sobre aquella hombrera de hierro pulido.

—Te creo. Que Cosuo me perdone —dijo ahogando un suspiro.

—¿Tu dios es vengativo? —preguntó el Romano mientras regresaba a la fiesta con la zarpa del Asturiano en el hombro. Solo de pensar que volvería a acercarse a esas malditas flores le temblaban las rodillas.

—¿Cosuo? —preguntó Verdingetorix sonriendo. El Romano tan solo asintió. En cada pueblo de Hispania tenían dioses distintos, así que se había acostumbrado a asentir por sistema.

—Supongo que no hay un solo dios que no lo sea —respondió el Astur interrogándole con la mirada—. ¿Acaso me mentiste?

—¡No, por Polux! —dijo retirándose de la frente un mechón rebelde—. ¡Esas flores! —Estornudó una vez más—. Daría lo que fuese por no acercarme más a ellas, pero dice el druida que son sagradas.

Verdingetorix se detuvo riendo entre dientes. No podía consentir que un «invitado de Roma» se pusiese enfermo, y eso le brindaría la excusa perfecta para no tener que volver a la boda.

—Pues no se hable más. El tonelero tiene buen vino. Siempre podemos celebrar la boda por nuestra cuenta.

Se miraron. El Romano, con un pañuelo apretado contra la nariz y cara de circunstancias, meditó la proposición.

—No —dijo al fin—. Me tientas, amigo, pero Cneo es como un hermano para mí. Si esas flores quieren matarme... —se sonó con fuerza—, que así sea.

Verdingetorix siguió caminando algo decepcionado por tener que volver a la fiesta y a la vez impresionado por la lealtad que demostraba aquel tipo. Ambos adecuaron el paso como si al final del camino les esperase lava ardiente en lugar de vino especiado y cerveza.

—¿Eres soldado? —preguntó el Astur mientras acariciaba con la mirada el mango del gladio de Mell, que no respondió rápidamente, como si no tuviese clara la respuesta.

—Soy un hombre que no sabe estarse calladito.

La mirada que le devolvió Verdín dejaba claro que no le servía como respuesta.

—Sí —reconoció al fin—. Fui soldado unos años. Ahora soy... un mensajero.

—Mensajero... —repitió el Astur.

—Mensajero... —repitió Mell una vez más intentando que sonase convincente.

—Ya. —El Asturiano torció un poco el gesto, se detuvo y le clavó los ojos.

Mell le sostuvo la mirada. Dos segundos, tres, cuatro... Se empezó a poner colorado y estornudó con fuerza. Pero, al ver que, después de sonarse, el Asturiano seguía mirándole directamente a los ojos, se dio cuenta de que aquello era una trampa. Aquel hombre sabía algo sobre él o sobre su trabajo para Augusto. Tocaba decir la verdad o arriesgarse a darle una excusa al Astur para que aquella boda no terminase en funeral.

—Sirvo al emperador. —El Astur asintió, pero seguía sin dejar de mirarle, como si supiese de sobra lo que le estaba diciendo—. Y los mensajes que envía a través de mí suelen ser...

—Ya...

—Sí... —Un nuevo estornudo.

—Ya decía yo que los mensajeros no acostumbran a llevar una daga en cada bota ni le suelen comprar veneno a los druidas.

Mell esbozó una sonrisa, y el Asturiano le guiñó un ojo.

—Lo sabías... —susurró el Romano.

—Las malas lenguas dicen que te ganaste dos lanzas de plata matando gente en el ejército, y que el cabrón de Escápula te alistó en la guardia pretoriana. —El Romano perdió parte del tono rojo de la cara, que tan solo destacó su nariz. La tenía roja e inflamada como un tomate—. También dicen que si el «divino Augusto» mira mal a alguien tú apareces por allí y ¡zas! —Hizo un gesto con las manos como si lanzase algo al aire.

—Bueno... —respondió Mell moqueando—, tanto como zas...

—¡Zas! —zanjó el Asturiano poniéndose serio y acercando el rostro medio palmo más al del Romano.

Mell tan solo se encogió de hombros.

—De acuerdo... ¡Zas! Es un trabajo como otro cualquiera.

—¡Eres un asesino! —le espetó Verdín.

—Soy lo que me ordenan que sea —respondió el Romano echando el cuerpo hacia delante y poniendo la mano en el mango de la espada.

Se miraron una vez más, y durante un par de segundos pareció que se veían por primera vez.

—Tienes razón —dijo el Astur—. Hablas demasiado.

—Tus «malas lenguas» también —respondió el Romano. Y los dos se pusieron a caminar de nuevo hacia el jolgorio.

—Cuando llegasteis, mandé a mi gente a recabar información. No te lo tomes a mal.

—Te entiendo.

—Lo dudo —dijo Verdín mirando al suelo—. Es mi única... —pareció dudar un segundo— hija —dijo al fin mientras acariciaba con la vista el contorno de su sombra en el suelo.

—¿Y niños? —preguntó Mell.

Verdín tan solo negó con la cabeza.

—Mi mujer murió hace años. Los dioses se la llevaron y no he tenido tiempo ni ganas de volverme a casar.

—Cneo está enamorado, eso te lo puedo jurar mil veces.

Ya se podía ver a los novios en mitad de la plaza dando abrazos y repartiendo regalos a los invitados. La gente se sentaba a las puertas de las casas, los acróbatas y los tragafuegos mendigaban a los invitados un extra a su ya recibido salario y los niños corrían de un lado a otro con guirnaldas en las manos, mientras los novios se besaban una y otra vez.

Un supuesto oso bailarín se estaba comiendo los restos de una empanada de cabrito mientras los perros le miraban con el rabo entre las piernas. El imbécil de su dueño tocaba un tambor de pelo de ciervo a su lado, como marcándole el ritmo. Pero el oso no tenía cara de querer ponerse a bailar ni mucho menos. Estaba tenso y soltaba de vez en cuando un gruñido ronco y alargado para meterse luego el morro bajo la pata.

—Le duelen los dientes —dijo Verdín mirando hacia el oso, pero sonó más a pregunta que a afirmación.

Mell paseó la vista por la escena. El oso no era de los pequeños. Por allí la gente criaba a los oseznos cuando perdían a su madre. Resultaban muy cariñosos, incluso llegaban a proteger granjas durante sus primeros años para luego alejarse y seguir su instinto. Pero aquel ya estaba crecido, llevaba una trenza de cuero al cuello, completamente insuficiente si la bestia se enfurecía y, lo que era peor, el supuesto dueño tenía cara de no saber cómo calmarlo, y mucho menos cómo hacerlo bailar.

—Esto no me gusta... —siseó Mell mientras echaba mano al mango de la espada.

Al otro lado de la plaza, Telio se puso en pie tambaleante y desenvainó el gladio mientras pretendía interponerse entre la bestia y los novios, que estaban a una distancia prudencial sin creerse todavía que el oso se estaba poniendo en pie.

Como se veía venir, la bestia soltó un zarpazo a lo primero que tenía cerca, mandando la mesa del banquete al centro de la plaza. Dio un fuerte bramido y se giró hacia su supuesto dueño. El hombre dio un paso atrás aterrorizado mientras sacaba una daga larga de acero de debajo de su jubón. Ningún labriego tenía un arma así.

Mell salió disparado hacia la escena con la espada en la mano mientras el Astur trataba de alcanzarle.

Ante la atónita mirada de la muchedumbre, el dueño del oso esquivó a la bestia, salió corriendo hacía Cneo e intentó clavarle la daga en el pecho. Por

suerte, el joven legado esquivó la estocada y el asesino perdió la vida bajo el filo de Telio, que casi lo decapita del golpe.

Seguramente, aquel hombre había drogado al oso; este le había proporcionado una excusa para estar allí, una forma de llegar hasta el legado y, seguramente, le habría dado una distracción para intentar escapar. Una maniobra compleja, arriesgada y peligrosa, pero lo suficientemente bien pensada como para matar a un hombre que llevaba escolta incluso el día de su boda.

Por desgracia, cuando el oso olió la sangre la cosa se puso verdaderamente fea. La bestia se espabiló y comenzó a dar zarpazos a todo lo que se movía, y Telio no estaba en condiciones para pelear. El oso le sacudió como si estuviese hecho de paño; dos zarpazos y el pobre Telio se fue al suelo empapado en su propia sangre. Cneo se puso delante de Milee con los brazos abiertos, como queriendo evitar que su prometida atacase al oso. Resultaba tan ridículo de ver, y a la vez tan valiente por su parte, que hizo que Verdingetorix acelerara el paso. Una hora antes habría disfrutado viendo cómo el oso se lo comía. Resultaba curioso ver cómo podía cambiar una persona de idea en cuestión de segundos.

Mell era un asesino, un asesino de hombres, sí, pero un asesino. Y tal vez no sabía cómo se mataba a un oso, pero lo que sí sabía era que siempre resultaba preferible que no te viesen venir. Así que corrió describiendo una parábola para coger al oso por la espalda mientras cruzaba una mirada con el Astur, que de tonto no tenía un pelo.

Los gritos de Milee llamaron lo suficiente la atención de la bestia como para perder de vista su propia espalda.

Verdín comenzó a gritar cuando le quedaban tan solo unos diez metros para llegar. Tenía miedo por Milee y, aunque le pesase, también por aquel imbécil medio calvo con el que se acababa de casar. Si el legado moría en su poblado, ya podían darse todos por jodidos.

El oso clavó los ojos en aquel hombre melenudo que se acercaba a la carrera con la espada en la mano, se puso en pie y se preparó para darle la bienvenida cuando sintió el mordisco del acero en la base del cráneo y después una punzada fuerte en el pecho. El mundo dio vueltas a su alrededor y la luz desapareció. Lo último que sintió fue el olor del hombre melenudo bajo el hocico y el sabor de una sangre extraña, densa y ferrosa, la sangre de un hombre muerto.

El golpe de Mell fue limpio. Se llevó la vida del oso lo suficientemente rápido como para que no pudiese herir a nadie más. Pero al caer se fue encima de Verdín. Se escuchó un grito ahogado y el crujir de algunos huesos, mientras Milee seguía chillando y chillando, como si el oso le hubiese caído encima a ella.

Como suele ocurrir en estos casos, la gente se quedó paralizada. Nadie parecía saber qué hacer. Tan solo Mell tiró la espada y comenzó a empujar el cuerpo del oso. Al menos pasaron dos segundos antes de que Milee cambiase su grito de pánico por otro aún más intenso.

—¡Mi padre! —Señalaba el cuerpo del oso como si los demás no supiesen que el Astur estaba debajo—. ¡Mi padre!

Cneo estaba cubierto por la sangre de Telio. Estaba aturdido y asustado, pero por fin reaccionó y se puso a empujar el cuerpo del oso junto al hombro de Mell.

Aquel bicho debía de pesar más de doscientos kilos. Verdingetorix le vio la sonrisa a la muerte de refilón y, como en alguna que otra ocasión, se la devolvió. Por suerte, consiguió esquivar un zarpazo sin fuerza antes de hundirle a aquel bicho su espada hasta el corazón. Había calculado bien para llegar hasta él después de que lo hiciera aquel Romano. Pudo ver cómo Mell saltaba con el rostro tenso y los dientes apretados, pudo sentir cómo descargaba aquel golpe con todas sus fuerzas, y la sangre saltó en todas direcciones por el impacto. Por un segundo, aquel hombre le resultó mucho más aterrador que el oso. Cuando la bestia se le vino encima, aún estaba conteniendo la respiración; simplemente no se lo vio venir. Intentó dar un paso atrás, pero no pudo.

Sintió cómo los pulmones se le vaciaban del todo mientras aquel peso muerto le aplastaba las costillas. Aguantó un segundo, dos, tres... mientras la presión se hacía más intolerable. Podía sentir al Romano empujando por su izquierda, intento ayudar... pero no pudo, el aliento le hizo un nudo en la garganta y perdió el conocimiento.

Mell empujaba con todas sus fuerzas, pero lo único que conseguía era desplazar el peso del animal. Algunos hombres del pueblo se acercaron a ayudar, aunque el estado de embriaguez y las prisas terminaron con muchos de ellos rodando por el suelo.

«Los dioses se quieren llevar al Asturiano, no me cabe duda», pensó Mell mientras se alejaba para coger carrerilla y embestir a la bestia con todas las fuerzas que le quedaban.

Por fin consiguió desplazar a la criatura, que aún soltaba sangre a litros.

Milee tan solo ahogó un sollozo al ver cómo estaba su padre. El oso consiguió vengarse post mórtem, clavándole al Astur el mango de su propia espada en las costillas. Mell solo pudo sentarse en el suelo y resollar. Se había empapado de sangre, incluso podía sentir su sabor metálico en la boca.

—No sé si está vivo —dijo Cneo mientras le buscaba el pulso en el cuello.

Milee bajó la vista al suelo y las manos al regazo antes de echarse a llorar.

Después vinieron los gritos, las culpas y las disculpas que conllevan los accidentes. Llegaron las amenazas y los aspavientos, las mentiras piadosas y las esperanzas sin sentido, mientras los mozos del pueblo y dos guardias de Cneo se llevaban al Astur a la casa de su madre, una anciana sanadora de buena fama en el pueblo.

La mujer estaba más arrugada que una pasa de Corinto, y prácticamente tenía el mismo color de piel. Al ver a Verdín tragó saliva y se frotó las manos. Tenía esa cara que pone un anciano al ver llegar una visita indeseada.

Su cabaña rodeaba el tronco de un roble que no abrazarían juntos dos hombres y estaba bien caldeada e iluminada por braseros que llenaban el aire de un olor dulce, como de caramelo. Tenía piedras y plantas de tantos colores que dañaban la vista. Desnudó a Verdingetorix con la precisión de un embalsamador experimentado y rajó las vestiduras con un viejo cuchillo de sílex mientras recitaba salmos en un idioma más viejo que ella.

Cuando al fin terminó de lavarlo y de vendarlo, en la cara de la anciana se podía leer el diagnóstico sin demasiado esfuerzo: se moría, y lo hacía rápido.

La curandera se sentó en lo que parecía el taburete de un infante. Se subió las mangas de la túnica hasta los codos y comenzó a lavarse las manos sin dejar de mirar a Mell, que permanecía junto a Milee y Cneo al lado de la puerta sin atreverse a dar un solo paso al frente.

—Será mejor que me dejéis sola —dijo la anciana señalando con su pequeño cuchillo de piedra hacia la puerta—. Viva o muera, está en mis manos.

Milee negó con la cabeza, pero cuando la anciana levantó la mirada, en sus ojos podía verse una seguridad tan contundente que les cerró la boca a los tres. Hizo un gesto con la cabeza que no dejaba ningún margen de interpretación: «Largo de aquí».

Milee salió de la choza llorando, Cneo lo hizo acompañando a su esposa como si la vida le fuese en ello y Mell lo hizo mientras se miraba las manos empapadas en sangre. No podía entender por qué aquel oso no se había

derrumbado en la dirección del golpe, que era lo que tendría que haber ocurrido por lógica.

Cuando se cerró la puerta, la anciana cruzó las piernas y suspiró. Luego cogió unas plantas y se puso a masticarlas mientras miraba el cuerpo inconsciente de Verdín. Asintió un par de veces mirando a su alrededor, como si fuese capaz de ver algo más allá de la realidad.

—¡Levanta, pedazo de burro! —le espetó.

El Astur se incorporó sonriendo.

—Ya sé lo que me vas a decir.

La anciana intentó levantarse del taburete para darle una bofetada, pero las fuerzas le fallaron y terminó sentándose de nuevo bufando y blasfemando en tres idiomas distintos.

—Esto... —Dejó caer los brazos, vencida, mientras negaba con la cabeza—. Esta vez no se lo van a creer, Verdín. Estamos perdidos. Eres... Eres... —Buscó a su alrededor alguna palabra escondida—. Eres...

—Tranquila —respondió él con una sonrisa cariñosa en los labios—. La gente cree lo que desea creer.

—¡No seas idiota! Hemos cambiado tres veces de tribu. Pueden creer que eres tu propio hijo, pueden creer que la que acabas de casar es tu hija. ¡Pero es tu nieta! Y la verdad siempre termina por salir a la luz.

—Estás nerviosa.

—¡No estoy nerviosa! —le gritó—. Lo que estoy es cansada.

Se hizo un silencio extraño mientras el humo de los sahumerios llenaba la habitación.

—Es hora de que te vayas, Verdín. —El Astur levantó la mirada.

—Te dije que no te abandonaría.

—Lo sé —respondió ella.

—Juré que no te dejaría sola hasta el final. ¡Antes me arranco las entrañas que no cumplir mi palabra! —gritó mientras ella negaba suavemente con la cabeza.

—Ya lo sé... Por eso he... —La anciana levantó suavemente la mirada. Tenía los ojos llorosos y la boca cerrada, y mantenía la mirada fija más allá de Verdingetorix—. Tienes que irte. Si te ven caminando, nos quemaran a los dos.

El Astur frunció el ceño. Miró alrededor sin saber bien qué estaba buscando.

—Lice... ¿Qué has hecho...?

Ella no respondió, tan solo cerró sus pequeños puños.

—¡Lice! —Acortó la distancia entre ellos y le cogió las manos, pero ella apretó fuerte los puños negando con la cabeza.

—¡Ábrelas! —Forcejearon un poco, pero, como era de esperar, el Astur abrió sus dedos con facilidad.

En uno de sus puños descansaban algunos frutos de tejo. Eran tóxicos, y media docena podían matar a un hombre fuerte. Siglos atrás, cuando Roma se extendía devorando naciones, los astures se suicidaban comiendo esos mismos frutos.

—No... —susurró en cuanto los reconoció—. No... No, Lice... —Se dejó caer ante ella de rodillas y, lentamente, fue dejando caer la cabeza en su regazo. Ella le acunó como a un niño mientras le mesaba los cabellos con suavidad.

—Tienes que irte, amor mío... Tienes que hacerlo. Tu promesa no te atará más tiempo.

—¡Mi promesa me importa una mierda, mujer! —dijo él revolviéndose. La miró con lágrimas en los ojos y los labios temblando de rabia—. ¡¡¡Nunca juré que lo haría!!! Nunca lo hice... —Dejó caer la cabeza de nuevo al regazo de Lice y la abrazó por las caderas con todo el cuidado que pudo.

Cincuenta años atrás, cuando la guerra se cobró su vida y Bunne lo levantó como condenado, ella no supo qué pensar. Inicialmente, le identificó como lo que era, un muerto viviente, y sintió miedo, el mismo miedo supersticioso que cualquiera en su sano juicio tendría. Él, para tranquilizarla, le dijo que Bunne, un dios de la tierra, le había hecho prometer que cuidaría de ella hasta su muerte. En realidad, fue él quien puso esa única condición a Bunne para sellar su pacto. Al principio, ella creyó lo que deseaba creer. Pero los años dejaron claro que tan solo el amor le ataba a ella. Un amor que le empujó a permanecer siempre a su lado y al de sus dos hijas. Nayhia falleció por las fiebres a los catorce años, y Telga fue asesinada a los veintisiete tras dar a luz a Milee. Verdín cambió tres veces de aldea para conservar el engaño, pero cualquier mentira vive menos que la verdad. Y los dos sabían que el tiempo se agotaba.

Ella dibujó una sonrisa desdentada y le besó en la coronilla.

—Te quiero, mi vida.

—Yo a ti no —susurró él como un niño con un berrinche, pero apretó más fuerte el frágil cuerpo de la anciana. Sus últimos segundos se escurrieron deprisa, y en cuanto él sintió que ella se estremecía, la abrazó con fuerza y comenzó a susurrar junto a su oído:

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero... Maldita vieja loca, maldita, maldita... Te quiero.

Lice espiró con suavidad, rompiendo el único nudo que ataba a Verdín al mundo.

Levantó su cuerpo menudo y lo depositó sobre la cama. Cerró sus ojos muertos y la tapó con una piel de oveja.

Le pareció aún más pequeña de lo que ya era, una vaina de carne seca y piel apergaminada. Intentó sin éxito encontrar un resquicio de la mujer a la que había amado en las puntas secas de su pelo, en el ángulo de sus huesos, en sus manos deformadas por el paso de los años. Pero ella ya no estaba allí... Y él seguía condenado.

Se enjugó las lágrimas, recogió el pequeño cuchillo de sílex del suelo, le cortó unos mechones de cabello y se los guardó con el cuchillo en un bolsillo oculto junto al pecho. Después se sentó en la oscuridad, mientras los braseros se apagaban lentamente.

Se sintió en calma. Por él y por ella. A su alrededor el tiempo se detuvo, y la realidad de su condición se hizo más palpable. Estaba solo, completamente solo. Bunne conservaba una pieza poderosa en las lejanas tierras del sur de Asia. Tendría que ir hasta allí en busca de su destino.

Tardó casi toda la noche en planear sus pasos. Primero, se sirvió de todo el aceite que encontró para empapar la cama y los muebles, luego volcó los braseros y, cuando la mezcla se empezó a calentar, le prendió fuego al edificio. La vieja caseta ardió con tal fuerza que nadie tuvo tiempo de darse cuenta de lo sucedido.

No se despidió de Milee; ella ya tenía un marido y una buena herencia. No le quedaba más que darle, salvo tal vez un abrazo y una docena de besos. El abrazo se lo dio al aire mientras gemía su nombre, y los besos se los guardó junto a aquel viejo cuchillo de sílex. Fue por ese cuchillo por el que siglos más tarde le pusieron el apodo. Alguien dijo que, a fuerza de llevar aquel cuchillo escondido en el pecho, el corazón se le había vuelto negro y frío como ese mismo material.

El Astur regresó al presente enfocando de nuevo el rostro de Minerva, que le miraba sin saber bien qué pensar. Tragó saliva intentando que la congoja de su alma no se asomase demasiado a sus ojos.

—¿Encontraste lo que te pedí?

—Encontré el libro con las tapas de madera, pero está escrito en hebreo.

Antes de que terminase la frase, Sílex estiró la mano, la cogió del hombro y la empujó hacia su espalda con tal fuerza que se terminó estrellando contra la moto. Ambas se fueron al suelo con un estruendo mientras Verdín cargaba la vibración de la tierra con violencia. Sus músculos se endurecieron y su piel cambió de color, tomando un tinte gris donde los poros de la piel parecían unirse en vetas.

Se escuchó un fuerte crujido y algo penetró en el edificio atravesando el muro de la derecha. Dentro de la casa se podían escuchar cristales rompiéndose, crujidos de muebles, vigas y estantes. Fuese lo que fuese aquello, estaba destrozando la casa en línea recta y de lado a lado con la fuerza de una locomotora. Sílex rastreó la casa, pero solo se veía una forma luminosa de un verde esmeralda que aparecía y desaparecía mientras todo a su alrededor se desmoronaba. En pocos segundos había atravesado toda la casa, salió por la pared contraria haciendo reventar el muro en mil pedazos y se perdió en la espesura, como si su paso por aquel edificio hubiese sido accidental. La casa tembló un poco y después se vino abajo con un estruendo largo y sostenido.

Minerva se puso en pie y se colocó un poco el pelo sin dejar de mirar los restos del edificio, que parecía una escombrera. Flotaba una nube de polvo espeso que olía a viejo, como si hubiesen abierto una vieja tumba. Sílex seguía paralizado, mirando alrededor, esperando ver reaparecer la amenaza. Pero el tiempo pasó sin más mientras algunas piedras rodaban desde los destartados muros hasta el suelo a sus pies.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Min mientras ponía de nuevo la moto en pie.

Sílex se fue relajando poco a poco, su piel recuperó el tono normal y sus ojos perdieron lentamente la carga de energía. Soltó un gruñido en respuesta mientras sacaba el teléfono móvil y marcaba el número de Snake, que respondió al primer tono.

—Dime.

—¿Cómo vais?

—Desembarcando en Sicilia. He reunido a más de doscientos de carne de cañón. Tenemos a Forrest y a Zhelma. Y Ségoda nos ha mandado al Santo y a Grint. Solo faltas tú.

—Voy de camino. Quería darle un vistazo a un viejo poema, pero al parecer a Licos no le hacía gracia. Talos acaba de hundir mi villa de Oviedo.

—¡No jodas! ¿Min está bien?

—Sin heridos. No ha sido un ataque frontal. Solo quería sepultar lo poco que sabíamos sobre la hora del Fénix.

—¿A qué estamos esperando para devolver el golpe?

—El Muerto está en posición. La jugada la tiene que abrir Astarte. Cortad las comunicaciones del Romano y cruzad los dedos. Voy de camino.

Cerró la tapa del teléfono y le dedicó a Min una sonrisa cansada antes de decirle:

—¿No decías que la casa necesitaba unas reformas?

Ella le miró un tanto furiosa y le dio un puntapié a la moto.

—Busca un buen arquitecto y contrata a gente cuidadosa para recoger todo esto. Muchos de esos libros son únicos. Y, pase lo que pase, Baby —se giró hacia ella y la señaló con el dedo—, no se te ocurra pelear. Si sientes siquiera temblar el anillo, corre.

Ella intentó hablar, pero nunca llegó a hacerlo. Cuando Sílex te señalaba con el dedo significaba que no quedaba nada que decir a media voz, y si subía el tono ya se sabía quién iba a salir perdiendo. Así que tan solo resopló como un toro furioso y cerró la boca.

Había llegado el momento de devolverle a la Alianza su «visita de cortesía», pensó Sílex. Por desgracia, el punto de mira estaba justo detrás del Romano. No pudo evitar recordar a Mell saltando tras aquel oso con la mandíbula tensa y el gladio en la mano.

CAPÍTULO XIII

Sin cobertura

Afuera de Palermo (Sicilia)
Sede de los hijos del Fénix

Fuera de la torre, los olivos acusaban el atardecer mientras los pájaros se ocultaban entre sus ramas. Hacía fresco y el aire azotaba las pequeñas hojas emitiendo un murmullo suave, el dulce sonido de la paz.

Mell abrió el ventanal y dejó que el aire le contase cosas. El aroma del salitre y del romero, de la tierra fresca y húmeda por la acción de los aspersores le contaron todo lo que Joy había hecho con la finca en los últimos cincuenta años: había instalado riego automático y había plantado especias y árboles nuevos en las paredes del oeste, por donde azotaba el viento frío por las mañanas. El romero y la lavanda, como siglos atrás, estaban plantados en el lado sur para que las corrientes de aire de la tarde extendiesen su aroma por toda la casa.

Cuando era joven y estaba vivo, aprender a situar las distintas plantas en el punto adecuado significaba la diferencia entre el buen ambiente y el malo, entre el exceso de insectos o su ausencia.

Ya entrado el siglo XXI, todas esas cosas se habían perdido. Ya no se cocía romero para lavar las sábanas de la nobleza ni se colocaba espliego en los arcones para alejar la polilla. No se regaba la tierra con la sangre del carnero para mejorar la cosecha porque se creía parte de un ritual pagano. La memoria del hombre se perdía. Se sabía cómo eran los viejos rituales, pero no se alcanzaba a comprender su naturaleza práctica. La realidad estaba siendo sepultada en la ficción.

Cuando un Romano sacrificaba un toro para Ceres, su sangre cubría la tierra de los huertos, alimentando al gusano y a la lombriz. Su carne alimentaba a los sacerdotes, a los esclavos y a los enfermos. Su osamenta se trabajaba para fabricar amuletos y recuerdos. Todo tenía una razón de ser, todo tenía una lógica.

¿Supersticiosos? Sí. Tontos, no. En cambio, ahora... El ser humano sigue buscando respuestas sin ni siquiera entender las preguntas. Sigue siendo supersticioso, toca madera..., pero ni siquiera recuerda por qué lo hace.

Mell sostenía un botellín de cerveza con dos dedos haciendo que oscilase a derecha e izquierda delante de sus ojos intentando mantener la atención lejos de los ruidos de la habitación superior, donde Joy estaba haciendo sudar al Novato una vez más.

«Tal vez Luna debería escribir un libro —se dijo— y explicarle a todo el mundo por qué se toca madera. —Suspiró—. Y tal vez yo debería escribir otro y explicar por qué se hacen las cosas «por cojones»». En su época, se juraba por la vida de su descendencia agarrándose los genitales. De esto derivó la costumbre. El recuerdo le arrancó una sonrisa, dejó la botella ya vacía en el suelo y se levantó para estirar un poco las piernas.

Bajó las escaleras del primer nivel de la torre hasta llegar a la planta baja. El salón de la entrada estaba algo cargado de polvo. Podían distinguirse algunas pisadas en el suelo y el aire estaba rancio y cargado de recuerdos. Supuso que nadie había pisado esa planta de la torre durante al menos diez años. Aunque se tratase del acceso «natural» al edificio, sus inquilinos tenían la costumbre de entrar allí por el sendero astral. Bajó los últimos escalones intentando decidir dónde quería dejar una huella en el polvo, jugueteando con los pies en el aire como un crío a la orilla del mar.

Jarrones de porcelana; cajas de vino tinto de vete tú a saber qué año; dos cuadros envueltos en telas blancas con más polvo encima que pintura debajo; una rueda pinchada de motocicleta; un leopardo disecado envuelto en un plástico de burbujitas, paralizado en el tiempo con algo que parecía un conejo grande entre las patas; un bolso de piel de cocodrilo con dos guantes de mujer colocados encima, como si una dama de principios de siglo acabase de entrar por la puerta y los hubiese dejado colocados en la mesa del recibidor, y dos ventanas, seguramente arrancadas de alguno de los pisos de la torre, olvidadas allí, sustituidas por ventanas de cristal blindado más duras, más seguras, más modernas.

Mell dio un largo vistazo observando aquí y allá, tocando esto y desempolvando aquello con la sonrisa triste, sintiéndose parte de aquel universo abandonado. No pudo dejar de verse tan obsoleto como aquellas

ventanas. Se imaginó intentando quitarse aquel polvo de encima, ganándole una bocanada de aire al futuro.

Le vinieron a la cabeza las palabras de Leo en Venecia: «Estás oxidado, Romano». Oxidado tal vez no, pero sí se sentía viejo, empapado en los recuerdos de mil caricias a la luz de la luna, de besos cálidos, sonrisas y risas sin más sentido que aquel Leopardo envuelto para regalo... Dios... Echaba tanto de menos a Lidia... Pero cada vez que intentaba recordar su rostro le venía a la memoria Luna cruzándole la cara en Montecarlo, y se sentía como un traidor por partida doble. Algún día volvería a ver a Lidia, estaba seguro, lo notaba en los huesos, y tener que explicarle cincuenta años de mentiras le iba a resultar difícil. «¿Ya estás otra vez vomitando, cariño? —recordó—. Por Dios, tienes el estómago de cristal».

—Sí, de cristal... —susurró.

Se dio cuenta de lo mucho que le pesaba el corazón cuando ya le impedía caminar con normalidad. Y se obligó a subir escalón a escalón aquella inmensa mole de piedra. Alejó la idea de bajar al sótano con un fuerte bufido. Visto el estado en que le había dejado un vistazo rápido a la planta baja, resultaría un suicidio bajar a la bodega, principalmente porque lo último que había guardado en aquel sótano era vino, y dos mil años de petate daban para mucho.

Superó la primera planta, donde estaba su habitación, y al pasar por delante del cuarto de Joy arañó la pared de punta a punta mientras se carcajeaba suavemente meneando la cabeza. Dentro de la habitación se suavizaron los gemidos unos segundos.

—¿Estás bien, Mell? —preguntó la Geisha apurando el aire que le quedaba en los pulmones.

El entrenado oído de Mell ya tenía situada a Joy tras la pared, sin necesidad de rastrear la habitación. Sin duda, estaba sobre la cama, encaramada a un Marc que ya no debía de saber ni dónde estaba.

—¡Dejad algo para el día del juicio final, demonios! —dijo entre carcajada y carcajada mientras observaba los siguientes escalones de la torre, cargados de aquel maldito polvo que le había manchado los zapatos.

—Danos un par de minutos más y estamos contigo. —Escuchó decir a Marc, que parecía tener algo metido en la boca.

—Tranquilos, voy a echarle un vistazo a las dos plantas que quedan.

Se escuchó un sonido extraño y un tropezón, el ruido de copas de cristal o de botellas al chocar por la vibración de una mesa y una maldición en susurros.

—Espera un segundo, Mell, tengo algo que contarte —replicó Joy, pero Mell ya había comenzado a dejar sus huellas en el polvo de los escalones. No hacía falta conocer a Joy desde hacía una eternidad ni ser un genio para imaginar que Joy tenía algo allí arriba que a él no le iba a hacer mucha gracia. Pero sentir curiosidad era mejor que sentir pena, así que el Romano subió los escalones con energías renovadas.

—Que será, será... —tarareó susurrando—. Wherever will be, will be... ¿Una bomba de neutrones?

En la siguiente planta, el nuevo cuarto adecuado para Marc no contenía nada extraño. Una bonita cama con dosel, muebles de caoba y roble, el suelo levantado y chamuscado junto a la cama... Se demoró unos segundos mirando el suelo. Parecía la quemadura de una descarga de fuego de alto nivel, una mezcla con la vibración de la tierra. La energía había seguido las vetas de la madera allí donde era más vulnerable. Llamativo, sí. Pero eso no era lo que Joy ocultaba. Hizo un pequeño mohín y resopló descartando esa planta. No estaba allí. Levantó la vista al techo.

«Arriba... —se dijo—, está arriba».

Salió disparado hacia la última planta subiendo los escalones de dos en dos.

—¡Mell, espera! —El tono de urgencia de Joy solo consiguió arrancarle una sonrisa y hacerle saltar los tres últimos peldaños de una vez.

Entró en la última planta dando un traspie. El suelo estaba limpio y encerado, contrastando por completo con los zapatos de Mell, aún cubiertos del polvo de la planta baja. Alargó la vista por la estancia con la avidez de un niño pequeño buscando su regalo de Navidad.

¿Qué sería? ¿Un misil nuclear, la calavera de algún cabrón sin suerte...? Ya casi había decidido no reñir a Joy fuese lo que fuese tan solo por haberle arrancado la apatía cuando la vista se le fue derecha a una catana que reposaba sobre su pedestal, a poco más de medio metro de uno de los ventanales.

La vaina era de madera roja como la sangre de los mil hombres a los que había robado la vida. Hiken... «La espada del fuego», apodada en el viejo Japón como «La muerte roja».

Mell y Joy se habían visto envueltos en una carnicería por culpa de aquella maldita espada. Con ella recién condenada y sin poder saltar al sendero,

estuvieron atrapados durante algún tiempo antes de conseguir abandonar el país por mar. Fue la época más difícil para una pequeña Joy débil, asustada y convencida de que se había convertido en un monstruo de cuento de hadas. Se transformó en un azote para un clan rival, con Mell pisándole los talones e intentando convencerla de una realidad que escapaba a su comprensión. Y Hiken estuvo en el centro de todo, fue la catalizadora de su locura. Un recuerdo fugaz sacudió la mente de Mell: Joyko sujetaba esa espada de rodillas ante los cuerpos sin vida de todo el clan Heigwatsu, con el rostro cubierto de sangre y lágrimas.

Decir que aquella espada estaba maldita era quedarse corto. Todo el que se había acercado a ella estaba muerto y enterrado. La leyenda decía que buscaba la mano adecuada para empuñarla. Durante menos de una hora, fue Joy quien lo hizo, y solo Mell fue capaz de detenerla.

—Dime que es una réplica, Joy... —susurró Mell mientras acariciaba la espada con la mirada.

—La verdad es que no lo sé —respondió ella mientras subía los últimos escalones abrochándose una bata de seda negra—. La compré en una subasta hace diez años en Tokio. Simplemente no podía dejar que circulase por el mundo.

Mell se giró para dedicarle una sonrisa cansada, se colocó el eterno flequillo y suspiró.

—Me imagino que no la sacaste de la vaina.

Joy asintió antes de responder.

—No tengo intención de saber si es auténtica. Me conformo con que esté fuera del alcance de nadie.

El Romano se giró hacia Joy sonriendo, salvó los dos metros que les separaban y la abrazó despacio, como si fuese de cristal.

—Princesa, no seguirás creyendo todas esas pamplinas del shinobi, ¿verdad?

—La Geisha se revolvió un poco, pero se dejó estrechar y apoyó la frente en el inmenso hombro del Romano. Había encontrado tantas veces la paz en aquel hombro... Seguridad, consuelo...

—Nunca conseguiré que lo entiendas, Mell. Pero ya no me importa.

Mell no dijo nada, tan solo la apretó algo más fuerte y luego fue relajando los brazos poco a poco.

—Si fueras una sombra sin alma, no podrías estar enamorada, ¿o sí? — preguntó bromeando.

—No lo sé...

—¿Qué tal está él?

—Creo que dormirá un par de horas. Tiene más preguntas que respuestas.

—Las cosas se están torciendo muy deprisa. Desde su llegada casi no nos han dejado respirar.

—Van a venir a por él, ¿verdad? —le susurró ella junto al oído.

«En la distancia en que se mezcla el aliento —rezaba la tradición japonesa en la que Joy se educó— es donde se responden las preguntas incómodas».

Mell se tensó un poco, tragó saliva para aclararse la garganta y respondió:

—Vendrán. Estoy seguro de que Sílex no estaba en Ibiza por casualidad; estaba con Baal. Puede que ni siquiera fuese consciente de ello, pero era él quien me tenía bloqueado. De no ser por Tarik, Marc estaría fuera del juego a estas alturas. —Joy se alejó unos centímetros para poder mirar al Romano a los ojos.

—¡Podemos detenerlos!

—Podemos intentarlo —dijo Mell dando un paso atrás—. Pero deberías... —No dijo más. Sabía que ella entendería.

Los peones ya de por sí duraban poco. Marc representaba una amenaza para todo el mundo. No podían contar con la protección de la Alianza de Tronos ni con la simpatía de las demás Potestades.

—¿Intentarán sacar al jefe del juego? —preguntó Joy con la vista perdida.

—No, solo quieren a Marc. —La Geisha dio un paso atrás y se puso tensa.

—No estoy dispuesta a sacrificarlo, si es lo que insinúas...

Mell apretó la mandíbula antes de responder.

—No sé a qué ha venido eso. Sabes de sobra que no lo consentiría. Tan solo te informo de la situación. Deberías prepararte para lo peor, o nublará tu juicio.

—¿Mi juicio!? Mi juicio ya está nublado, Mell.

—Tranquilízate, ¿quieres? Lucharemos.

Joy asintió sin demasiado énfasis.

—Ya estoy harta de este juego. No pienso pasar la maldita eternidad sola. Si Marc cae, caeré con él. —Giró en redondo y comenzó a bajar las escaleras.

Mell la dejó ir. Dio unos cuantos pasos sin rumbo por el tatami de teca hasta terminar, irremediabilmente, delante de Hiken. La miró como quien mira una

serpiente muerta. Giró el rostro hacia la escalera. Joy estaba ya junto al Novato. Al parecer, se estaban vistiendo. «Bien —pensó—, ya es hora de que frenen un poco». Esbozó una satírica sonrisa mientras le echaba el guante a la espada.

Para ser una réplica, pesaba lo justo. La miró detenidamente. Tenía los mismos grabados en la vaina y la misma laca. La olisqueó; se sentía aún el olor de la sangre en ella.

—No puedes ser tú —susurró—. Maldita hija de puta, yo mismo te partí en dos. —Tiró de la empuñadura para descubrir el filo, y tan solo un par de centímetros sirvieron para erizarle el pelo de la nuca. Allí estaba el sello de Muramasa, el emblema de los tres círculos enlazados y el brillo rojizo de aquel metal sangriento. Parecía que estaba siempre manchada de sangre. Alguna mezcla en la aleación, una maldición o un descuido le habían dado el aspecto que le correspondía por derecho.

—Por los dioses... Lo eres. —Cerró la espada con violencia y la dejó sobre su pedestal maldiciendo para sí—. Aún buscas a tu dueño, ¿verdad? Pues no es ella. ¡Déjala en paz!

Dio un par de pasos atrás. Siempre fue un hombre supersticioso, y tan solo la edad había solapado esa debilidad.

Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Star, pero no tenía cobertura, así que bajó de nuevo las escaleras sin demasiada prisa conteniendo en su memoria los viejos recuerdos que había despertado esa maldita espada. Cuando llegó a la primera planta dejó el teléfono sobre la mesa, junto a la carta de Joy, y se fue hacia la nevera. Pero antes de llegar a ella se detuvo, se giró y cogió la carta. «Utiliza un sistema de satélite con cobertura en medio mundo», releyó. Miró una vez más el teléfono; ni una raya de cobertura. Había llamado con ese mismo teléfono a Joy en esa misma habitación...

—¡¡¡Joy!!! —Pudo sentir cómo en la planta de arriba la Geisha se tensaba.

—¡Dime! —respondió.

—El móvil está sin cobertura.

—Eso no es... —respondió Joy mientras miraba la cobertura del suyo. Ni siquiera daba opción a la llamada de emergencia. Alguien tenía que estar interfiriendo la señal.

Mell se asomó al ventanal y cerró los ojos para rastrear el perímetro. Podía distinguir algunas luces tras los montículos, pero podrían ser las auras de los

olivos. Se quedó unos segundos mirándolas y confirmó sus sospechas cuando dos de ellas se movieron.

Marc bajó las escaleras mientras se abrochaba la camisa.

—¿Qué pasa? —preguntó en cuanto entró en la habitación de Mell.

—Pues una de dos —respondió el Romano sin dejar de mirar a través del ventanal—: o los olivos caminan, o nos están rodeando.

CAPÍTULO XIV

En el ojo del huracán

Sede de los hijos de Licos (Montecarlo)

Cuando Scyros apareció en la sala de seguridad, Star ni siquiera se volvió en la silla. Resultaba imposible confundir la energía del Tuerto con la de otra torre de tierra, así que siguió tecleando y tecleando a la espera de que Scyros preguntase lo que hubiese ido a preguntar. El Gigante cruzó la sala en dos zancadas, abrió la nevera y se quedó mirando el interior mientras masticaba su piedra imaginaria. En la nevera solo había cerveza y agua, dos únicas opciones y, aun así, Scyros sería capaz de pasarse medio minuto intentando elegir.

Al contrario que todo el mundo, cuantas más opciones había más fácilmente decidía. Al fin, tras veinte segundos, cogió una cerveza y se sentó en un sofá del lateral mientras miraba hacia la pantalla del ordenador de soslayo. Al parecer, había estado durmiendo un par de horas, aunque nadie entendía bien por qué, y después se había dado una ducha de más o menos otras dos horas. Al Tuerto le encantaba sentarse junto a la ducha, abría el agua caliente, se sentaba en el suelo justo donde la cálida lluvia golpeaba el suelo y se quedaba horas viendo el vapor y sintiendo el impacto de las gotas de agua contra la piel.

Podía permanecer así horas. Incluso los más ancianos contaban que en una ocasión, tras una batalla en Alejandría, se sentó en una sauna junto a la pequeña cascada artificial de un balneario durante tres días y tres noches, obligando a los esclavos a hacer turnos para hervir el agua.

Cualquier otro condenado habría terminado por explicar sus manías a los demás, cualquier otro habría buscado una excusa... Él no, simplemente no. Nadie sabía por qué, nadie sabía ni se atrevía a querer saber. Scyros se había acostumbrado a esa sensación de aislamiento. Ser el guardián de la Alianza... Sí, que todo condenado sobre la faz de la tierra conociese su nombre. Sí... Pero que le dejasen tranquilo. Esa era la orden invisible que había tejido alrededor de su

nombre con la misma férrea voluntad de una araña que cada noche remienda su tela.

«Si quieres que te respeten, nunca les entregues tus sentimientos. Por su bien y el tuyo, debes guardarlos dentro de ti, Tuerto», le enseñó Alexias mientras liaba su látigo sobre la mano, allí, entre el delgado espacio que separaba el vapor de los recuerdos.

Había estado esperando el sueño de Talos, pero este no había hecho acto de presencia. Y bajo el cálido aliento de la ducha había estado meditando el porqué. El Peludo no solía hacer nada de lo que le ordenaban, pero en cosas como compartir sus recuerdos raramente escurría el bulto. Le había enseñado mil cosas en el pasado. Gracias a ese don, Scyros se había visto a sí mismo como si le hubiesen grabado en vídeo. Había visto a la Albina cantar bajo la luz de la luna en el templo del toro en Creta, había visto a Leo luchar en Salamina y a Alexias hundir toda una flota de barcos en el golfo Pérsico.

Pero ¿por qué no quería enseñarle la hora del Fénix? Tras dos horas bajo la caliente lluvia, solo había llegado a una conclusión: Licos no quería que él lo supiese. Y cuando los dioses callan, los hombres enloquecen.

Descargó su rabia contra los adoquines del suelo, haciéndolos saltar por los aires de un puñetazo para después reconstruirlos con el don de la tierra. No pudo evitar recordar el cuerpo de Leo en su pequeño sarcófago de cristal de roca y la risa fingida de Ergara junto al mirador del templo de los eones. «Le dije a Tanis que un lobo iba a morir. Quedará aislado de la manada y morirá con dos aros en la mano».

Había comprobado las manos de Leo y no había visto aro alguno. Quienquiera que lo matase se llevó su trofeo. ¿Significaba eso que algún otro de los hijos de Licos abandonaría el juego?

En una ocasión, un mercenario sirio le dijo que estaba harto de ver al sol levantarse todos los días. Scyros le respondió: «Pues no lo mires». Aquel hombre no tendría más de cuarenta y cinco años, pero había visto tanta muerte a lo largo de ellos que ya no sabía si quería seguir viviendo. El Tuerto, en cambio, había visto al sol levantarse tantas veces como para volver loco a cualquiera. Y seguía allí, día tras día, muerte tras muerte. Estaba tan harto del mundo, tan cansado...

—Condenado... —susurraba mientras intentaba evitar que una lágrima perezosa se mezclase con el agua de la ducha al caer.

Luego se vistió con lo primero que cogió del armario: unos tejanos pasados de moda, una camisa de leñador de esas de cuadros de colores y su cazadora de piloto. Los zapatos que se había puesto el día anterior estaban manchados de sangre tolteca, así que se los quitó con cierto respeto y los tiró a la basura con una pizca de ceremonia, como si estuviese enterrando al infeliz al que pertenecía aquella sangre, los sustituyó por una botas de montaña de cuero marrón (totalmente fuera de lugar en esa época del año) y se fue derecho a ver a Star. Si los dioses no querían hablar, tal vez la tecnología le aclarase la duda.

Allí estaban Star y Luna, ambos metidos en el ordenador. El Marshal por vocación manifiesta, y la Albina porque, chateando en Megacrip, podía despellejar a Tanis sin que su gesto más recurrente fuese un corte de mangas.

También estaba allí Silvie, actual primogénita de Alariel. Scyros la había mandado llamar, pero aún se desconocían sus motivos. Y la «joven» ocupaba su tiempo leyendo un libro en el sofá que estaba al pie de la librería de títulos desestimados. Lucía una minifalda negra con pedrería y una camiseta juvenil de esas que al ponérselas es difícil saber por dónde se meten los brazos y por dónde la cabeza. Cuando vio llegar al Gigante le sostuvo la mirada el tiempo suficiente como para no resultar irrespetuosa, y siguió leyendo.

Él tan solo la saludó con la mano mascando el aire de nuevo y se fue derecho hacia la espalda de Star.

—¿Qué demonios es la hora del Fénix? —preguntó.

Su voz rebotó en las paredes de la habitación haciendo vibrar levemente las vitrinas como si el aire hubiese entendido la magnitud de la pregunta o, tal vez, la de la respuesta. Pero Star tan solo dejó de teclear un segundo antes de encogerse de hombros y seguir haciéndolo.

Viendo que no llegaba la respuesta, probó con otra pregunta.

—¿Dónde está el Peludo? —A lo que Star respondió con una nueva traca de golpecitos sobre el teclado y un gruñido para pedir algo de tiempo.

—Según el GPS, está en Oviedo —respondió a los pocos segundos. En la pantalla del ordenador podían verse los diferentes puntos donde el collar de Talos había marcado su posición en las últimas horas, como una hilera de hormigas sobre el mapa.

El Tuerto se puso en pie y miró la pantalla del ordenador. Se rascó detrás de la oreja mientras veía el punto intermitente, que parpadeaba.

Oviedo era territorio de Hazzé, alias Bunne... La casa de los hijos del señor del martillo.

—¿Qué coño estará haciendo el Peludo en casa de Sílex?

—A lo mejor solo está de paso —respondió Star—. Lleva una línea recta hacia la costa, y al parecer sigue en movimiento.

—¿En cuántas horas ha hecho el trayecto? —preguntó Scyros apoyando todo su peso sobre la mesa. Tenía el ceño fruncido y cara de preocupación. Star se hizo el cálculo de cabeza y respondió:

—Cuatro horas y media. Lo que te decía, no se ha parado.

El Tuerto asintió mascando su piedra. Luego volvió al sofá y se dejó caer en él. El Peludo ni siquiera se había parado. Tenía que estar dormido para compartir sus recuerdos, lógicamente no parecía tener intención de responder a la pregunta de Scyros... y para colmo campaba por tierras hostiles.

—No me gusta... —susurró Star mientras Scyros parecía masticar el tiempo con la vista perdida más allá de la pared.

—A mí tampoco.

Tres pisos más arriba, Alter movía en círculos su copa de coñac para que se aireara. Le llegaba el olor a madera vieja de roble, a frambuesas y a café mezclado con las escasas disculpas de Scyros. Miró el licor, tan oscuro que parecía absorber la luz del sol.

Sabía que le observaban desde las cámaras del techo. Había contado seis que enfocaban aquel salón desde todos los ángulos.

«Se quedan metiditos bajo tierra, como ratas», pensó, y luego cerró los ojos antes de saborear aquel regalo. «Estoy en medio de las líneas enemigas, y creen que es casual».

La sobreprotección de Astarte hacia su única torre durante los últimos tres mil años les había llevado a pensar que no la sacrificaría, que era su tesoro, su preciado trofeo. Pero las cosas distaban mucho de ser así.

El trato parecía tan sencillo...: «Vivirás hasta que tu madre regrese al Sephyra, te daré la oportunidad de pagar tus deudas y hallarás la luz en tu partida». Tentador, ¿verdad? Colar bajo la alfombra una vida de conquistas, de asesinatos y de conjuras a cambio de lo que consiguiese sobrevivir una dama de la Alianza a la que se le había ordenado quitarse la vida. ¿Cómo pudo creerse más listo que Astarte?

Le enseñó a fabricar la trampa para Hell y le usó de reclamo para encerrarla en ella. Pero la reacción de su madre a la esclavitud del alma de su único hijo no fue la esperada. No tenía nada más que su existencia para ejercer presión, así que juró no abandonar el plano físico hasta que su hijo fuese liberado. Y el cabrón de Astarte se salió con la suya. Obligó a Alter a vivir... A vivir. De esa forma se aseguraba de que Hell tuviese el mismo trato que había dispensado a las Potestades a través de Salomón. Él había permanecido encerrado trescientos años, pero dado que Hell había conseguido destruir todas sus piezas y las de muchos de sus hermanos, vio a bien multiplicar por diez aquella cifra. Tres mil años de cautiverio. Las Potestades se quedaron satisfechas y los Tronos guardaron silencio, para variar.

Alter intentó quitarse la vida de todas las formas habidas y por haber, pero Astarte se pasaba las normas de la Alianza por el culo con una facilidad pasmosa. En una ocasión, ordenó a sus más allegados que lo despedazasen en cien trozos y los distribuyesen por todos los rincones del mundo. Y antes de que obedeciesen la orden, Astarte cruzó de plano y no dejó ni a uno solo con vida. Después de eso se enterró vivo en Ca Na. Ya que no podía acabar con su vida, al menos intentó no tener que jugar para Astarte. Consiguió aguantar el dolor durante casi sesenta años, hasta que perdió la cordura y tuvo que regresar al juego. Lo hizo débil, tan delgado que parecía un monstruo sacado de una novela de terror vampírico, tardó más de un siglo en recuperarse de aquel alarde de rebeldía, y después tan solo Leo consiguió matar su apatía.

Ahora la jugada era tan obvia para él que tan solo asintió esperando lo que se avecinaba, comprendiendo a su vez las razones de Astarte, su forma de actuar en esos tres mil malditos años.

—Eres un hijo de puta muy listo —susurró—. Hell ha pagado ya, la Alianza no tardará en hacerlo, y tú de brazos cruzados disfrutando de la pelea y solo moviendo una pieza, ¿verdad? Me pregunto qué cojones significa tu nombre. «¿Cinismo de Dios?».

Sintió un pequeño tirón en el anillo, un escalofrío le recorrió la columna y la copa de coñac vibró en su mano y, como si susurrase, desde el interior de la copa le llegó la respuesta.

—Mi nombre es Belial, Balhor o Beliel, que significa «el de las ganancias corruptas» o «el que hace trampas». También me llaman Astarte o esposa de Seth, Astarhot, «el hijo del viento» o Sezame, el Príncipe... El Príncipe del viento.

Podría darte mil nombres a través de los siglos. Podría darte todos sus significados y, aun así, tan solo ahora, que has pagado tu deuda, puedes ver la intención que me anima. Yo existo para equilibrar la balanza, yo existo para que el que hace trampas las pague con la misma moneda. Tu madre rompió las reglas del juego y tú quisiste hacer lo mismo. ¿Creías que no te alcanzaría? ¿Creías que estabas a salvo del justo castigo tras las faldas de tu madre? Ella fue la primera en aceptar el precio, fue la primera en comprender. Ahora la justicia llama a nuestras puertas. Ha llegado la hora de saldar las deudas. Es el momento de pasar factura a la Alianza.

Alter sopesó cada palabra. Recordó cada día que había sacrificado intentando escapar de su condena, como un pájaro enjaulado golpeando con vehemencia los barrotes de su prisión hasta herirse. Y comprendió; por primera vez, comprendió. Aquel al que había supuesto una maldad inherente a su naturaleza resultaba ser tan solo un reflejo de su propia codicia, de su propia locura.

Se sintió estúpido, después ruin y miserable y, por último, se sintió libre por primera vez en toda su existencia. Libre y agradecido.

—¿Soy libre entonces? —preguntó susurrando con el miedo hilado en cada sílaba.

—Lo eres —respondió Astarte—. Una última orden tengo que darte, y ten por seguro que morirás cumpliéndola: lleva mi castigo a la Alianza.

Mediterráneo (mar abierto)

Quince minutos antes

La pesca se resistía, el mar parecía engullir los peces cada vez a más profundidad. El capitán del pesquero San Julián miraba el mar, extrañado; este estaba en calma. Los atunes deberían de estar subiendo a la profundidad de caña desde hacía horas. Dejó caer la vista sobre los instrumentos. Nada extraño. Después se rascó la cabeza sin comprender y se asomó al puente de proa. Los hombres tendían las cañas en cubierta mirándose unos a otros sin comprender.

—¿Qué les asusta? —preguntó el catalán desde su puesto con sus tres cañas dormidas.

La respuesta llegó por estribor. Dos de los hombres llenaron de gritos sin sentido media cubierta del barco. Todos se giraron hacia donde señalaban. Una

especie de cortina de agua se elevaba del mar, a no más de dos metros de altura, cubriendo todo el horizonte.

—Pero ¿qué coño? —El capitán se quedó paralizado, no sabía qué pensar.

Desde su altura se veía claramente aquel «extraño fenómeno». Era solo una cortina de agua en movimiento, ni siquiera una ola. Se acercaba a una velocidad considerable y no parecía tener consistencia ninguna. Pero en cincuenta años en el mar no había visto nunca nada parecido. Se giró hacia el piloto y ordenó enfrentar el barco. Podía ser que no fuese peligroso, pero no pensaba pecar de incauto. El San Julián viró sin dificultad apuntando la quilla hacia la cortina de agua, que se acercaba cada vez más deprisa levantando una pequeña nube de espuma a su paso.

—Pero ¿se puede saber qué es eso, capitán? —preguntó el piloto mientras dirigía los prismáticos al horizonte.

—Es semicircular —respondió el capitán—, como si fuese una onda en un estanque, pero al revés. Se está cerrando.

A medida que la cortina se acercaba, el aire parecía enmudecer mientras los hombres se escondían en el interior del barco y cerraban las esclusas. El capitán ordenó que se encerrasen en el puente y él se quedó al pie de las ventanas a la espera del choque. El barco cruzó la cortina de agua sin sufrir daño alguno, de proa a popa. Tan solo lo hizo vibrar, como si lo que hubiese cruzado fuese una corriente de aire comprimido. Se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista y siguió su camino hacia la costa.

El piloto la siguió durante un rato sin saber bien qué pensar. Aquel extraño fenómeno no tenía ningún sentido. Cogió el compás y empezó a calcular su extensión grosso modo sobre los mapas.

—Mide más de doscientos kilómetros y se está haciendo más pequeño. Va a confluir en algún punto de la costa. —Hizo unas cuantas líneas sobre el mapa de navegación y trazó el posible rumbo de aquella cosa.

—Deberíamos avisar a tierra —dijo el capitán, pero sonó más a pregunta que a otra cosa—. ¿Cómo le explicas eso al jefe del puerto? ¿Hacia dónde se dirige?

—Pues no lo tengo muy claro, capitán, pero me da en la nariz que va derecho a Montecarlo.

En el salón recién pintado de la casa de Licos, Alter escuchaba a su señor.

—Ahora —prosiguió Astarte— que comprendes mi naturaleza... Ahora que ya no escondi mi secreto a tus ojos, debes abandonar el mundo de los vivos. Pero lo

harás con toda la gloria de mi nombre, lo harás con todo mi poder en las manos.

Se empezó a escuchar revuelo en el exterior de la casa. Algunos miembros de la Alianza que esperaban sus órdenes sentados en las mesas de la terraza se pusieron en pie de un salto, arrojando sillas y vasos al suelo.

—Scyros cree que puede controlarte, cree que tu pelea con él en la roca de los ahorcados le mostró el techo de mi poder, y te ha traído aquí.

—Lo tenías todo planeado.

La copa de coñac se quebró dibujando arañas de cristal brillante. Alter la dejó sobre la repisa de la ventana y se puso en pie. Podía sentir la presencia de Astarte más allá de las ventanas, rodeando el edificio, la playa y el monte a su alrededor. Se aproximaba, y lo hacía rápido.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó, aunque tenía muy claro cuál iba a ser la respuesta de Astarte.

—Aniquila... a la Alianza.

Star estaba buscando datos en el ordenador cuando se encendió la primera alarma. Tenía instalado un software que leía los cambios atmosféricos a cien millas de Montecarlo. Recibía la información de las balizas de pesca y de seguridad marítima y la de los puestos de meteorología de todo el monte circundante. No tenía por costumbre prestarles mucha atención, pero el plan de contingencias que diseñó cinco años atrás por orden de Leo preveía maremotos, terremotos, etcétera. El Espartano siempre tuvo miedo por los habitantes de Montecarlo. El Mediterráneo daba alguna sorpresita de vez en cuando, y siempre podía resultar útil estar preparado. Ignoró las tres primeras alarmas, pero cuando la pantalla empezó a iluminarse como un arbolito de Navidad cerró el sistema de búsqueda en Internet y revisó las lecturas.

Al Tuerto tampoco se le escapó el jaleo. Se levantó del sofá y se puso detrás de Star.

—¿Qué es lo que pasa?

—No lo sé. Hace un rato un pesquero reportó una especie de avistamiento al puerto de Montecarlo.

—¿Y qué vio? —preguntó el Gigante doblándose para poder mirar la pantalla cómodamente.

—Parece que una extraña formación de aire y agua se desplaza hacia la costa. Al parecer, no solo es en el mar. Los sensores de aire se han vuelto locos aquí,

aquí y aquí —respondió Star señalando con el dedo tres puntos alrededor del plano geológico.

Luna se dio la vuelta haciendo girar su silla, chasqueó los dedos y señaló hacia las pantallas de las cámaras de vigilancia.

Alter estaba de pie en medio del gran salón. Miraba directamente hacia una de las cámaras de seguridad con una extraña sonrisa en el rostro y las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me parece que este sabe algo —dijo Star mientras descargaba una nueva oleada de golpecitos sobre el teclado.

Las pantallas de seguridad cambiaron al exterior de la casa, donde aquel «extraño fenómeno» se había quedado quieto. La casa entera estaba dentro del ojo de un enorme huracán.

Scyros se quedó mudo mientras acercaba el ojo bueno al monitor. Era el huracán más grande que había visto en su vida. Levantaba el agua y la arena alrededor de la casa, segaba los árboles y arrancaba los azulejos del suelo. Estaba claro que le habían tomado el pelo. Alter no tenía poder para levantar algo así, o la pelea en Ibiza había sido una pantomima, un ardid para hacerle caer en la trampa. Por un instante se sintió estúpido. Leo le contó en una ocasión que Alter había usado una tormenta a su favor durante una pelea en las Antillas. No la había usado... No estaba allí y él la aprovechó. ¡La creó él, fue Astarte! En cierto modo, las piezas encajaron en la cabeza del Tuerto. Había visto cómo Alter buscaba el consentimiento de Sílex antes de seguirle en Ibiza.

Golpeó la mesa con fuerza mientras en su mente las piezas encajaban del todo.

—Mierda. Es una trampa. Nos están sitiando —dijo el Tuerto mientras intentaba encontrar sentido a todo aquello. Alter estaba solo contra media Alianza. Moriría, sin lugar a dudas.

Claro que, viendo su sonrisa en el monitor de televisión, no parecían importarle lo más mínimo las consecuencias. La jugada tenía que reportar un beneficio a las Potestades superior a un simple cambio de piezas... El Fénix. Miró de reojo a la Albina casi sin saber por qué.

Ella le devolvió la misma mirada. Lo malo de la edad es que acostumbra a enseñar a todo el mundo por igual. Luna ya se había hecho la cuenta de cabeza y le había salido el mismo resultado. Sabía que la prioridad de Scyros sería proteger a la Alianza, detener a Alter. Por su parte, ¿se arriesgaría a intentar

ayudar a Mell de nuevo? El Tuerto la miró profundamente dejando claro que no se lo iba a consentir. Luna tan solo apretó los dientes y desvió la mirada de nuevo hacia los monitores.

La casa vibró con fuerza, el ascensor se soltó con un fuerte crujido y el cable rebotó en cada piso hasta golpear el techo de la cabina.

—Me temo que vamos a tener que subir por el sendero —dijo Star.

—Eso es lo que quiere. Si lo intentamos, nos cazarán en el punto de entrada —respondió Scyros.

Se miraron unos a otros. Estaban encerrados mientras Alter arrasaba el mundo a su alrededor. Las cámaras de vídeo se estaban apagando una por una mientras el Muerto les dedicaba su mejor sonrisa desde el salón. Al parecer, ya no había nada más que decir.

CAPÍTULO XV

Nada que decir

Sede del Fénix (Palermo, Sicilia)

—Dios mío... Dios mío —dijo el Santo repitiendo una vez más la muletilla que llevaba arrastrando doscientos treinta y seis años.

No solo le llamaban «el Santo» por ella, también daba todo el aspecto de un santo a la vieja usanza: el pelo largo ondulado de un negro que parecía limpio lo estuviese o no; barba recortada con cortaúñas a la moda de algún periodo en el jurásico, y esa forma de mirar, más cerca de un loco de tebeo de lo que debería. Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni ancho ni estrecho, vestía siempre de gris, pero con la suficiente mugre encima para pasar por indigente.

Cada vez que le ordenaban matar no paraba de decir «Dios mío», como si quisiese pedir perdón por anticipado. Después, mientras se limpiaba las manos manchadas de sangre también lo repetía, como pidiendo disculpas, cuando en realidad lo que le pasaba era que simplemente no sabía mantener la boca cerrada. En resumen, «un santo».

Sostenía un Kaláshnikov mientras comprobaba que había cebado la recámara. No era su arma preferida. Prefería usar una simple pistola, y más cuando se luchaba contra otros condenados. La única bala que con probabilidad llegaría a su destino sería la primera. Las demás solo servían para delatar tu posición y cabrear más al enemigo, así que cambió la selección de ráfaga a disparos tiro a tiro y se pasó la cinta por la cabeza de tal forma que le quedó colgando como un bolso de mujer.

Estaban en Sicilia tras unos olivos que les ocultaban a la vista de la preciosa torre del Fénix. Según decía Sílex, allí dentro estaban Mellias de Syracuse, la Geisha y un chaval nuevo que al parecer se había convertido en un objetivo prioritario. Solo de pensar en que se iba a tener que enfrentar con Mell le recorría un sudor frío imaginario. Imaginario porque, sirviendo a una Potestad de fuego, el sudor podía ser de todo tipo menos frío. Aun así, lo sentía en la

espalda y sobre los labios, y parecía que solo desaparecía cuando mentaba a Dios. Así que se limitaba a escuchar a los demás mientras susurraba «Dios mío, Dios mío». Sílex ya le había avisado dos veces de que estaba poniendo nerviosos a los novatos.

—Tú también eres católico —le dijo.

—Pero puedo hacerme protestante —respondió el Astur— y saltarte algunos dientes si sigues con la cantinela. Total, seguiría rezando al mismo, ¿no?

Así que el Santo tragó saliva, negó con la cabeza y miró al frente conteniéndose las ganas de volver a repetir su muletilla.

Contaban con dos torres de Bunne: Sílex y Snake; dos de Rael: Zhelma y Forrest, y un alfil de Ségoda llamado Grint, que junto al Santo completaban la primera línea de combate. Luego había unos quince caballeros de Potestades venidas a menos y más de doscientos peones, que se iban a estrenar allí muriendo como conejos entre aquellos olivos.

Habían elegido a algunos al azar para mantener a la gente alejada de la pelea, y a Grint, que contaba con un don para bloquear el sendero. Permanecerían a una distancia prudencial, junto al anulador de telefonía. Esos serían los que saldrían de allí enteritos si mantenían la calma. Pero por los demás no apostaría ni una moneda de cobre.

—¡Muy bien, tropa! —dijo Sílex lo suficientemente alto para que pudiesen escucharle desde la última fila y lo suficientemente bajo como para no despertar la curiosidad de los habitantes de la torre a sus espaldas—. Nos enfrentamos al Fénix, una de las Potestades más fuertes del juego. Nuestro objetivo es su último fichaje, un muchacho muy alto y con el pelo rapado que responde al nombre de Marc y que brilla en el sendero como un arbolito de Navidad. — Muchos de los presentes, los que sabían rastrear, asintieron mientras veían el aura de Marc relucir en la distancia.

—Recordad que muchos de los peones de nuestro bando brillan de forma similar, no vayamos a matarlos por error —continuó diciendo Sílex mientras en su cara se perfilaba la pena que sentía—. Es voluntad de los dioses que ese chico deje el juego. Y no está en nuestras manos ignorar sus órdenes. Somos condenados. —Los veteranos asintieron incómodos. El Fénix era una Potestad, y enfrentarse con la Alianza de Tronos era algo común, pero medirse con los que siempre habían sido aliados o amigos resultaba difícil para todos.

Sílex, personalmente, parecía una olla a presión. Estaba colorado y apretaba los dientes con tanta fuerza que le costaba articular las palabras. Parecía que quería gruñirlas o escupirlas.

—Cuidado con Joyko. —Hizo una pausa al comprender que la mayoría no sabía quién era la Geisha, algo que por otro lado no vendría mal, ya que el miedo nunca ayudaba a cargar contra el enemigo—. Se trata de una chica pequeña y delgada muy guapa. —Hizo otra pausa para coger aire—. Pero recordad que, sea lo que sea lo que lleve esa mujer en la mano... ¡corta! Si tenéis una sola opción, disparad a la cabeza; es la única forma de detenerla. Me gustaría recordaros a todos que el único objetivo es el chico. Intentad no... —Se detuvo y dejó caer la vista al suelo. No podía pedir a esa gente que intentaran no hacer daño a Joyko o a Mell, no podía ordenarles que se dejaran matar. Estaba claro que tanto la Geisha como el Romano defenderían a Marc con sus vidas.

—Tened cuidado —dijo al fin—. Concentraos en alcanzar al chico y en acabar con él, y alejaos lo más que podáis de los otros dos. El más peligroso es Mellias. Mide más o menos lo mismo que yo, es tan ancho como un armario ropero y tiene el pelo a media melena. De ese... —levantó un poco más la voz— me ocupo yo. ¿Entendido? —Snake le dedicó una sonrisa torcida y escupió a un lado mientras cruzaba los brazos delante del pecho.

—Deberíamos... —comenzó a decir la Serpiente, pero Sílex le hizo callar con una mirada más fría que la nieve.

—Es mío. Yo le mantendré ocupado. Tú ve a por el chico. —Y volvió a levantar de nuevo la voz—. No quiero que le toquéis un pelo al Romano. ¡Es mi mejor amigo, joder! —Y con las mismas se puso a caminar hacia la torre—. Haced lo que os he dicho. Atacad a mi señal.

No tenía nada más que decir, e intentar salvarle la vida a Mell estaba cerca de costarle muchos enemigos. Si todos atacasen al Romano lo matarían sin dificultad, y luego podrían ir a por Joy y Marc sin sufrir demasiadas bajas. Pero quería a ese cabrón, simplemente lo quería.

Snake se retorció contra el tronco de un olivo haciendo honor a su mote mientras rumiaba las órdenes. A su lado, Zhelma y Forrest le miraban de soslayo.

—Creía que utilizaríamos el factor sorpresa —dijo Zhelma mientras acariciaba el filo de su catana. De los presentes, era la que más ganas tenía de atacar.

Tineko Zhelma estaba considerada una de los mejores espadachines del planeta. Ya siendo un caballero demostró ser una máquina de matar, y medirse con Joyko... Simplemente no podía esperar. En una ocasión vio a la Geisha cruzar toda la línea de infantería del ejército turco, dejando un reguero de cadáveres sin que consiguieran rozarle un solo pelo. Ese día supo que estaba destinada a medirse con ella, y seguramente a morir bajo el filo de su espada. Se ató su larga melena negra con un lazo pequeño y se ajustó la ropa que llevaba: un pantalón holgado y una camiseta lo suficientemente blancos como para que se la viese venir de lejos.

Forrest, a su lado, la miraba nervioso. Sabía perfectamente lo que estaba pensando. Hizo amago de decir algo, pero ella le cortó haciendo un gesto con la mano. Ya estaba todo dicho, y ella se ocuparía de Joyko. Si moría en la pelea, le había ordenado a Forrest que le entregase a Joy su espada con toda la ceremonia digna de un duelo formal. Y aunque el viejo zahorí la entendía, no le apetecía verse en esa tesitura.

—No quiero venganzas —susurró a su compañero.

—Zhelma...

—¡No!

Forrest dejó caer la vista al suelo. Sabía de sobra que Zhelma había perdido el interés por el juego mucho tiempo atrás. No quería morir, pero le importaba muy poco hacerlo. Rael había cumplido con su parte del trato y los dos eran libres de morir desde hacía más de dos siglos. Habían alargado su condena voluntariamente tan solo para seguir aprendiendo del mundo antes de seguir su camino. Ocupaban su tiempo en hacer obras de caridad y en controlar el tráfico de personas y de drogas en Centroamérica y en África, influyendo en las tribus más humildes del viejo continente africano sin esperar nada más que un reto a su altura. Y Joy, la pequeña Joy..., un ninja Azuma, uno de los de verdad, con más muertes reflejadas en el filo de su espada que estrellas en el firmamento.

Zhelma apretó el mango de su espada hasta dejarse los nudillos blancos.

—Si el Fénix no se hubiese unido a la Alianza, las probabilidades de enfrentarme a Joyko habrían sido muy pocas. Hoy es el día, hermano —susurró intentando que no se percibiese la ilusión en sus palabras ni en el brillo en sus ojos.

El Santo tiró una vez más del percutor de su Kaláshnikov sin demasiado énfasis, levantó la mano y cerró el puño. Todo el mundo se quedó en silencio. El

aire acarició la cara de Forrest, que miró a su compañera y le dedicó una enorme sonrisa. Si ese combate significaba tanto para ella, él no tenía nada más que decir.

Sílex caminó despacio hacia la torre, como si cada paso que daba fuese sobre brasas encendidas o cristales rotos. Casi podía sentir el dolor en las plantas de los pies. Llevaba uno de sus martillos en cada mano, dos piezas de artesanía con más de mil años. Los manejaba como si fuesen de juguete, pero, por algún motivo, en ese momento le pesaban como lo que eran, dos trozos de hierro de quince kilos cada uno.

Cuando vio salir a Mell de la torre se le encogió algo en el estómago. Venía con las dagas a la espalda y con chaleco antibalas. Estaba claro que ya se lo estaba viendo venir. Dos mil años de experiencia daban para mucho.

Se le acercaba casi al mismo paso con la vista perdida a espaldas de Sílex, donde sin duda podía rastrear el despliegue de Potestades. Cuando tan solo les restaban dos metros, se detuvieron. El rostro del Astur era un poema. Se miraron con esa cara de querer decirlo todo a sabiendas de que no había nada que decir.

—¿Qué significa todo esto, Sílex? —dijo Mell. Ni siquiera sonó como una pregunta. En su cara podía verse que lo entendía de sobra.

—Entrega al chico, Mell, por lo que más quieras —dijo Sílex dejando caer la vista al suelo. Los martillos ya parecían pesar cincuenta kilos—. El Fénix no debería estar bailando con la Alianza, joder, lo sabes...

Volvieron a mirarse con más pena todavía. Los dos sabían de sobra lo que estaba pasando: las Potestades contraatacaban, querían a la Alianza fuera del juego, y Hell era la mejor oportunidad que habían tenido en los últimos tres mil años. Marc tenía que ser eliminado antes de que el Fénix completase su transformación o lo que quiera que fuese «la hora del Fénix».

—No puedo entregarte al chico. —Mell negó rotundamente con la cabeza—. Hell no es una apuesta segura.

—¿Crees que no lo sé? —respondió Sílex mientras agitaba nervioso el martillo de la mano derecha.

—Supongo que habéis cortado las comunicaciones.

Sílex tan solo frunció los labios. Era obvio, no estaban por la labor de convertir ese ataque en una guerra con la Alianza, al menos de momento. Y mientras no

podiesen pedir ayuda al Turco y a aquella bestia tolteca que se había sacado el Fénix de la manga, Mell no tenía prácticamente posibilidades de salvar al chico.

—Sabes que daría mi vida por ti —dijo Sílex—, pero también sabes —continuó señalando con un gesto a su espalda— que no serviría de nada.

Mell asintió. Por lo que veía, aquello era una cacería en toda regla. Podía distinguir al menos cuatro torres, dos o tres alfiles y, a saber, un número indeterminado de peones y caballeros como carne de cañón.

—No dejaré que les hagáis daño. —Se lo dijo más a sí mismo que al Astur, que tan solo torció el gesto y suspiró. Parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—Lo siento, Mell. Solo puedo asegurarme de que no te maten —dijo Sílex levantando la vista y echando los hombros hacia atrás.

Estaba claro que pretendía bloquear a Mell mientras los demás masacraban a Joyko y a Marc.

Se hizo el silencio mientras ellos tiraban de la energía elemental al mismo tiempo. Se produjo la conocida sensación de tensión mientras arañaban toda la energía que podían. Sílex se dilató un poco dejando que Mell se quedase con más fuego del que debería, lo que arrancó al Romano una sonrisa triste.

Sílex le mostró a Mell el anillo de Bunne, le guiñó un ojo y chocó los martillos. Había llegado el momento de pelear. A su señal, el improvisado ejército de las Potestades inició su carga en dirección a la torre, saliendo de todas partes y desde todas las direcciones; los veteranos sin levantar polvo y con la boca cerrada, y los novatos dando gritos, corriendo y malgastando balas en un intento de hacer blanco en las paredes de piedra de la vieja torre.

Joyko no paraba de caminar por el salón tatami del último piso como un tigre en una jaula. De vez en cuando echaba una mirada por el ventanal solo para soltar un bufido y volver a dar vueltas. Apretaba el mango de la espada de su hermano, una ninjatō, algo más corta que una catana y con el filo recto. Era un arma diseñada para matar rápido y a corta distancia. La desenvainaba hasta la mitad y luego la volvía a envainar con un golpe seco hasta que de repente se paró, se quedó un segundo en tensión, como preparándose para saltar al vacío, y se giró hacia Marc con la mirada perdida, como si no le estuviese viendo. Tenía los labios apretados y los ojos entornados, dando un aspecto de furia que le puso a Marc los pelos de punta.

—Escúchame... Ya vienen. Quiero que me utilices como escudo. Interpón siempre mi persona en el fuego y dispara a través de mí.

—¿Cómo dices? —preguntó Marc sin comprender.

—No te preocupes, yo esquivaré tus disparos. Estamos conectados a través del Fénix y puedo intuir tus movimientos. Dispárales a la cabeza y recuerda que intentarán esquivar el disparo seguramente en la misma dirección que el brazo en el que lleven las armas. Es un acto reflejo, así que adelanta el movimiento y dispara a un palmo en esa dirección. —Marc asintió en silencio—. Tenemos que movernos constantemente arriba y abajo por todo el puñetero edificio. Sigue mis movimientos y no te separes de mí. Si se te acaban las balas...

—Ya sé, cojo la primera arma que vea. No gastes saliva, no soy gilipollas —contestó el chico sin dejar de mirar por la ventana. Ya se veían cabecitas entre los olivos. Levantó las dos pistolas y soltó el seguro. Las armas respondieron con un tirón seco mientras las balas se alojaban en la recámara.

—No... —dijo Joy atrayendo la mirada de Marc—. Tan solo recuerda que las espadas no solo sirven para abrir cajas. —Y señaló a Hiken, que permanecía en su vaina roja sobre el pedestal—. ¡Cualquier espada menos esa! —gruñó—. Y recuerda usar las rodillas. Anda, vamos abajo. Seremos más fuertes ante la puerta principal.

Marc sonrió nervioso mientras las primeras balas rebotaban contra los cristales.

—¿Cristal blindado? —preguntó.

—Oh, sí —siseó Joy—. Y estáis a punto de agradecerme cuatrocientos años de paranoia —dijo al tiempo que pulsaba el botón rojo que activaba el campo de minas y comenzaba a bajar las escaleras.

—Pero ¿no se supone que pueden rastrear las minas?

Joy esbozó una sonrisa antes de responder.

—Las que se ven son las anticarro, las demás están metidas en bolsas de mercurio, y no se pueden rastrear.

Marc abrió mucho los ojos mientras recordaba las palabras que le había dicho Joy al Romano: «No más de quince metros».

—Son saltadoras, de esas que se elevan más o menos a la altura de las manos antes de explotar —continuó diciendo Joy mientras se asomaba a uno de los ventanales de la escalera y le enseñaba a Marc el aro del Fénix en su dedo corazón—. Mucha gente está a punto de llevarse una sorpresa.

—¿Cuántas plantaste?

Joyko desenvainó la espada, afiló la sonrisa y respondió:

—Muchassss.

—Dios mío —dijo el Santo mientras a su alrededor los novatos salían corriendo como locos hacia la torre.

Policías, exmilitares, espías, asesinos, traficantes... Parecía que los novatos creían que las normas del combate que recordaban resultaban útiles en su nueva condición. Uno de aquellos locos se detuvo un segundo a su lado para decirle «¿Qué pasa, abuelo, es que tienes miedo?» antes de seguir corriendo como si hubiera prisa por llegar a la torre.

Cuando se escuchó la primera explosión y aquel «valiente» regó el suelo con sus entrañas, el Santo tan solo clavó bien los talones en el suelo, muy quieto, como si fuese un clavo al que le hubiesen dado un martillazo. Dejó de respirar, cerró los ojos e intentó hacerse una idea de la situación.

La segunda explosión fue por detrás de él, lo que significaba que ya estaban metidos en la trampa. La mayoría de los veteranos ya se habían quedado quietos viendo cómo los novatos salían volando por los aires entre alaridos. Al menos, los que gritaban seguían enteros. Otros simplemente se apagaban cuando las minas les segaban los brazos. En cuanto vio las primeras gotas de mercurio, levantó el brazo y gritó la orden de detenerse. Pero no sirvió de nada; las explosiones se sucedían como una traca de fuegos artificiales, mandando al aire pedacitos de peón.

—Dios mío... —dijo al tiempo que se llevaba el arma al hombro y comenzaba a disparar sobre el suelo en línea recta hacia la torre. A su lado, a no más de tres metros, un novato asintió sonriendo y se dispuso a hacer lo mismo.

«Así me gusta, novato. A lo mejor llegas a viejo y todo», pensó. Por desgracia, dos segundos después el chico pisó una mina anticarro que se veía en el sendero perfectamente. El Santo negó con la cabeza y comenzó a caminar hacia la torre. «Pues parece que no llegará...».

Las torres comenzaron a cargar elementos como el viento, que podía amortiguar la explosión; o la tierra, que podía hacer su piel tan dura como para soportar la metralla. Mientras, las piezas más jóvenes, pero con dos dedos de frente, pisaban por donde lo habían hecho Zhelma y Forrest.

Por desgracia, la pelea entre Mellias y Sílex tiraba de demasiada energía, dejando a los demás con poco que rascar. De vez en cuando, se escuchaba la campanada de los martillos de Sílex contra el suelo, el árbol, la piedra o lo que

fuese que tuviera la mala suerte de interponerse en su camino. Pero las minas le estaban restando todo el protagonismo.

Mell había contado los pasos justos; sabía que Joy no solía atinar con las medidas. Si le había dicho quince metros, seguramente serían diez, así que consiguió atraer a Sílex a cinco metros de la torre. Y pensar que era el Astur el que creía que le estaba salvando la vida a él... Vivir para ver. En cuanto el primer pardillo salió volando, a Sílex se le frunció el ceño.

Le tiraba al Romano los martillazos sin ganas, como un carpintero jubilado. Era de agradecer. Mell le había visto «anular» cabezas ajenas en alguna que otra ocasión, y no resultaba un plato de gusto, y mucho menos si de un golpe de suerte era la suya la que desaparecía de su sitio. Estuvieron bailando un par de minutos mientras a su alrededor los peones pintaban de rojo el setenta por ciento de los olivos, y Sílex parecía querer clavar a Mell al suelo como a un clavo rebelde. Por suerte, el Romano esquivaba sus golpes con facilidad manifiesta mientras le lanzaba algún tajo que otro sin ánimo de acertar.

—Me parece que la cacería se os está yendo a la mierrrda... —dijo Mell mientras esquivaba un martillazo, se colaba en la defensa de Sílex, le clavaba el hombro en el pecho y lo mandaba contra la pared de la torre—. ¿A quién te has traído? ¿Al Tarado? —preguntó el Romano refiriéndose a Snake. Normalmente, nadie se refería a él como «el Tarado», y mucho menos delante de Sílex.

El Astur apretó los dientes, esquivó una de las dagas de Mell, bloqueó la otra con un martillo y dando un giro le lanzó un martillazo en serio con suficiente carga de viento como para reventarle las costillas.

El Romano se dejó caer apurando la cabeza del martillo, que a dos centímetros de su cara se estampó contra la torre mellando un ladrillo de piedra de mil quinientos años de antigüedad. Aunque no le dio, fue como si les hubiese arreado un martillazo a sus ancestros. Cargó el contrapunto de tierra mientras el Astur se hacía con el viento, el único elemento que podía detenerle, y le asestó a Sílex una patada en el costado que lo alejó un par de metros.

—Quieres a ese chaval, ¿verdad? —preguntó en un resuello mientras se ponía en pie de un salto.

—¡Ya te he dicho mil veces que no es un tarado, joder! ¡Es autista! —le respondió Sílex señalándole con un martillo. La patada no le había causado daño alguno y ya había recuperado la tensión de viento, mientras conservaba la tierra en su interior por si acaso.

Mell solo tenía el fuego a medias y parte de la tensión de tierra, aunque alguna otra torre le estaba robando el resto.

—¿Le quieres? —repitió el Romano.

—Pues claro que le quiero, joder, es como un hermano para mí.

Los dos cogieron algo de aire.

—Yo también quiero a Joy, Sílex —dijo el Romano mientras giraba una de las dagas delante de la cara y se ponía en guardia de nuevo.

El Astur parecía que estaba envejeciendo por momentos.

—No puedo hacer nada... —dijo al fin con los dientes más prietos que los tornillos de un submarino.

—Al menos dime a quién te has traído.

—Mell... —Sílex pareció dudar un segundo, pero rápidamente dio un paso al frente y comenzó una nueva tanda de ataques. En esta ocasión, con mucho más brío.

El carpintero jubilado dio paso a un herrero ofendido y eso ya no pintaba tan bien. Así que Mell empezó a emplearse a fondo y la cosa terminó con Sílex dando un grito de rabia con un corte de timer en la cadera. Lo aguantó sin soltar los martillos, lo que ya era un logro de cojones, pero no pudo evitar que le temblasen las piernas.

—Un día de estos te voy a meter una de esas dagas por el culo, Romano —siseó mientras intentaba no perder el control.

Mell se acercó deprisa, esquivó un martillazo sin fuerza, coló una de las dagas en su defensa y, usando el reverso del filo, lo inmovilizó por el cuello contra la pared.

—¡Dímelo!

—No. ¡No servirá de nada!

—Deja que eso lo juzgue yo —le espetó Mell sin dejar de apretar la daga contra su cuello. No lo mataría, pero por Polux que le haría daño si le obligaba.

—Rael...

Mell tardó medio segundo en procesarlo, y la mandíbula le dio un respingo como si Luna le hubiese dado otra bofetada. Rael... Forrest... Y...

—Zhelma —susurró. Esa era la única amenaza real. Incluso Snake era previsible por su cobardía natural; al Santo ya se lo tenían conocido, soltaría las armas en cuanto le cortasen algún miembro; peones casi no les había quedado

ninguno y un caballero no detendría a Joy ni con suerte. Pero Zhelma... Incluso sin la ayuda de Forrest podía matar a Marc y a Joy en cuestión de segundos.

Aún sonaban explosiones. Las minas les estaban obligando a frenar el paso, pero no detendrían a los hijos de Rael.

Joy y Marc dieron la bienvenida a los novatos con bastante facilidad. Los dos primeros ni vieron venir las balas. Marc sabía disparar, y el consejo de Joy sobre la dirección en la que esquivarían dio resultado. Por un momento, Marc llegó a pensar que Joy y Mell exageraban; esa gente entraba sin mirar, disparaba sin pensar y parecían dispuestos a matarse ellos solos. Se hicieron fuertes en la entrada principal, y todo el que asomaba la cabeza recibía una o dos balas de recuerdo mientras Joy se cruzaba para acabar con los que conseguían esquivar alguna.

No pasaron ni dos minutos y el salón ya parecía un campo de batalla. Concretamente, la entrada ya contaba con una barricada improvisada de cuerpos inconscientes, muertos (o más concretamente «remuertos») y miembros amputados. La hoja negra del hermano de Joy dejaba estelas en el aire mientras silbaba, y raro era que no apurase algún brazo con cada silbido, hasta que aquel demonio vestido de blanco apareció en el marco de la puerta.

Si quedaba algún novato intentando entrar debió de cambiar de idea, porque cuando aquella figura se situó delante de la puerta parecía haberse detenido el tiempo. Fue como el punto final de la Biblia. Marc pudo apreciar cómo otro condenado con muy mala pinta y dos cimitarras enormes se quedaba parado por detrás de... ¿ella? Resultaba difícil intuir su sexo. Parecía una mujer, tenía la nariz fina y el rostro triangular, con los ojos típicos de una japonesa más o menos agraciada. Llevaba el pelo largo, negro y recogido con un coletero. Pero su cuerpo era musculoso y delgado, tenía hombros de nadador y un par de pectorales que ya los querría un obseso del culturismo.

Joy reaccionó a su presencia como un gato ante el hocico de un dóberman. Flexionó las rodillas y apretó con más fuerza el mango de la espada.

Se hizo un segundo de silencio, que terminó quebrado por una explosión y un nuevo alarido desde el olivar, el repiqueteo de un par de ametralladoras y algo similar a una campanada al otro lado del muro, justo a espaldas de Marc, que se giró con cara de espanto y se acercó un poco más a Joy.

Zhelma entró en la habitación sin prisas, disfrutando del momento, pisando entre los cuerpos apiñados como un bailarín con miedo a mancharse las

zapatillas. Les había pedido, bueno... más bien les había «exigido» a Forrest y a Snake un par de minutos en honor a Joy; y una de dos, o le tenían los dos el miedo suficiente como para no negarse, o se lo tenían a Joy. Esta segunda opción, aunque humillante para Zhelma, le resultaba más fácil de creer. Se sorprendió pensando que, tal vez, era ella la primera en dar por hecho que aquella niña podía ser la más fuerte de las dos. Ese pensamiento no le gustó y tiró de la comisura de los labios como el anzuelo de un pescador entre los dientes de un barbo.

Marc tan solo tuvo que ver a aquella «mujer sin tetas» sonreír para saber que a esa no le iba a resultar fácil calzarle un tiro entre las cejas. Por si acaso, levantó las armas y disparó las tres últimas balas que le quedaban. La primera le falló por los nervios, la segunda debió de pasar lo suficientemente cerca del rostro de aquel demonio como para haberle susurrado un secreto al oído y la tercera simplemente desapareció en una pequeña explosión de chispas delante de su cara mientras ella giraba en redondo su espada por delante como si hubiese abierto y cerrado un inmenso abanico de acero en una décima de segundo.

Marc solo dijo «Oh, oh», soltó las dos pistolas y se puso a buscar algún arma de las que había desparramadas por el suelo que estuviese lo suficientemente cerca de Joyko como para cogerla sin ponerse un solo centímetro más cerca de la hoja de esa espada. Por desgracia, solo veía casquillos vacíos y rostros también vacíos. Para cuando levantó la vista, ella estaba a menos de dos centímetros de su cara. Marc dejó de respirar, mientras en su interior el huevo del Fénix se contraía y dilataba. Marc dudó, temió, sudó. «Pero el entrenamiento... El dichoso entrenamiento...».

«Matar es la profesión del que no espera más de la vida que el aire que respira, del que tiene de piedra el corazón y la sangre fría». Eso le decía su instructor cuando matar era un concepto más que una realidad, cuando su mente aceptaba el acto por pura y simple obediencia.

Marc le clavó la mirada, como si estuviese dispuesto a darle un beso con lengua a la muerte, esperando un solo gesto, un brillo, un temblor en aquellos fríos ojos de obsidiana. Y llegó, como el detonante de una carga explosiva. El ojo se movió y Marc se abrazó a ella como si realmente quisiese besarla, rompió su punto de equilibrio y los dos se fueron al suelo. Por desgracia, el único que llegó a él fue Marc, mientras Zhelma se apartaba del baile flexionando las rodillas y

girando sobre sí misma para encarar a Joy, que se lanzó hacia ella aprovechando el descuido.

Se escucharon tres golpes de acero tan seguidos que parecieron notas musicales. Los siguieron unos susurros en japonés, como si fuesen dos mujeres discutiendo por un hombre en la oscuridad.

Aquel hombre, por lo que oía, debía de ser Marc, que reptó un par de metros hacia las escaleras mientras buscaba a tientas algo que tirarle a «su amante», mientras «su mujer» le cantaba las cuarenta. Solo encontró un cuchillo que, tras meditar si lanzárselo a aquel demonio, decidió sujetar en la mano para que no sufriese el mismo destino que su última bala.

Al otro lado de la pared se volvió a escuchar un campanazo seguido de un alarido. Ante los ojos de Marc, sus mujeres comenzaban de nuevo a bailar mientras se decían algo en un japonés tan pasado de moda que Marc tan solo cazaba palabras sueltas.

—¿Acaso tu mano busca ahora mi muerte?

—Son las reglas del juego... Él muere.

—Serás tú quien muera, samurái...

—¿A manos de una vulgar kunoichi?

¿Una vez más, kunoichi? —Fue lo que le dijo Tarik a Joyko en la Carneia cuando ella escupió a sus pies.

La traducción literal era «ocho agujeros» o «el octavo agujero». Marc no pudo encontrarle otro significado. Pero a Joy no pareció hacerle gracia ninguna, dio un paso al frente gruñendo y le lanzó a su enemiga cinco ataques seguidos a tal velocidad que la hizo retroceder dos metros en medio segundo. Se lanzaban golpes como si se estuviesen tanteando el contorno con dos látigos de aluminio y carbón.

—¡Sube! ¡Arriba! —gritó Joy mientras parecía lanzar golpes y más golpes contra un ventilador de acero. La velocidad de los ataques resultaba inverosímil, surrealista.

Marc obedeció sin rechistar, mientras fuera se escuchaba un alarido de dolor. A Marc le resultó conocido, como cuando crees haber escuchado la voz de un viejo amigo entre la gente. Y entonces lo entendió: eran los gritos de alguien al que habían cortado con timer. Le vino el recuerdo de aquel escalofrío doloroso, de aquel infierno personal. El Romano debía de estar ocupadillo fuera de la torre.

Zhelma apuraba cada debilidad en la técnica de Joy, para sorprenderse en cada golpe al descubrir que no tenía fisuras. De vez en cuando parecía tener una muesca de imperfección, como un quebrado en el filo de una espada, pero resultaba ser un ardid, y la Geisha terminaba por cambiar el siguiente movimiento. Era como escuchar la misma canción, pero con un final diferente, capaz de mezclarse con las primeras notas de la siguiente melodía. Esquivaba, fintaba, atacaba... Y luego retrocedía. Como un perro sin amo, ladraba más que mordía. Un simple juguete en sus manos, pero a la vez encerraba poder, esa clase de poder que siega vidas. Sujetaba la espada con seguridad, con el convencimiento pleno del ninja Azuma. Zhelma saboreaba cada golpe hasta la estrecha frontera del placer erótico, pero deseando más la sangre de su enemigo que su cuerpo.

Decir que a Zhelma le gustaban ambos sexos sería faltar a la verdad, simplemente no le atraía ninguno de los dos. Era como si no hubiese nada en el ser humano que le gustase, tal vez por eso nunca quiso parecer uno, tal vez por eso se vendó el pecho a los diez años, tal vez por eso nunca se puso un zapato de tacón. Lo que odiaba no era ser mujer, lo que realmente odiaba era ser humana. Aquel combate, la perfección del acero, el olor a sudor, el frío del temor en las entrañas... Aquello le acercaba un orgasmo en cada golpe. Era su lugar en el mundo.

Obligó a Joy a subir cada escalón a golpes, acariciando cada segundo su perfil con el filo de su espada. Perdió la cuenta de los peldaños, tan solo subían y subían dejando atrás estancias llenas y a la vez vacías. Solo había espacio para ellas, incluso el tiempo parecía querer dejar de fluir. Zhelma pudo sentir el aliento de los dioses Rael, Bunne, Ségoda, observando aquel combate, aquella muestra de perfección.

Cuando en uno de aquellos míseros escalones el filo de su espada rozó el muslo de Joy, cuando su sangre salpicó la vieja pared de piedra, Zhelma sintió un estremecimiento, una mezcla de horror y de placer, de tensión y de liberación mezclados. La primera sangre era suya... Era como haber cogido el sol con las manos. Joy dio un grito, corto pero intenso, mientras daba un paso atrás con una sombra de temor en la mirada, así que Zhelma hizo una pequeña pausa y dejó que el Fénix curara la herida. No la mataría en un descuido, no sería la muerte vulgar de un ser humano. Sería la muerte de un maestro, sería el final de una leyenda.

Mell se tensó por dentro al escuchar el grito de Joy, como si le hubiesen inyectado hormigón en las venas, mientras Sílex terminaba de recuperarse.

—Por los dioses, Mell... —suplicó Sílex. No podía dejar que los ayudase, el chico tenía que morir... Tenía que obedecer... ¡Era la voluntad de Bunne!

Mell apretó la mandíbula y cogió aire por la nariz con fuerza. Durante medio segundo se puso rojo como un tomate mientras en su mente aceptaba la posibilidad de perder a Marc, pero cuando el turno le llegó a Joy, en uno de sus ojos apareció una lágrima cobarde y asustada como una gota de rocío. «La última vez te fuiste cincuenta años», recordó. No lo consentiría... No solo era la voluntad del Fénix, era la suya.

—Lo siento, hermano —dijo al tiempo que le asestaba a Sílex un corte de revés debajo de la barbilla lo suficientemente fuerte como para que el timer le paralizase unos minutos.

Sílex aguantó su mirada con los dientes apretados antes de soltar un enorme alarido. Y Mell salió de allí corriendo de camino a la torre mientras se hacía con toda la energía que el Astur liberaba.

Se lanzó contra la puerta sin medir los pasos mientras hacía silbar las dagas. Al Santo no le dio tiempo a decir «Dios mío» cuando el Romano se lo cruzó en la entrada y lo cazó a traición con un corte en el muslo desde su espalda. Para cuando los tres novatos a los que seguía se dieron la vuelta al oírle gritar, ya les había regalado un tajo a cada uno.

Forrest escuchó al Santo cuando se puso a berrear, así que cuando escuchó otras tres voces gritando en una especie de coro de agonía se hizo a la idea de que lo que llegaba por la retaguardia no eran precisamente los refuerzos. Se dio la vuelta a mitad de la escalera, giró en el aire sus dos cimitarras y se preparó para hacer frente al enemigo.

Mell casi se tropieza al entrar en la torre. Allí había un amasijo de cuerpos sin sentido, casquillos de bala de todos los colores y sangre..., sangre al por mayor. Cruzó el salón a la carrera mientras cargaba toda la tensión elemental que podía, hasta que se encontró con las cimitarras de Forrest. Seguramente fue suerte. El viejo zahorí era un buen luchador, pero Mell tenía prisa y se arrodilló justo delante de él esquivando las cimitarras por milímetros, pero ganó el instante necesario para propinarle un corte en cada rodilla. Forrest dio un gruñido y se precipitó escaleras abajo en un amasijo de piernas, brazos y acero. Mell casi no se lo creía, soltó un bufido de sorpresa y siguió corriendo escaleras

arriba mientras se escuchaba el repicar del acero. «¡Ya voy, joder —pensó—, ya voy!».

Marc ya no tenía donde ir. La escalera terminó en el tatami, con sus espadas en hileras lejanas, espejos, armaduras y cuadros antiguos. Tan solo Hiken parecía a su alcance, incluso parecía estar llamándole a gritos, pero estaba más allá del filo de Zhelma. Y tan solo pudo dar un paso atrás y después otro, alejándose cada vez más de ella mientras Joy parecía estar desinflándose por segundos.

Tras una sucesión de golpes cada vez más fuertes, Joy cedió, arrinconando a Marc mientras le protegía con su cuerpo. Zhelma hizo una finta, se escuchó un ruido extraño, como el chirrido de una bisagra sin engrasar, y la espada de Joy rebotó contra la pared.

«Se acabó», pensó Zhelma. La victoria, el final perfecto de aquella sinfonía, la última pincelada de una obra de arte. Incluso podría dar muerte a los dos de un solo golpe. Levantó el filo de la espada y dirigió la punta hacia ellos.

—Lo siento—susurró. Y era la verdad.

Snake se había pasado todo el asalto acumulando tensión de tierra para atacar. Nunca tuvo facilidad para acumular energía, tan solo era hábil a la hora de utilizarla, así que se situó junto a la entrada, con sus cuchillos preparados para atacar mientras rastreaba con paciencia el interior de la torre. La posibilidad de saltar al sendero y aparecer en el interior resultaba demasiado peligrosa; aquellas dos mujeres podían atacarle antes de que terminase de formar su cuerpo tan solo por el hecho de no saber quién era. Resultaba arriesgado. Era mejor esperar el momento y atacar desde la pared, su especialidad, rápido, limpio y seguro. Después de la pelea con Lee no le había sobrado ni una pizca de heroicidad, así que dejó pasar el tiempo calculando los movimientos de los demás.

Cuando Mell comenzó a subir por la escalera comprendió que tenía que detenerlo. Cuerpo a cuerpo, el Romano no sería rival para Zhelma, pero si llegaba arriba con la carga de fuego que llevaba dentro necesitarían una aspiradora para recoger sus cenizas. Se encaramó a la pared y se fundió con ella, subió por las piedras sin dificultad y esperó al Romano al final de las escaleras sin salir del muro.

Joy asió el aire casi sin poder comprender a dónde había ido a parar su espada. Sintió el aliento de fuego de Marc en la nuca y a la terrorífica muerte acechando

tras los ojos oscuros de Zhelma. No podía cargar el fuego, alguien se lo estaba llevando todo, seguramente Mell, ni tampoco el viento, así que solo le restaba aceptar su destino. Una vez más, el hombre al que amaba estaba a sus espaldas, y una vez más ella moriría primero al intentar protegerle. Tuvo la misma sensación que el día en que murió en Osaka, y se dispuso a sentir de nuevo el mordisco de la espada.

—Lo siento—dijo Zhelma. Después, levantó su catana y atacó.

Mell entró en la habitación sin coger aire y se lanzó contra Zhelma, pero alguien se interpuso en su camino, así que la carga de fuego que había estado acumulando para la ocasión se la llevó Snake, que la toleró relativamente bien gracias a la piel de piedra, cubriendo a Zhelma con su propio cuerpo, pero que no pudo evitar terminar empotrado de nuevo contra la pared. Como aún conservaba la vibración de tierra, salió por el otro lado y se fue al suelo unos doce metros más abajo.

Mell se había quedado sin nada. Intentó recuperar el fuego, pero el mismo Snake lo estaba cargando. Sin duda, el Tarado lo había planeado. Tan solo tenía una de las dagas en la mano, había perdido la otra en la explosión. El tiempo pareció detenerse un instante mientras Zhelma tiraba del mango de su espada hacia atrás para cargar su último golpe.

Mell escuchó la voz del Fénix en el interior de su mente durante un segundo que se hizo eterno.

«Rael se cobrará una pieza hoy, Romano... Un alfil... o una torre».

En ese momento, Mell lo comprendió todo, no solo lo que estaba pasando, sino «todo». Supo que la Alianza estaba siendo atacada, y supo por qué. Podía ver la jugada desde todos los ángulos, el destino alterado por la consciencia de seres tan ineludibles como el filo de aquella espada que amenazaba la vida de Joyko. Tan solo quedaba un movimiento, un segundo vendido. Si se interponía entre Zhelma y su pequeña, moriría. Pero si dejaba que acabase con Joyko, tendría la oportunidad de salvar a Marc.

Marc era el objetivo, pero su Joy, su pequeña Joy...

Dio un paso al frente, apretó los puños y se puso delante de Zhelma levantando la daga que le quedaba. Con suerte, frenaría al menos parte del golpe.

Joyko cerró los ojos cuando Zhelma tiró del mango de su espada y sintió su filo al penetrar en el cuello, pero por algún motivo no completó el corte, la hoja vibró

y se quebró. Tan solo vio a alguien entre ella y los ojos de Zhelma, unos hombros conocidos, un olor particular. El concepto de Mell emborronado en el aire. Después, la sangre dejó de llegarle a la cabeza y perdió el sentido mientras una descarga en el anillo del Fénix le decía «Adiós, princesa».

Marc tenía miedo. Miedo por Joy, miedo por Mell, miedo por todo y por todos. Pero por encima de todo, tenía miedo del Fénix. Podía sentirlo en su interior, dentro de aquel huevo de fuego tallado, esperando algo de él. Pero ¿qué? No sabía cómo enfrentarse a gente como aquella, no sabía hacer más fuego que encender un mechero o salir ardiendo por el dolor. Pero en ese momento no lo sentía, ni sentía el amor o el odio del fuego, tan solo el terror de quien ve venir la muerte hacia él a zancadas.

Zhelma pidió disculpas al aire, como si alguno de ellos pudiera siquiera plantearse perdonarla. Y entonces, de una explosión muda surgió el Romano, apareció de la nada, y se cruzó delante de Joy. Y el filo de su espada le segó el cuello. Se escucharon un ruido sordo y un crujido, al tiempo que Mell se desplomaba en dos partes. Una sangre oscura como el alquitrán brotó de su cuello, y Zhelma se miró la mano. La espada vibraba partida por la mitad. Abrió mucho los ojos, como si no se lo creyera. Una de esas dagas que parecía de piedra se había cruzado en su camino, rompiendo un ataque de viento y un filo del mejor acero japonés de todos los tiempos.

A su espalda, una especie de nube negra empezó a tomar forma mientras ella apretaba de nuevo el mango de la espada y clavaba sus ojos negros en Marc. Joy simplemente se había desplomado, dejando al Novato frente Zhelma.

—Lo siento—repitió. Pero en aquella ocasión ya no era cierto. Quería a Marc muerto. Era la voluntad de los dioses.

Él se estremeció, y ella pudo sentir cómo el miedo se hacía físico en su rostro.

Entonces se escuchó una voz conocida..., un suave susurro tras los hombros de Zhelma: «Yo también lo siento».

Sílex tardó menos de un minuto en recuperarse del corte que le había dado Mell, dejó uno de sus martillos en el suelo y salió corriendo hacia la torre. A alguien como el Romano le sobaban segundos para llegar hasta Zhelma. Lo rastreó al tiempo que intentaba alcanzarlo, pero cuando le tenía casi a golpe de martillo, el cuerpo de Forrest se le vino encima escaleras abajo. Se rehízo como pudo y subió las escaleras tras él, pero para cuando llegó arriba solo tuvo tiempo

de ver a Snake saliendo del edificio envuelto en llamas y a Zhelma partiendo el corazón de Sílex y el cuerpo de Mell de un solo golpe.

Se le cayó el martillo, que rebotó en el suelo antes de caer escaleras abajo soltando campanadas sucesivas.

Vio a Zhelma levantar los restos de su espada. Pudo escucharla decir «lo siento» mientras, tras ella, algo tomaba forma. Una sombra alargada estiró su fantasmagórica mano, agarró el mango de una espada roja que había sobre un pedestal, y de un movimiento fluido giró sobre sí misma y asestó a Zhelma un corte en el brazo de la espada, donde llevaba el anillo de Rael.

—Yo también lo siento —dijo Tarik al tiempo que se giraba hacia Sílex con aquella espada en la mano mientras el cuerpo sin vida de Zhelma se desplomaba.

El Astur tan solo se dejó caer de rodillas. Clavó la mirada en la cabeza de Mell, que parecía la de cualquier otro, con la vista perdida en un lugar que todos los presentes conocían. Se sintió morir, como si un sinfín de pecados hubiesen perdido su valor en ese preciso momento. Mell estaba muerto... Todo había terminado.

Tarik se hizo con la situación todo lo rápido que pudo. Sheteck se había ocupado de Grint justo a tiempo como para permitirle saltar al sendero evitando el campo de minas. Matar a Zhelma no le había hecho ninguna gracia. Pero ver el cuerpo de Mell en el suelo... Eso le había dolido bastante. Se había tirado dos mil años deseando matarlo, pero en aquel momento se dio cuenta de por qué nunca se había decidido a hacerlo. Allí, en dos partes, se encontraban un sinfín de peleas, trampas, traiciones y retos, momentos compartidos con más o menos la misma frustración por ambas partes. Pero no dejaban de ser dos mil años de convivencia en un mundo que cada día se le hacía más pequeño.

Sheteck hizo su aparición en ese momento, atravesando el ventanal blindado en forma de cuervo y con un escudo de viento capaz de hacer un agujero incluso en la pared de piedra. Tomó forma junto a Tarik, pero se fue de camino al Astur con las dagas en la mano sin pararse ni a mirar al suelo.

—¡Quieto! —ordenó Tarik, a lo que el tolteca respondió con una mirada atrapada entre el respeto y el desafío. Un rápido vistazo a la habitación hizo ganar al respeto, y la Pantera bajó las dagas dando un paso atrás—. Déjale sufrir —continuó diciendo el Turco mientras señalaba a Sílex con la punta de la espada—. Al parecer, se lo ha ganado a pulso.

Forrest se rehízo poco antes y subió las escaleras dispuesto a encontrarse lo que ya había sentido unos segundos antes en el anillo de Rael. Joyko había vencido. Zhelma había encontrado al fin su destino. Subió los últimos peldaños con la esperanza de poder completar la misión y eliminar al peón del Fénix. Pero no tuvo más que ver el aspecto de Sílex, la mirada de Tarik y la de aquel tolteca para comprender que el asalto había concluido. Simplemente bajó las armas. Le dedicó al cuerpo de Zhelma una mirada de pesadumbre y se giró sobre sus talones, despidiéndose de los presentes con un suspiro de hastío.

—Todos dejamos el juego tarde o temprano —dijo justo antes de que su imagen desapareciese por el hueco de la escalera—. Es un juego cruel... Un juego cruel.

Sílex estaba allí, pero no estaba. Permanecía de rodillas, con las lágrimas congeladas tras sus ojos vidriosos, sin querer creer lo que había pasado, mientras una inmensa sensación de soledad le recorría las venas. Tembló, como si su cuerpo quisiese quitarse un peso de encima. Después cerró los ojos.

—Cruel... Es... —Intentó decir sin encontrar las palabras. Luego se levantó despacio y se alejó tambaleante siguiendo los pasos de Forrest.

—Están en estampida —dijo Shetec al tiempo que dejaba caer un anillo dorado al suelo a los pies de Tarik.

—Te dije que no matases a Grint —dijo el Turco.

—Se negó a colaborar —respondió la Pantera encogiéndose de hombros.

Tarik asintió. Cogió la vaina de la espada roja del pedestal y la enfundó. No había ni rastro de su sonrisa de psicópata, tan solo la cara de circunstancias del que sabía que no había llegado a tiempo.

Marc les miraba desde la pared con los ojos muy abiertos y un cuchillo en la mano, como un niño intentando defenderse de un dragón imaginario con una navaja suiza, paralizado por el terror de saberse manchado de la sangre de sus compañeros, sin saber bien cómo debía actuar.

—Despiértala —le dijo Tarik señalando a Joy, que yacía en el suelo junto a Mell sin un solo rastro de la herida del cuello.

Marc dudó. Quería verla despierta, pero sabía... Intuía lo que pasaría cuando viese el cuerpo del Romano. Curiosamente, Tarik bajó la mirada y le dejó tranquilo. Él también lo sabía.

—Tenemos que sacar al chico de aquí. Puede que tengamos a todas las Potestades detrás —dijo Shetec mientras echaba un vistazo a través del

ventanal que él mismo había destrozado al entrar.

—El ataque ha terminado —respondió Tarik—. No volverán a atacar en unos días, pero tienes razón, este sitio ya no es seguro.

Sheteck se arrodilló junto al cuerpo del Romano y recogió del suelo los trozos de la daga que había estado empuñando. Rastreando, encontró la otra al pie de la escalera. Como él ya había imaginado hacía siglos, llevaban el sello de Zelkar. Fue Mell quien se coló en su tumba en Yucatán para cogerlas «prestadas».

Había pasado una eternidad desde que un joven Sheteck juró recuperar aquellas dagas.

Intentó encontrar un poco de su vieja ira para valorar aquel hallazgo, un poco de aquel valor moral que había creído defender durante siglos. Pero solo encontró pena. Pena por la muerte de Zelkar, por la de Mell... Incluso por la inmensa cantidad de dolor que aquellas armas habían repartido por el mundo desde que las forjasen en la vieja Tollan. Por un instante, se le pasaron por la cabeza los motivos que esgrimieron los dioses para enfrentarse a su pueblo.

Tan solo Tarik le vio negar con la cabeza, recogerlas y dejarlas de nuevo en su lugar, junto al cuerpo del Romano.

El Turco pudo haberle interrogado con la mirada. Pero no lo hizo. Tan solo se volvió hacia Marc y le dijo:

—Tienes que despertarla, muchacho. —Dejó claro en el tono que entendía de sobra por qué dudaba, pero dejó también claro a su vez que ni Sheteck ni él se sentían con derecho a intentarlo.

Así que Marc, acostumbrado a obedecer, soltó un suspiro y cogió el delgado cuerpo de la Geisha entre los brazos.

—Despierta, Joy... —La apretó con fuerza mientras la zarandeaba con delicadeza—. Despierta...

Ella se puso rígida, abrió los ojos, los cerró y volvió a abrirlos. Sin duda, no esperaba volver a ver el rostro de Marc. Se giró y vio a Tarik, de pie, con el rostro ceniciento del que ha visto más de lo que quería ver. Y entonces supo lo que encontraría a continuación. Miró el cráneo cercenado de Mell, enterró la cabeza en el pecho de Marc y soltó un alarido idéntico al provocado por el timer. Y Marc, recordando la conversación con Sheteck en Venecia, comprendió al fin el verdadero significado del dolor. «El dolor enseña la naturaleza de la vida, enseña a respetar el sufrimiento de los demás». Casi sin saber por qué, levantó la mirada hacia el tolteca y se lo encontró allí, mirándole.

No había nada más que decir.

Mell estaba perdido en la oscuridad cuando de repente sintió cómo alguien le abrazaba. Pudo sentir aquel característico olor a canela y a limón. Era Lidia, sin lugar a dudas. Sintió el roce de su pelo en la cara, su respiración y el calor de su pecho.

—Mell... Cariño. —La escuchó decir—. Abre los ojos.

—No —respondió el Romano como un niño asustado—. No quiero hacerlo... Estás muerta, esto no puede ser real. Si abro los ojos, no estarás, te esfumarás como un sueño.

—No lo haré, amor mío. Estoy aquí.

—No —contestó—. No quiero... —dijo haciendo un puchero y enterrando más aún el rostro en su pelo.

Entonces escuchó un relincho. No pudo evitar fruncir el ceño, pero siguió sin abrir los ojos. El sonido regresó y pudo sentir un golpecito en el hombro y una bocanada de vaho en la coronilla. «¡Que me aspen!», pensó... No puede ser... ¡Ator! Mell solo había tenido un caballo en toda su vida. Lo había querido tanto que cuando murió juró no volver a poseer ningún otro animal. Los alquilaba, los compraba y los vendía, pero nunca tuvo otro caballo.

—Meeell —dijo Lidia con cariño—. Aquí hay mucha gente deseando saludarte. Abre los ojos, anda.

Una vez más, Mellias negó con la cabeza y la estrechó con más fuerza. Soltó un gruñido largo y sostenido.

—Vamos, amor mío —dijo ella—. Hazlo y te enseñaré el paraíso...

CAPÍTULO XVI

Paraíso

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

La luna se elevó sobre los grandes árboles de la selva esa noche y arrancó reflejos plateados a las cascadas y a los lagos artificiales de la Ciudad de Oro. Las mujeres se reunían en la pirámide de los sacerdotes para rezar y conversar sobre los asuntos del día antes de regresar a sus aposentos. No serían más de cien, pero sobre ellas recaía el peso de toda la tribu, puesto que ellas habían dado a luz a cada inmortal que había nacido bajo el reinado de Ketzal.

Era una vieja tradición, como muchas otras, llevar una trenza a un lado de la frente en la que se colocaba una cuenta roja por cada encuentro con Ketzal, ya que ninguna de ellas podía contraer matrimonio con quien quisiese. Todas ellas debían su vida, su cuerpo y su espíritu al patriarca, puesto que era su progenie directa la que más poderosa y fuerte nacía. Ketzal yacía con sus hijas y con sus nietas siempre que lo deseaba.

Ante la muerte del dios-hombre, todas ellas cercenaron aquella trenza y prepararon una nueva a la espera de la voluntad de su nuevo amo y señor. Pero, al parecer, Arishalotek no parecía tener interés ninguno en perpetuar su linaje. No solo las ignoraba, también estaba empujando a los hombres a desenterrar las armas. La guardia Blue no contaba, puesto que ninguno de ellos tenía mujer ni permiso para tener hijos. Algunas de aquellas mujeres tenían a su esposo en las tropas regulares y hablaban de cambios extraños, de que no necesitaban dormir ni comer. El nuevo Ketzal les había entregado un gran poder, pero este les absorbía por completo.

Corrían rumores, y los hombres hablaban de una presencia femenina tras su señor. Se referían a ella como Yalia, pero todas las mujeres allí reunidas habían conocido a la hija de Aris, y aunque solo fuese el recuerdo fugaz de una veintena de años, la recordaban. Odiaba las armas y se opuso al enfrentamiento contra los eones hasta el punto de sacrificarse para detenerlo. Ninguna de ellas podía

creer que fuese ella la que les estaba empujando a la guerra. Se habían reforzado las patrullas y se habían instalado ametralladoras enormes en los puntos altos de la ciudad. Los cuervos habían roto la tradición y ya no lucían la ropa tolteca, sino armaduras de película y atuendos profanos. Se escuchaba el repiqueteo de las armas de fuego en los entrenamientos y ningún hombre caminaba ya desnudo por la ciudad. No se prestaba atención a los niños, e incluso los sacerdotes permanecían reclusos en su pirámide rodeados por esas mismas mujeres que veían peligrar su particular «paraíso».

Hell percibía el miedo de esas mujeres, y Aris lo hacía al mismo tiempo, devorado por el sentimiento de culpa. Estaba solo en el gran salón de oro de su padre. Hell había ordenado a la guardia Blue un millón de cosas, desde fortificar la playa hasta crear puestos avanzados en la selva. Las viejas ruinas de los alrededores se veían ahora coronadas por ametralladoras de última tecnología, morteros, lanzagranadas y detectores de movimiento. Las patrullas de cuervos sobrevolaban más de cien kilómetros a la redonda y las tropas regulares entrenaban hasta la extenuación el uso de elementales y de campos de energía.

«Temes por ellas, pero no veo en ti rastro alguno de arrepentimiento por la vida que les has obligado a vivir», le dijo Hell desde algún lugar de su mente.

Aris no respondió. Sabía de sobra que Hell tenía razón. La vida para una mujer tolteca era un infierno. Muchas de ellas se suicidaban al llegar al primer siglo de vida. Vivían encerradas en una prisión de pecados y de obligaciones, de partos constantes y de vidas vacías. Las líneas de sangre no podían alterarse. Una mujer no podía enamorarse de su nieto, bisnieto, etcétera, solo podían tomar esposos temporalmente, y para colmo tenían que yacer con Ketxal a voluntad, para crear, con muchísima suerte, nuevas líneas de sangre a través de las escasas hijas que pudiesen dar a luz. Una entre mil... Había mujeres que habían dado a luz a cien hombres, para no recordar el nombre de uno solo de ellos. Tan solo una cuenta más en algún mechón de su pelo, una muesca más en su alma.

La alegría llegaba cuando daban a luz a una niña. Un nuevo linaje representaba un inmenso honor, un estatus superior en la ciudad, una nueva mentira. Una vida más que empujar hacia aquel infierno dorado.

Muchas mujeres habían intentado huir con sus hijas con la esperanza de conseguir para ellas una vida diferente en el mundo exterior. Muchas se habían sacrificado por ellas, incluso alguna lo había conseguido. Pero la guardia Blue era implacable y terminaba por encontrarlas y ejecutarlas por traición. Las

niñas regresaban a la ciudad obligadas a afrontar su destino o a entregar su vida a la boca negra de la mamba. El suicidio se había convertido en la única salida real de aquel paraíso sagrado.

Anecdóticamente, las mujeres que habían dado niñas a la tribu eran las más longevas, tal vez porque se sentían incapaces de abandonar a sus hijas en aquel infierno. Pero cuando alguna de esas hijas se mataba, se sucedían los suicidios en una escala devastadora, hasta el punto de llegar a borrar linajes enteros. Los sacerdotes, incapaces de encontrar una lógica a su conducta, la llamaban «la espiral negra» o «la locura de Maictxe», en honor a la primera esposa de Ketzal, que se quitó la vida junto a casi toda su descendencia femenina al cumplir los trescientos quince años.

En las últimas cuarenta y ocho horas, Aris había aprendido a respetar a Hell por muy diversos motivos. Ella le mostraba fragmentos de sus recuerdos, y la que parecía el mismo diablo inicialmente se perfilaba ahora como una criatura muy distinta, un ser muy racional y disciplinado, una madre que tan solo deseaba que su hijo no pagase por sus errores. Lo que tal vez no había alcanzado a aprender en vida era que los hijos siempre pagan los pecados de sus padres.

«Tal vez sí que tengo algo que enseñarte...», susurró Aris, a lo que Hell respondió centrando su atención en él con sincera curiosidad.

«¿Y qué sería, tolteca?».

Aris recordó a Yalia, su única hija, desde su nacimiento. Aquella niña significó todo para él. Se esforzó todo lo que humanamente pudo para que su educación fuese impecable y empleó todo su tiempo en transmitirle cada lección que la vida le había enseñado a él. Cargó la flecha en el arco, dispuesto a hacer diana en la vida, dispuesto a enviar a su hija directa a lo más alto. Pero la flecha se le disparó antes de tiempo. Yalia se convirtió en su opuesto, utilizó cada cosa que había aprendido para oponerse a él y a su afán de notoriedad. Dio la espalda a cada uno de sus esfuerzos por conseguir para ella su propia gloria. Sin darse cuenta, había educado a su peor enemigo.

Y le dolía, le dolía cada rechazo, cada palabra, cada gesto con el que ella se distanciaba de él un poco más. Yalia hizo todo al revés.

Hell llenó la mente de Aris con una risa suave y cariñosa de entendimiento y complicidad.

«Nací acunada entre algodones —respondió—, en un mundo en el que la sangre se abría paso ante todo. Y creí que la vida era un camino de rosas.

Caminé sin pensar y terminé con los pies cuajados de espinas. La vida influyó en mí hasta el punto de creer que podía hacer trampas en un juego cuyas normas ayudé a crear. Me creí capaz de limitar a las Potestades sin involucrarme directamente, azucé a un mago de sangre real contra mis hermanos sin ver más allá del horizonte de la propia vida. Agradezco tu sinceridad, Aris. Por primera vez has hablado con el corazón, y te respondo yo de la misma manera. Tu hija tan solo intentó sacar de ti todos tus demonios. La ira, la soberbia y el egoísmo eran tan fuertes en ti que no pudo hacer otra cosa. Lo sé desde el momento en que toqué tu alma en mi prisión. Y tú también. Mi hijo, en cambio, ya se había ganado él solo su condena cuando escapó de mis brazos. Es culpable de traicionarse a sí mismo, no a mí. Se convirtió en un hombre malvado y ha pagado su destino. Yo, por mi parte, entré a formar parte del juego sin que me diese tiempo a entender que se había convertido en el brazo ejecutor de mi peor enemigo. Él fue quien te trajo hasta mí, tolteca...».

«¿Cómo?», preguntó Aris, confundido.

«En la cueva te dije que él te había enviado y no me creíste. Dijiste que nadie controlaba tu destino».

«Pero ¿quién? ¿Cómo?».

Hell le enseñó a Aris imágenes del pasado, fragmentos olvidados de la vida del chamán que ni él mismo alcanzaba a recordar. Vio el rostro de aquel pirata francés al que abandonó en Tortuga. Aquel barco fue el único superviviente de una terrible tormenta en el Caribe, en la que se hundió toda la flota de un conocido corsario español. «Has venido a cazar a un dragón con una espada de madera». En aquel barco encontró el libro persa que hablaba de la criba de Salomón, de su pacto con Hell.

«Mi hijo hundió aquella flota, tolteca. Se enfrentó con Leonidas el Espartano aquel día. “Por más que preguntes, la muerte nunca responde ni cómo ni cuándo ni dónde”. Encontré todo esto en los recuerdos de Leo. Aquel fue el día en que se enamoró de Alter. Murieron más de cuatro mil hombres durante aquella batalla, pero Astarte salvó aquel barco para llevarlo hasta ti».

«¡Astarte! Así me empujó hacia Hell».

«Sí, fue él, pero fueron muchas las cosas que te llevaron hasta esta situación, y no todas las respuestas están claras».

Se hizo el silencio. Un silencio absoluto. Aris sintió una punzada en el pecho, y Hell también.

CAPÍTULO XVII

Silencio

Palermo (Sicilia)
Sede de los hijos del Fénix

El silencio. En ocasiones es un remanso de paz y en otras puede convertirse en algo más difícil de soportar que el llanto de un moribundo. Existen momentos en la vida en los que se convierte en algo tan denso y tan profundo que uno haría cualquier cosa por destruirlo, por hacerlo pedazos con cualquier cosa, un grito, una canción, un suspiro o una palabra acertada. Y ante la misma muerte, el ser humano acostumbra a quedarse siempre... sin palabras.

Tarik miraba la cabeza sin vida de Mell de la misma forma que un pintor miraría su autorretrato. La había envuelto con una chaqueta de tweed pasada de moda que había encontrado en un armario. Lo hizo con tanto respeto y cuidado que incluso Joyko dejó de respirar, alimentando así aquel inmenso silencio que parecía capaz de arrancarles el trino a los pájaros y de detener el suave chapoteo de la lluvia que ya empezaba a amainar.

Sheteck había salido de la torre y, transformado en cuervo, sobrevolaba la zona vigilando aquel nido improvisado donde tres personas sin nada que decirse vigilaban el cuerpo de un Romano muerto.

Marc no habría sabido qué decir aunque lo hubiese matado él mismo. Todo había ocurrido muy deprisa, como siempre en esos casos. Aún conservaba el terror en las retinas y el pulso acelerado. Apretaba el pequeño cuerpo de Joy obligado por las circunstancias, aunque lo único que se sentía capaz de hacer para consolarla era poco más que eso. Tal vez habría sumado una caricia o un beso, pero se le antojaba tan ridículo ante la magnitud de su dolor que prefirió quedarse tan quieto como la piedra de aquella torre.

Tarik dejó el macabro paquete de tweed junto al resto del cadáver, se giró hacia ellos y se quedó quieto. Esperó unos segundos mientras buscaba la palabra mágica capaz de hacer pedazos aquel silencio. Pero no llegaba. El

cadáver de Zhelma se había quedado allí donde murió, con la vista perdida en sus ojos muertos y una sonrisa de placer en aquellos labios rojos. Al parecer, Forrest se había ido sin echar la vista atrás, al igual que el resto.

La muerte entre los condenados no acostumbraba a levantar panteones ni piras funerarias, tan solo cuajaba de lágrimas el rostro de algunos amigos y enemigos. Resultaba tan triste como natural, puesto que todos estaban muertos desde mucho tiempo antes de dejar el mundo de los vivos. Era como ver desaparecer un trazo de color en tu universo, una estrella menos en el firmamento. Seguías viendo el mundo igual y a la vez se te atragantaba la indiferencia junto a un nudo de dolor en la garganta. Frases como «no somos nadie» o «ahora está en un lugar mejor» resultaban tan ridículas como innecesarias. Todos sabían dónde estaba Mell, todos habían pasado ya por allí. Y ninguno tenía prisa por volver.

Tarik acumuló toda la voluntad que le quedaba, la mezcló con aquel nudo que tenía en la garganta y habló:

—Volverán... Este sitio ya no es seguro.

El silencio se hizo añicos, como si su acento del norte lo hubiese hecho pedazos contra la pared. Joyko se revolvió en los brazos de Marc y se encaró con el Turco.

—¡Tú no deberías estar aquí! —le espetó—. ¡No deberías ponerle la mano encima! —concluyó mirando el cuerpo de Mell.

Tarik tan solo asintió despacio. Sabía que pasaría eso. El odio de dos mil años no podía desaparecer en el aire con la misma facilidad que el silencio. Haría falta muchísima más voluntad para conjurarlo.

—Si hubiese llegado un segundo antes, él estaría vivo. Y de hacerlo un segundo después no tendríamos tan solo un cuerpo que enterrar —respondió Tarik señalándoles con el dedo intermitentemente—. Supongo que lo que me echas en cara es no haber llegado un segundo antes, ¿no?

El silencio regresó. Joyko volvió a enterrar su rostro en el pecho de Marc, y Tarik comenzó a meditar el siguiente movimiento. Había que sacar a Marc de allí, destruir las minas y enterrar a Mell antes de que la policía hiciese acto de presencia.

—Yo me ocuparé del Romano. Vosotros tenéis que buscar un lugar seguro. Sabes de sobra que las Potestades no se van a quedar quietas; volverán a atacar en cuanto se reagrupen los suficientes para enfrentarnos a todos. El Fénix

duerme, y ellos lo saben. Tenemos que mantener a Marc vivo hasta que se despierte de nuevo —dijo Tarik dando un paso hacia ellos mientras Joyko negaba con la cabeza con la frente apoyada en el pecho de Marc.

—Vete a la mierda... —susurró la Geisha mientras parecía querer abrir un hueco en el pecho de Marc para meter la cabeza dentro.

—Me temo que no puedo irme a la mierda hasta dentro de un milenio —respondió el Turco—. Y también me temo que, por edad, me he convertido en el primogénito del Fénix.

Joyko se quedó medio segundo clavada en el pecho de Marc, como si se hubiese convertido en piedra. Luego le siguió un escalofrío, tembló y se giró hacia Tarik con tal violencia que casi arrastra a Marc con ella.

—¡NO! ¡Si esperas que te obedezca es que estás aún más loco de lo que la gente cree, Tarik! —le gritó directamente a la cara—. Mantente alejado de mí, ¿me oyes? O te juro que te corto la cabeza y me hago un cenicero con ella.

Tarik suspiró levantando la mirada.

—Esa actitud solo puede terminar con todos nosotros muertos —respondió.

—Si el primero en morir eres tú, maldito hijo de perra, ¡por mí, vale! —dijo ella abriendo los brazos en cruz. Aprovechó el gesto para ocultar sus intenciones y terminó intentando abofetear a Tarik, que tan solo esquivó su mano sin darle la menor importancia.

—¡No es momento para esto, Joy! No me obligues a... —Joyko dio un paso hacia delante y le lanzó otra bofetada, esta con mucha más fuerza, bien dirigida y a una distancia a la que resultaría imposible esquivarla.

Tarik ni siquiera lo intentó. Tan solo cerró los ojos y la dejó pasar como un mal trago.

—Por fav... —La siguiente bofetada sonó mucho mejor que la primera. Pero la siguiente se mezcló con un crujido en la mandíbula de Tarik que no había tenido nada que ver con la bofetada en sí.

—¡Mira! Me estás... —Otra bofetada.

El rostro de Tarik parecía de granito. Acusaba los golpes como una estatua, mientras su mirada se hacía más oscura a cada golpe que le asestaba. Dejó de intentar hablar mientras ella le arreaba una y otra y luego otra más, como si aquello fuese su deporte favorito. Apuró su paciencia todo lo que pudo mientras Joyko parecía estar en trance. Golpeaba sin mirar dónde ni cómo lo hacía mientras las lágrimas se le escapaban sin control. Aquello no duró mucho. Unas

cuantas bofetadas después se vino abajo, se llevó las manos al rostro y se puso a llorar de nuevo.

—¡No le llegas a la suela de los zapatos! —dijo entre sollozos—. No eres más que... —Cabeceó intentando encontrar la palabra, pero Tarik se le adelantó.

—¿Una bestia sin corazón? —Ella asintió en silencio y el Turco dio un paso atrás. Su rostro estaba oscuro y tenso, como si se hubiese tragado el humo de una máquina de vapor—. ¡Largaos de aquí! —dijo señalando a ninguna parte—. Coge a Marc y busca un lugar seguro. Yo me ocuparé de este desastre.

Joyko dudó y miró a su alrededor como buscando alguna excusa para quedarse. Sin saber por qué, terminó con la mirada perdida en el rostro de Zhelma y su sonrisa macabra.

—Si la cosa se complica, marca el sendero —continuó diciendo el Turco—. No te preocupes, intentaré llegar algo más tarde la próxima vez.

Joy se giró de nuevo hacia Tarik, pero antes de que diese un paso en su dirección Marc la cogió del brazo para llamar su atención.

—Basta... Por favor... —le dijo, suplicante—. Nos ha salvado la vida.

Joyko dio un fuerte tirón para zafarse de la mano de Marc.

—No sabes quién es. No te lo puedes ni imaginar —respondió ella furiosa.

—¡Era un esclavo de Baal, por el amor de Dios! —dijo Tarik a su espalda—. ¿Es que no lo puedes entender? ¡Así es el juego!

—¡No me hables de juegos, monstruo! —gritó Joy.

El Turco soltó muy lentamente una bocanada de aire y respondió:

—¡Largaos! Mi paciencia tiene un límite... ¡Por última vez, coge al chico y lárgate!

Joy tan solo dio un bufido y se abrazó a Marc.

—Y una última cosa... —dijo Tarik siseando—. Aunque no lo creas, te acompaño en el sentimiento. —Joy intentó responder, pero Tarik levantó la mano, furioso, y siguió hablando—. Por esta vez, pase, pero si vuelves a atacarme, vigila bien con qué mano lo haces, porque juro que te la corto.

El silencio regresó, las miradas se cruzaron en todas direcciones, e incluso el cuervo vigilante en el alféizar de la ventana parecía agradecer su regreso.

Joy apretó a Marc contra su cuerpo para romper el espacio y saltar al sendero mientras Tarik engullía aquel kilo de odio sin adulterar. Era de imaginar que las cosas serían así. Se había tirado cuatrocientos años protagonizando las

pesadillas de aquella mujer. La había acosado, apaleado... Incluso en una ocasión la secuestró para obligar a retroceder al Romano.

Mell... Su más ferviente enemigo, su reflejo, estaba allí. Dejó caer la vista al suelo, donde los contornos del Romano dibujaban la tragedia entre restos de sangre y muebles rotos.

Cuando Joy y Marc saltaron, Tarik tan solo se sentó junto al cuerpo de Mell mientras intentaba comprender lo que significaba su ausencia. Ahora él era el primogénito del Fénix. Joyko, Sheteck y Marc estaban a su cuidado. Había pasado de no tener familia ni amigos ni hogar a tener que responsabilizarse de todo la familia del eón al que se había enfrentado durante toda su existencia.

—Maldito juego... —susurró—. Cuando crees que no te queda más que aprender, te cambian de casilla y otra vez a empezar. —Acarició la chaqueta donde estaba el cráneo de Mell—. «Vivir para ver»... —dijo citando al Romano.

Sheteck retomó la forma humana cuando la onda de energía del salto se disipó. Se quedó junto a la ventana como muestra de respeto, algo que Tarik agradeció con una sonrisa cansada.

—Te odia... —afirmó el tolteca sin dejar de mirar hacia el exterior de la torre.

—Me teme —respondió Tarik—. Todos odiamos lo que tememos.

Sheteck tan solo asintió.

—Yo arreglaré todo esto. Puedes irte con tu amigo. Pronto se despertará.

—¿Estás seguro de que no me necesitas? —preguntó el tolteca mientras echaba un vistazo a través del ventanal. A ras de suelo, aquello parecía un campo de batalla.

—Es fácil devolver la ceniza a la ceniza —respondió—. Cuando el fuego se libera, lo difícil suele ser conseguir que algo se salve.

Sheteck se acercó a Tarik, le puso la mano en el hombro y apretó con la fuerza justa para hacerle entender su postura.

—Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

—Permanece atento, tolteca. Esto solo acaba de empezar. Irán a por el Novato con todo lo que tengan una y otra vez hasta que lo rematen.

Sheteck no respondió. A ningún tolteca le gustaba decir la última palabra; era tan solo una vieja costumbre heredada como tantas otras. Se transformó en cuervo y se elevó hacia el cielo plomizo.

Tarik permaneció sentado unos minutos más mirando de soslayo el cuerpo sin vida de Mell, recordando batallas perdidas. La lluvia amenazaba desde el

cielo con volver a caer y no podía permitirse el lujo de largarse sin más. Los cadáveres generaban preguntas que los eones no tenían intención de responder.

Baal aceptó a Tarik por muchos motivos: su voluntad, su sed de sangre y, sobre todo, su innata facilidad para comprender la naturaleza de los eones. Como todos los magos, sabía qué palanca tocar para hacer cosas que otros condenados tan solo soñarían. Sin duda alguna, era el condenado más poderoso sobre la faz de la tierra.

Tan solo Scyros, por su brutalidad y su capacidad de combate, o el recientemente fallecido Ursus, le hacían sombra. Pero ni el Tuerto ni el Oso Vikingo ni el mismo Alexias igualaban la capacidad de Tarik para dominar elementales. Salió de la torre caminando con la misma calma del que sabe que no va a volver. Llevaba aquella espada roja en la mano, en su preciosa vaina de cerezo lacado. Por algún motivo que escapaba a su comprensión, se había enamorado de ella, al igual que de su Stradivarius. Amor a primera vista.

Se alejó lo suficiente para tener perspectiva. La torre se dibujaba tan gris como el cielo, recortando las siluetas del pasado. Le vino a la cabeza la primera vez que se enfrentó al Romano.

Mell ayudaba a defender una pequeña fortaleza romana aferrada al muro de Adriano como un niño a las faldas de su madre. A él le habían ordenado reducir aquella fortaleza a cenizas. Tarik ya casi tenía el poder de un alfil, mientras Mell tonteaba con el poder del caballero sin saber más del fuego que el simple hecho de que quemaba. El Romano se asomó a una pequeña torre como aquella y le clavó aquellos ojos suyos en la distancia. Nunca olvidaría aquella primera mirada. Ni rastro de temor en ella, tan solo determinación y voluntad.

A Tarik le hubiese gustado presentarse debidamente. Un apretón de manos, una amenaza velada de esas que azuzan al adversario a mostrar su verdadero rostro... Por aquel entonces, Tarik no era consciente de hasta qué punto Baal y el Fénix rivalizaban. Ni falta que le hizo. Casi sin saber cómo, le acertó al Romano con una catapulta y así concluyó su primer encuentro. Por desgracia, aquel ataque le costó la vida a mucha gente. Y tanto a Mell como al Fénix les dolía bastante perder una jugada. Desde aquel día, sus encuentros siempre fueron acerados, faltos del respeto que Tarik tanto añoraba. El respeto que la sangre que corría por sus venas le exigía. La sangre de un rey.

Se relajó. Había llegado el momento de medir el poder de su nuevo amo. No, amo no. Su nuevo señor. Una torre con la habilidad de Tarik podía analizar la energía como si fuese una gota de sangre en un microscopio para después utilizarla a voluntad. Podía vibrar con la misma intensidad que su eón, aunque en algunos casos eso le costase daños severos a corto plazo. La energía de Baal, por ejemplo, era densa como la melaza y ardiente como la lava. Hacer pasar esa energía al plano físico resultaba tan aterrador como peligroso. Podía quemar la misma piedra y reducir a cenizas a un hombre en la mitad de tiempo que tardaría la víctima en parpadear.

El Fénix se le antojaba mucho más sutil, menos violento y, a la par, menos poderoso en el plano físico. Hacer arder aquel lugar no suponía un gran esfuerzo para esa energía, pero estaba lejos del poder destructor de Baal.

La mente de Tarik disociaba la energía, detectaba sus puntos de cohesión. Allí estaban el afán de asimilarlo todo del fuego y, a su vez, la vivacidad de las aves y su aprensión a la oscuridad. Estaba la necesidad de cambiarlo todo junto al miedo reverente a destruir la belleza. Y en lo más profundo, un pequeño huevo enterrado en la arena del desierto con algo oculto en su interior. Tarik lo vio, como un destello reflejado en la pared, como un mal sueño. Intentó encontrarlo una y otra vez, pero se escondía en los demás sentimientos que lo englobaban, transformaba el afán en obsesión, para después esconderse en el miedo y transformarlo en ira.

Tarik frunció el ceño mientras su mente intentaba sitiar ese pedazo del Fénix sin conseguirlo. Su energía ya se extendía por todo el olivar esperando la transformación de uno de aquellos sentimientos en fuego. Podría haber terminado ya, dar la orden y liberar un océano de llamas contra el mundo de los vivos, reducir aquel paisaje a cenizas y sepultar el cuerpo del Romano bajo las ruinas de la que fue y siempre sería su casa.

Pero sentía curiosidad. Esa curiosidad del que se encuentra un hilo entre los dedos, del que ve la verdad de reojo. ¿Cómo darle la espalda?

Asedió aquel sentimiento de uno a otro y a otro hasta que, en un descuido, lo encontró de nuevo. Era hambre, un hambre atroz cuajada del dolor de la injusticia, de la intolerancia al odio humano. Era tan fuerte, tan inmenso, que invadió el cuerpo de Tarik. Lo sintió en el estómago, devorándolo todo a su paso, la esperanza, la pasión, el cariño, incluso el miedo.

El Turco perdió el equilibrio y cayó al suelo de rodillas con un gemido atravesándole el pecho. Intentó gritar, pero justo en ese momento se vio a sí mismo abriendo el cuello de su mujer ante los ojos de Baal, sintió aquella injusticia como nunca antes lo había hecho y aquella inmensa hambre estalló. A su alrededor, el infierno parecía haberse elevado a ras del suelo. El mundo se incendió con tal violencia que incluso Tarik sintió su mordisco en la piel. Pudo sentir cómo se extendía desde su interior en todas direcciones, como una marea de fuego vivo.

Gritó con todas sus fuerzas mientras luchaba por controlar aquel inmenso apetito, aquella exigencia salvaje. Y a duras penas lo consiguió. Volvió a su lugar en las entrañas del Fénix, a su pequeño huevo sepultado.

—Su deuda —susurró exhausto—. Es su deuda...

La torre estaba literalmente fundida, las piedras habían perdido su forma y dibujado una maraña inconexa de piedra negra con vetas aún al rojo vivo. Los olivos se sostenían convertidos en ceniza y carbón esperando el golpe de gracia al menor soplo de viento.

Tarik terminó por sentarse en el suelo, conmocionado. Por fin podía entender por qué el Fénix terminaba siempre por vencer cuando competía en el juego. Todos le debían algo, cada ser vivo con consciencia de serlo, las piezas de cada Trono y de cada Potestad, cada animal, cada insecto... Porque nadie es del todo consciente de las consecuencias de sus actos.

—Santo Dios —pensó el Turco—. Su voluntad es lo único que controla su hambre.

Se pasó el dorso de la mano por los labios. Los tenía más secos que un caballo de carreras, y todo su cuerpo estaba tiznado por la ceniza de su propia ropa. Tendría que saltar a algún lugar seguro, darse una ducha y renovar el vestuario, ya que no se habían salvado ni las suelas de los zapatos. Tan solo la espada seguía a su lado, intacta, reflejando la luz del sol en su vaina roja.

Por algún motivo que se le escapaba, no le sorprendió. Esa espada tenía algo, algo tan oscuro en su interior como aquel huevo enterrado. La cogió y se apoyó en ella para ponerse de pie. A su alrededor todo era ceniza. Un golpe de viento deshizo un olivo a su lado, como si siempre hubiese sido polvo.

Había perdido la cobertura de Baal, y pisar alguno de sus antiguos santuarios le parecía incorrecto. Pero recuperar su Stradivarius era algo que tenía que intentar, así que se concentró en Filadelfia y saltó al sendero.

El recuerdo del Romano era ya tan solo una silueta en la ceniza, un boceto sin definir, una huella... El viento la barrió sin reparos y tan solo quedó el silencio.

CAPÍTULO XVIII

Por la sangre de un dios

Hospital General de San Antonio (Ibiza, España)

Cuando abrió los ojos, la penumbra le dio la bienvenida acompañada del olor aséptico de la sala de urgencias del hospital. No tardó en identificar el gotero, los sensores para las constantes vitales y la bomba de oxígeno.

Se revolvió un poco, pero no hizo amago de ponerse en pie. Tenía uno de esos dolores de cabeza que no te dejan ni pensar.

Casi instintivamente, cerró de nuevo los ojos y comenzó su proceso de regeneración. Todos los toltecas aprendían a curarse en cuanto la sangre de Ketzal despertaba en ellos. Resultaba fácil, tan solo había que aprender a encontrar el origen del problema. En este caso, los que le habían tumbado en aquella cama dejaron un par de arrugas en la almohada, que habían alterado las arterias cervicales, y el riego había disminuido. Concentró su energía en ellas para recuperar el equilibrio circulatorio y después redujo la inflamación de los capilares en el interior del cráneo.

Tan solo le restaba esperar. Abrió de nuevo los ojos y se encontró con un chaval de no más de doce años que le miraba.

—Hola... —le dijo el chico. Tenía la cara muy pálida, el pelo rapado al cero y sujetaba uno de esos hierros que parecen un perchero con dos bolsas de goteo colgadas—. Decían que te despertarías tarde o temprano.

El capitán asintió sin saber bien qué decir. Entendía perfectamente el castellano, pero le costaba mucho intentar pensar una respuesta con aquel dolor de cabeza, que aunque estaba remitiendo aún le impedía abrir los ojos del todo.

—Voy a avisar a la enfermera.

—¡No! —respondió—. No, espera, por favor. —Se incorporó un poco para ver bien la habitación. Se trataba de un box cerrado con cristales, con tres camas. Una de ellas estaba cerrada, y la otra sin duda pertenecía al muchacho, ya que

había dos cómics arrugados en la mesilla y tenía la luz de lectura encendida—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

El muchacho levantó los hombros.

—Ni idea. Yo ingresé ayer y tú ya estabas aquí. ¿Eres una estrella de rock o algo así?

El Blue abrió un poco más los ojos y frunció el ceño. No tenía muy claro si había entendido bien.

—¿Cómo dices?

—Debes de ser famoso o algo. No han parado de venir a visitarte. ¿Cómo te llamas?

La guardia Blue no tenía nombre, arrancado de su subconsciente a golpes durante más de un milenio. Todos se dirigían a ellos con el nombre común de Blue, y nadie ajeno a la tribu debía conocer ese apodo. Por un instante dudó, intentó encontrar algo en su memoria que poder decirle al muchacho, pero tampoco les estaba permitido mentir. Por primera vez, fue consciente del inmenso yugo al que se había sometido durante toda su vida, una marea incesante de restricciones disfrazadas de pecados, de limitaciones impuestas por el fanatismo. Recordó el cuerpo sin vida de su dios-hombre con el pecho abierto y la mirada perdida más allá de la decimotercera columna.

—Vale, ya sabía yo que eras alguien famoso —dijo el chico sonriendo—. Por eso no me quieres decir tu nombre, ¿verdad? No importa. Yo me llamo Pablo.

El chico le tendió la mano y el Blue se la estrechó sin saber qué decir. Tan solo le devolvió la sonrisa lo mejor que pudo.

—Esos tatuajes tuvieron que dolerte mucho.

Por la mente del Blue pasaron dos o tres recuerdos fragmentados del día en el que le tatuaron la serpiente en el rostro con una aguja de timer.

—La verdad es que sí —respondió. Decir otra cosa sería mentir. Pero decir que sintió dolor era quedarse muy corto. La agonía de aquel ritual le costó la cordura. Tan solo recordaba las palabras del sacerdote: «Eres un cuervo azul, y solo volarás para servirme».

Se incorporó en la cama y la sábana se vino abajo mostrando su torso y dejando a la vista otra serie de tatuajes. El chico no pudo menos que echarse la mano a la boca al ver aquello. Estaban representados todos los dioses de la cultura tolteca, todas las bestias que Ketxal dominaba: la Pantera y el jaguar, la

serpiente y el cuervo, el murciélago y el cocodrilo..., todos danzando en las estrellas.

En ese momento, el capitán se sintió desnudo. Le estaba mostrando a aquel muchacho la gran mentira de su pueblo, la misma mentira que le había transformado en un hombre sin consciencia, en un títere obediente sin nombre, sin alma. Sintió vergüenza; por primera vez en más de mil años, sintió vergüenza de lo que era.

Casi no supo por qué lo hizo, pero concentró toda su energía para hacer desaparecer aquellas heridas, aquellas muescas que el dolor más absoluto había cosido a su piel. Los tatuajes empezaron a desaparecer ante la atónita mirada del muchacho, que descolgó la mandíbula y le señaló el pecho.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Es solo un truco de magia, Pablo —respondió el tolteca—. Solo eso, un truco... —Para ser su primera mentira en más de mil años le sentó fenomenal—. Soy mago.

—¡Vaya! ¡Un mago famoso! —gritó el chico henchido de gozo—. ¡Un mago de verdad! Por eso no han parado de venir; primero la policía, y luego esos dos tipos raros y el médico de mentira.

—¿Cómo dices? —preguntó el capitán bajando la voz y haciendo un gesto al chico para que hiciese lo mismo—. Descríbemelos, por favor.

—Los policías eran muy majos. Dijeron que habías sobrevivido a una explosión de gas en una villa de Conta.

—¿Conta?

El chico le miró como un médico experimentado, como si estuviese buscando una brecha en la cabeza o algo así.

—¿No sabes dónde estás?

El tolteca se rascó la cabeza. La verdad es que no tenía la menor idea, lo último que recordaba era a Sheteck cayendo del cielo envuelto en llamas y la explosión que provocó al tocar el suelo. Después de eso, nada.

—¿Te diste un golpe en la cabeza? —preguntó Pablo acercándose un poco más para observarle.

—La verdad es que no lo sé. Reconozco tu idioma y tu acento. Eres español, ¿no? ¿Estoy en España?

—Sí, estás en Ibiza, en el hospital de San Antonio de la Barquera.

El tolteca se acarició la frente con los dedos. No entendía nada.

—¿Qué es Conta?

—Es una cala cerca de aquí. Una playa. —El tolteca tan solo se le quedó mirando con cara de no comprender una palabra—. Los policías sabrán más. ¿Quieres que los llame? Están en la sala de espera.

—No, antes cuéntame quién más ha venido.

—Después vino un paisano tuyo.

El tolteca frunció el ceño.

—¿Paisano?

—Sí, tenía tu aspecto, no sé bien cómo explicarlo... tus rasgos. —Se señaló la cara y torció un poco el gesto—. Tenía los ojos más verdes que he visto en mi vida.

—¡Sheteck! —Estiró la mano y cogió al chico del hombro—. ¿Dónde está?

El muchacho no se esperaba aquella reacción y dio un pequeño paso atrás asustado.

—Perdóname. Yo... —La verdad era que no sabía dónde meterse. No tenía intención alguna de asustar al chico.

—No pasa nada —respondió Pablo, aunque podía verse en su rostro el susto que se había llevado.

—Te ruego que me perdones, Pablo. —No pudo evitar echarse las manos a la cabeza y apretar con fuerza. El dolor ya remitía, pero los recuerdos de todo lo sucedido afloraban, le traían la imagen de Hell, del cuerpo de Aris sometido, doblegado... De uno de sus hermanos muriendo a manos de aquel demonio y resucitando bajo su poder. Todo lo demás parecía nimio, ridículo, innecesario...

—No pasa nada... Ni siquiera mi madre se atreve a tocarme desde hace tiempo. —El tolteca dejó de frotarse la cabeza y le dedicó una mirada interrogante—. Me muero —dijo el chico sin atreverse a fijar la mirada en ningún sitio—. Todos parecen tontos. ¡El que se muere soy yo! —susurró enfadado—. Pero son ellos los que no paran de llorar y llorar. Mi madre prefiere estar en la capilla rezando que a mi lado.

Caminó los dos pasos que le separaban de la cama y se sentó en ella, justo enfrente del capitán, que a cada segundo era más consciente de su situación. Observó los cables que salían de su pecho y los siguió hasta el aparato que controlaba las constantes. Estiró el brazo y apagó el interruptor. Si no funcionaba, no podría dar la alarma. Se arrancó los cables y se extrajo del

antebrazo la palomilla del gotero. Luego dio un vistazo rápido al pasillo tras los cristales y corrió las cortinas del box.

—¿Has hecho algo malo? —preguntó Pablo, a lo que el tolteca no supo bien qué responder. Se miró las manos e intentó buscar una respuesta a aquella pregunta desde su corazón, como si realmente importase decir la verdad en aquel momento.

—La verdad es que he hecho muchas cosas malas, Pablo, pero ninguna que deba preocuparte —le respondió al fin con una sonrisa.

—Vale... —susurró el chaval, divertido.

—¿Qué pasó con el de los ojos verdes? ¿Dónde está?

—Esta mañana estuvieron aquí él y otro más alto que parecía el Joker.

El tolteca le miró sin comprender.

—Este —le dijo señalando la portada de uno de los cómics de su mesilla donde aparecía una especie de payaso con el pelo verde y una sonrisa enorme cuajada de dientes.

La cara del capitán era un poema. No solo no entendía nada; estaba empezando a dudar de veras si no le habría caído una piedra grande en la cabeza.

—Sonreía igual, pero tenía la piel normal y el pelo negro —dijo el chico señalando otra vez la portada mientras que el Blue se rascaba una vez más la cabeza. No tenía la menor idea de quién podía ser el dueño de esa sonrisa ni le gustaría saberlo.

—Estuvieron aquí una media hora y dejaron un teléfono móvil en tu mesilla. —El capitán no tardó ni medio segundo en empezar a buscarlo. Ya tenía abierto el cajón y estaba rebuscando entre un par de jeringuillas cuando el chico terminó la frase—. Pero luego vino el falso médico y se lo llevó.

—¿Por qué crees que era un falso médico?

—Para empezar, llevaba zapatos, no esos zuecos tan feos que llevan los médicos.

—A veces llevan zapatos.

—Este era muy alto y llevaba el pelo cortado al cero.

—Tú también —le rebatió el Blue sonriendo.

—Yo tengo leucemia, lisssssto —le respondió el muchacho bromeando—. Además, ¡los médicos no se llevan los teléfonos de la gente ni llevan escondida

una pistola debajo de la bata! —Terminó la frase cruzándose de brazos y levantando una ceja.

En la todavía atontada mente del tolteca se mezclaron las palabras «leucemia», «teléfono», «pistola» y «bata». Y a medida que las traducía se le tensaba la mandíbula.

—¿Estás seguro de que llevaba un arma?

—Sí, al principio pensé que sería un médico de la policía o algo así, pero cuando entraron los policías de verdad hizo que miraba la maquinita y se largó sin levantar la vista del suelo.

Al parecer, había mucho interés por su persona, pensó el Blue. Tendría que dejar las incógnitas para otro día. No tenía respuestas para la policía ni forma de encontrar aquel teléfono, así que lo más inteligente era salir de allí, o al menos simular que lo hacía.

—Muy bien, Pablo. ¿Qué te parece si hacemos un trato? —Estiró la mano y cogió una de las jeringuillas del cajón.

El chico le devolvió la mirada, divertido.

—Voy a hacer un truco genial. Me voy a transformar en un cuervo. —Levantó la vista para ver la reacción del muchacho, que le devolvió una enorme sonrisa —. Y no solo eso. Voy a salvarte la vida.

El muchacho se puso serio. Ya le habían dicho eso muchas veces, y las cosas siempre terminaban mal.

—Nadie puede hacer eso —respondió.

—Yo sí —dijo el tolteca sin darle mucha importancia. Se clavó la jeringuilla en el brazo y se extrajo sangre hasta llenarla—. Pero a cambio tienes que hacerme un favor.

El muchacho no sabía qué pensar. Le miraba negándose a sí mismo la posibilidad de que aquello fuese real. Pero después de un par de segundos respondió:

—¿Qué tengo que hacer?

—Cuando esté en forma de cuervo —dijo el capitán mientras se sacaba la aguja del brazo y cerraba la pequeña herida en la vena— me quedaré tras la ventana. —Señaló el pequeño balcón de la escalera de emergencia—. Cuando te pregunten dónde me he metido —se encogió de hombros—, cuéntales lo que te apetezca, menos la verdad, claro... Si aparece el «falso médico», quiero que le preguntes por qué me robó el teléfono. —Pablo le devolvió una sonrisa, pero se

le veía asustado—. Solo quiero ver su reacción, no tengas miedo, nadie va a hacerte daño.

El capitán cogió la goma del gotero y le clavó la jeringuilla. El interior de la goma se empezó a teñir de rojo mientras se acercaba poco a poco al brazo de Pablo.

—Esta es la sangre de mi padre —recitó el tolteca casi sin saber por qué—. Es combativa, limpiará tu cuerpo y dará un nuevo sentido a tu vida. Hasta hace muy poco, hacer lo que yo estoy haciendo ahora mismo era un sacrilegio. Yo mismo he capturado a hombres que vendieron esta sangre a cambio de oro. Y oro es lo que obtuvieron, condenados a extraerlo de las minas para siempre. Te diría que es la sangre de un dios —cerró los ojos, apenado—, pero no sería cierto, así que solo te suplicaré que no la mancilles. Haz algo útil con tu vida, algo noble.

—¿Como por ejemplo? —preguntó el chico sin saber bien qué pensar.

—No lo sé —respondió el tolteca mientras veía su propio rostro reflejado en una chapa de metal en la pared.

Aún le quedaba el tatuaje de la guardia Blue alrededor de los ojos. Desvió la mirada. Borrar ese tatuaje significaría renegar de Kexal. Y eso era algo que no haría. Tal vez no fuese un dios, pero era el padre de su pueblo.

—No lo sé —dijo al fin—, pero intenta no sentir vergüenza de ti mismo cuando te mires al espejo.

Cuando la sangre entró en el pequeño cuerpo de Pablo, sus músculos se relajaron y el color de sus mejillas regresó. Fue un cambio sutil pero visible. El capitán asintió para sí y comenzó a meditar su siguiente movimiento. Tenía que llamar al cuervo. Estaba prácticamente desnudo; a saber por qué no le habían puesto la misma bata verde que llevaba el muchacho. A él tan solo le habían dejado los calzoncillos.

—¿Estás listo? —le preguntó a Pablo, que parecía a punto de echarse a dormir. El chico se espabiló, ilusionado con la perspectiva de ver a un hombre convertirse en cuervo, y asintió sonriendo—. Si alguien cierra la ventana, vuelve a abrirla en cuanto se vaya, ¿ok?

Sin decir más, concentró toda su energía en la boca del estómago, sus ojos se cargaron de un verde vivo y sucedió. Casi en una décima de segundo, la energía se comprimió en su centro y surgió el cuervo.

Voló a través de la ventana y se posó sobre la barandilla. Se dio la vuelta sobre sus patas y se quedó mirando hacia la cama de Pablo girando el pico y

parpadeando.

Pablo se quedó sin habla; aquello no era un cuervo. Al menos no un cuervo de los que él había visto. Era casi tan grande como un águila y tenía las plumas de un negro azulado que reflejaba la luz. Resultaba tan hermoso a la vista que no pudo dejar de mirarlo durante un buen rato. Por su parte, el cuervo le devolvía la mirada, daba algunos pasitos laterales por la barandilla y graznaba suavemente, como si le estuviese saludando.

Cuando llegó la primera enfermera del turno de mañana, se lió la de San Quintín: policías corriendo, médicos echándose la culpa unos a otros... Pero lo único que sacaron en claro fue que aquel hombre ya no estaba allí ni le habían visto salir por ningún lado. La escalera de emergencia estaba sin abrir, por lo que no creían posible que hubiese saltado desde un segundo piso en calzoncillos y que nadie hubiese visto nada. «Si supiesen la verdad», se dijo Pablo mientras le dedicaba una sonrisa cómplice a un cuervo oculto entre las últimas sombras del amanecer tras los cristales.

La visión del cuervo permitía ver cosas que a la simple vista de un ser humano resultarían imposibles de detectar: el aura de las personas y los animales, las corrientes de energía telúrica y los cúmulos de gases que llenan los huecos del mundo. Cosas que si el ser humano entendiese evitarían tragedias y enfermedades. La planta de urgencias de aquel hospital estaba tan llena de ellas que el cuervo no podía salir de su asombro: nubes infecciosas campando a sus anchas en las corrientes de aire, sudores enfermos, corrientes de electricidad estática, cables de alta tensión tras los muros a escasos centímetros de la cabeza de aquellos humanos enfermos...

En el callejón, un gato trataba de llegar hasta los restos de un pollo asado esquivando excrementos y gasas cargadas de bacterias. Desde la mente simple del cuervo resultaba admirable a la par de estúpido, y dejó de prestarle atención.

Cuando el médico comprobó los primeros análisis del día, se fue de cabeza a la habitación de Pablo sin dejar de rascarse detrás de la oreja izquierda. Entró en la habitación con un nudo en la garganta sin saber bien qué decir. Le preguntó cómo se encontraba, a lo que el chico respondió que «de lujo» entre sonrisas y miradas de reojo a la ventana. Como premio, le sacaron dos tubos más de sangre y le obligaron a orinar en un tarrito, pero después le sirvieron un desayuno desproporcionado que apuró en menos de dos minutos. Tan solo se

guardó una manzana, que dejó en el alféizar de la ventana en cuanto le dejaron solo.

Satisfecho, Pablo se sentó en su cama observando el amanecer como si fuese la primera vez que lo veía. Las plumas del cuervo reflejaban los primeros rayos del sol creando destellos azules a su alrededor.

A media mañana, cuando la puerta de la habitación se abrió, Pablo esperaba ver entrar a su madre como todos los días, pero fue el falso médico el que lo hizo. Venía con la bata blanca abrochada, en contraste con todos sus supuestos compañeros, y tan solo levantó la vista de su cuaderno cuando vio que aquel hombre había desaparecido.

—¿Sabes si han trasladado a tu compañero de cuarto? —le preguntó con una sonrisa muy convincente en los labios.

Pablo se encogió de hombros y respondió:

—No lo sé. Cuando me desperté esta mañana ya no estaba. —El cuervo graznó tras los cristales. Fue en ese momento cuando Pablo se dio cuenta de que alguien había cerrado la ventana. Parpadeó sorprendido. No se había dado cuenta. Sintió un sudor frío, se levantó y fue a abrir la ventana, pero el cierre de seguridad estaba echado. Recordó en ese momento la bronca que le había echado la policía a la enfermera: «El cierre debería haber estado echado». ¿Cómo pudo no darse cuenta?

El cuervo aleteaba nervioso con la mirada clavada en aquel hombre. Era alto, de pelo rubio cortado como los militares de las películas.

Saber por qué le entró el pánico resultaría imposible, tal vez la ansiedad de saberse encerrado con un hombre armado, tal vez su mente infantil, que sintiéndose por fin curado no estaba dispuesto a arriesgar la vida. El caso es que se giró hacia aquel hombre con el rostro más pálido de lo normal, medio temblando, e intentó sortearle para llegar a la puerta de la habitación.

Pero aquel hombre no era tonto, lo agarró del cuello y le tapó la boca casi al mismo tiempo. Las cortinas de la habitación seguían corridas sobre el ventanal que daba a urgencias. Nadie vería lo que estaba a punto de suceder.

—¡Tranquilízate y no te pasará nada! —le dijo el hombre mientras desenfundaba su pistola.

Más allá de los cristales, el cuervo tan solo dio un par de pasitos laterales para no perder detalle.

Pablo sacó sus conclusiones: el hombre sin nombre era un mago, seguro que para él aquella ventana no era un obstáculo, seguro que estaba esperando a que le preguntase por el teléfono... Sí, seguro que era eso.

—¡Usted no es médico! Se llevó su teléfono. ¿Por qué se llevó su teléfono?

El hombre aflojó un poco la presa del cuello, suspiró sonoramente y maldijo en ese inglés masticado de los turistas americanos. Luego le obligó a caminar hasta su cama, lo colocó de cabeza contra el colchón y le puso una almohada sobre la cara. Escuchó graznar al cuervo tras los cristales mientras intentaba coger algo de aire sin conseguirlo.

En la consciencia diluida del cuervo, aquella imagen no pasaba de resultar curiosa. No alcanzaba a comprender la amenaza. Sabía que el chico estaba en peligro, pero no conseguía entender por qué. No podía atravesar los cristales sin un escudo de viento, y llevaba demasiado tiempo transformado como para pensar con claridad.

Le habían ordenado encontrar a Marcus Valetti, un cazador Shark de primer nivel. Al parecer había desertado y, por lo poco que había conseguido averiguar, estaba con los chinos, con los rusos o con los mexicanos. La única pista para llegar hasta él era aquel hombre ingresado en urgencias que lucía más tatuajes que un capo de la mafia rusa. No le había dado tiempo ni a pensar cuando aquel muchacho enfermo amenazaba con cargarse su cobertura. No le gustaba hacer cosas como aquella, pero no podía dejar un solo cabo suelto o Valetti desaparecería.

Apretó la almohada contra su rostro mientras lo sujetaba contra la cama y dejó pasar el tiempo susurrando una disculpa sin sentido, hasta que alguien abrió la puerta a sus espaldas. Se giró, aflojando su presa. Se trataba de un hombre delgado, moreno, con el pelo ondulado y brillante. Traía una revista enrollada en una mano y un café de máquina en la otra. Sus miradas se cruzaron. Tenía unos ojos verdes como esmeraldas y cara de no hacerle ni puta gracia lo que veía.

El chico se revolvió y consiguió sacar la cabeza de debajo de aquella almohada, dejando claro al visitante lo que estaba pasando allí. Este levantó la pistola con silenciador y disparó.

El cuervo miraba la escena ensimismado. Sabía que aquel hombre que acababa de llegar era importante, lo reconocía, pero no conseguía recordar de qué. Uno de los disparos reventó el vaso de café que traía en la mano y el otro le

dio en el pecho, casi al lado del corazón. Se tambaleó levemente y cerró la puerta a su espalda, como si hubiese sido por accidente. Pero cuando el otro hombre bajó la pistola, salió disparado hacia él a una velocidad imposible para un ser humano. Le agarró de la muñeca y se la retorció con tanta fuerza que ni siquiera le dio tiempo a gritar. La pistola se le cayó de la mano mientras el hombre de los ojos verdes terminaba con él de un cabezazo, cogía la pistola al vuelo y le encañonaba con ella directamente delante de la frente.

—¡Mierda de día! —susurró Sheteck mientras apuntaba a aquel extraño a la cara.

Estaba sangrando por la nariz, seguramente le había roto el tabique nasal junto con todos los huesos de la muñeca. Pero cuando estaba a punto de apretar el gatillo, se lo pensó. El Fénix dormía, y no sabía si aquel hombre estaba sentenciado o no, así que tan solo le descargó un golpe en la sien con el mango de la pistola y se fue al suelo inconsciente. Lo levantó como si fuese un niño dormido y lo tumbó en la primera cama que encontró vacía.

Había un chaval temblando de miedo junto a otra de las camas y no había rastro del capitán por ningún lado.

—¿Estás bien? —le preguntó al muchacho, que tan solo asintió pasándose la manga de la bata verde por la nariz. Fue en ese momento cuando pudo ver al cuervo Blue tras los cristales aleteando nervioso.

Sheteck se acercó a la ventana mientras el muchacho le miraba impresionado.

—Tranquilo, no te preocupes, nadie va a hacerte daño.

—Él me dijo lo mismo —respondió el chico señalando al cuervo tras los cristales.

—Y ha sido así, ¿no? —concluyó Sheteck dedicándole una sonrisa forzada.

Pablo se pasó la mano por el cuello. Aún podía sentir la mano del asesino. Le diría algo soez, pero se había quedado sin sentido del humor a tenor de lo sucedido, y tan solo asintió sin convicción.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Sheteck señalando al cuervo. El chico hizo la cuenta de cabeza y respondió:

—Unas nueve horas. —A lo que Sheteck contestó dando un silbido.

Era mucho tiempo hasta para un guardia Blue. A partir de las dos horas se perdía gradualmente la consciencia, y solo una orden directa podía devolverle a la forma humana. La Pantera usó la telequinesia para abrir el cierre de la

ventana, a lo que el chico reaccionó preguntándole si él también era mago. Sheteck tan solo dio un par de pasos atrás y llamó al cuervo.

—Blue... —Estiró el brazo y el cuervo se lanzó al interior de la habitación y se posó en él. Le acarició la cabeza y comenzó a recitar en tolteca —: «Yo no recuerdo mi nombre. Yo no tengo linaje. Nací del trueno y de la lluvia». —El cuervo se tensó sobre sus patas—. «Vi los ojos de mi dios en la montaña y escuché su voz en la selva. Eres un cuervo azul —me dijo— y solo volarás para servirme».

El cuervo dio un graznido y se lanzó hacia delante, surgió un destello y el capitán reapareció, acucillado y con la mirada perdida. Tardó al menos un par de segundos en comprender todo lo que había pasado. Recordó la imagen de Pablo con la almohada en la cara y se giró hacia él, compungido.

—Pablo... Yo... —El chico tan solo le devolvió una sonrisa, negó con la mano y le restó importancia.

—No pasa nada, ha sido... —diría «horrible», pero terminó diciendo «emocionante».

El capitán comprobó el escenario lo más rápido que pudo. Por suerte, la bala que atravesó el café quedó en el marco de la puerta.

Sheteck estaba registrando al «falso médico» y no parecía acusar la bala que le había impactado en el pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras buscaba con la vista el agujero de bala. Tan solo había dejado un cerco húmedo en la camiseta negra que lucía. Sheteck le miró un segundo, y después al chico. Estaba claro que tenía que explicar por qué seguía andando, ¿no?

—Estoy bien. Hice... desaparecer la bala, igual que tú tus tatuajes. —Luego ensanchó la sonrisa y se volvió a centrar en el registro del pistolero—. Así que un mago, ¿eh? —susurró—. Así que ya hemos empezado a mentir.

El capitán se puso colorado, pero también sintió la libertad, como la primera vez que un niño roba un caramelo, esa mezcla de orgullo y remordimiento.

—Pues mejor no te cuento el mejor truco del día.

En ese momento la puerta se abrió de nuevo. Una mujer de unos cuarenta años cruzó la puerta como si el edificio estuviese en llamas. Se abalanzó sobre Pablo y lo estrechó con tal fuerza que Sheteck casi se pone en guardia. Comenzó a darle besos en la frente, en la cara, por toda la cabeza, mientras hacía algo entre llorar y reír que resultaba de lo más cómico.

Sheteck dio un paso al frente mientras el capitán cerraba la cortina intermedia del box donde estaba durmiendo su invitado junto al completamente desnudo capitán de los Blue.

—Hola, buenos días —dijo la mujer en cuanto reparó en la presencia de Sheteck, que ocultó la pistola con silenciador bajo la camisa a su espalda justo a tiempo para tenderle la mano.

—Buenos días.

En cualquier otra situación, aquella mujer habría reparado en la mancha oscura y el pequeño agujerito del pecho de Sheteck, pero casi no le prestó atención. Se volvió hacia su hijo sin apenas mirarle y le descargó una segunda andanada de besos y más besos.

—¡Cariño, dicen los médicos que has mejorado muchísimo! Tu padre viene de camino, ha pedido el día en el trabajo. Te van a hacer una última prueba para ver si aclaran lo sucedido... No sé.

—No creo que sea necesario, señora —dijo el capitán atravesando la cortina. Se había puesto la ropa del falso médico. Por suerte, aquel hombre era bastante grande, e incluso de camisa le habían sobrado un par de tallas. Además, la bata de médico completó el disfraz a la perfección—. Las pruebas son concluyentes.

Aquella mujer no sabía qué pensar ni qué creer. Su mente divagaba entre la felicidad más absoluta y el pánico a un error de diagnóstico. Al final, siempre prevalece la esperanza, aunque llegue de la boca de un médico con una serpiente emplumada azul tatuada al rededor de los ojos.

—¿Está seguro, doctor? —Dio un vistazo al pase de la bata, donde tan solo figuraba el apellido Castro. Seguramente se sacaba un dinero extra en algún espectáculo nocturno; se ganaba más en una noche en Amnesia que en tres meses trabajando.

Sheteck se hizo a un lado y dio un último vistazo al asesino tras la cortina. Estaba inconsciente, con un gotero puesto (a lo bestia), la máscara de oxígeno colocada prácticamente a presión sobre una nariz rota que se inflamaba por momentos y todo el aspecto de haber tenido un accidente de tráfico.

—La sangre de Pablo ha resultado ser más fuerte de lo que creíamos. Es más que recomendable que pase uno o dos años sin que se la extraigan para permitir que se fortalezca. Solo necesita comer bien. —Hizo una pausa para buscar la complicidad del chico—. Seguro que será un gran hombre. —Le dedicó una sonrisa y prosiguió—. Lo veo en sus ojos.

Pablo no cabía en sí. No sabía si reír o llorar, si simplemente dar las gracias... Finalmente dio un par de pasos al frente y abrazó al capitán.

Tras un segundo de incertidumbre, el Blue lo abrazó a su vez. En su interior, algo más poderoso que el mismísimo Ketxal se hizo añicos. Recordó la última vez que alguien le había abrazado de esa manera, un recuerdo muy anterior a su entrenamiento para la guardia Blue.

Tal vez, pensó mientras se separaba del muchacho, aún había un futuro para él, tal vez podría volver a ser «alguien».

Tras despedirse, cuando él y Sheteck se dirigían hacia la salida, el Blue parecía soñar despierto.

—Así que «su sangre era fuerte» —susurró Sheteck divertido cuando cruzaron la puerta del hospital.

—Ahora soy un chahuat. «Si piensas tocarme los huevos en algún punto», ya sabes... —respondió el capitán citando al propio Sheteck el día en que se conocieron, con la vista perdida—. ¿Qué opinas del «doctor»? —preguntó mientras sacaba el pase de seguridad falsificado que había encontrado en el bolsillo de la bata.

—Corte de pelo militar, toda la ropa comprada en Ibiza, incluidos los zapatos, y tenía la típica cicatriz del láser en el hombro izquierdo. Le borraron un tatuaje, y para colmo la pistola es una Beretta del nueve con todo limado. —Todo cristo tenía una de esas en su arsenal, desde los judíos a la mafia rusa—. Solo tenemos la foto y el teléfono que te había dejado en la mesilla.

—También llevaba esto —agregó el Blue mostrándole un cuchillo pequeño de hoja ancha.

Sheteck lo examinó unos segundos sonriendo.

—Vaya... Tantas precauciones para no poder identificarlo y se trae un cuchillo exclusivo de los Shields.

—¿La CIA?

Sheteck tan solo asintió devolviéndole el cuchillo.

—Siempre la cagan con algo. —Hizo una pausa para dar un vistazo alrededor. Los edificios eran bajos y casi todos acabados en blanco, y la luz de la mañana rebotaba por todas partes. El cielo estaba despejado, con dos o tres nubecillas de esas que parecen competir por alcanzar el horizonte—. Le enseñaré la foto a Marc a ver si hay suerte. Por lo que sé de su historial, es posible que le estén buscando a él.

—Si Hell se ha hecho con toda la guardia Blue —el capitán apretó los labios antes de seguir. Se le veía preocupado por el destino de sus hombres— debiste dejarme morir. Muchos habrían entendido el mensaje, no somos tontos.

—Te salvé por eso mismo. Ahora saben que vives y que estás conmigo. El que aceptó el trato sabía perfectamente lo que hacía.

—¡Solo les ha dado dos opciones, y es difícil decidir cuando te están estrangulando! —rebatía el capitán controlando los nervios. En su mente aún primaba la defensa de sus hombres.

—Ya lo sé —respondió Sheteck maldiciendo para sí—. Pero eso no cambia las cosas. Puede que se dejen matar, pero no hay opción... —Ambos lo sabían. Si ya formaban parte de Hell solo les restaba morir o cumplir con su condena. No había un solo Blue que no hubiese matado alguna vez. Estaban todos condenados y seguramente había pasado lo mismo con las tropas regulares.

—¿Y los eones? —preguntó el capitán sin poder evitar un tinte de desesperación en la voz.

—Es complicado. Que los eones sepan lo que está pasando no significa que hagan algo al respecto. Los condenados no sabemos lo que ellos saben, solo nos mueven y ordenan una acción. Ni siquiera somos conscientes de la repercusión de nuestros actos. Somos solo piezas de ajedrez en un tablero inmenso y no tenemos perspectiva. Si nos envían a Tollan, iremos ciegos y mataremos o moriremos sin rechistar. Ayer por la mañana, el Turco y yo te dejamos aquí y fuimos a reunirnos con los demás. —Hizo una pausa para mirar alrededor; no quería que nadie escuchase lo que estaba a punto de decir—. Cuando saltamos a Palermo, nos encontramos con un ejército. Habían matado al Romano y casi se cargan al resto. Aquello era una carnicería. Tiñeron de sangre un olivar entero hasta tal punto —dijo agarrando del brazo al capitán— que no se veía ni una hoja de color verde. Para los eones es solo un juego, y Hell ha violado las reglas. Atacarán Tollan y teñirán de rojo los lagos si les presentan batalla.

—Tenemos que decírselo al Consejo de ancianos.

—Inténtalo... Seguramente te maten ellos mismos. —El capitán negó en silencio. Sabía que el Mestizo tenía razón—. He estado pensando en ello y creo que solo tenemos una opción.

El guardia Blue le dedicó una sonrisa torcida y una mirada expectante.

—Las minas... Tenemos que evacuar la ciudad lentamente y sin llamar la atención a través de las minas.

—No hay salida por el otro lado —respondió el Blue.

—Los condenados de tierra tienen poder suficiente para abrir una brecha en la montaña.

El capitán no supo qué pensar. Ningún tolteca (ni siquiera Ketzal) tenía tanto poder. Podían provocar un fuerte temblor, pero eso solo les echaría la montaña encima.

—¿Conoces a alguien capaz de hacer eso? —preguntó incrédulo.

Sheteck tuvo un fugaz recuerdo de la única torre que sabía a ciencia cierta que podía hacer algo así. Aún sentía sus colmillos en el brazo.

—Talos puede hacerlo.

—¿El lobo? Venga, hombre, no me... —Se contuvo antes de soltar el taco, pero quedó flotando en la mente de ambos sin remedio—. ¡No puedes poner la vida de toda la tribu en manos de un animal!

—Lo sé... —respondió Sheteck—. Pero, de momento, no se me ocurre nada mejor.

CAPÍTULO XIX

Sorpresa

Islote de Kium-Zu (Mar de China)

Lee cruzó el sendero sin mirar atrás. Estaba rendido, drogado y tan triste como para no mirar ni dónde pisaba. Su pantalón, además de ser la única prenda que le quedaba, estaba maltrecho y empapado. Entró directamente por la cocina de su casa, abrió la nevera y se calzó un litro de leche desnatada sin respirar; con suerte rebajaría el efecto de las toxinas en su torrente sanguíneo.

Estaba apurando el cartón cuando el anillo de Shen mandó una vibración leve. Se giró sorprendido y se encontró con el cañón de un rifle de asalto delante de la nariz.

—¡Levante las manos! —le gritaron en inglés. Lee giró ligeramente la cara fingiendo no entender el idioma. Necesitaba un par de segundos para procesar la amenaza.

El que sujetaba ese rifle venía vestido de camuflaje, llevaba un casco de esos supermodernos con cámara, infrarrojos, visión nocturna y la de dios, rodilleras, muñequeras, chaleco, granadas cegadoras, botes de humo... Y no venía solo, qué va. Dos más le flanqueaban la escalera y otro más le cubría el culo apuntando al pobre Lee por encima de su hombro.

Casi se le cae el cartón de leche de la impresión.

Tardaron más o menos cuatro segundos en obligarle a girarse, estamparle contra la nevera y anudarle las muñecas con una cinta de plástico mientras Lee les miraba sin creérselo. Les dejó hacer intentando parecer más asustado que sorprendido.

—Hemos encontrado a un chaval, pero el resto de la casa está vacía —susurró uno de ellos.

El oído de Lee captó la respuesta dentro de los cascos de sus visitantes inesperados.

—Ok, subidle al salón.

Instintivamente, Lee rastreó el techo de la cocina. Había un hombre más armado hasta los dientes y otro individuo con una radio en la mano que solo llevaba un revólver del treinta y ocho a la cintura.

Creyeron obligarle a subir las escaleras en contra de su voluntad, luego le llevaron al centro del salón, le sentaron en una silla y le apresaron los antebrazos al respaldo con dos cintas más de plástico barato, mientras él se obligaba a no hacerlas saltar con un estornudo involuntario.

A sus ojos, todo aquello resultaba muy interesante. Esos hombres se movían con la confianza del que nunca se ha llevado una somanta de palos a manos de un condenado. No podían siquiera imaginar el lío en el que estaban metidos. Y en el estado en que se encontraba Lee, resultaba una situación muy cómica. Por suerte, la droga ya no le nublabá del todo el juicio. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas del salón y se reflejaba en la enorme pantalla del televisor prácticamente delante de sus narices, obligándole a entrecerrar un poco los ojos por la resaca.

El hombre del treinta y ocho cogió otra silla del comedor y se sentó delante de él. Llevaba una camisa blanca de esas que llevan los militares con el traje de paisano, con un cuello almidonado y tiras abotonadas para los galones sobre los hombros, un pantalón del mismo estilo y zapatos made in USA. Lucía unas gafas de sol pasadísimas de moda y un reloj suizo que parecía de oro. Cada poro de su piel llevaba el sello de la CIA. Lee bajó el rostro conteniendo una carcajada mientras calculaba las distancias entre los hombres del equipo táctico, que se habían situado en las entradas y en los marcos de las puertas. Tan solo uno se había quedado a su espalda, convencido de que un muchacho como Lee no representaba amenaza alguna.

—Ni hao... —dijo el hombre del treinta y ocho en perfecto mandarín mientras se desabotonaba los puños de la camisa—. Le ruego que disculpe esta forma de llamar a la puerta, pero se trata de un asunto urgente.

Lee se esforzó en levantar las cejas y parecer más sorprendido aún.

—Usted dirá —le respondió en inglés.

Aquel hombre estiró el brazo y recogió una carpeta verde de plástico de la mesa del comedor. La abrió, cruzó las piernas y se puso a leer mientras hablaba.

—Por lo que sabemos, aquí vive Lee Kwang, hermano del fallecido Ryu Kwang. ¿Es correcto?

Lee tan solo asintió.

—¿Dónde está el señor Lee?

—Lo tiene usted delante —respondió este mientras estiraba las piernas divertido y cruzaba los pies descalzos. Ya casi se le habían secado los pantalones—. Y ahora que sabe quién soy, o eso cree... —hizo una pausa sonriendo y prosiguió—, ¿le importaría decirme a quién debo el honor de esta visita?

Aquel hombre abrió mucho los ojos sorprendido, luego parpadeó y afiló la mirada mientras giraba el rostro un cuarto con un golpe seco.

—Vaya... —respondió—. Pues la verdad es que no. Aquí las preguntas las hago yo.

—No me diga —respondió Lee poniéndose serio.

Aquel extraño hizo un gesto y le pusieron una bolsa de plástico alrededor de la cabeza. En el primer momento, Lee tan solo frunció el ceño. Le había cogido completamente por sorpresa. ¡No había visto ni la bolsa! Luego sopesó la posibilidad de soltarse y poner punto final a aquella pantomima, pero seguramente resultaría más fácil ver de qué iba aquella historia si les dejaba preguntar, así que fingió ahogarse un poquito conteniendo una vez más las ganas de reír. Cuando el soldado le quitó la bolsa de la cabeza, se lo encontró sonriendo, pero pareció que interpretaron mal el gesto de su cara porque solo le dieron un pescozón antes de que el extraño le pusiese una foto de Marc vestido de militar delante de la nariz.

—¿Conoce a este hombre?

«Así que era eso... —pensó Lee—. El maldito Fénix, otra vez...».

—Pues sí —respondió, y volvió a girar la cara sonriendo—. Está muerto, que yo sepa.

A lo que aquel hombre respondió enseñándole otra fotografía en la que se veía a Ryu y a Marc caminando en fila de a uno.

—Sí, igual que su hermano, pero al parecer los muertos a su alrededor resucitan, señor Lee.

—No lo sabe usted bien —respondió Lee divertido mientras volvía a estirar las piernas y a cruzar los pies.

El extraño se cabreó muchísimo. Hizo un gesto apremiante al soldado de la bolsita y se la volvieron a colocar en la cabeza.

Lee ya estaba harto de aquel juego. Lo que buscaba ese hombre eran respuestas que él no le podía dar, ¿o sí? La verdad era que ya estaba muy harto

de las intrigas del Fénix, de sus cambios de chaqueta y de su influencia sobre Shen.

Dejó de respirar. Durante los primeros treinta segundos, el soldado no sabía qué pensar, trató de apretarle más la bolsa, pero el cuello de Lee era más duro que sus dedos. Así que cuando pasó el primer minuto sin que la bolsa se moviera, se la quitó de la cabeza asustado, y lo que se encontró fue a Lee sonriendo una vez más, sin que esta vez hubiese forma alguna de malinterpretarlo. El soldado examinó la bolsa en busca de algún agujero, pero al no encontrarlo se quedó mirando a su jefe sin saber qué decir. No tuvo que hacerlo, Lee se le adelantó.

—Mire, señor —puntualizó la palabra «señor», ofendido porque aquel extraño no se hubiese presentado—. Entra usted en mi casa sin llamar a la puerta, ni siquiera se presenta, y pretende darme el mismo trato que a los lerdos con los que suele tratar la CIA, sin tener siquiera en cuenta la posibilidad de estar cometiendo un error. En este caso, un error grave. Pretende sonsacarme información sobre un hombre muerto, dejándome claro, por sus métodos, que le importa bien poco mi integridad. Si quiere respuestas, tendrá que cambiar notablemente de actitud.

El extraño se quedó mudo. La palabra «sorprendido» se quedaba corta. Miraba a Lee entre confuso, furioso e impresionado sin saber con qué sentimiento quedarse. Balbuceó algo sin sentido y Lee perdió la paciencia.

Durante los quince segundos siguientes las cosas cambiaron bastante. Lee se levantó mandando aquellas cintas de plástico al cuerno y le sacudió un codazo en la mandíbula al soldadito de la bolsa de plástico prácticamente en el mismo movimiento. Después giró sobre sí mismo como un bailarín para acortar las distancias con los dos soldados que franqueaban la puerta de la terraza y los tumbó de una patada, a los dos con la misma para ahorrar tiempo. Luego cargó el agua y tiró del soldado que vigilaba la escalera de la cocina, que no tuvo tiempo ni de parpadear. Saltó sobre él empujando su cuerpo hacia la puerta principal, donde los dos soldados que quedaban empezaban a levantar las armas en su dirección. Le dejó inconsciente al pie de la escalera de un golpe en la nuca y a los otros dos también, según tocaba el suelo, de un guantazo a cada uno.

El último en caer solo mentó a Dios en un susurro antes de perder el sentido al rebotar contra el suelo. Luego se giró hacia el extraño, que ya se había sacado el

revólver de la cintura. Tenía los ojos tan abiertos que Lee creyó que podía ver parte de su alma tras él.

Ambos se miraron, aunque el hombre del treinta y ocho no paraba de ojear los cuerpos inconscientes de sus hombres sin comprender siquiera qué narices había pasado allí.

—Ahora —dijo Lee condescendiente—, creo que aquí las preguntas las hago yo.

El extraño fijó el blanco y disparó su revólver, y Lee esquivó los primeros cuatro disparos sin la menor dificultad, lo que provocó una especie de espasmo en el rostro de aquel idiota.

—¿Se tiene que apagar el sol para que se lo crea? —dijo Lee divertido. Cruzó la distancia que les separaba a una velocidad imposible y se quedó clavado a cinco centímetros del revólver con las manos en la espalda y una sonrisa forzada en la boca.

El extraño dio un paso atrás asustado y disparó de nuevo, a lo que Lee reaccionó esquivando la trayectoria y cogiendo el revólver del tambor para bloquear el giro e impedir que disparase la última bala que le quedaba.

—Debería estarse quietecito. Podría herir sin querer a alguno de sus hombres. De inconsciente a muerto solo hay un paso, ¿sabe? —Le quitó el revólver de la mano y le golpeó en el estómago con suficiente cuidado para no romperle nada.

El extraño se dobló por la mitad y terminó sentado en uno de los sillones boqueando como un pez fuera del agua.

—Repetiremos las preguntas los dos. ¿Qué le parece? Empecemos por la mía: ¿quién es usted? —Dio un último paso en su dirección y se quedó plantado delante del extraño con las manos de nuevo a la espalda.

Aquel hombre levantó el rostro, algo más rojo de lo que cabía esperar, pero con determinación y algo que parecía tristeza en la mirada.

—Haga lo que tenga que hacer. No voy a decirle una palabra —respondió, y le dedicó a Lee una mirada larga y firme.

Lee se pasó la mano libre por el mentón sin saber bien qué pensar mientras sopesaba el revólver con la otra.

—¿Acaso cree que voy a ponerle una de sus bolsitas en la cabeza? —dijo al fin dando un par de pasos atrás y sentándose en la silla que segundos antes le habían agenciado. Luego estiró el brazo y le lanzó el revólver al regazo.

El extraño miró el revólver, luego a Lee, una vez más al revólver y otra vez a Lee con el ceño tan fruncido que parecía a punto de romperle el cráneo.

—Me llamo Ta-Mo Shei, Lee... Y esta es la isla del maestro Kium. Lleva ese nombre en memoria de un hombre sabio que decidió retirarse en esta isla en el año 911 de la era cristiana tan solo porque uno de sus discípulos se convirtió en un ladrón y un asesino. Al parecer, su intención era morir en soledad y lo antes posible, pero los dioses le regalaron más de cien años de vida. Y eso que solo se alimentaba de pescado.

El extraño le seguía mirando con la misma cara que pondría al ver a un gorila pilotando un avión.

—Levanté esta casa con mis propias manos, junto a mi hermano. —Esquivó la fecha de la construcción y siguió hablando—. Usted vive inmerso en su película de espías, ve terroristas y traficantes por todas partes... Pero me pregunto a cuántos terroristas, traficantes o espías ha visto hacer lo que he hecho yo hace un momento. —Hizo una pausa sonriendo y señalando alrededor con el dedo—. Y me refiero en la vida real, claro, no en una película de James Bond.

Por un segundo, aquel hombre dio un vistazo rápido al salón de la casa. Sus hombres estaban en el suelo, no sabía si vivos o muertos, y ni siquiera sabía cómo había pasado algo así.

—¿Acaso ve muchos espías capaces de esquivar una bala? —El extraño negó lentamente con la cabeza—. Bien —respondió Lee—. Ya que no me quiere decir su nombre, al menos dígame qué es lo que cree usted que le ha pasado a Marc.

Aquel hombre sopesó la pregunta mirando el revólver que brillaba a la luz del sol en su regazo y respondió:

—Me llamo John Russell. —Lee le devolvió una sonrisa y asintió con suavidad—. Estoy aquí buscando a uno de mis hombres al que, o bien han convencido para desertar, o han obligado a hacerlo de algún modo.

—Conociendo a Marc, supongo que está usted convencido de lo segundo, ¿verdad?

—Ambas opciones son inaceptables.

Lee cruzó las piernas y se palpó el pantalón, que ya estaba seco. Dejó a su mente vagar unos segundos para ver si las drogas aún le nublaban el juicio, pero al parecer ya habían dejado de hacerle ver colores sin sentido. Fijó de nuevo su atención en aquel hombre. Sin duda, estaba asustado, pero lo disimulaba muy bien.

—Pues el caso es que Marc murió sirviendo a su país.

—¡Y una mierda! —respondió Russell—. Esas fotografías son posteriores a su supuesta defunción.

Lee asintió mientras pensaba cómo salir de aquella situación sin tener que matar a todos aquellos hombres, sin revelar más que lo necesario y, de paso, solucionar aquel asunto antes de que alguien se plantase delante de Marc con un rifle de asalto.

—Coja su arma, por favor... —dijo al fin.

El coronel le miró sin comprender.

—¿Tiene buena puntería? —Russell cogió su revólver y asintió levemente—. Bien, dispáreme... Aquí —dijo Lee señalándose una diana en el pecho.

El coronel abrió el tambor del revólver y se sorprendió un poco al ver la bala que quedaba sin la marca del percutor. Puso el dedo sobre ella y dejó caer el resto de los cartuchos al suelo, que rebotaron en la alfombra de lana lanzando destellos plateados. Cerró de nuevo el tambor y amartilló el arma.

—¿Qué es lo que quiere demostrar? ¿Que tiene alguna clase de don innato para esquivar balas?

—No tengo intención de esquivar esta bala, señor Russell —respondió Lee—. Y cuanto antes dispare, antes podrá explicarle dónde está su hombre.

Al coronel se le tensó la mandíbula. Nada de aquello tenía sentido, pero sus hombres estaban en el suelo y el hombre que les había eliminado estaba pidiéndole que le disparase en el pecho, así que apuntó el arma y disparó.

La bala acertó a Lee en el pectoral derecho, se abrió paso hasta el pulmón y salió por su espalda abriendo un boquete de medio palmo y reventando dos de los travesaños de la silla en la que estaba sentado.

Lee contuvo la respiración concentrándose para que el sistema nervioso no tuviese tiempo de percibir el impacto. Y la energía de Shen hizo el resto ante la atónita mirada de un coronel de la CIA.

Cuando Lee abrió de nuevo los ojos, aquel hombre le miraba con la boca abierta. Ni siquiera había bajado el brazo; seguía apuntando a su pecho sin atreverse a parpadear.

—Proyectiles de cabeza hueca. ¿No estaban prohibidos para el ejército?

Russell no respondió, se dejó caer en el sofá con cara de espanto y tiró el revólver al suelo.

—Como le estaba diciendo antes de este pequeño inciso, su hombre murió sirviendo a su país durante las navidades del año pasado en Shanghái. De eso no le quepa la menor duda. —Russell cerró la boca por fin—. No obstante —prosiguió Lee—, existe la posibilidad de que se haya convertido en algo que usted no está en disposición de entender ni yo en disposición de explicar. Solo hay una cosa peor que malgastar su vida intentando encontrar a alguien como yo, señor Russell, y es conseguir encontrarlo.

El coronel se quedó callado. Simplemente, no tenía palabras para salir de aquella espiral de locos. Había visto la herida mientras se cerraba, había visto a la bala llenar de astillas el aire...

—Le cuento todo esto —continuó diciendo el condenado— porque usted es solo un hombre, y nadie le creerá si insiste en defender lo que ha visto. Le degradarán y terminará sus días en un psiquiátrico.

—Mis hombres llevan cámaras en el casco.

—Sí, ya lo he tenido en cuenta. Lo único que han grabado es cómo les derribaba, y nadie va a sacar nada en claro. Si se fija, verá que ninguno de ellos ha caído con el casco orientado hacia aquí. —Russell volvió a mirarle, sorprendido—. Oh, sí, soy capaz de eso y de algunas cosas más que está a punto de ver. Pero antes de que me vaya, quiero que recuerde algo importante: mi jefe es... —buscó la palabra exacta— un pacifista, por decirlo de algún modo. No me permitiría matarle salvo por accidente, ni a usted ni a sus hombres. Pero el nuevo jefe de Marc no dudará en matar a todo aquel que se cruce en su camino. —Dejó unos segundos para que aquello quedase bien grabado en la memoria del coronel—. Si no quiere perder más hombres, invéntese lo que quiera, pero déjelo en paz. Por el bien de todos.

Russell se pasó la mano por cara y asintió en silencio. Ya le habían contado más de lo que quería escuchar.

—Espero que le haya quedado claro. Por desgracia, esta casa ya no es segura para mí, si ustedes están aquí; alguien en el gobierno chino ya estará haciendo preguntas, y tras la muerte de mi hermano no me queda nada aquí que merezca la pena mi atención. Creo que ha llegado la hora de cambiar de aires. —En ese momento, Lee se dio cuenta de que todo aquello le estaba saliendo de dentro. Aquella casa solo atesoraba recuerdos dolorosos, no era más que una tumba vieja en un jardín—. Le recomiendo que espabile a sus hombres y salgan de aquí lo más deprisa que puedan; hay alerta de tsunami... —El coronel volvió a

fruncir el ceño extrañado. Había comprobado el parte meteorológico concienzudamente y tanto el cielo como el mar estaban totalmente en calma—. Créame, soy un lince para estas cosas —dijo Lee sonriendo—. Adiós, señor Russell, ha sido un placer conocerle —concluyó Lee señalando hacia el soldado de la bolsita.

El coronel se puso en pie y negó un par de veces con la cabeza sin saber por dónde empezar. Al final, recogió el revólver y volvió a enfundarlo en su cintura. No sin esfuerzo, consiguió despertar a los soldados, que tan solo obedecieron la orden de salir hacia el helicóptero, que estaba posado junto al de Lee en el helipuerto. Solo el experto en bolsitas vio a Lee sentado en la silla con los ojos cerrados. En el informe quedaría escrito más tarde que había sido abatido por el coronel John Russell después de haber derrotado, él solito, a todo un comando de los Shields.

Lee permaneció en silencio meditando sobre aquella situación. «Las casualidades no existen» era lo primero que aprendía un condenado. Si aquellos hombres estaban allí era porque algún eón estaba jugando esa partida. Le querían bloqueado; el ataque en Bangkok, el mocosito asesino... Zelt... Snake... Todo formaba parte de una jugada maestra. Estaban atacando a la Alianza y él había pasado medio ataque bajo los efectos del opio.

En cuanto escuchó elevarse al helicóptero, se puso en pie y cargó el agua con todas sus fuerzas. El mar obedeció a su llamada y el agua comenzó a alejarse de la isla, absorbida por la corriente submarina. A quince kilómetros de allí, bajo el agua, un torbellino interior ganaba velocidad mientras los peces huían de él como podían. Cuando alcanzó su punto álgido, se elevó sobre la superficie y se extendió con violencia levantando una ola de quince metros de altura que se lanzó, rompiendo todas las normas de la física, en una sola dirección.

Desde el helicóptero, el coronel vio cómo aquella ola se levantaba de la nada. Ordenó al piloto que se quedase unos minutos sobrevolando la zona; tenía que ver aquello, tenía que terminar de convencerse de que era real. Unos segundos antes de que aquel tsunami sin sentido llegase al islote del maestro Kium, una explosión hundió las estructuras. El agua solo terminó de borrarlas de la faz de la tierra. De la misma forma en que surgió, aquella ola desapareció segundos después de superar la isla. Tan solo se veían los restos del hangar y una cicatriz de tierra negra. Nadie sostendría que, minutos antes, aquello había sido una pista de aterrizaje.

Los soldados observaban sin comprender, intercambiando miradas ceñudas y labios torcidos mientras el coronel comenzaba a inventar la versión oficial de aquella misión. Ordenaría a su agente en Ibiza que olvidase todas las órdenes que había recibido. Marc estaba, oficial y extraoficialmente... muerto.

CAPÍTULO XX

Bajo los puños del Tuerto

Sede de los hijos de Licos (Montecarlo)

Alter se agenció un par de cuchillos de la cocina de Licos y entró en una especie de trance asesino. Sabía de sobra que ningún condenado podía canalizar toda la energía de un eón como Astarte sin terminar literalmente deshecho. Primero fundiría los tendones y los ligamentos, después los cartílagos y la piel y, por último, los huesos. Una torre podía atacar con toda esa energía, pero solo durante unos minutos; dos, tres, y con mucha habilidad incluso cuatro minutos. Después tardaría al menos dos días en regenerarse. Pero toda esa energía a la vez... Astarte cumpliría su palabra. Había llegado la hora de morir... Y por los dioses que lo estaba deseando.

Los primeros en caer fueron los que se habían quedado en la terraza, algunos despedazados por el tornado, que tiraba de sus cuerpos hacia sí para después descuartizarlos. Estaba cargado de piedras, azulejos y tejas de la casa. Y seguía creciendo, alimentándose de la arena de la playa, de árboles, de arbustos e incluso de trozos de los vehículos que habían aparcado en las inmediaciones del edificio. El ojo del huracán oscilaba con violencia manteniendo la casa en su centro; de vez en cuando la rozaba, arrancaba algunas piedras y algunos cristales y volvía a alejarse de ella, como si Astarte disfrutase devorándola a pequeños bocados.

Otros encontraron la muerte bajo el filo de dos simples cuchillos de cocina sin estrenar que Alter manejaba con la pericia de un chef de película de terror. La cacofonía de alaridos y el grito incesante de aquel inmenso tornado devoraban cualquier otro sonido.

Fuera de la finca, los guardias observaban aquel fenómeno sin dar crédito mientras trataban de contactar con los servicios de emergencia de la ciudad sin conseguirlo. El tornado se había comido las torres de alta tensión y la mayoría de los postes de la línea telefónica. Y para cuando uno de los guardias consiguió

contactar con la ciudad con el teléfono móvil, una de aquellas torres de alta tensión regresó desde el interior del tornado y aplastó la caseta de seguridad con ellos dentro.

Scyros no tardó mucho en reaccionar, arrancó de cuajo la puerta del ascensor y miró hacia arriba. Tenía que subir allí.

—Te cazaré si saltas por el sendero, y si intentas subir por el hueco lo sabrá y te echará toda la casa encima —pronosticó Star mientras recogía una de sus pistolas del suelo.

La casa temblaba cada vez más fuerte y la vitrina no soportó el primer temblor. El suelo estaba lleno de libros, revólveres y balas de diverso pelaje.

—No voy a dejar que se cargue a todo el mundo. El muy cabrón está permitiendo que marquen el sendero. ¡La Alianza responde a la llamada sin imaginar dónde se están metiendo! —gruñó el Gigante mientras buscaba una forma de arrancar el techo del ascensor.

—¿No puedes subir por la piedra? —preguntó Silvie, que permanecía junto a Luna sin saber qué hacer.

—Me vería... Cualquier intento de hacerme con energía llamaría su atención sobre mí. Tengo que subir sin que me vea.

—Está rastreando la casa, Scyros —dijo Star negando con la cabeza—. No te dejará subir hasta que a él le interese.

El Gigante se giró, furioso.

—¡Tiene que haber una forma de parar esto! —Miró a Luna buscando alguna respuesta en su rostro. Pero la Albina le devolvió una mirada ceñuda. Luego cabeceó un poco y suspiró sonoramente. Llevaba un rato intentando rascarle un átomo de energía a Astarte, pero no había nada que hacer. Ni siquiera el opuesto de Alter, el fuego, estaba al alcance.

La casa dio una sacudida tremenda, los cimientos vibraron y la vitrina terminó de hacerse pedazos.

Star se cagó en algo y dejó de intentar colocar las pistolas en su sitio, después se sentó sobre la mesa con los brazos cruzados delante del pecho y se quedó mirando a Scyros.

—Yo creo que puedo ayudar —dijo Silvie. Lo hizo con la voz baja y la mirada perdida entre las pistolas del suelo—. Puedo hacer que solo me vea a mí durante al menos cinco minutos.

Todos se quedaron callados y Silvie levantó la mirada un tanto asustada. Hablar con torres siempre le terminaba trayendo algún disgusto; o no la tomaban en serio o directamente la ignoraban. Curiosamente, al levantar la mirada se encontró con tres sonrisas y seis ojos abiertos de par en par.

—¿Has dicho cinco minutos? —preguntó Scyros.

—Sí... —respondió Silvie mordiéndose el labio inferior con nerviosismo.

—Bien... Me sobran cuatro.

Aquel día se recordaría después como «La noche del muerto», aunque el ataque se produjo al amanecer. Los cuchillos de cocina de Alter se cobraron la vida de doce peones, veintiocho alfiles y once torres de la Alianza. Sachiell salió del juego cuando su única torre, Amadeo, fue descuartizada entre los restos de los rosales. Le siguieron Anael, Anthiles, Azura, Sénea, Lizadel y Crehia.

Todos acudían a la llamada de la Alianza, todos recibieron el aviso; una vibración fuerte y prolongada en sus anillos les anunciaba que algo malo estaba pasando en la villa de Licos. Pero la mayoría no pensó ni por asomo que las Potestades estuviesen atacando frontalmente a la Alianza.

Los más confiados llegaron saltando por el sendero y Alter dio cuenta de sus manos antes de que supiesen siquiera qué les había pasado. Los más listos tomaron forma lejos de la casa, pero en su afán de ayudar intentaban cruzar el tornado. Los más fuertes consiguieron hacerlo y enfrentarse al Muerto, pero sin energía que utilizar en su contra resultó imposible pararle los pies, y uno a uno abandonaron el mundo de los vivos.

Alter parecía un ángel exterminador con su melena rubia arremolinándose a su espalda. Sus ojos cargados con la energía de Astarte ya no percibían la realidad física, tan solo los contornos energéticos del sendero astral; a su alrededor, todo eran luces y sombras. Abajo podía distinguir la luz de Licos y a sus tres hijos apiñados alrededor de Scyros. Antes de agotar su energía, les tiraría toda la casa encima. Eran hijos de la tierra, así que no conseguiría matarlos, pero les retrasaría. El Fénix no iba a recibir ayuda alguna de la Alianza, y para cuando Scyros saliese de allí no le pensaba dejar una sola pieza que «gobernar».

«El respeto no se impone —pensó Alter mientras por su mente vagaban las mil y una ocasiones en que había visto al Tuerto abusar de su posición—. Se gana, maldito hijo de perra... Se gana».

La Alianza había dejado de lanzar sus piezas contra Astarte. Aunque lentos, los eones ya habían conseguido comprender lo que estaba pasando. No mandarían más condenados. El tiempo se agotaba, y Alter se deshacía. Lanzó un pequeño suspiro y miró a su alrededor. Los muros estaban tan destrozados como él, y el huracán devoraba el mundo con presteza, como si supiese que su hora de terror llegaba a su fin. El suelo estaba decorado con los trozos de sus enemigos, como si Dios hubiese destrozado a golpes su bonito juego de ajedrez.

Lo primero que escuchó fue una serie de arañazos metálicos, como si alguien estuviese rasgando metal. Miró de nuevo hacia abajo, pero todo seguía igual. Los hijos de Licos seguían rodeando a Scyros como si solo fuesen uno, asustados al verse atrapados, contemplando la muerte en la distancia sin saber qué hacer. Después escuchó un golpe seco que le recordó a una de las lanzas comprimidas de Scyros. Pero el Tuerto seguía allí, inmóvil.

Para cuando quiso girarse con la intención de comprobar si algún nuevo visitante se había hecho con una de esas lanzas, la punta de una de ellas le atravesó de lado a lado, le dejó a Astarte un bonito agujero en el estómago que cerró y se clavó en la pared dos metros más allá de Alter.

El shock le hizo perder la concentración medio segundo, pero el Tuerto no necesitaba más. Cuando intentó hacerse con la tensión elemental se encontró con Scyros, que le miraba desde la otra punta del salón tan furioso que parecía no tener un cuello sobre el que sostener la cabeza. Estaba cubierto de polvo y de grasa tras su escalada por el hueco del ascensor. Consiguió cargar suficiente energía como para compensar a Alter, pero no como para pararle en seco. Tendrían que luchar.

—No sé cómo habéis conseguido engañarme —dijo Alter sonriendo—, pero me alegro. Llevo tres mil años deseando partirme la crisma. Astarte casi me mata cuando te rompí la mayoría de los huesos en las Pitiusas.

Scyros tan solo dio un par de pasos al frente y apretó los puños. Estaba rabioso. Lo único que deseaba era arrancarle una pierna y golpearle con ella hasta que no quedase un solo contorno humano en su cuerpo. El olor a sangre le apremiaba, y el caos a su alrededor solo le exigía una cosa: hacerle sentir dolor. Un dolor frío y afilado como un punzón de hielo, como una oda a la violencia. Lo necesitaba... En algún lugar de su subconsciente, la lógica intentaba gritar, hacerle ver que atacarle sin pensar era de locos. Pero loco estaba.

Se abalanzó sobre él forzando toda su carga de viento mientras transformaba su piel en piedra. Dirigió toda esa energía en un punto de cohesión, justo durante el impacto, pero cuando asestó el golpe, Alter ya no estaba allí. Por suerte, su parte animal recordó su enfrentamiento en Ibiza, se giró y terminó de descargar el golpe en el mismo sitio donde lo hizo la última vez. Y Alter se llevó un puñetazo que lo estampó contra el muro de contención después de atravesar tres tabiques de ladrillo. Por otro lado, le devolvió toda la energía de viento que había perdido y el control total del tornado a sus espaldas.

—Eres idiota... —dijo tosiendo mientras la energía de Astarte le regeneraba los pulmones destrozados.

Después le siguió una risa enferma como la de un hombre devorado por la tuberculosis. El Príncipe del viento se estaba quedando sin torre que regenerar, sus músculos ya no tenían contorno y sus órganos estaban tan secos como sus huesos.

—Eres completamente idiota —continuó diciendo—. Para una sola posibilidad que tenías de salir de esta con vida, la pierdes, como a cada uno de los seres que has querido. —Scyros tan solo dio un par de pasos más en su dirección; no quería escucharle más allá de oír sus gritos—. Ahora lo veo todo claro, Tuerto, veo la verdad de mi existencia. Cada segundo de dolor tiene la lógica que yo siempre le había buscado. Y ¿sabes una cosa, bestia estúpida? —Scyros se detuvo un segundo sin saber muy bien por qué—. Crees que las Potestades son demonios... cuando los únicos demonios aquí somos nosotros.

Scyros se lanzó a la carrera y Alter cargó toda la energía que le quedaba, tensó los brazos y apretó los cuchillos con fuerza. Aquel idiota venía a por una muerte que merecía más que el aire que respiraba. Tres segundos, dos..., uno. Y el filo de una espada plateada le cortó por la mitad. Sorprendido, intentó mirar a su alrededor mientras caía. Luna le observaba más allá de sus violáceos ojos con tanta pena en el corazón que le hizo sonreír.

Star caminaba nervioso por la habitación mientras las paredes vibraban con fuerza, y Silvie no paraba de mirar al techo mientras se tatuaba los dientes en los labios.

—Se nos va a caer encima —dijo con un nudo en la garganta.

—No te preocupes, yo te protegeré —respondió Star.

—Supongo que estás de broma —respondió ella. Era un alfil, y Star un simple caballero. En caso de que alguien pudiese proteger a alguien sería al contrario,

¿no?

—¿Dominas la tierra? —preguntó Star, a lo que ella tan solo negó con la cabeza.

—Ok, entonces estás bajo mi protección, ¿no crees? —concluyó el Marshal sonriendo.

—Oh, sí, mi «caballero» salvador —dijo ella con la sonrisa torcida y los ojos entrecerrados, mitad en broma mitad en serio, pues no imaginaba nada peor para un inmortal que quedar atrapado... bajo tierra.

Scyros cayó sobre el cuerpo de Alter como un buitre poseído y comenzó a darle puñetazos con una violencia salvaje. Uno y otro y otro más, como si cada uno de sus pecados pudiese limpiarse con sangre. Mientras, Luna daba un paso atrás, asustada.

Los segundos siguientes fueron eternos. El huracán se distorsionó soltando un inmenso alarido, perdió el contorno y se deshizo lanzando todo lo que había devorado a su alrededor. Las paredes se vinieron abajo, la biblioteca, las habitaciones del primer piso, y todo su contenido se desplomó sobre ellos. Y aun así, Scyros siguió golpeando a Alter mientras el techo caía sobre él, mientras el mundo se hundía a su alrededor; siguió y siguió, cubierto de su sangre hasta el codo, arrancando trozos de su ser en cada envite, hasta que su puño hizo pedazos el mármol del suelo. Solo entonces pareció respirar. Se hinchó en toda su envergadura y le dedicó un grito de furia a aquel resto fugaz de su cadáver.

Luna se había cubierto con la piel de piedra, consiguió arrastrarse hacia atrás para alejarse de Scyros todo lo que pudo y terminó con la espalda apoyada en los restos del muro sobre el que se había estampado Alter, un par de metros alejada de él. Los cascotes no le hicieron daño alguno, tan solo sentía miedo. No miedo a Alter ni a Astarte ni al mismo Scyros..., solo miedo a esa inmensa violencia, esa masa de furia y determinación completamente fuera de control.

Scyros levantó la cara y la miró. Tan solo un ojo, uno solo... Pero aquella mirada atravesó su alma.

—Y tú... —dijo señalándola—. ¿A dónde coño crees que vas? —Luna le miró sin comprender.

—¿Sabes de sobra que han ido a por el maldito Fénix! ¿Qué ibas a hacer, eh? ¿Ibas a salir de aquí perdiendo el culo para ayudar al Romano?

Luna dudó. La respuesta a esa pregunta era «sí», lógicamente. Por un lado estaba el compromiso de la Alianza de cara al Fénix, y por otro su vínculo con el

Romano. Si tenía la oportunidad, le ayudaría. Pero Scyros la miraba de una forma que dejaba claro que no atendería a una lógica que no fuese la suya. Era como un alcohólico buscando una excusa para perder los papeles.

Asintió; mejor no intentar negar lo evidente. Tan solo levantó los hombros e hizo un gesto con la cabeza como queriendo decir «Sí, ¿y qué?». A lo que Scyros reaccionó saltando sobre ella.

—No me pienso quedar aquí —susurró Silvie sin dejar de mirar el techo.

Star no sabía bien qué pensar y mucho menos qué hacer. Scyros había dejado claras las órdenes: Luna subiría cuando la energía de Alter se quebrase, y ellos dos se quedarían allí quietecitos. Incluso pudo presentir en su media mirada que la vida de Silvie era más importante de lo normal cuando le ordenó protegerla, textualmente, con su propia vida.

—Scyros no se toma bien que se le desobedezca —respondió. Pero en ese momento el suelo tembló y una maraña de escombros se les vino encima por el hueco del ascensor.

—¿Qué hay en la planta de encima? —preguntó Silvie al borde de un ataque de nervios.

—El garaje...

—¿Y tiene salida a la calle?

—Claro.

Silvie hinchó los pulmones cagándose en algo en francés antiguo mientras caían más cascotes, libros y utensilios de cocina sin estrenar.

—Pues ya le dices que me riña luego —dijo al tiempo que comenzaba a trepar por el hueco del ascensor.

Star tragó saliva y la siguió sin saber si había o no necesidad de contarle a Silvie lo que Scyros consideraba una bronca.

Luna esquivó los tres primeros golpes del Tuerto con facilidad, pero el cuarto le acertó de lleno. Tentada de preguntar si se había vuelto loco, lo confirmó en cuanto Scyros empezó a tirar de elementales. A Luna se le erizó el pelo cuando vio al Griego tirar de la energía del entorno con la misma violencia que Alter.

Apretó el mango de la espada y se puso en pie dispuesta a hacerle frente.

—¿Creías que toleraría tu desobediencia una vez más? —gritaba furibundo mientras cargaba la tierra en todo su ser, rodeaba su cuerpo con un escudo de viento y tensaba la vibración del agua.

Las pocas tuberías que aún conservaban presión reventaron, y el mar cercano se quedó en calma a la espera de sus órdenes. Luna cargó el único elemento que podía utilizar, el fuego, y se dispuso a luchar por su vida.

—¡Licos no ha ordenado que vayas a ayudarlo! ¿Crees que el guardián de la Alianza arriesgaría un simple peón por una Potestad? ¡¡¡SON EL MALDITO ENEMIGO!!! ¡¡¡Te lo he dicho cien veces!!! Desde el primer día que me hablaste de él. ¡¡¡Cien veces!!! —Saltó hacia ella y le descargó un golpe de viento con todas sus fuerzas.

Luna lo detuvo a medias usando el filo plano de su espada, pero eso no evitó que se le rompiesen las muñecas y que su cuerpo terminase atravesando otro de los muros solitarios que aún permanecían en pie. Mantuvo la consciencia por bien poco, mientras intentaba decidir si merecía la pena intentar un contraataque. A nivel de combate resultaría viable; un golpe de fuego bien dirigido y en manos de alguien tan hábil como Luna podría matar a Scyros. Pero si fallaba el golpe... Además, era el primogénito de su señor, y sin duda alguna Licos le estaba friendo desde el anillo, pero parar a una bestia de ese tamaño...

—Y luego está esa chorrada de no hablar —La cogió del cuello y la levantó en el aire hasta tenerla delante de su ojo bueno—. ¿¡Acaso crees que te puedes traumatizar como si fueses una persona normal!? ¿QUÉ PASA? ¿Que no viste la cabeza de la puta de tu madre cuando se la cortaste? —le gritó en plena cara—. ¿O es que aquello se te ha olvidado? ¿¡Y LA DEL BASTARDO DE TU HERMANASTRO TAMBIÉN!? —La sacudió en el aire y le cruzó la cara. Por suerte lo hizo con poca fuerza, la furia parecía estar empezando a remitir y Luna se dio cuenta.

En cierto modo dio gracias al cielo y dejó que la carga de fuego se disipase. Si se enfrentaba a él, estaba perdida. Tan solo cerró los ojos y soltó la espada. Todo parecía estar calmándose, el huracán era ya solo un mal recuerdo e incluso el mar parecía estar recuperando el oleaje. Entonces se escuchó la voz de Star al otro lado de la imponente figura de Scyros:

—¡Basta ya! ¡Suéltala, Scyros!

Luna abrió los ojos de golpe, asustada. En el rostro del Gigante pudo verse claramente el regreso de la tensión. Su mandíbula se contrajo, incluso su pelo pareció erizarse hacia atrás como si en lugar de rizos fuesen serpientes nerviosas. La soltó como si fuese un muñeco del que se había cansado.

—¡No me digas! ¿Y con qué autoridad me ordenas tú a mí algo, vaquero? —Se giró hacia él cargando el viento, y antes de que Star tuviese tiempo a parpadear ya le había calzado un golpe en el estómago que lo elevó medio metro del suelo.

Luego, sin medir el ataque, descargó sobre él la tensión del agua que aún conservaba. La telequinesis generada por cada partícula de agua en el interior de Star lo lanzó contra la zona de la cocina, llevándose por delante los dos muros que quedaban en pie. Se sacudió las manos como si acabase de terminar una obra de albañilería y se giró de nuevo hacia Luna.

—A ver, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, lo de que no te sale del coño hablar. Vale —dijo como si hablase para sí—. Pues vamos a solucionar esa chorrada ahora mismo... ¡PORQUE ESTOY HASTA LOS COJONES DE TENER QUE ENTENDERTE POR GESTOS! ¿ESTAMOS?

Luna sintió cómo el miedo le trepaba una vez más a la garganta. Por un momento, pudo recordar el infierno helado que le quitó la voz, el instante en que comprendió que una palabra suya le había costado la vida a René y a sus hijos...

—¡HABLA! —gritó el Tuerto cargando elementales de nuevo.

La tierra se sacudió con violencia bajo los pies de Luna mientras el parche de Scyros parecía refulgir y sus ojos volvían a transformarse con la luz verdosa de Licos.

—¡HABLA O TE JURO QUE TE ARRANCO LAS DOS PIERNAS! —Empezó a caminar hacia ella, ganando velocidad a cada paso, mientras Luna negaba, aterrorizada, con la cabeza.

—¡Te he dicho que ya basta! —dijo de nuevo Star, que se mantenía en pie con una mano en las costillas y la otra en la pistolera.

Estaba herido de gravedad, pero la energía de Licos hacía su trabajo a buen ritmo reparando las fracturas. Por suerte no había perdido la consciencia. Sabía de sobra que no tenía absolutamente nada que hacer contra el Tuerto, pero no podía consentir que la única en recibir fuese Luna. Tal vez el simple hecho de tener que atizarles a los dos le haría calmarse antes. No sabía si sería así, pero era lo único que podía hacer.

En esta ocasión, el Tuerto ni siquiera le miró. Llegó hasta Luna, la cogió otra vez del cuello y la levantó una vez más hasta su altura.

—¡HABLA TE DIGO! —Se escuchó un disparo, y Scyros tan solo se movió hacia un lado sujetando a Luna del cuello como si fuese un pelele. Se acercó el rostro

de la Albina hasta tener sus ojos a cinco centímetros de los suyos. La bala se perdió en el espacio sin ni siquiera rozarle—. Habla... O parto a ese cabrón por la mitad—sentenció el Tuerto girando levemente la cara en dirección a Star.

Luna tan solo temblaba. No sabía qué hacer, intentaba hablar, pero aquel nudo le quemaba la garganta.

Scyros la lanzó hacia atrás y se giró hacia Star, que le esperaba apoyado en los restos de una columna a unos diez metros con más miedo en los ojos que la Albina. Cogió la espada de Luna del suelo y comenzó a caminar hacia él haciendo girar la hoja.

Star lo vio venir como se ve venir el paso del tiempo, el ocaso o la tormenta. No tenía nada que esgrimir ante él, no tenía poder suficiente ni para plantarle cara a su sombra ni bala capaz de acertarle. Aun así, haciendo acopio de valor, levantó el revólver y le disparó las cinco balas que le quedaban. Y el Gigante las detuvo sin esfuerzo con el filo de la espada, como si fuesen solo cinco insultos sin gracia.

Para cuando el Tuerto llegó a su altura ya había perdido el valor y la esperanza. Dejó caer el revólver y cerró los ojos.

—¡NO! ¡POR FAVOR, NO! —gritó Luna, y el Gigante se detuvo en seco—. Por favor... Por favor... Lo siento... —dijo sollozando mientras caía de rodillas a su espalda.

La voz de la Albina sacudió algo en su interior, como si el tictac de su reloj se pusiese en marcha de nuevo, tal vez porque llevaba una eternidad sin escuchar aquella voz, tal vez por su simple belleza natural.

Star abrió de nuevo los ojos; solo había escuchado la voz de Luna en una ocasión, en la carlinga de aquel caza japonés. «Es hermosa —pensó de nuevo—, tan dulce que podría embellecer la mentira más sucia».

El Tuerto soltó la espada y se giró de nuevo hacia ella. Y segundo a segundo, sus pulmones se vaciaron. La ira salía de él como el agua de una presa. Parecía estar hundiéndose en el suelo, atravesando los escombros para echar raíces en la tierra.

Los rayos del sol naciente ya superaban las macetas partidas del mirador rozando el rostro del Tuerto y llenaban de líneas rectas pintadas de amarillo y oro el polvo suspendido en el aire. Fue un instante de paz que se extendió como el sonido de una campanada.

—Ya te dije que era una chorrada —dijo Scyros, ya en un tono normal—. Alexias te la habría arrancado a hostias hace años.

La Albina solo dejó caer la vista al suelo para después desplomarse sobre los escombros.

—Y tú... —dijo señalando a Star, que dio medio paso atrás, asustado—. ¡Te ordené proteger a Silvie, te dije que te quedaras quietecito! No vuelvas a meterte en una pelea entre tus mayores. Solo sirves para berrear como un niño malcriado.

Star asintió. Uno de sus testículos seguía sin querer bajar de la garganta y no se atrevía ni a respirar.

—Ponlo todo a funcionar —dijo señalando alrededor—. Y después reuníos conmigo en el Templo de los Eones.

No dijo más y saltó al sendero. Su onda de salida levantó una nueva nube de polvo teñida de sol, y Star soltó todo el aire que retenía.

—Joder con tu jefe... —susurró Silvie, que se había quedado algunos metros por detrás de aquella escena—. ¿Siempre es así?

El Marshal negó con la cabeza y suspiró dando gracias a Dios. Si Scyros fuese así todos los días, preferiría lidiar con Satanás en el infierno, en caso de que existiese Satanás o algún infierno mejor que el que había... bajo los puños del Tuerto.

CAPÍTULO XXI

Noche de paz

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas)

Ya estaba bien entrada la noche cuando Aris se dio cuenta de que algo había cambiado. La presión que había estado sintiendo en la parte posterior de la cabeza cedió notablemente, y el frío que devoraba su piel desapareció como si Hell se hubiese ido para no volver. Pero aún era capaz de percibir su presencia, allí, en un rincón de su mente.

Al principio intentó no alterar su conducta, como si ella estuviese dormida en su interior y tuviese miedo a despertarla. Incluso bajó el tono de la voz. Ordenó en susurros a la guardia Blue que le llevaran algo de comer y salió a la terraza. El frescor de la selva le dio la bienvenida en la oscuridad, y Aris de nuevo se sintió humano. Caminó por el mirador como un hombre normal. Incluso antes de la llegada de Hell, él siempre había caminado por el mundo como un depredador, con la presencia de un príncipe entre los hombres, con la soberbia del que se considera hijo de un dios.

Pero esa noche no. Esa noche caminaba como un hombre hijo de un hombre, y no paraba de repetirse a sí mismo lo inmensamente idiota que había sido. Observó el mundo a sus pies de una forma diferente, respiró el aire cargado del olor de la tierra húmeda y dio gracias por cada uno de los olores que era capaz de percibir. Rompió el ayuno que había estado sosteniendo los tres últimos días dando cuenta de un tazón de cereales, leche de cabra, nata montada y fresas, que siempre habían sido su plato favorito. Lo saboreó tan despacio que sintió cada poro de su piel ácida y rugosa en la punta de la lengua.

Más tarde se descubrió intentando escuchar los pensamientos de Hell, como si la echase de menos. Se lo negó a sí mismo con vehemencia, pero no tardó en volver a asomarse por aquella pequeña rendija de su mente. Tal vez ella se había ido, tal vez el castigo que le imponía por haber destruido su cuerpo había terminado.

«El que busca, halla», susurró Hell, divertida, y en la mente de Aris se sintió alegre y cariñosa, como una vieja amiga al otro lado de una línea de teléfono.

Aris tragó saliva sujetándose, asustado, a su tazón de cereales.

«Tranquilo —le dijo—, no voy a estropear una noche tan bonita. Come, vive...».

«¿Qué ha pasado?», preguntó Aris casi arrepintiéndose de preguntar al mismo tiempo. Hell se dilató en responder, como si fuese humana y estuviese buscando las palabras apropiadas.

«Mi hijo ha liberado su alma. Al fin».

Aris se metió otra cucharada de fresas con leche en la boca y masticó despacio sin saber bien qué decir. La calma que inundaba a Hell resultaba más palpable que el sabor de las frutas, pero también se le antojaba inestable, como si toda Hell fuese una hoja a punto de caerse de un árbol.

«Han liberado a tu hijo...».

«Sí».

«¿Te irás ahora?». Aris no pudo evitar que una pizca de ilusión despuntara en su mente, aunque, de alguna manera, ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

«Aún no puedo hacerlo, Aris. Tengo que pagar tu deuda y la mía».

Aris asintió en silencio. Le vino a la memoria el día en que Sheteck se había presentado ante él para darle la localización de la tumba de Hell en Francia. Recordó su conversación: «¿Eres consciente de lo que vamos a desencadenar? Es la primera vez que hacemos algo como esto. Es un ataque en toda regla y sabes de sobra cuál será la reacción de la Alianza».

Parecía que habían pasado siglos desde que tomó aquel camino, no días... No, jamás días. Se sentía como si Hell le hubiese llevado de la mano hacia las puertas del infierno y con los dedos enredados con los suyos le hubiese obligado a abrir la puerta. Pero sabía de sobra que había sido él quien la había abierto, fue él quien la empujó en aquella tumba y quien ignoró cada mensaje de aviso, cada grabado en la piedra, cada maldición.

«Se acerca el final, ¿verdad?», preguntó susurrando antes de meterse una nueva cucharada en la boca.

«Vaya... Así que por fin preguntas sin prejuizar ni anticipar la respuesta». Su voz y la risa que siguió a continuación resultaron tan cálidas y alegres que incluso Aris sonrió.

«Cuando los niños de mi tribu —contó el chamán a media voz— llegan a la pubertad y creen tener todas las respuestas, pasan por un ritual de purificación. Se les liman los incisivos con la piedra del dolor como castigo anticipado al sufrimiento que ellos provocarán a la tribu durante los años sucesivos para que, después de recibir cada lección de la vida, comprendan el dolor que han causado a los demás hasta llegar allí. El día en que me tocó el turno a mí, mi padre lloró en su trono. De alguna forma, él sabía el daño que yo haría. Sabía que todo acabaría deshecho en mis manos».

Hell no dijo nada, tan solo pareció acariciar la frente de Aris desde algún lugar de la realidad. El chamán bajó la vista al suelo, engulló una nueva cucharada de fresas y suspiró.

«Hay muchas cosas que no entiendes, Aris. Nosotros somos maestros. Es la única verdad real en esta farsa».

«¿Farsa?».

«El bien y el mal, Aris, la luz y la oscuridad, lo correcto y lo incorrecto... Son como las respuestas de un examen, son la única razón en sí mismas. Vosotros creáis las preguntas y nosotros las respondemos. Queréis dar forma al bien y nos obligáis a acotar sus formas, así que los Tronos crean la luz, y las Potestades la rodean de oscuridad para que podáis verla».

Aris levantó la mirada al cielo, donde las estrellas destacaban en el marco oscuro del firmamento.

«Exacto —dijo Hell—. Ahí lo tienes. El Creador dándote a gritos la respuesta desde que el hombre es hombre, desde que el polvo se posó por primera vez sobre la tierra. Eso es lo que somos, Aris, la guía que te lleva a la verdad. Has matado a miles de hombres, has tenido tiempo de sobra en una vida cien veces más larga que la del resto de los mortales, y aun así no entendiste nada hasta este instante. Has servido a los fines de Astarte como un títere, como un peón más en nuestro juego».

Aris dejó caer la vista al suelo. Aquello sonaba fatal, pero era cierto, tan cierto como que aquellas estrellas existían. Había sido la ira, el afán de poder, cada una de las decisiones de su vida le habían empujado a las garras de Astarte, a las de Hell... A las del Fénix. Hizo trampas, empujó a su hermano al destierro y a su cuñada a las minas; a Sheteck y a toda su tribu a una guerra sin sentido, y a su propia hija a la muerte...

«El Fénix vendrá a cobrarse su deuda, ¿verdad?».

«De eso puedes estar seguro».

CAPÍTULO XXII

Seguro

Tokio (Japón)

«Lleva a Marc a un lugar seguro». Seguro es el vientre de una madre, seguros son el ancla en la tormenta y el fin del mundo. Pero si Joy había aprendido algo como ninja de Azuma era que no había un solo lugar al que poder considerar «seguro». Así que se llevó a Marc al único sitio al que podía llamar «hogar», el único sitio que había fortificado con más esmero que la torre de Mellias de Syracuse.

La casa estaba construida sobre un edificio de apartamentos de sesenta y cuatro plantas en el centro de Tokio, y el número de personas que podían ver aquella casa desde arriba se contaban con los dedos. No era el ático, sino que estaba construida encima del edificio. El único acceso a esa casa era una escalera de servicio que la conectaba con la última planta, cerrada con dos puertas de acero de veinte centímetros de grosor y con un dispositivo de seguridad que permitía poder encerrar al intruso entre ambas puertas.

Sobre aquella inmensa torre de acero, una pequeña casa de madera de tan solo doscientos metros cuadrados y un jardín, que parecían haber sido arrancados del Japón feudal por un esnob y plantados sobre aquella mole de metal y cristales tintados.

La casa en sí era sencilla, con tres habitaciones decoradas con distintos colores y ambientes: una para el viejo Mell, que ni siquiera llegó a estrenarla, con una cama negra a ras de suelo de esas que te dejan sin tobillos en la oscuridad, especialmente pensada para hacer maldecir al Romano, que no consideraba cama a nada que no flotase sobre cuatro patas a más de medio metro del suelo; luego la de Joy, una habitación de madera limpia con tan solo una estera y un pedestal con una espada y un cuchillo de nombres Tanto y Katana, ambas armas hijas del mejor fabricante de espadas del Japón feudal: Masamune, también conocido como Goro Nyudo.

Masamune ya era una leyenda cuando Joyko nació, aunque llevaba muerto más de cien años. En aquella época, jamás habría imaginado que guardaría la espada de un samurái fabricada por un samurái para una familia de samuráis..., la familia de Hirosi. A pesar de la enorme calidad de esa espada, Joyko la conservaba únicamente como recuerdo del hombre por el que dio la vida. En combate, un ninja usaba la ninjatō, la espada de filo recto y hoja tiznada, puesto que para ellos se trataba solo de una herramienta tan prescindible como una suriken. Nunca verías a un ninja desandar el camino para recuperar su espada ni poner su vida en peligro por conservarla. Dotarla de nombre y concederle cierto cariño solo podía significar un problema para alguien que tenía que desaparecer mientras se daba la alarma.

La tercera habitación de la casa de Joy estaba dispuesta para los invitados, con tres camas pequeñas, un tocador y un armario de madera de fresno casi tan antiguo como la Katana de Masamune y tan hermoso como ella. Labrado por las manos de su madre, era el único objeto que conservaba de su vida antes de renacer. Lo había cuidado como su único tesoro y lo había puesto en aquella habitación para honrar a sus invitados, aunque ninguno de ellos llegase a imaginar nunca hasta qué punto aquel armario era importante para ella. Por otro lado, solo Luna había estado allí alguna vez, y nadie más conocía la ubicación de esa casa.

El cuarto de baño, eso sí, era titánico. Ocupaba media casa y tenía una pared entera de cristal con vistas al jardín, que contaba con dos pequeños lagos conectados por un riachuelo y una fuente en cascada que parecía hecha de madera.

Y por último, el «pequeño» vestidor..., una obra de ingeniería capaz de volver loco a cualquiera. Cubría toda la pared trasera del edificio de lado a lado; unos sesenta metros cuadrados de armario cuajados de ropa de todos los colores, zapatos de tacón como para enterrar a un elefante y una hilera de cajones que parecía una muralla. En cierto modo lo era; toda esa pared daba al vacío y, por si acaso, estaba forrada de acero y de ladrillos de carbono. El resto de la casa daba aspecto de normalidad, pero cuando Marc entró en el baño no dudó en comprobar el WC por curiosidad, como le había dicho el Romano.

Joy no había dicho una palabra desde su llegada, tan solo señaló el interior de la casa, se sirvió un vaso grande del whisky más viejo que encontró y se sentó en

una especie de pedrusco negro en el jardín mientras Marc ojeaba la casa por su cuenta.

Aquel silencio se había instalado allí y no parecía tener intención de largarse, así que Marc ocupó el tiempo curioseando. Empezó por un inocente cajón del cuarto de baño y fue cayendo en espiral hasta terminar perdido en el interior del vestidor.

Para alguien como él era fácil sacar perfiles de personalidad de todas aquellas cosas. Pequeñas cajitas de colores, pañuelos de seda, vestidos de noche, zapatos de infarto y fotografías repartidas aquí y allí; la mayoría eran fotos de personas que miraban al fotógrafo, y Joy no salía por ningún lado.

En conjunto, daba la sensación de ser la casa de un penitente, de alguien solitario acostumbrado al devenir de los días sin demasiados amigos.

Cuando consiguió escapar del armario, salió al jardín y se quedó apoyado a unos cinco metros de Joy en el marco de la puerta. Las vistas resultaban inverosímiles. El jardín recortaba las formas de un almendro sobre las luces infinitas de la ciudad de Tokio, pero a su vez resultaba tan impactante que, de mirarlo, el tiempo se consumía. Llevaría más de diez minutos contemplando aquella escena cuando Joy habló:

—Hace cinco años que levantaron aquella carretera —dijo señalando al horizonte, donde una especie de autopista se elevaba sobre el terreno serpenteando entre los edificios—. Jamás creí que pudiesen hacer algo así. He visto a esta ciudad crecer durante dos siglos y cada día parece más hermosa que el anterior. —Hizo una pausa para mirar a Marc con una sonrisa torcida y luego tocó aquel pedrusco a su lado haciendo un gesto para pedirle a Marc que se acercase. El chico se sentó a su lado y la estrechó con calma contra su costado.

—Me mudé aquí hace más de treinta años, pero nunca miro la ciudad. Solo llego, me aseo, me cambio de ropa y salto a donde quiera que el Fénix me envíe, siempre mirando hacia el interior de la casa, siempre mirando hacia mi propio ombligo. ¿Sabes por qué?

Marc tan solo negó con la cabeza y le acarició el pelo.

—Nací en un pueblo pequeño al pie de un bosque de álamos. Mi casa era más pequeña que el armario en el que has estado curioseando, y vivíamos cinco personas en ella. El mundo a mi alrededor estaba lleno de cosas sencillas, armas, ropa de algodón y platos de loza. Lo único que me preguntaba cada noche era cuál sería mi siguiente objetivo. —Hizo una pausa y devolvió la vista a

la ciudad—. Pero cuando veo esto... —negó con la cabeza— me doy cuenta de que el tiempo no perdona, de que cada avance de la humanidad deja más a la vista mi condición. —Suspiró.

—Somos demonios, Marc. —Soltó una pequeña carcajada triste y temblorosa al borde del llanto—. El Romano me daría dos guantazos si me escuchase decir esto, pero es la verdad, o al menos es mi verdad. Todos los condenados están convencidos de que vivimos matando y luchando por el bien de esta gente. —Hizo un gesto con la cara como queriendo besar a la ciudad, que despuntaba luces parpadeantes y letreros de neón por todas partes—. Pero yo no lo creo... Creo que seguimos viviendo hasta aprender nuestra propia lección, y que cuando al fin lo hacemos, los eones cambian las piezas, como si desde un principio esa hubiese sido su intención. Somos shinobi, hombres sin alma. La tenemos hipotecada a cambio de disponer del tiempo que necesitamos para saber por qué morimos, y cuando al fin lo sabemos, nos vamos.

Desvió la mirada hacia los ojos de Marc, y él le devolvió una sonrisa divertida.

—No sé si me he enterado de algo —dijo el chico con la mirada perdida entre el rostro de Joy y la ciudad—. Espero que no me lo tengas en cuenta. La filosofía no es mi fuerte.

Ella soltó otro par de pequeñas carcajadas y enterró una vez más la cabeza en su axila. Se estaba tan a gusto allí metida que desearía caber entera.

—No importa... —respondió—. Tiempo al tiempo.

—¿Puedo preguntarte algo? Es una duda que tengo desde hace mucho tiempo, pero seguramente solo sea una tontería.

—Dime —respondió ella con curiosidad en la mirada.

—Tus ojos... Me dijo Sheteck que te preguntase por su color. Ya sé que fue cosa de Hiroshima, pero no comprendo por qué. ¿No se supone que el Fénix puede curarlo todo con el tiempo?

—¿No te gustan? —preguntó ella divertida, poniendo gesto de pena y afilando la mirada.

—No, no, no, no. ¡Me encantan! La turquesa es mi piedra favorita. Es solo una duda tonta, nada más.

—De tonta nada, Marc —dijo ella recuperando el tinte de melancolía en la voz—. Estuve siete días intentando evitar la masacre. Lo probé todo. Primero intenté convencer a los responsables militares de la ciudad, pero me tomaron por loca, y luego intenté impresionarles para que me creyeran y se pensaron

que era un ente sobrenatural, lo que hizo que les tomasen por locos a ellos. Maté a once hombres intentando que el pánico hiciese por mí lo que no conseguían las palabras, y tan solo logré sacar de la ciudad a cinco mil personas. El último día, cuando la bomba estalló, yo llevaba a una niña en los brazos, el fuego me la arrancó de las manos y sus cenizas me quemaron los ojos.

Marc silbó suavemente.

—Hay heridas que el Fénix no puede curar —dijo al fin y enterró de nuevo el rostro en su pecho— porque no tienen cura.

CAPÍTULO XXIII

Bombones y rosas.

*Piso franco de Tarik
Filadelfia (EE. UU.)*

Tarik entró en Filadelfia a una distancia prudencial del piso de Baal. Concretamente formó su cuerpo en la terraza del piso de enfrente, donde vivía aquella chica aficionada al nudismo y a las batas de franela. Ella no estaba en casa, su gato dio un bufido y se metió en el interior de la vivienda maldiciendo al Turco, que casi suelta la espada al ver el estado de la suya en el otro edificio. Estaba todo quemado. Por algún motivo, era lo mínimo que se esperaba. Conociendo a Baal, lo extraño era que el resto del edificio siguiese en pie. Tan solo había quemado el ático.

Puesto que estaba medio desnudo, se arriesgó a entrar en la casa de su vecina y buscar algo de ropa por los armarios. Nunca había visto a ningún hombre allí enfrente, pero al parecer sí que vivía uno. Por desgracia, la única ropa que le servía era un chándal elástico que le quedaba como un tiro de escopeta. Se lo puso intentando no asustar más al gato de lo que ya estaba y saltó al piso de enfrente.

El ático estaba completamente calcinado y podía verse claramente que el origen del fuego había sido el estuche de su violín. Ahogó un quejido y reprimió las ganas de echarse a llorar mientras maldecía en su interior. Baal no era vengativo, ningún eón lo era, pero sí le gustaba mandar mensajes claros, y aquel era conciso. No tendría acceso a nada que perteneciese a Baal.

Resopló furioso. Tendría que colarse en algún centro comercial y robar algo de ropa. No había podido hablar con Joy sobre los recursos del Fénix ni le hacía gracia alguna tener que hacerlo.

—Hola.

Escuchó la voz de Tanis, esa voz suave y melosa que tanto le apetecía escuchar. Se giró hacia ella con una inmensa sonrisa en los labios. De haber alguien en

todo el maldito mundo a quien querría ver sería ella. Pero lo que se encontró le borró la sonrisa de la cara.

Tanis estaba de pie en mitad del salón con los ojos cargados con sus tres elementos, el látigo en la mano izquierda y su pistola de cartuchos en la derecha.

Hoy en día, los látigos han dejado de ser considerados un arma; como mucho, se ve alguno en manos de un domador de leones, y rara vez es de más de una cola bífida.

El látigo de Tanis daba miedo nada más verlo. Con cinco metros de largo y tres colas rematadas en anzuelos de acero más afilados que una cuchilla de afeitar, podía arrancar varios dedos de un golpe. Y si tenías mala suerte, podía darte en cualquier otro sitio y hacerte ver las estrellas. Además, manejado por una torre, aquel látigo podía dejarte inconsciente de un solo golpe. Y la pistola disparaba postas de escopeta. Era como una recortada de repetición. Si superabas la distancia de seguridad del látigo, te encontrabas con ese trasto capaz de arrancarte la cabeza de cuajo a metro y medio.

Tarik sintió como si algo más afilado que una espada le estuviese sacando una loncha de corazón del pecho. En su mente, creyó entender la situación: Tiuz y Baal se llevaban lo suficientemente bien como para que el Divino aceptase el encargo de quitar a Tarik de en medio. El Turco cogió aire intentando contener el dolor en algo que se tornó tan similar a un puchero infantil que hizo que Tanis parpadeara incrédula.

—No... —susurró Tarik para luego dejar caer la espada al suelo con un estruendo entre el polvo de la ceniza—. ¡NO!

Comenzó a caminar hacia Tanis maldiciendo en griego antiguo, lo que hizo que la sacerdotisa diese un paso atrás.

—¡¡NO PELARÉ CONTIGO!! ¿ME OYES? —gritó Tarik mientras avanzaba hacia ella—. NO, NO Y NO... SE ACABÓ ESTA MIERDA DE JUEGO.

Llegó hasta los restos de una mesa calcinada que aún parecía poder mantenerse en pie y colocó la mano derecha sobre ella dejando bien a la vista el anillo del Fénix a poco más de un metro de Tanis, que le miraba con los ojos cargados de energía, inexpresivos, inmensos.

—¡¡SI TIUZ QUIERE MI CABEZA, QUE SE LA QUEDE!!!

Ella parecía descolocada, miraba a la mesa y después a Tarik, pero la carga de energía impedía ver su expresión, incluso parecía estar encogiéndose

ligeramente de hombros.

—Yo... —dijo Tarik vencido mientras se dejaba caer lentamente de rodillas con la mano aún al alcance de Tanis. Ni siquiera la miraba directamente, le estaba regalando a Tiuz una victoria limpia y rápida— quemaría el mundo entero, lucharía con el mismo diablo... Pero no lucharé contigo.

—¿Por qué? —preguntó Tanis, como si la respuesta no tuviese la más mínima importancia.

—Porque te quiero... —Tarik giró ligeramente la cara para ver la reacción de Tanis, pero la carga de energía seguía ocultando su expresión y era tan solo un contorno borroso entre la luz que desprendían sus ojos. Llevaba un chaleco ajustado de esos con más bolsillos de los que merecía la pena contar y unos pantalones cortos a juego con las botas color camel. Parecía estar a punto de salir de safari, lástima que el león que tenía que cazar era Tarik—. Te he querido desde la primera vez que vi el maldito color de tus ojos, desde la primera vez que te escuché pronunciar mi nombre, desde la primera vez que te escuché suspirar. —De nuevo dejó caer la vista al suelo, conmocionado por sus propias palabras. Se sentía estúpido y a la vez liberado, como si hubiese estado cargando el peso del mundo sobre sus hombros como el mítico Atlas y en aquel pequeño arrebató lo hubiese mandado a la mierda con todos sus miedos dentro. Le resultó tan patético y liberador, tan sentido e irrisorio a la vez, que soltó media carcajada y siguió hablando.

—Te quiero desde hace tanto tiempo que preferiría no tener que recordarlo. Te he mantenido lejos de mí por miedo a Baal, y ahora que ya soy libre me encuentro sirviendo al único eón lo suficientemente loco como para cabrear a todas las Potestades. Ahora que podría luchar por ti, el juego me convierte en tu enemigo. Esta mierda es cruel —dijo recordando a Forrest—. Lo siento, pero no puedo jugar más.

Dejó caer la cabeza hasta tocar el pecho con la barbilla. El pelo se le escurrió a ambos lados de la cabeza formando una preciosa capucha negra y brillante. Después, golpeó suavemente con el anillo de su mano en la mesa para llamar la atención de Tanis sobre él.

—Adelante... No tengo más que decir.

—Es un farol... —dijo Tanis divertida.

La verdad es que no se lo podía creer. Había saltado a la casa de Tarik cuando le llegó la noticia de que el edificio había salido ardiendo. Su única intención era

salvar el violín del Turco, ya que sabía que él estaba peleando por el Fénix en Palermo. Tiuz era un eón muy especial que tan solo jugaba para sus fines, y después del resultado de la encerrona en Ibiza decidió retirar su única torre a la espera de la sucesión de los acontecimientos. Ni quería la cabeza de Tarik ni le importaba lo más mínimo el enroque a favor del Fénix.

Cuando Tanis llegó al edificio ya no quedaba ni la sombra del violín. Estaba dando un vistazo para ver si se había salvado algo cuando sintió la llegada de una torre de fuego. Lógicamente, cargó elementos por si acaso. No estaba allí de caza, y lo último que se esperaba encontrar era a Tarik vestido con un chándal que le quedaba pequeño, descalzo y recitando todo aquello a la carrera. Inicialmente pensó que aquello tenía que ser una broma, pero luego recordó que el Fénix dormía en el interior de Marc, por lo que el anillo del Turco no enviaría señales. ¿Realmente Tarik pensaba que ella estaba allí... para matarle?

Recortó la distancia hasta la mesa con cuidado. Aunque había soltado aquella espada y parecía estar desarmado y sin elemento alguno en carga, aquel hombre era uno de los condenados más peligrosos del mundo. Tal vez aquello era un alarde, una broma o una trampa para atacarla.

—Es un farol. No me creo que te dejases matar, y mucho menos por mí.

Tarik levantó de nuevo la vista. Tanis le miraba sonriendo mientras su carga de energía se deshacía tras sus ojos de ámbar. No supo qué pensar ni qué decir. Segundo a segundo se empezaba a dar cuenta de la situación real y empezó a sentir algo en la boca del estómago muy parecido a la vergüenza, que le estaba levantando ganas de reír y de llorar al mismo tiempo.

—Pues lo haría... —dijo al fin asintiendo mientras apretaba los puños.

Tanis le cogió del pelo y le obligó a mirarla de frente. Sus ojos acariciaban todo su rostro como si no supiese por dónde empezar a besar primero, luego se centraron en los suyos y le besó fuerte y profundo apretando tanto sus labios que dejó de sentirlo todo. Ni la vergüenza, ni la tensión en el estómago, ni la ceniza en las rodillas, ni la mesa calcinada, tan solo aquellos labios cálidos y aquella lengua urgente.

¿A quién le importa cuánto duró aquel beso? Qué más da un único rayo que toda una maldita tormenta... Cuando acabó, lo hizo con la suavidad de un susurro. Y Tarik intentó ocultar su vergüenza con la mirada perdida en las cenizas del suelo.

—Tarik —le dijo Tanis—, yo no soy una esclava. Si Tiuz me hubiese pedido tu cabeza, me habría negado a luchar contigo.

El Turco asintió sin levantar la vista. Se sentía tan estúpido que no se atrevía ni a respirar.

—Vine a intentar salvar tu violín, pero me temo que no ha quedado nada sano. Bueno, tan solo el espejo —dijo Tanis. Luego levantó la mirada hacia el espejo del salón y dio un paso atrás, asustada.

Baal disfrutaba del espectáculo más allá de la superficie del espejo. Negro, como la noche más oscura, con el blanco de aquellos ojos cristalinos tintados del rojo oscuro de la sangre. Su contorno se contraía y dilataba como si su silueta estuviese hecha de tinta viva y humo, palpando los límites de la realidad tras el cristal.

Tarik sintió su presencia en cuanto escuchó la palabra «espejo», y casi sin saber por qué encaró a Baal cubriendo a Tanis con el brazo.

Baal tan solo esculpió una sonrisa en su rostro de cristal y carbón.

—Veo que has tenido un día muy productivo..., hijo mío —dijo el eón bromeando. Y aunque su tono siempre cortaba la piel, parecía estar de buen humor—. Mantuviste a salvo al peón del enemigo y ahora te enfrentas al amor una vez más.

Tarik levantó un poco la barbilla entre asustado y firme, fortalecido por el sabor de un simple beso.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó. Habría deseado correr sin mirar atrás antes que quedarse allí a escuchar la respuesta. Pero el miedo y el respeto que le habían mantenido atado a aquel ser durante más de dos milenios eran tan fuertes, tan profundos, que se quedó allí con los labios apretados y la mirada asustada.

—Estás en mi casa, Tarik. Por favor, muestra un poco de respeto.

Tarik miró a su alrededor. Aquello era una verdad más grande que una catedral. Aquella era su casa, y Baal no toleraba las faltas de respeto. Si le daba por cruzar de plano, los convertiría a los dos en ceniza casi sin querer.

—Lo siento... —dijo Tarik asimilando poco a poco su situación—. Es solo que...

—No es necesario, Tarik, lo sé... Tu ser no tiene secretos para mí. No temas, no voy a hacerte daño... Al menos, de momento.

El Turco miró a Tanis de reojo y por un segundo sintió pánico por ella.

—Ni tampoco voy a atacar a una hija de Tiuz, por favor, chrestos (bendito). Esto resulta infantil —dijo Baal entre lo que sonó como un millar de carcajadas sin dueño tan retorcidas y malévolas que le pusieron los pelos de punta.

En dos mil años le había escuchado reír en contadas ocasiones y siempre habían precedido a una masacre, así que dio un pequeño paso al frente para separarse de Tanis y lentamente clavó la rodilla derecha en el suelo delante de aquel espejo.

—No pretendía faltarte al respeto, Baal. Como bien has dicho, hoy he tenido un día muy largo. Tal vez no he estado acertado.

—Bueno... —respondió Baal divertido—. La verdad es que te han faltado algunas rosas y una caja de bombones.

Por un segundo se hizo un silencio incómodo y tan solo se percibían las finas carcajadas de Baal, que recorrían el suelo y las paredes entremezcladas unas con otras en un tapiz vibrante que levantaba las cenizas del suelo.

—Pues la verdad es que sí —dijo Tanis sonriendo a sus espaldas. Y por un momento Tarik dudó si echarse a reír, pero la presencia de Baal no se prestaba a esa clase de bromas. Era como intentar invitar a un helado a Lucifer; simplemente, no cuadraba.

—He venido a traerte un regalo por todos los años que me has servido —dijo el eón acariciando el marco del espejo desde el interior, como queriendo dejar claro a Tarik que podría cruzar en cualquier momento. Sus largos dedos terminaban en puntas alargadas y brillantes capaces de provocar tanto dolor como los anzuelos del látigo de Tanis.

De un gesto, un violín apareció en las manos de Baal. Era pequeño y negro como el de Tarik, pero brillaba como si estuviese hecho de cristal negro. Lo sopesó un segundo en su mano etérea y lo lanzó a través del espejo.

Tarik lo cogió al vuelo mirándolo como si fuese una bomba a punto de estallar.

—Sé que no lo entiendes. Te pasaste a mi enemigo antes de comprender mi naturaleza, por lo que siempre temerás mi mano. Eres incapaz de comprender que la sangre que derramaste en vida tiene un valor que debes pagar. Y la sangre se paga con sangre.

Tarik se quedó sin palabras. En su mano, aquel violín brillaba reflejando la luz como si esta intentase huir de él. Pero había algo más: aquel violín era el suyo. Lo giró buscando el sello en el pasamanos y allí estaba grabado su nombre, Victoria, brillando al sol como si fuese un diamante oscuro.

—¿Cómo dijiste? «Mi música es como yo..., oscura y sobrenatural» —siseó Baal divertido—. No te equivoques, chrestossss, es un regalo egoísta. Me encanta escucharte tocar. He quemado esta casa para reunir la temperatura apropiada, y ahora es un diamante negro, un material imposible para una música... Imposible.

Tarik no sabía qué pensar. Recibir un regalo de Baal le sonaba peligroso.

Baal extendió entonces su mano atravesando el espejo. Cuando su ser tocó el mundo de los vivos, la ceniza se inflamó a su alrededor, el marco del espejo comenzó a arder y el aire se llenó de ozono.

—Regresa a mí, Tarik, por tu propio bien. Pagar tu deuda en sangre solo supone tu propio sufrimiento. Cumplir el resto de tu condena bajo el yugo de la justicia te obligará a pagar tu deuda con sangre ajena. —La voz de Baal se tornó triste y en ningún momento sonó como una amenaza ni como un intento de coacción. El Turco pudo sentir aquella petición dentro del corazón, como si Baal fuese su padre, suplicándole que regresase al infierno del hogar por su propio bien—. Él te convertirá en un azote, en un...

En ese momento, Baal vio la espada roja en el suelo. Giró todo su ser en la dirección de Hiken y desapareció del espejo. Esta se elevó en el aire y Baal reapareció a su alrededor. La sujetó en sus oscuras manos y la madera de la vaina siseó mientras la Bestia dejaba en ella la impronta de sus dedos de fuego.

La miró con interés unos segundos. Después miró a Tarik con una mirada tan humana, tan triste y sentida, que el Turco sintió un nudo en el estómago.

—Esto es lo que quiere de ti... —susurró Baal—. Me temo que pagarás tu deuda de sangre con intereses. Me pregunto cuándo empezó a planearlo. Él sabía que mi penitencia implica la soledad, y ahora sabe que no volverás a mí —señaló a Tanis— por ella.

—Ha vuelto a ganar —continuó diciendo—. Me ha sacado del juego y ha preparado el camino para cobrarse su deuda de una forma u otra. Pobre Tarik, levantarás una marea de sangre. Y yo obtendré más deuda que cobrar. —Negó con la cabeza sonriendo y dejó la espada caer de nuevo al suelo—. Pero yo no bailaré a su son, chrestos. —La voz de Baal regresó a su frialdad habitual mientras un tinte de desprecio convertía el apelativo de chrestos en un insulto velado.

Reapareció de nuevo tras el espejo, que ardía ya por completo. El aire resultaba tan difícil de respirar que ninguno de los dos lo intentó. Tanis se situó

a la derecha de Tarik, casi rozando su hombro, y le miró con una expresión muy fácil de interpretar: «Tenemos que salir de aquí». Seguramente estaba sintiendo algo en el anillo.

—Levantaré un ejército de hombres sin alma, sin nada más que hacer sobre la tierra... que darté caza.

Tarik se puso tenso y apretó el violín mientras se reñía a sí mismo por lo que estaba a punto de hacer.

—Gracias por avisar. —Lanzó el violín a través del espejo y este se perdió más allá de Baal, que levantó el rostro, sorprendido. Casi en el mismo movimiento, desenfundó la pistola de Tanis y disparó. El cristal se hizo añicos y la figura del eón se perdió entre miles de partículas de cristal sin forma—. Te estaré esperando.

Cogió a Tanis de la mano y recogió a Hiken de camino a la terraza sin dejar de correr. A su espalda, la ceniza del suelo se puso al rojo vivo y las paredes comenzaron a arder de nuevo. «En esta ocasión, no va a dejar un ladrillo en pie», pensó Tarik.

Al llegar a la terraza, abrazó a Tanis y le dijo suplicante:

—Nos vamos de aquí.

—Pero ¿de qué hablaba?

Tarik negó con urgencia y respondió:

—Si quieres, vuelve a entrar y se lo preguntas.

Ella asintió mientras miraba de reojo el interior de la casa.

—¿A dónde quieres ir? —dijo al fin.

—Llévame a algún sitio donde pueda conseguir... una caja de bombones.

CAPÍTULO XXIV

Karma

*Isla de Encuentro
Templo de los Eones*

Cuando Scyros entró al templo se encontró con Lee en la fragua de Vulcano con las manos a la espalda contemplando el sarcófago de Leo. Tan solo llevaba un pantalón negro de pinzas y parecía haberse metido en la lavadora con él puesto. Tenía el pelo revuelto y cara de no querer dar explicaciones, algo que el Tuerto tampoco tenía ganas de pedir. Aún tenía los brazos manchados de sangre hasta los codos, y puestos a dar explicaciones, él tendría mucho que contar. Así que optó por no decir una palabra, tan solo se puso al lado de Lee y perdió la vista en el rostro de Leo, que parecía estar vivo detrás del cristal de roca.

No pasaron diez segundos antes de que Lee se excusase él solo.

—Me atacaron en Bangkok. Se me fue la mano. No estaba en perfect...

—Ahórratelo, hermano —le cortó Scyros—. La Alianza está en las últimas.

Lee le miró entrecerrando aún más sus ojos orientales.

—Alter atacó mi casa con todo el poder de Astarte. Se ha llevado por delante a mucha gente.

Lee dejó caer la mirada a los brazos del Tuerto. No necesitaba preguntar de quién era esa sangre.

—¿Cuántas torres nos quedan?

—Suficientes para controlar a las Potestades, pero Hell...

El maestro esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Ya... Necesitamos al Fénix.

Scyros resopló y después dejó caer la cabeza.

—Cómo no...

—¿Crees que estaba planeado?

Lee levantó los hombros antes de responder:

—Y qué más da... Esto es un juego. Da igual quien nos dicte los pasos; nosotros solo somos las piezas. Está claro que el Fénix no ha dejado nada al azar. Cada movimiento nos empuja hacia él.

—La Alianza no consentirá que ninguno de los dos quede en pie —dijo el Tuerto dejando clara la posición de Licos sobre el Fénix.

—Esperemos que la Alianza sobreviva para seguir jugando.

Se hizo el silencio mientras Lee se acercaba a la piedra sagrada que representaba a Shen. En ella estaban grabados los nombres de todas las piezas que el Dragón había perdido en el juego. No eran muchas, tan solo dos hileras con unos cuarenta nombres cada una. La mayoría, peones y caballeros que no habían conseguido superar el primer siglo. Apoyó su mano en la fría piedra y cargó el elemento para dejar su huella por Ryu.

«Ryu, torre de Shen, sirvió fielmente a su señor hasta dejar el mundo a manos de un asesino tolteca».

—Fue Sheteck... —dijo Scyros a su lado, y Lee le miró inquisitivo—. El Fénix lo ha levantado, ahora está con él.

—Sheteck... —susurró Lee mientras dejaba caer lentamente la cabeza. Recordó el día en que Marc llegó a la isla. «Te juro que era Sheteck». Aquel día había pensado que estaba paranoico—. Otro círculo que se cierra —dijo en un suspiro.

En esta ocasión fue Scyros quien le interrogó con la mirada.

—Durante la batalla de Tollan, Ryu mató en duelo justo a un rastreador tolteca, uno de los primeros hijos de Ketxal. Se llamaba Zelkar.

CAPÍTULO XXV

Promesas

*Ciudad de Oro de Tollan (Amazonas)
Segunda guerra tolteca, año 1240 d. C.*

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —le preguntó Scyros al Romano mientras arrancaba su lanza del cadáver del primer rastreador que le había intentado dar la «bienvenida».

—El Fénix quiere ayudar. —El Tuerto le miró torciendo el gesto en una mueca, dejando bien claro que eso no se lo creía—. Y de paso asegurarse de que no se toca a los civiles.

—Aquí no hay civiles —dijo el Tuerto cargando la piedra.

—¿Ves? A eso mismo me refería —contestó el Romano desenvainando un gladio con cada mano.

A sus espaldas, la Alianza tomaba forma. Uno a uno, los eones enviaban a sus torres contra Ketxal. Le habían dado ciento noventa y cuatro años para recapacitar desde que arrasaron la vieja ciudad de piedra en México, pero Ketxal tan solo había escapado hasta la Ciudad de Oro para reorganizar sus fuerzas, y había vuelto a atacar. Había sentenciado a su pueblo en un alarde de estupidez. Sesenta y cuatro torres y ciento diecinueve alfiles tomaron forma en la playa a escasos dos kilómetros de las pirámides de oro. Se acercaba el fin de los toltecas, y lo hacía a zancadas.

—Tócame los huevos siquiera un poco, Romano —dijo Scyros encarándole—, y mando al Fénix fuera del juego. ¡Soy el guardián de la Alianza, cretino! —le gritó en la cara—. ¡No mato a inocentes ni a culpables, solo a aquellos que se interpongan entre Ketxal y yo!

—¡Son fanáticos, maldita sea. Harán un corro a su alrededor! —respondió el Romano sin amedrentarse.

—¡Entonces morirán! —sentenció Scyros—. Y tú también, si te entrometes. Este es un asunto de la Alianza; las Potestades no tenéis nada que decir.

—La justicia, sí —dijo Mell, se quitó el flequillo de la cara y asintió furioso.

El Tuerto le miró de arriba abajo pensándose muy seriamente si quitárselo de encima en ese mismo momento.

—¡Luna! —gritó dos segundos después—. ¡¡¡Mantén a tu marido lejos de mí o juro que te dejo viuda!!! ¿Estamos?

Luna llegó hasta ellos en tres zancadas, le puso a Mell la mano en el hombro y lo empujó hacia atrás.

—Mell, por favor —le susurró—. Media Alianza te quiere moler a palos. No les des motivos.

El Romano miró a su alrededor, y todo el mundo le devolvió la mirada. Estaba claro que no era lugar ni momento para un conflicto de intereses, o no duraría medio segundo contra todo aquel ejército.

—¡Por Polux, Luna! Hay niños, hay esclavos... Ellos no tienen la culpa.

—¿Y crees que no sabemos lo que hacemos?

—Él... —Señaló a Scyros con la punta del gladio. El Tuerto ya estaba preparando la ofensiva dando órdenes a todo el mundo.

—Tranquilo... Él solo hace lo que le ordenan, igual que tú.

—Claro... —respondió Mell tragando saliva—. Igual que yo...

Se miraron. Lo que estaba claro era que allí iba a morir gente inocente de todas todas, y los dos lo sabían.

—Lo siento, pero me quedo...

Luna le miró entre furiosa y divertida. Sabía de sobra que no había nada que ella pudiese decir para hacerle cambiar de idea.

—¡No te apartes de mí! Y por los dioses, ¡no te pongas delante de Scyros!

El Romano tan solo asintió sin darle demasiada importancia.

—¡Así que te apuntas! —le dijo Ryu, que acababa de reconocerle entre los presentes y se acercaba desde la playa.

—El Fénix teme por los civiles —dijo bajando los brazos, vencido. Saber que un hijo del Dragón estaba allí era un seguro de vida para muchos toltecas—. Tienes que controlarle, Ryu, por lo que más quieras.

—Esto es la Alianza de Tronos, Mell —respondió el Blanco—. No morirá nadie que no levante los puños.

—Otra vez la misma cantinela... ¡Los van a levantar!

Ryu cruzó una mirada con Luna y luego buscó la figura del Gigante entre el gentío.

—Se hará lo que se pueda, Mell. Quédate con nosotros y no levantes mucho polvo.

—¿Dónde está Lee? —preguntó Luna, a lo que Ryu respondió a media voz:

—Hemos tenido una pequeña discusión. Me temo que no va a venir. Una lástima, porque está deseoso de conocer a tu marido. Por desgracia, está totalmente en contra de esto —dijo señalando alrededor—. Y ya sabes lo terco que es. Se ha quedado con nuestro joven peón en la isla.

Cuando la Alianza empezó su avance, las pirámides de oro brillaban a la luz del amanecer y el aire estaba cargado de humedad. Mell, desanimado, caminaba junto a Luna y Ryu mientras, a su alrededor, la inminente masacre podía verse en cada rostro ceniciento.

Para cuando la ciudad reaccionó, el infierno se les vino encima.

Scyros avanzaba en línea recta hacia la gran pirámide mientras, a su lado, las piezas de la Alianza iban buscando adversarios a cada paso. Si algún iluso se cruzaba ante la lanza de Scyros terminaba pintando de sangre el suelo sin tiempo a parpadear.

La mayoría de los condenados intentaban mantener a sus adversarios con vida, jugando con ellos como si fuesen juguetes de carne y hueso. Tan solo tenían que asegurarse de que Scyros llegaba a lo alto de la escalera, y Kexal pagaría el precio de su locura.

Pero resultó que muchos de aquellos cuervos sabían pelear de verdad, y antes de iniciar el ascenso de la gran pirámide, la Alianza se encontró con los Blue.

Ryu tomó como directriz dejar cuerpos inconscientes, y ni siquiera había llevado un arma consigo. Estaba disfrutando de aquello como de un entrenamiento más, intentando minimizar cada vez más los daños que infligía. Incluso consiguió dejar a un par de cuervos inconscientes sin dejarles un solo hematoma en el cuerpo, hasta que apareció uno más grande que los demás, más fuerte que los demás y, claramente, mucho más peligroso. Entró en combate con la calma del que sabe lo que se hace, cruzó las dagas con un alfil de Ségoda y lo mandó a criar malvas de un solo golpe, así que Ryu le plantó cara al pie de uno de los lagos.

—Lo siento... —dijo Ryu cortándole el paso—, pero no puedo dejarte seguir.

El cuervo le miró con curiosidad mientras hacía girar las dagas y valoraba la amenaza. Claramente, su intención era llegar hasta Kexal. Lanzaba miradas furtivas hacia lo alto de la pirámide central mientras en su rostro se adivinaba el

miedo que sentía, miedo por su dios, por su pueblo, por sus hijos. Se lanzó a por Ryu en una maraña de golpes bien estudiados, pero no pudo herir al condenado, tan solo perder un tiempo más valioso para él que su propia vida.

Estuvieron así varios minutos, el cuervo intentando matar a Ryu y Ryu intentando dejar al cuervo fuera de juego. Y a cada golpe que se daban aumentaba el respeto del uno hacia el otro, hasta que un nuevo cuervo entró en escena, se acercó corriendo como un diablo, saltó entre ellos y asestó a Ryu un corte con timer en el brazo.

—¡Sheteck! ¡¿Qué estás haciendo aquí?! ¡Ketxal! ¡Yalia! —le gritó el cuervo al recién llegado, que parecía dudar entre rematar a Ryu y seguir su camino hasta la pirámide.

—¡Vete! Tienes que proteger a Ketxal.

Ryu controló el dolor con mucha dificultad pero manteniendo la calma lo suficiente como para no resultar un blanco fácil. Sheteck se dio la vuelta y empezó a correr de nuevo. Ryu intentó cortarle el paso, pero se encontró con el otro cuervo.

—¡Es ridículo! —le espetó—. ¡Ese hombre no es un dios! No tenéis por qué morir por él.

—Cierra la boca, engendro. Nada puedes decirme que ya no sepa —dijo el cuervo.

—Y si lo sabes, ¿por qué le defiendes?

—Porque mi pueblo es mucho más que él.

—Esto no es contra tu pueblo, tan solo se exige la vida de Ketxal. ¡Sin él, comprenderéis vuestro error!

—¡Ese «hombre» es mi padre!

Ryu estaba furioso. El dolor que le infligía el corte era brutal, y sus músculos se tensaban en espasmos tan fuertes que le costaba permanecer erguido.

—Si vuelves a intentar hacerme daño con eso... —dijo Ryu señalando las dagas— tendré que matarte. —El cuervo cargó un escudo de viento y se abalanzó contra él.

Sheteck consiguió esquivar el combate corriendo como alma que lleva el demonio. Incluso asestó un par de cortes aquí y allá hasta conseguir alcanzar la pirámide central. Su gente estaba muriendo, sus hermanos caían como moscas ante los condenados y era algo que él ya sabía que harían. Llevaba tres años entrenando con Zelkar lejos de la ciudad y tan solo la pisaba para intentar

robarle un segundo al destino y ver a Yalia. Pero Aris era como una puerta sin cerradura, imposible de traspasar, imposible de forzar, y no le dejaba siquiera un agujero por el que poder mirarla de lejos.

Cuando empezó a subir las escaleras, Scyros ya había alcanzado el mirador de la sala del trono. Sheteck escuchó a Aris gritar mientras el Romano le sujetaba con el filo de una espada ancha en la garganta. Después sintió un extraño dolor en el pecho, y una sensación fría lo envolvió todo.

Algo caía desde lo alto, como un fardo de ropa vieja. Incluso los condenados parecían hacerle sitio mientras rodaba escaleras abajo.

Lo primero que pensó fue que era la cabeza de Ketxal, pero fue un pensamiento fugaz ignorado en el mismo momento en que distinguió una cabellera dorada. Cuando la cabeza de Yalia llegó a sus pies no necesitó mirarla para saber lo que era. Sintió cómo el mundo se hacía trizas bajo sus pies, como si el universo entero estuviese hecho de hielo fino.

Se giró en redondo y dejó caer sus dagas al suelo. No podía seguir allí, no podía mirar una vez más aquel suelo. Deshizo su camino dando tumbos como un demente sin atreverse a echar la vista atrás. Necesitaba un hombro en el que llorar, una mano amiga o el filo de una de aquellas espadas profanas. Ningún destino importaba ya. Cuando llegó al claro del lago vio a Zelkar de rodillas con una de sus dagas clavada en el pecho. Frente a él, Ryu le miraba. Parecían reflejos en un espejo. Ninguno de los dos estaba vivo, pero uno de ellos aún respiraba y el otro... no. Ryu tenía tres cortes de timer en el pecho y uno en el cuello que aún sangraba. Sufría... Sufría como solo el metal sagrado podía hacerte sufrir. Podía ver su mirada perdida más allá del cuerpo de Zelkar.

Sheteck se acercó sin rumbo fijo. Tan solo necesitaba aproximarse al cuerpo de su maestro y no tenía siquiera fuerzas para gritar. Cuando les separaban solo un par de metros, Ryu se puso en pie y le encaró. Tenía el rostro cuajado de lágrimas oscuras y la mirada sombría, y Sheteck, sin saber por qué... le abrazó.

Pasaron dos segundos inciertos en los que Ryu apretó contra sí el cuerpo de Sheteck con la intención de no permitirle moverse. El dolor no les dejaba pensar a ninguno de los dos.

—Te juro que no quería matarle —susurró Ryu.

Shen acababa de darle la orden de retirarse. O Ketxal estaba muerto, o los eones le estaban dando una tercera oportunidad.

La respiración del tolteca se fue calmando mientras se hacía segundo a segundo con algo de fuerza para recuperar el control. Y cuando al fin se irguió de nuevo y su rostro encaró el de Ryu, le dijo:

—Y yo juro que te mataré. Juro que vayas donde vayas, vivas el tiempo que vivas, te encontraré.

Ryu soltó suavemente a Sheteck asintiendo en silencio, luego esbozó una sonrisa triste y respondió:

—Pues te deseo suerte, tolteca.

Y desapareció. Se llevó el dolor de Sheteck tatuado en la piel junto a su promesa y regresó al islote de Kium-zu. Cuando le contó lo sucedido a Lee, le dijo que había conocido al hombre que algún día le mataría.

Templo de los eones, 2006

Lee miraba el nombre de su hermano grabado en la piedra.

—Tenía que ocurrir —susurró mientras alteraba la inscripción.

«Ryu, torre de Shen, sirvió fielmente a su señor hasta dejar el mundo a manos de Sheteck, rastreador tolteca. Año 2006 de la era cristiana».

—Ryu siempre lo supo. Es más... —dijo Lee mirando al Tuerto—, siempre creyó que era su destino morir a manos de Sheteck.

Scyros dio un vistazo a toda la hilera de piedras del pasillo de los condenados y resopló.

—Esto se va a llenar de inscripciones. Alter se ha cargado a mucha gente.

Lee no dijo nada, pero lo primero que le vino a la cabeza fue que nadie inscribiría el nombre de Alter. Astarte no había levantado un solo peón en tres mil años. Sin saber por qué, decidió grabar su nombre él mismo. Todos los condenados merecían dejar su impronta entre aquellas piedras. Habían pagado sus deudas, de una forma o de otra.

—Supongo que Licos tiene un plan, ¿verdad? —preguntó Lee mientras acariciaba la piedra destinada a Shen. Scyros asintió en silencio antes de responder:

—Sí... Pero me temo que no te va a gustar.

CAPÍTULO XXVI

De padres a hijos

Tokio, casa de Azuma Joyko, 2006

Marc se había quedado solo. Permanecía sentado en el jardín de la casa mientras observaba el transcurrir del tiempo en la ciudad iluminada. Joyko había salido a por algo de ropa limpia para él y a por algunos artículos de primera necesidad, whisky, principalmente, y hielo para hacerle compañía. Parecía estar aceptando muy bien la muerte del Romano, algo con lo que Marc no sabía bien cómo lidiar. Se sentía culpable. En el interior de su mente, aquel huevo ígneo esperaba su respuesta a una pregunta que no se creía capaz de responder.

Ser uno con el Fénix... Ser como un edificio en una gran ciudad, como el asfalto de aquel inmenso Tokio. Qué sería de él, de sus gustos y aficiones, del amor que sentía por Joyko. Analizó ese último sentimiento, esa sensación de calidez y tensión. Mataría por él. «Sí», se dijo, pero también comprendió que había llegado a un punto en que matar era para él un pasatiempo. Pero ¿moriría por ese amor? Y, en este caso, la muerte era algo más que una «muerte común». Resultaba fácil aceptar la redundancia, puesto que ya había muerto una vez. Ahora se trataba de algo diferente, de algo que no podían entender ni él, ni nadie. No podía pedir consejo; nadie sobre la faz de la tierra estaba en una situación similar. O tal vez sí.

Casi soltó una carcajada cuando se lo ocurrió la idea, pero fue tan sencilla que no pudo evitar levantarse y entrar de nuevo en la casa en busca de un teléfono. Encontró el móvil que le había regalado Joy sobre la mesa del salón algo maltrecho después de la pelea en Palermo, pero funcionaba. Lo abrió y comenzó a buscar nombres en la memoria sin saber bien qué estaba buscando. Fue de la A a la Z sin atreverse a pulsar un solo número, pero cuando estaba a punto de dejar el teléfono en la mesa, se quedó mirando el teclado. Le vino a la memoria lo que le dijo el Romano sobre las cajas fuertes que Joyko y Mell tenían en los

pisos francos: «PHOENEX 7463639», siete cifras... Negó con la cabeza y dejó el teléfono sobre la mesa.

«Menuda estupidez», se dijo, pero el huevo del Fénix parecía reaccionar ante esa idea. Dejó el teléfono sobre la mesa y dio un paso atrás.

—ESTO ES UNA GILIPOLLEZ —dijo en voz alta renegando de sí mismo—. El sistema de codificación por satélite tenía su propio prefijo, a saber donde llamaría. Seguro que despierto a algún... a algún... —Cogió el teléfono bufando y marcó el número.

El tono de llamada se inició y una voz de hombre respondió con un tono de incredulidad en la voz.

—¿Sí?

Hablaba en inglés con una voz autoritaria y dura.

—Hola... —Marc no sabía ni por dónde empezar—. ¿La palabra «fénix» le dice algo? —Por un segundo le vinieron a la mente las mil y una tonterías que hacía la CIA para codificar las llamadas, y aquello le resultó un poco más normal de lo que era.

—Me dice más de lo que me gustaría —respondió aquel extraño con tono de sorna—. ¿Con quién hablo?

Marc dudó, pero no tardó demasiado en comprender que aquello no tenía la menor importancia.

—Me llamo Marc... —El extraño parecía haber dejado de respirar. Pasaron tres segundos eternos y la voz respondió:

—Hola, hijo mío.

Ciudad de Oro de Tollan (Amazonas)

Aris permanecía en la terraza. Había pasado allí toda la noche. Cuando el sol se levantó sobre los árboles, entró en los aposentos que le correspondían cuando solo era Arishalotek, primer chamán de los toltecas, el hijo inocente de un dios menor.

Allí el pasado le observaba desde todos los rincones, la inmensa mentira que había sostenido sus pasos durante más de mil años. Desde que Hell habitaba en su interior, había aprendido muchas cosas, y todo su falso mundo languidecía ante la aplastante verdad.

Al principio, la vieja diosa era un demonio, un ser maligno que había caído sobre él por soberbia, se había llevado a su padre-dios al averno y había condenado a su pueblo. Pero a cada segundo comprendía su error; eran sus propios actos los que le habían llevado hasta allí. Habían sido los actos de su padre los que le llevaron a vivir una vida de sufrimiento y autocastigo, dormitando en su cámara de oro, incapaz de aceptar que la verdad brilla dondequiera que la escondas.

Cuanto menos se enfrentaba a Hell, más comprendía. Cuanto menos luchaba, más fuerte se sentía. El dolor de cabeza desaparecía, sustituido por una sensación de calma que nunca antes había sentido. Era como un reo en el corredor de la muerte, culpable y condenado. La soberbia inicial había muerto a manos de aquel sentimiento de culpa y el bien y el mal difuminaban sus contornos ante lo lógico e ilógico de cada acto que recordaba.

«Es un juego... —se dijo—. El bien y el mal... Un simple juego, una forma de obligarnos a elegir un bando normalmente equivocado. Tan solo se trata de seleccionar el camino que estás dispuesto a recorrer».

—Y vosotros... —dijo dirigiéndose a los eones—, vosotros movéis los hilos, jugáis al gato y al ratón con las consecuencias de nuestros actos... ¿Verdad?

Desde el fondo de su mente le llegó el eco que esperaba, la silenciosa caricia de una diosa del fuego. El calor trepó por su torso y le rozó el cuello para después subir por su rostro hasta el oído.

«Jamás dijiste verdad más grande».

Entonces escuchó el sonido de un teléfono. Provenía de la mochila que había llevado a la cueva de Coutance para hacerse con Hell. Estaba sobre su cama y ni siquiera era capaz de recordar cómo había llegado hasta allí.

Se acercó mirando la mochila, que vibraba levemente al ritmo de la música. Recordó el mensaje que le había dejado Sheteck cuando cumplió con su parte del trato, raptando a Marc para darle el tiempo que necesitaba. Tenía que ser él... Sheteck. Durante medio segundo esperó sentir a Hell oponiéndose a él, pero no sucedió. La diosa le observaba sin intervenir y Aris sacó el teléfono de la mochila y respondió a la llamada.

—¿Sí? —Tenía la costumbre de responder al teléfono en inglés, ya que la mayoría de los contactos de la tribu fuera de Tollan lo hablaba.

—Hola... —El extraño tenía una voz joven y desconfiada, como si no tuviese claro a quién estaba llamando—. ¿La palabra «fénix» le dice algo?

Aris sintió cómo una carcajada de Hell se atragantaba en su interior, mientras él consideraba lo que esa palabra significaba para él. Durante siglos, un enemigo al que tener en cuenta; en el presente, el nombre de su verdugo.

—Me dice más de lo que me gustaría —respondió bromeando. Estaba claro que el que hablaba no era un tolteca, tal vez un contacto de Sheteck—. ¿Con quién hablo? —preguntó con interés.

—Me llamo Marc.

Ni en mil años se habría esperado aquella respuesta. Sintió como si alguien le hubiese cogido del estómago y lo hubiese girado en redondo. Primero le llegó la imagen de Yanni embarazada, y después la del pequeño Marcus gateando sobre la alfombra del salón de su casa. Toda una vida pasada, olvidada, rota... El terror se llevó a aquel hijo al olvido como a tantos otros.

—Hola... —Sabía que no tenía derecho a llamarle «hijo», lo sabía... Lo sabía. Pero al final lo hizo—, hijo mío.

El silencio se extendió de un teléfono a otro con tal fuerza que incluso Hell concentró su atención en él. Ninguno de los dos parecía estar respirando.

—Yo... —dijo Aris— siento todo esto.

Marc se había quedado paralizado. Apretaba el teléfono contra su oído como si quisiese metérselo dentro de la cabeza.

—Nunca creí... yo... Nunca pensé que... —Intentaba encontrar una sola palabra con sentido, algo que decir en su defensa, o incluso algo que decir en su contra. Pero no sabía por dónde empezar.

—Te creía muerto —dijo Marc—. Cuando Sheteck me dijo que vivías le tomé por un loco, por un farsante.

—El hombre al que conociste murió cuanto tu madre se tomó aquel bote de pastillas, Marc. —El chico se quedó en silencio—. Todo esto es demasiado grande como para poder buscarle pies y cabeza. Nunca entenderás lo que significaba ser quien soy, al igual que no comprendes lo que eres ahora.

—Si vas a empezar a llamarme «engendro», mejor...

—No, no, no... Por favor —replicó Aris con voz cansada—. Escúchame...

—Es lo que estoy haciendo.

—Toda mi vida ha girado siempre en torno a mi padre. Él era mi dios, mi única razón para existir. Tu madre era una mujer fantástica, pero si mi padre hubiese sido consciente de su existencia, tanto su vida como la mía habrían corrido peligro, y tú habrías terminado en manos de la tribu.

—Yo no era inmortal...

—Permíteme que lo dude; mi simiente siempre genera inmortales. No tuve opción, eran ellos o yo. Con el entrenamiento adecuado, tú habrías estado a este lado del tablero.

—¿Tablero? Hablas como un condenado —dijo Marc divertido.

—Puedes estar seguro de que estoy más condenado de lo que lo estás tú. Y mi tiempo se acaba... ¿Cómo has conseguido este número? ¿Estás con Sheteck?

—¿El número? —Marc sonrió para sí—. Este número es el nombre del Fénix en hebreo, creo...

Aris separó el teléfono de su oído un momento para mirar el aparato entre ceñudo y sorprendido.

—¿No te ha dado el número Sheteck?

—No, creo que es cosa del Fénix.

—Pero...

—Sé lo mismo que tú. Necesitaba hablar con alguien que entendiese por lo que estoy pasando y... el caso es que estoy hablando contigo. Surrealista, ¿verdad?

—¿Por lo que estás pasando?

—El Fénix... está en mi interior. No puedo entender lo que me pide.

Aris se sentó lentamente junto a la mochila y apoyó su peso en la cabecera de la cama. Se sentía más confuso que Marc.

—¿Qué quiere?

—Quiere ser uno conmigo.

Siguieron un par de segundos de respiraciones tranquilas y suspiros sin mucho sentido.

—En mi mundo —dijo Aris— hay leyendas, Marc, sobre los espíritus de los ríos, fuertes y poderosos, soberbios... pero incapaces de entender su propia naturaleza hasta que llegan al mar.

—¿Me ofrece ser un río?

—O tal vez te ofrece ser el mar. Mi padre era solo un hombre, pero cuando se unió a la serpiente se convirtió en Ketxal.

—Yo no quiero ser más que lo que soy —respondió Marc—. Me conformo con saber por qué sale el sol cada mañana.

Aris asintió en silencio; al menos, uno de sus hijos había salido humilde. No sabía si reírse o llorar.

—¿Y tú? —preguntó Marc—. ¿Cómo lo llevas? Por aquí creen que eres un idiota que despertó a un demonio olvidado.

—¿Eso dicen?

Un agente de la CIA nunca perdía la oportunidad de sacar información.

—¿Cuál es tu versión?

Aris se echó a reír al otro lado de la línea con carcajadas cortas y tristes.

—Tenías razón. ¿Cómo dijiste? ¿Surrealista?

Marc le devolvió otro par de carcajadas de su cosecha.

—Sí, surrealista.

El chamán levantó la mirada a una de las paredes de oro, donde su reflejo le devolvía el brillo verde de Hell en los ojos. Ella estaba allí, observando.

—Fue Hell la que me liberó a mí, Marc. El único demonio soy yo. Ella quiere hacer justicia, y de momento no se ha cobrado una sola víctima inocente. Es un Trono de la Alianza, Marc. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Pues la verdad es que no —respondió Marc sinceramente—. Aún no he tenido tiempo de comprender de qué va todo esto.

—Aquí no hay ni buenos ni malos. Esto es un juego con reglas que los seres humanos no alcanzamos a entender. Desde que Hell está en mi interior, creo distinguir algunas de esas reglas, pero es como intentar dar forma a las nubes; cuando crees que lo tienes claro, se desvanecen... Tanto el Fénix como Hell se están cobrando deudas que no entendemos. Están todos implicados. Ella espera mientras sus adversarios cambian piezas, hasta que terminen el uno frente al otro. Yo soy el rey negro, y tú la dama blanca.

—Yo solo soy un peón —respondió Marc—. Un simple peón.

—Muchos te dirán que no eres más que un «simple peón», y tal vez todos lo seamos. Pero no olvides nunca que un «simple peón» se basta para poner a todo el universo en jaque.

—Esto es una locura —alegó Marc mientras sus ojos veían una casa de madera sobre un rascacielos de acero—. A veces creo que estoy muerto y que todo esto es un sueño del que no despertaré.

—Cambiaría tu sueño por mi pesadilla —le respondió Aris, divertido.

El silencio que siguió alimentó a dos almas dispares en rincones distintos de un mundo que se les antojaba inmenso, piezas de aquel enorme tablero de ajedrez más conscientes que nunca de su propia situación. ¿Acaso esas

pequeñas figuritas saben cuál es su destino? ¿Acaso temen la llegada del que va a ocupar su lugar?

—Yo también siento todo esto —dijo Marc—. Qué bonito sería soñar con una situación diferente, poder compartir una taza de café contigo en un mundo sin padres resucitados, condenados, ni eones... En un mundo normal.

Aris asintió en silencio mientras, en su reflejo, la presencia de Hell se disipaba dando un paso atrás en el interior de su mente.

—Dile a Shetec que estoy orgulloso de mis hijos. —Miró el móvil una vez más y cortó la llamada. Después levantó la mirada hacia su reflejo dorado, apretó el teléfono hasta que se quebró y lo dejó caer al suelo suspirando.

Marc se quedó en silencio. Estuvo tentado de pulsar de nuevo la tecla de llamada, pero de alguna forma supo que no tendría otra conversación con su padre. Meditó cada palabra que había escuchado. Al parecer, desde su unión forzada con Hell, Aris podía entender, o al menos alcanzaba a comprender mejor aquella inmensa locura.

«¿Por qué yo? —se preguntó una vez más—. ¿Tan solo es por mi sangre?».

Por desgracia, no le llegó más respuesta que los sonidos de la ciudad, que a sus pies se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Caminó por aquel jardín imposible apurando el borde de la cornisa en cada paso, preguntándose si moriría al caer. Recordó la aparición del Fénix en Venecia: «Lo siento, pero no puedo permitirlo». Se había colocado delante de Shetec rompiendo las normas de la Alianza para salvarle. ¿Volvería a hacerlo si saltaba al vacío? Ya no había anillo que poderse quitar, ya no había forma de romper el trato... ¿O sí?

Lo meditó unos segundos. «Solo cruzan de plano para reclutar piezas» es lo que le dijo Mell. Aquel día reclutó a Shetec; esa había sido su excusa. Pero ahora estaba allí, en su interior, en aquel huevo de fuego comprimido, rompiendo una vez más todas las normas. Pero ¿por qué? ¿Por Hell? «Fue Hell la que me liberó a mí, Marc. El único demonio soy yo. Es un Trono de la Alianza. ¿Sabes lo que eso significa?».

Alejar la sensación de ser un simple peón en la partida resultaba frustrante. Miró una vez más desde lo alto del rascacielos. Allí estaba el suelo, a una distancia suficiente como para asustar a cualquiera. Esta vez no había arnés, ni cuerda, ni paracaídas... Solo el Fénix en su maldito huevo ardiente.

—Sal de ahí dentro. Tenemos que hablar —susurró. Pero nadie respondía.

Miró hacia la casa, pero Joyko aún no había regresado, y aquella parecía sacada de un cuento de hadas japonés. Y ya empezaba a estar muy pero que muy harto de cuentos de hadas. Se giró de nuevo hacia la ciudad, inmensa, brillante, hipnótica... Podía verse ya el reflejo del sol a punto de nacer más allá de aquel mar de cristales. Respiró profundamente... y saltó al vacío.

Joyko estaba en un veinticuatro horas viendo el ir y venir de la gente a su alrededor mientras organizaba la bolsa de suministros en la cola de la caja registradora. Todos la miraban, suponía que por sus ojos, pero la gente de Tokio ya estaba muy acostumbrada a las excentricidades, y las lentillas llevaban más de diez años de moda. Los hombres la miraban porque no podían evitarlo, y las mujeres porque los hombres lo hacían, un círculo vicioso que se repetía desde que tuvo uso de razón y que siempre le acarrearba problemas.

Tokio no dormía desde hacía casi un siglo. Los horarios encadenados habían convertido la ciudad en una máquina y se podían ver casi las mismas personas en la calle a mediodía que a medianoche. Pero aún quedaba «el suspiro», esa hora antes del amanecer en que la ciudad parecía bostezar agotada. Intentar averiguar por qué resultaba imposible; tal vez el cruce de los turnos laborales, tal vez el inicio de las noticias en algún canal de televisión... Quién sabe. Pero a esa hora se veía menos gente caminando por la calle y dejaban de escucharse las bocinas de los coches y las sirenas lejanas. Era el suspiro de una ciudad insomne incapaz de robarle una noche completa al estrés del ser humano.

Dos botellas de whisky de importación, una garrafa de cinco litros de agua mineral y dos sacos de hielo. Tampoco es que resultase una compra complicada, pero para un condenado en aquella bolsa convivían el desayuno, la comida y la cena. Pagó sin levantar la vista y no se quedó a recoger el cambio, algo a lo que ya tenía acostumbrados a todos los tenderos en dos manzanas a la redonda. Cuando empezaba a caminar hacia el rascacielos, levantó la vista hacia lo alto del edificio casi sin saber por qué. Le pareció ver algo cayendo por la fachada. Enfocó un poco mejor la vista para eludir los reflejos del sol en los cristales y entonces lo vio. Dejó caer la bolsa al suelo y se quedó con la boca abierta.

Marc caía del cielo a buen ritmo, de cabeza. No supo qué hacer ni qué pensar, tan solo se quedó allí clavada con los ojos abiertos. El reflejo del sol al amanecer parecía perseguir a Marc por la fachada del edificio. Durante un segundo eterno pareció que no lo podría alcanzar, pero al final lo hizo.

Si Joyko cargaba su segundo elemento podría usar un escudo de viento para amortiguar su caída pero, en cuanto se dispuso a reaccionar, su anillo vibró con una fuerza inusitada y Marc se incendió en mitad de la caída. Durante medio segundo su cuerpo quedó suspendido en el aire haciendo pedazos los cristales de la planta 21, que se precipitaron hacia la calle.

Joyko completó la carga elemental y la utilizó para lanzar a los transeúntes lejos del peligro. Más tarde se romperían el coco intentando comprender qué había sucedido, pero la orden invisible del Fénix había sido tajante: «Salva a los civiles, reúne a mis piezas y espera instrucciones». La silueta ardiente de Marc cambió de dirección, elevándose sobre la ciudad como lo que era, un enorme pájaro de fuego.

Joy esperó hasta que el aluvión de cristales llegó hasta el suelo. El estruendo fue brutal, y la gente, asustada, corría en todas direcciones intentando alejarse del edificio. Algunos coches se llevaron lo peor, pero, por suerte, los pasajeros no sufrieron daño alguno.

«Está despierto», pensó Joy mientras a su alrededor la gente miraba hacia arriba sin comprender. El Fénix ya no era más visible que cualquier otra luz en el firmamento, oculto entre las estrellas moribundas y los cien aviones que decoraban el cielo.

«Despierto...».

CAPÍTULO XXVII

Despierto

En algún lugar del desierto de Egipto

Marc se arrepintió en el mismo segundo en que dejó de sentir el suelo bajo sus pies. Una maraña de pensamientos le asaltó. «¿Cómo puedes ser tan idiota?» fue el pensamiento dominante en el primer instante; después, cuando el suelo empezó a acercarse a toda velocidad, le siguió uno mucho más sencillo: «Me va a doler... Por Dios, me va a doler muchísimo». Los ventanales de cristal se sucedían a un ritmo cada vez más frenético, anunciando en silencio la futura llegada del suelo algunos metros por debajo. Marc dejó de pensar y cerró los ojos.

—Vaya, seguro que crees que esta es forma de poner a un dios contra las cuerdas.

La voz del Fénix le llegó divertida, junto con una oleada de calor. Cuando abrió los ojos, estaba tumbado en un suelo de piedra vieja cuajado de arena fina y blanca. A su alrededor estaba el desierto, inmenso y brillante, reflejando la luz del sol.

Allí estaba el pedestal con su cuenco de piedra y el huevo del Fénix sobre él. Sin duda, había crecido una barbaridad; casi ocupaba toda la circunferencia del cuenco y brillaba en tonos rojos y dorados.

—Levántate y ven aquí, Marc. Solo puedo alterar el tiempo, no puedo detenerlo, y me temo que tu cuerpo sigue cayendo en picado hacia el asfalto de Tokio.

Marc obedeció, se puso en pie mirando a su alrededor y se acercó para reunirse con el eón al pie de la escalinata. Se sentía ridículo, como un niño tirando de las faldas de su madre para llamar su atención, sin tener muy claro por qué razón lo había hecho.

—Mell está muerto —dijo al fin. Quería ver la reacción del Fénix, saber si sus piezas significaban algo para él.

Este negó varias veces antes de hablar.

—No... Mellias de Syracuse murió en Iarlo el cinco de noviembre del año 13. También murió el día en que comprendió que hay cosas que no se pueden evitar, aunque sean injustas. Y murió el día en que perdió a la única mujer que había sido capaz de amar. Ahora, tan solo ha seguido su camino. Rael hizo su jugada; pretendía llevarse a Joyko. Ese era su objetivo, pero Mell alteró el resultado. Por ti, por ella... Y Rael se llevó una torre en su lugar.

Marc bajó la vista al suelo. «Por ti, por ella».

—Y ahora estamos aquí tú y yo, Marc, hablando de cómo una pieza puede alterar el destino de otras.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Marc cansado. Sentía el dolor de la pérdida del Romano en el corazón del Fénix, como si pudiese compartir su peso con él.

—Ya te lo dije, Marc... Te quiero a ti. Únete a mí y juntos seremos más fuertes que Hell, más fuertes que cualquier otro ser sobre la faz de la tierra.

—¿Por qué yo? No puede ser por mi sangre, hay más sangre tolteca, hay otros más preparados que yo... ¿Qué me dices de Tarik? ¿Por qué un peón? Yo... ¡Yo no soy nadie!

El Fénix le miró con una sonrisa extraña en los labios, como si lo que estuviese viendo fuese un portento de la naturaleza.

—Así que no eres nadie... —dijo divertido—. ¿Recuerdas el día en que te uniste a mis hijos?

—¿En Shanghái? —respondió Marc. El Fénix asintió—. Sí, claro.

—¿Nunca te has preguntado cómo pudo la tríada saber en qué habitación de aquel hotel estabas? ¿Cómo pudieron dar contigo tan rápido?

Marc se encogió levemente de hombros.

—Lyn traicionó a la agencia, Marc. Te vendió por tres millones de dólares.

Marc se quedó sin palabras, tan solo le asaltó el recuerdo de Lyn con aquellas curvas tan bonitas y esa voz tan suave. Fue la última voz humana que escuchó antes de morir.

—Tu jefe se presentó en Shanghái porque le habían llegado rumores de una filtración. Estaba dispuesto a sacrificarte con tal de encontrar al topo. Y lo encontró. Lyn cobró en metálico, concretamente en plomo. La encontraron tres días después con cinco balas en la cabeza. —Marc no pudo evitar torcer el gesto—. Serviste a un país que te sacrificó por algo más grande que tú, y aunque lo

hubieses sabido, habrías aceptado. Eso es lo que te hace grande, Marc, es lo que te hace único.

—Ya —respondió el chico—. Lo que soy es idiota.

—Tú lo llamas «idiotez»; yo lo llamo «nobleza».

—Sabes perfectamente a qué me refiero —rebatía Marc.

—Vas a ser parte de un dios, Marc. Tal vez ya va siendo hora de que te replantees los límites de tu autoestima.

—¡YO NO QUIERO SER UN DIOS, YO NO QUIERO SER MÁS QUE LO QUE SOY! —gritó Marc furioso mientras el Fénix parecía estar evitando echarse a reír.

—Por eso mismo debes ser tú. No mancharé mi alma con la presencia de alguien que ansíe el poder, no me entregaré a la locura del hombre —le dijo al tiempo que le cogía de la barbilla y le sacudía el mentón con cariño.

Marc, vencido, se dejó hacer mientras en su interior aumentaban las ganas de echarse a llorar y una sensación de vértigo le trepaba por la garganta.

—¿Es que no me reconoces, Marc? —preguntó el Fénix al tiempo que sujetaba su mentón y le obligaba a mirarle a la cara.

Marc le devolvió la mirada frunciendo el ceño. «¿Es que no me reconoces?». Analizó el rostro del Fénix y entonces lo vio. Allí estaba Horck, el joven egipcio de aquel oasis, el sacerdote. «Y en las alas de las nubes verás escrito mi nombre».

Marc dio un paso atrás inconscientemente y el Fénix uno adelante sin dejar de sujetarle la barbilla, como si uno fuese el reflejo del otro. A espaldas de Marc, el huevo se quebró con violencia y una ola de calor recorrió la piedra hasta morir en la arena del desierto que los rodeaba.

—¡Tú! Eres tú...

—Al fin comprendes —dijo el Fénix—. Yo soy Horck, cuarta encarnación del Fénix. Creías que mi ser quedaría diluido en el del Fénix, ¿verdad? Creías que lo que te estoy pidiendo es tu sacrificio... —Marc dio un par de pasos más hacia atrás y el Fénix le dejó ir.

—Pero... ¡Tú me lo dijiste!: «Alguien tiene que estar dispuesto a sacrificarse».

—Te dije que tenías que «estar dispuesto» a hacerlo, Marc, no que «tuvieses» que hacerlo.

—Entonces... Tú... ¡Los mataste a todos! Hombre, mujeres, niños... ¡A todos!

Horck asintió en silencio.

—Fue el hambre, Marc. —Un tono doloroso acompañaba cada palabra—. Todo ser consciente me debe algo. Algunos no merecen atención, pero otros... — Cerró el puño con violencia y en su rostro pudo verse claramente la transformación del dolor en ira—. ¡Otros me deben desde su alma a la carne de sus huesos! El Fénix me entregó el poder de un dios aun sabiendo que no podría contener su hambre. Sabía que no podría asimilarlo y le dejó a mi conciencia aquel oasis. Así aprendí hasta qué punto mi hambre puede devorar el mundo. Recuérdalo siempre, Marc, deja al hambre pasar a través de ti, aunque te duela. Cobra las deudas del hombre sin perder el control.

—No puede ser... No... No, no, no. ¡NO PUEDES DARME A MÍ EL PODER DE UN DIOS! ¿Es que te has vuelto loco? ¡YO NO PODRÉ CONTROLARLO! — Recordó a Horck en su sueño, junto al ejército de Cambises. Parecía que estaba escuchándole gritar: «¡Mi nombre!». Por fin lo comprendía. ¡La consciencia dominante era la del nuevo Fénix, no la del antiguo! «Una brizna de hierba en el campo, una mota de polvo en el desierto». «Un hombre, solo un nombre, un pedazo de eternidad en el infinito».

—Tú mismo lo dijiste, Marc: «Para juzgar al hombre, la justicia debe ser humana».

—Vale, no hay duda, te has vuelto loco —sentenció Marc negando con la cabeza.

El Fénix le dedicó una sonrisa cansada y triste a la vez, como el que hace una broma sobre su propia muerte.

—Según la leyenda, yo vuelo hasta este altar cada quinientos años, me poso sobre él y ardo. —Hizo una pausa y señaló el huevo; una grieta enorme lo recorría de lado a lado—. Ardo, Marc, hasta que mi cuerpo entero se convierte en ceniza, y de ella nace mi nuevo ser. Eso es lo que va a suceder. Es mi consciencia la que morirá en tu interior para que renazca un nuevo Fénix, una nueva criatura digna de mí, capaz de soportar el inmenso peso de mi deuda, capaz de juzgar al hombre desde más cerca que yo. —Hizo una pausa y suspiró cansado—. Es la edad la que hace insensibles a los dioses, Marc, la que les aleja del mundo de los vivos. Ha llegado la hora... Es el momento de decidir nuestro futuro, el futuro de un mundo que ha perdido la razón y la inocencia.

—¿El mundo? ¿Qué te propones hacer con él?

—Dímelo tú... Eres tú quien lo hará —respondió Horck divertido—. ¿Dejarás que el ser humano se ría de la justicia? —Negó con la cabeza—. Lo dudo

mucho...

—No puedo aceptar —dijo Marc asustado.

—Ya lo has hecho —respondió el Fénix.

Marc se quedó sin palabras. Era cierto, sabía que había aceptado desde el primer día en que el Fénix se lo propuso. Sabía que aquel era un punto sin retorno. Tan solo el miedo le impedía dar el paso. Horck acarició el huevo y extendió la mano hacia Marc.

—Sé que es todo muy confuso, pero muy pronto entenderás. Estaré en tu interior —dijo señalando el pecho del chico—, al igual que mis predecesores.

El tiempo pareció haberse detenido una vez más en la mirada de Horck, en los reflejos de aquel huevo imposible. El polvo se posó sobre aquella arena inventada y todo quedó en silencio, como si el mismo sol estuviese hecho de luz y de cartón.

—Decide, Marc... —dijo manteniendo su mano tendida hacia él—. Pero hazlo pronto... —prosiguió divertido— o vas a tragar cemento a palas.

La sonrisa que siguió rompió la última barrera y Marc dio un paso al frente y le estrechó la mano.

—Buena suerte..., Marc Fénix de Bellarda.

Abrió los ojos. El sol le azotó con violencia, como si le hubiese estado buscando durante un millón de años y por fin le hubiese encontrado. Sintió su calor en la piel, en las entrañas, en el alma. El suelo se acercaba al mismo ritmo en que su consciencia se extendía. Un millón de recuerdos dentro de otros recuerdos. Podía sentir cada átomo de su ser y de todo aquello que le rodeaba. Y por encima de todo, aquella presencia, aquel ser omnisciente que le miraba desde todas partes a la vez, incluso desde el interior de su ser, el Creador... Fuente y a la vez sustancia de todo el universo.

Podía sentir a Hell allí, lejos y a la vez cerca, mirando al cielo, tiñendo de hastío la mirada de Arishalotek en la terraza de una enorme pirámide de oro; podía sentir a Joyko, asustada, mirándole desde el suelo; a Sheteck volando sobre un barco en mitad del océano; a Tarik enterrando el rostro entre los pechos de Tanis... Podía sentir incluso al resto de los eones observándole curiosos de punta a punta del Creador. Y por último, sintió su hambre tan dolorosa e intensa como una puñalada en el corazón.

La injusticia a su alrededor se hizo más patente que cualquier otra cosa. Era como sentirse rodeado de un agua oscura, densa, tóxica. Le apremiaba como el

llanto de un millar de niños hambrientos. Detuvo su caída en un simple acto de voluntad. El mundo a su alrededor se detuvo sin rechistar, como si el mismo paso del tiempo no tuviese la menor importancia. Y, como si se hubiese obligado a tragar un litro de agua hirviendo, la dejó pasar a través de él. En ese momento, comprendió por completo la naturaleza del ser en que se había convertido. Entendió por qué y para qué existía.

—Enseñaré al hombre el sentido de la justicia —susurró—. O haré justicia con él.

Abrió sus alas de fuego a tenor de un sentimiento enterrado en su interior, al igual que un gusano abre por primera vez sus alas de mariposa, y se elevó hacia el cielo azul.

Había llegado el momento de mover sus piezas. Había llegado la hora del Fénix.

CAPÍTULO XXVIII

Más promesas

Casa de Tanis, Sur de Hungría

Tal vez perdió un segundo de más de lo normal en desnudarla, un minuto de más de lo normal en acariciarla y una hora de más de lo normal en hacerle sentir todo aquello que Tanis había inspirado en él desde el primer día que la vio.

Tal vez le faltó un día más del que tenían, una semana más de la que habría deseado o un mes menos del que necesitaba para contarle los miles de días perdidos soñando con ella.

Pero allí estaban, abrazados bajo una sábana de hilo que parecía estar a punto de salir ardiendo. Y por primera vez en dos milenios, Tarik deseó morir para que su último recuerdo fuese aquel.

Estaba besando su pecho cuando sintió aquella descarga en el anillo. Fue densa y profunda como pocas y venía alterada por la presencia de Marc hasta tal punto que no podía ser una coincidencia. Se tensó en silencio, en la oscuridad, mientras aceptaba que lo que acababa de sentir era el inicio de una nueva era.

—¿Estás bien? —preguntó Tanis susurrando mientras jugaba con el pelo de Tarik en la penumbra.

Él no respondió y dejó pasar el tiempo mientras se esforzaba por sentir cada centímetro de la piel que Tanis estaba compartiendo con él. No quería levantarse de esa cama nunca más.

—No tendrás miedo a la oscuridad, ¿verdad? —dijo Tanis bromeando.

—Jamás tuve miedo a la oscuridad. Tal vez porque sé que lo más peligroso que acecha en ella... soy yo —rebatió Tarik acariciando los pechos de Tanis con su pequeña perilla de diez días.

—Modesto el niño —respondió Tanis besándole la coronilla.

—Realista —dijo él antes de dejar caer todo su peso a un lado. Alejarse de ella le arrancó un suspiro del pecho—. El Fénix está despierto. Y me temo que ya

tenemos dama.

Tanis se revolvió entre las sábanas.

—Irás con él, lógicamente...

—Lo haré —respondió Tarik. Aunque ya no era un esclavo, tenía que obedecer al Fénix.

—Sabes que ningún eón tolerará una dama. Ni Potestades ni Tronos...

Tarik se puso en pie con la dificultad mental del que no quiere hacerlo, resoplando a cada gesto. Según sus cálculos, no le quedaría tiempo para encontrar algo de ropa decente, así que presenciaria la hora del Fénix embutido en un chándal que le quedaba pequeño. Se pasó la mano por el pelo para alejar cualquier pensamiento que le alejase de Tanis y respondió:

—Licos... Temes que me enfrente a Scyros, ¿verdad?

Tanis tan solo se giró en la cama y abrazó la almohada. Sentimientos enfrentados devoraban las pocas ganas de vivir que le quedaban y no tenía la más mínima intención de dejarlas florecer ante Tarik. Este recogió a Hiken y la sopesó unos segundos intentando ver en ella la respuesta a su pregunta.

—No le mataré... —dijo al fin—. Me gustaría creer que, al menos, temes por los dos pero, sinceramente, prefiero no saber la verdad.

Tanis ahogó un sollozo apretando el rostro contra la almohada sin saber qué responder.

Tarik saltó al sendero dejando a la mujer de madera abrazada a una esperanza sin forma.

—Regresa, Tarik... —le dijo a la oscuridad—. Regresa.

CAPÍTULO XXIX

Haciendo amigos

Nave de transporte Arcón (flota del Atlántico)
Aguas internacionales

Sheteck volaba sobre aquel inmenso carguero. Aquello se parecía más a una ciudad que a un barco. Las hileras de contenedores se sucedían como edificios de colores. Talos se había escondido en una de aquellas cajas. No podía saltar al sendero, así que su mejor forma de cruzar el océano era usar un barco, fijar el siguiente en el horizonte y correr sobre las aguas parpadeando en el sendero. De esta forma ya había conseguido atravesar tres cuartas partes del Atlántico en menos de seis horas. Pero por suerte, el lobo se había visto obligado a detenerse cuando ya no encontró más barcos por delante, así que, hasta el momento en que tuviese el continente americano a la vista, tendría que estarse quietecito.

Sheteck había rastreado todos los malditos barcos uno por uno. La mayoría habían partido del puerto de Vigo, que era donde el rastro de Talos se perdía, así que tenía que estar allí, oculto en el interior de alguna de aquellas cajas de metal. Voló sobre el barco en círculos sin saber muy bien lo que haría si lo encontraba, pero sin duda resultaría más fácil intentar razonar con él allí que hacerlo durante el asalto a Tollan. La descarga que sintió en el anillo antes de aterrizar no le dijo nada que no se hubiese imaginado con anterioridad. Sabía que el Fénix no había orquestado todo aquello para no cumplir sus amenazas. La hora del Fénix ya era un hecho consumado, y a él se le acababa el tiempo para salvar a su pueblo.

Tomó forma humana en la parte delantera del buque y comenzó a caminar por las hileras rastreando cada caja a su alrededor hasta que encontró una con una silueta brillante en su interior. El nudo que sintió en la garganta le confirmó que lo que había allí dentro no era una planta exótica. Según la etiqueta del contenedor, transportaba muebles de origen alemán.

«Los cojones...», se dijo mientras se desabrochaba el chaleco y tanteaba las dagas.

—¡Levante las manos! —le gritó una voz a su espalda.

Sheteck no supo qué hacer. Se quedó más quieto que la sombra del hombre que tenía detrás, que parecía no saber ni cómo se cogía la escopeta que llevaba.

Las luces del carguero proyectaban varias sombras en el suelo, por lo que no resultaba difícil calcular la posición exacta del guardia.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí? ¡Le he dicho que levante las manos!

El tolteca obedeció levantando las manos por encima de la cabeza. La verdad era que los recuerdos que tenía del idioma castellano (antes de su última visita a Ibiza) estaban asociados a masacres en Perú y en México. Tal vez fue por eso que no trató de razonar con él. Simplemente se giró a una velocidad que aquel hombre nunca podría llegar a entender y le asestó un golpe con su propia escopeta en la cabeza antes de que pudiese siquiera intentar cogerla como debía.

El agente de seguridad se desplomó inconsciente y Sheteck se hizo con una escopeta que le podría venir muy bien si las cosas se torcían un poco. Por desgracia, se torcieron mucho.

Talos dormitaba sobre sus patas delanteras entre un reloj más grande de lo que debería y un sofá ridículamente pequeño. A su alrededor, los embalajes de plástico de burbujas y la cinta adhesiva solo le permitían suponer lo que había dentro de los paquetes, y no era que le apeteciese mucho investigar, la verdad. Así que mataba el tiempo recordando tiempos pasados, momentos de calor en compañía de Luna, de Scyros y de Leo, las caricias de Ergara y los paisajes del sur del continente que estaba a punto de volver a visitar.

La última vez que pisó América lo hizo para recoger a Star. Aún podía recordar su aspecto la primera vez que le vio, en una iglesia en la recién fundada Riverthree, mientras intentaba sacarle el hígado a un asesino... a cuchilladas.

Cuando el Marshal le vio, se le pusieron todos los pelos de punta. Unos años más tarde, dos hombres sin alma le robaron todo lo que tenía, incluida la vida. Fue un entierro “conmovedor”, tan solo un agujero en la tierra y una patada en los riñones. Talos pasó esos años de espera dando vueltas por el nuevo continente, esperando el desenlace final de la vida de aquel hombre mientras cumplía las ordenes de Licos. Star se despertó seis horas después de que le

echasen la última palada de tierra encima. Y Talos escarbó lo suficiente como para ayudarlo a salir de allí.

Por desgracia, su reacción al verle allí no fue mejor a su encuentro anterior en aquella iglesia, y no le quedó más remedio que marcarle el sendero a Scyros para hacer las presentaciones.

Se encontraba perdido en todos aquellos recuerdos cuando escuchó una voz humana fuera del contenedor. Sonó algo así como un insulto corto que no consiguió entender muy bien, pero luego le llegó un grito muy bien expresado en castellano: «Levante las manos».

Rastreó el exterior de su guarida improvisada y distinguió dos siluetas: la de un humano muerto de miedo y la de un condenado que brillaba como una torre de fuego.

Frunció su entrecejo lobuno y se puso en pie mientras cargaba suavemente el aire y el fuego. Por desgracia, su elemento primario estaba demasiado profundo bajo las aguas del mar como para poder reclamar su ayuda, aunque seguramente no le sería necesario. Muy pocos condenados podían plantarle cara, y por suerte no tenía facilidad para crearse enemigos. Eso le dejaba muy pocas opciones para identificar a su visitante inesperado.

En un movimiento muy rápido, el condenado desarmó al humano y lo dejó inconsciente. Esa clase de actitud no resultaba una tarjeta de visita muy apropiada para llamar su atención.

Salió del contenedor parpadeando por el sendero, y cuando tomó forma al otro lado se encontró con Sheteck, que le miraba junto al cuerpo inconsciente de aquel guardia sin suerte.

«El asesino de estrellas —pensó—. Mira tú qué bien». Se pasó la lengua por todo el morro para limpiarse los restos de polvo del contenedor y le dedicó un gruñido de aviso o de saludo. Puestos a interpretarlo, la verdad es que ni los de su propia especie lo habrían tenido muy claro.

Sheteck dio un paso atrás con la escopeta apuntando en su dirección, y el lobo pudo distinguir en la espalda del tolteca dos cuchillos de esos que hacían daño. Tan solo de recordar el dolor que sintió en Venecia a cuenta de uno de ellos, Talos gruñó con fuerza y le enseñó la primera fila de dientes que le coronaban la boca.

«Puestos a enseñar las armas... aquí están las mías», pensó.

Talos nunca le daba la espalda a una buena pelea. Era algo enterrado en sus orígenes, tan visceral como perseguir conejos, los matase luego o no. Dado que no necesitaba comer para vivir, solo terminaban muertos por accidente, pero no por ello se negaba darse el gustazo de perseguirlos de vez en cuando.

Decir que tenía ganas de probar la sangre de Sheteck sería exagerar un poco. Era obvio que ya no pertenecía al mundo de los vivos y era normal entre los condenados aceptar el renacimiento. Aquel hombre estaba cumpliendo condena por sus actos a manos de un eón, y eso para él ya era suficiente. Pero estaba claro que Sheteck no lo sabía. Sujetaba aquella escopeta con la mirada firme y parecía dispuesto a pelear.

En una manada de lobos, las amistades siempre empiezan con riñas. Suele ser necesario dejar claro tu lugar en la manada a dentelladas, y Sheteck acababa de llegar.

«Juguemos», pensó. Torció el morro gruñendo y le lanzó una dentellada al aire.

Sheteck tan solo vio aquel brillo en los ojos del lobo y comprendió que se le había adelantado cargando elementales, recordó el abrazo que le dedicó en Venecia y aceptó que aquello había sido una mala idea. Aquel monstruo le arrancaría la piel a tiras antes de dejarle hablar. Sus miradas se cruzaron y Talos se abalanzó sobre él.

CAPÍTULO XXX

La Madre

Ciudad Sagrada de Tollan (Amazonas)

Colarse en una ciudad infestada de condenados no le resultó difícil. Por suerte, conocía cada pasillo, cada casa y cada esquina de esa ciudad como la palma de su mano. Llegar hasta la pirámide de la nobleza le costó un poco más, pero por suerte se hizo con un traje de pelo de murciélago de las tropas regulares. Llegar hasta los aposentos de Aritx-sechá ya le costó cada gramo de suerte que poseía, pero intentar pasar desapercibido una vez cruzó el umbral de la puerta ya le habría exigido un don que no tenía. Así que el antiguo capitán de la guardia Blue se bajó la capucha, clavó rodilla ante ella y le pidió clemencia en cuanto esta frunció el ceño en su dirección.

Aritx-sechá era la segunda esposa del divino Ketxal. Se la conocía con el sobrenombre de «la Única», puesto que fue la madre de la primera hija del dios. Casi toda la estirpe tolteca provenía de ella. Su poder era inmenso en la ciudad. Una palabra suya podía condenar a cualquier hombre, mujer o niño. Su aliento tenía más valor que la palabra de cualquier sacerdote.

—Por favor, mi señora... Estoy aquí sin permiso, pero necesito hablar con vos. La vida de todo Tollan depende de ello —dijo el Blue sin atreverse a levantar la vista del suelo. Se lo estaba jugando todo a una sola carta, que bien podía significar su muerte instantánea.

Al otro lado del cerco de la terraza, dos guardias Blue protegían a aquella mujer, dos torres de fuego de Hell que no dudarían en darle caza.

Ella le miró sorprendida, se acarició la cara sin saber bien qué pensar y, por último, hizo un gesto a sus dos damas de compañía para que saliesen de sus aposentos. Una vez a solas, preguntó:

—¿Quién eres y qué quieres? —Cuando el capitán levantó la cabeza y vio el tatuaje azul en su rostro, se extrañó aún más—. ¿Eres Blue? ¿Acaso te envía Ketxal? —Parecía aún más confusa.

—Soy Blue, pero me temo que no me envía Ketzal. O al menos —se arriesgó— no «este» Ketzal. —No pudo evitar tragar saliva sonoramente; ese alarde de estupidez le costaría la vida. Negó con la cabeza y esperó a escucharla gritar..., pero no sucedió.

—Habla —le dijo con un tono tan relajado y tranquilo que le cortó la respiración.

Miró a un lado y al otro confuso, sin dar crédito. No había guardias ni doncellas, tan solo aquella inmensa mujer sentada sobre un reclinatorio de terciopelo. De su pelo colgaban muchas trenzas, una por cada linaje que había fundado, y estas, a su vez, estaban divididas por decenas de cuentas de oro con los nombres grabados de cada uno de sus hijos.

Una de aquellas trenzas era la estirpe de Eharek, y en una de aquellas cuentas estaba escrito su nombre, el nombre que le arrancaron de la mente bajo una ingente cantidad de dolor. Esa mujer era su madre. Lo había olvidado todo... menos eso. Ningún guardia Blue conseguía olvidar ese dato, que estaba cosido al alma. Pero aun así, resultaba impensable que un guardia Blue cruzase una sola palabra con su madre estando viva. Tal vez una flor cortada en la selva, un cuenco de perlas en su tumba sin nombre ni sello ni sangre.

El capitán le contó lo sucedido, cada detalle, como si entre ellos nunca hubiese desaparecido ese vínculo sagrado, como si no estuviese sujeto al cargo que tatuaba su rostro de azul. Hablaba en susurros, apremiando cada segundo como si fuese el último del que disponía, y con tal tono de urgencia en la voz que ella no intentó interrogarle una sola vez sobre lo que le estaba contando. Cuando acabó, exhausto, se dejó caer sentándose a los pies de aquel trono improvisado dando por hecho que aquellas serían sus últimas palabras.

Pero ella tan solo asintió lanzando miradas furtivas al mirador de sus aposentos. La belleza de su mirada trajo al tolteca recuerdos perdidos, fragmentos ajenos al tiempo como mosquitos sin edad atrapados en perlas de ámbar.

—¿Y dices que Sheteck puede abrir un paso a través de las minas? —preguntó ella perdiendo la mirada en sus ojos. Parecía estar escudriñando su rostro en busca de la respuesta a alguna pregunta que a él se le escapaba.

—Creemos que sí. No puedo asegurarlo, pero cuando el Fénix llegue aquí toda la ciudad estará inmersa en la batalla.

Ella tensó la mandíbula, sin duda recordando la masacre acaecida durante el último ataque contra la ciudad.

—De acuerdo —susurró—. Me ocuparé de que todos los civiles vayan a «rezar» a las minas.

Él asintió y dio gracias a Ketzal de forma automática, como había hecho un millón de veces antes. Pero en cuanto se dio cuenta de que lo había hecho levantó la mirada, ofuscado. No podía seguir adorando a un dios que yacía muerto y sin corazón bajo una losa de piedra. Tampoco podía aceptar al que ostentaba su lugar, puesto que sabía de sobra lo que habitaba en su interior. Era un círculo vicioso de necesidad y de reproche, de temor a aceptar su nueva realidad. Perdido, levantó de nuevo el rostro hacia Aritx-sechá.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti, Blue? —preguntó ella sin dejar de analizar el rostro que veía ante ella.

Él dudó unos segundos, pero al final habló con una mezcla de miedo y reverencia en la voz.

—Me gustaría saber... —ella le animó con un gesto suave de la mano— mi nombre —dijo al fin enterrando la mirada en el suelo a los pies de su madre.

Aquella era una pregunta que bien no tenía por qué saber responder. Aquella mujer llevaba más partos a la espalda que cuentas en el pelo. Muchos de sus hijos habían muerto al nacer y otros lo hicieron en combate a través de los siglos. El simple hecho de que conservase la cordura ya era un mérito que distaba mucho de tener que recordar los nombres de todos y cada uno de sus hijos. O eso pensaba él. Aritx-sechá le puso la mano en la frente y le obligó a mirarla. Luego, sonriendo, se palpó una de sus trenzas hasta tocar una de aquellas bolitas de oro. Dio un fuerte tirón y la trenza se rompió en sus manos.

Las cuentas cayeron al suelo mientras él las veía rodar, nervioso, en todas direcciones. Se le antojó un pecado de tal magnitud que no habría dudado en matar al culpable sin dudar un solo segundo de ser él quien vigilase aquella cámara. Por suerte, los guardias no escucharon, o no quisieron escuchar; estaban charlando animadamente sobre los mil rumores del día, ajenos a lo que acontecía en el interior de la sala.

Ella le cogió la mano derecha y la puso con la palma hacía arriba. Le dedicó una sonrisa cálida y depositó en su mano una de aquellas cuentas.

—Recuerdo a todos y cada uno de mis hijos —le dijo—. Tus ojos son los de tu padre, tu rostro y tu mirada esconden el corazón de mi octavo esposo por la

gracia de Ketzal. Tú eres Dhjelva, hijo de Eharek, el cazador de serpientes.

Si él hubiese podido llorar, lo habría hecho; si hubiese podido reír, también; si hubiese podido mirarla o hubiese podido besarla una sola vez sin sentir el viejo nudo del pecado en la boca del estómago, lo habría hecho. Pero no pudo. La educación a la que había sido sometido desde su niñez le había robado todo aquello. Pero aun así, por primera vez en una vida de más de mil años... fue feliz.

—Vete, busca un lugar seguro—le dijo ella mirando de reojo a la terraza.

—No hay lugar seguro en toda Tollan —respondió él apretando con vehemencia aquella diminuta cuenta de oro.

—Entonces —respondió ella sonriendo— confiemos en la Pantera. Te veré en las minas.

CAPÍTULO XXXI

Panteras y lobos

Nave de transporte Arcón (flota del Atlántico)
Aguas internacionales

Durante los primeros dos minutos de pelea, el capitán del buque no sabía qué hacer. Cuando empezaron a volar contenedores de doscientas toneladas, ordenó a los guardias que recogieran al herido y se alejasen de la cubierta principal.

Los reunió a todos en el puente del barco, y a medida que llegaban él se iba quedando sin respuestas. Intentar explicar lo que veía por los prismáticos resultaba tan difícil como dejárselos a cualquiera para que lo intentase.

Intentó satisfacer a su tripulación sin saber muy bien por dónde empezar.

—Sin duda, es un lobo. —Hizo una pausa para hacer un gesto con la mano como un indigente pidiendo limosna, solo que lo que parecía estar suplicando era que le creyesen—. Un lobazo inmenso de cien kilos por lo menos. Y el otro es una persona, pero le brillan los ojos y... —Maldijo para sí—: «¡Joder, esto no hay quien se lo crea!».

Un contenedor volador no identificado pasó volando por encima del puente, arrancó de cuajo la antena posicional y cayó al mar por el otro lado.

—¡A la mierda las comunicaciones! —gritó el primer oficial mientras descargaba el puño contra la consola de la radio.

—¿Y qué coño importa eso? —respondió el capitán mientras apretaba aún más los prismáticos contra los ojos dudando si aquello sería real o una pesadilla—. Si quieres, le explicas esto a la guardia costera o, mejor aún, al psiquiatra del sindicato.

Talos corría mucho pero, de alguna forma que solo podía explicar el control absoluto del viento, Sheteck se le escapaba constantemente. Además, poseía una facilidad para la telequinesia que tenía que ser un don natural, porque de

lanzarle un contenedor de cincuenta kilos en Montecarlo, había pasado a lanzar contenedores de veinte toneladas como si fuesen de papel.

Por su parte, Sheteck las estaba pasando negras para intentar conseguir arañarle un mínimo de tensión elemental a Talos, que no soltaba el fuego ni el aire ni a tiros. Literalmente, le vació los cinco cartuchos que llevaba la escopeta antes de empezar a lanzarle contenedores y no le acertó con ninguna de las dos cosas. Lo que minutos antes parecía una ciudad de edificios de colores, parecía ahora el juego de construcción de un niño sin mucha sesera. Las enormes cajas de metal estaban incrustadas unas con otras, algunas estaban arrugadas como si estuviesen hechas de latón, y el cuarenta por ciento de la carga había pasado a formar parte del lecho oceánico.

Por un instante, Talos temió caer al agua, que era su única amenaza real. Sin poder saltar por el sendero, irse al fondo del mar podía ser algo más que traumático. Necesitaría la ayuda de Scyros para poder salir de allí, puesto que el agua era su elemento opuesto. Así que intentaba permanecer lo más centrado en el barco que podía, mientras Sheteck danzaba a su alrededor como un satélite. Ataque, corte, esquivas, mordisco, retirada, lanzamiento de contenedor y volver a empezar.

De vez en cuando, alguno de los dos acertaba el ataque, se llevaba un corte o un mordisco «cariñoso» y ¡hale!, a volver a empezar. Pero allí había destreza por ambas partes, y los únicos que estaban saliendo mal parados eran el barco y sus muebles alemanes. Al menos, Talos había disfrutado despedazando algunos de esos sofás para enanos, y Sheteck había comprobado la dureza de la madera de roble alemán partiendo algún que otro reloj con la cabeza.

Ni siquiera el capitán del barco, con su «último grito» en prismáticos, sabría decir qué fue lo que se acabó antes, si la paciencia de Talos o los contenedores. Pero el caso es que cuando ya no quedaba ni uno en la cubierta principal, los contendientes se dieron un respiro. Talos parecía haber activado el gruñido automático, y Sheteck blasfemaba en tolteca sin perder de vista aquella colección de dientes con patas.

—Por la madre del cocodrilo, ¡para ya! —Talos tan solo torció el morro y enseñó otra fila de dientes—. ¡No he venido a pelear, te lo juro! Tienes cogido el fuego y el aire, y sé que tu elemento es la tierra, así que tu opuesto es el agua. Si hubiese querido hacerte daño, ya estarías nadando. ¿Lo entiendes?

El lobo no dio muestras de haber entendido nada, pero lo había entendido a las mil maravillas; simplemente dudaba mucho que Sheteck consiguiese arrojarle al agua. Estaba a punto de reanudar las hostilidades cuando recordó la visión que había tenido el día en que mataron a Ryu, en la que el agua salada le envolvía y sentía un fuerte dolor en el costado. Desde que tuvo aquella visión, le había ocurrido dos veces: una en Montecarlo, cuando la explosión le había arrojado al mar desde el embarcadero, y otra vez en Venecia, cuando Sheteck y él se fueron al fondo del canal. ¿Qué le aseguraba que no ocurriría una tercera vez? Miró a su alrededor, nervioso. Tal vez aquel juego debería quedarse en tablas. Se sacudió el polvo del pelo dando una sacudida, cerró la boca y se sentó. Pero no liberó la carga elemental, por si acaso.

Sheteck soltó el suspiro de alivio más profundo de toda su vida, envainó las dagas y se dejó caer al suelo, agotado.

Se sucedieron un par de minutos de calma tanto en la cubierta como en el puente del barco, donde la mayoría de la tripulación miraba por la ventana sin saber qué hacer, qué pensar o qué creer.

—Necesito tu ayuda, Talos —dijo Sheteck prácticamente de rodillas a dos metros del lobo—. Si quieres mi vida... —dijo enseñándole el anillo del Fénix—, te la daré. Solo te pido que salves a mi pueblo.

Talos miró el anillo del Fénix, se pasó la lengua por el hocico y soltó una especie de estornudo. Le importaba muy poco aquel anillo, y aunque habría matado a Sheteck de cazarlo en Montecarlo o en Venecia, la situación actual era bien diferente. El tolteca estaba ahora condenado, y Talos sabía muy bien cuán larga y dura podría llegar a suponer esa condena.

Cada segundo en que el tolteca seguía anclado al mundo de los vivos era un segundo de castigo por arrancar la vida a otros hombres como él, y eso era algo que el lobo sabía mucho mejor que Sheteck. Le hubiera encantado poder explicarle que, a su lado, no era más que un cachorro en la partida, pero seguramente la soberbia humana le habría impedido entender. Así que tan solo se tumbó en el suelo, cruzó las patas delante del morro y le dedicó una profunda mirada mientras liberaba la tensión elemental.

A espaldas de Sheteck, en el horizonte, podía distinguirse ya la tierra firme como un borrón oscuro en la neblina nocturna.

—Por favor, te lo suplico. En Tollan hay mujeres y niños, sacerdotes y civiles inocentes que no tienen por qué pagar las consecuencias de mis actos. Detrás

de la ciudad —explicó—, en la pequeña cordillera de las minas, hay pasadizos que atraviesan las montañas. Tú podrías abrir un paso en la tierra para dejarles salir. El dios de los toltecas está muerto y enterrado, y nuestro afán de venganza va a morir a manos de los eones. Acepto la muerte de los que empuñen las armas, pero los niños... Los niños, Talos, por favor...

Aquella mirada verde llena de miedo y de pasión, del arrepentimiento que solo puede sentir el más culpable de los hombres, tocó el corazón de un lobo con alma humana.

Talos se levantó y avanzó hacia él, y Sheteck tan solo cerró los ojos. Si el lobo quería su vida a cambio, que la cogiese. Pero que los salvase, por los dioses... Que los salvase.

El lobo pasó a su lado rozándole de la cabeza hasta el rabo, cruzó la cubierta del barco, fijó su punto de referencia en el horizonte y salió disparado hacia la tierra firme parpadeando en el sendero.

En el puente del barco, el capitán siguió al lobo mientras corría sobre las aguas apareciendo y desapareciendo del mundo.

—¿Qué está pasando? —preguntó uno de sus hombres, que no alcanzaba a ver con claridad la cubierta principal.

Los que habían podido ver al lobo correr sobre el agua se miraron entre ellos para después quedarse todos mirando al capitán.

—¡Andrés! —llamó al primer oficial—. Detén los motores y tráeme todo el whisky que tengamos. —Todos le miraron sin comprender—. Para poder encontrar una excusa creíble voy a necesitar una copa. —Miró de nuevo hacia la cubierta del barco. El tipo de los cuchillos había desaparecido—. O dos...

CAPÍTULO XXXII

La hora del Fénix

Estratosfera
Sobre el sur de América, 2006

¿Qué puedo decir? ¿De qué forma puedo haceros ver lo que soy ahora? Marc sigue siendo Marc, y a la vez soy capaz de recordar el origen del universo. Tal vez pueda usar palabras modernas para expresar sentimientos antiguos. Os diré que mi mente parece ahora sujeta a un disco duro de una capacidad infinita. No sabría por dónde empezar a tirar del hilo aunque solo hubiese sido uno. El problema es que hay más hilos en mi ser que palabras para expresarlos. Ahora soy Marc Fénix de Bellarda.

Bellarda (pronunciado bellard) es el nombre de mi creación, y significa «cielo ardiente» o «fuego del cielo» en un idioma más antiguo que la piedra que pisáis. Fénix fue el primer nombre que me dio la raza humana, y es el que conservo por respeto al Creador, al ser que os ha dado su aliento sin pedirnos nada a cambio. Y Marc (Marcus) es el nombre que me puso (por despecho) mi madre, pues era el nombre del hombre al que amó incluso más que a mi padre. Tengo acceso a toda la historia, ya no hay fragmentos ni velos ocultos, ya no hay principio ni fin.

Tarde o temprano, termino por disponer de la opción de saber todo cuanto saben mis hermanos, y estos son las distintas partes del todo. Sé, de la misma forma, que no seréis capaces de entender este pequeño galimatías, aunque formáis parte de él. La física avanza hacia la conciencia global sin comprender, de momento, que esa conciencia tiene un nombre y un ingente número de apellidos. Llamadnos ángeles, llamadnos demonios, espíritus, entes... Llamadnos como queráis. Pero sabed todos que, algún día, nos llamaréis «hermanos». Claro que aún el sol se transformará arrasando toda la vida en esta esfera antes de que alcancéis a entender la magnitud de todo lo que os estoy contando.

Conformaos, pues, con leer mi relato, con aprender a aceptar la verdad de los dioses. Somos porque necesitáis que seamos, y como un enfermo precisa su medicina exacta, de entre mis hermanos elegiréis al maestro que os enseñe.

Me elevé sobre el mundo una vez más «por primera vez» y deje de sentir «sintiendo» lo que siempre y «de nuevo» era.

Y lloré sin poner en peligro la vida de ningún mortal. Lloré recordando el dolor que había causado cada uno de mis hijos a través de los tiempos. Lloré por ellos, lloré por vosotros y lloré por mí. Y dicho esto, os contaré de qué forma conseguí llegar hasta estas líneas, de qué forma decidí escribir lo que leéis, os diré por qué motivo había llegado... la hora del Fénix.

CAPÍTULO XXXIII

La batalla de Tollan

Ciudad sagrada de Tollan (Amazonas) 2006

Arishalotek levantaba la mirada al firmamento sobre la gran pirámide. A su izquierda, casi ocultos tras la pirámide de los sacerdotes, estaban los riscos de Zarhan, que recortaban el entorno con sus dientes de piedra. Al frente estaban los tres lagos de Tollan con sus cascadas doradas alimentadas por el gran río, la serpiente de agua más grande del mundo, el Amazonas. Y por último, a su derecha, la pequeña pirámide de los guerreros se recortaba contra la madre selva.

Aquella era la visión de su mundo, salpicada aquí y allí por las pequeñas casas de piedra y cristal, todas ellas fabricadas con ladrillos bañados en oro. Las plantas trepaban por las fachadas levantando linderos verdes cuajados de flores traídas de cada rincón del planeta. Era la ciudad sagrada, construida a conciencia para representar el paraíso de su cultura. Arrancarse del pecho la cruel sensación de saber que todo aquello era una inmensa mentira le cortaba la respiración. No había pasado una semana desde que decidió que merecía la pena arriesgar todo aquello por su venganza.

«Ya viene», susurró Hell en su interior mientras acariciaba la piel de Aris desde dentro, haciéndole sentir su presencia. Desde su pequeña «tregua», Hell actuaba así, intentando no forzarle, como si empujase suavemente a un niño pequeño en la dirección apropiada.

Por su parte, Aris también se sentía así, como un niño pequeño que había perdido el tiempo jugando con fuego hasta quemarse.

«No podemos detenerle, ¿verdad?», preguntó, aunque sabía de sobra la respuesta.

«¿Detenerle? —respondió Hell—. Has matado a centenares de miles de hombres, Aris. Arrasaste ciudades, condenaste a miles de seres humanos al terror de las minas, a la esclavitud y a la muerte. Conspiraste para condenar a tu

hermano al destierro y después pusiste un precio a su cabeza, condenaste a su mujer a manchar de sangre el oro que extraía para pagar la manutención de su hijo...».

«Basta... Por favor —respondió Aris—. Yo solo quería...».

«Poder y venganza», atajó Hell.

Aris tan solo dejó caer la cabeza, vencido. Lo que le estaba diciendo Hell era un resumen muy selectivo de sus actos; su discurso le sabía a excusa sin sentido y a sangre seca. De existir un dios real, uno ajeno a la mentira de su pueblo, le estaría mirando con desprecio desde lo alto. Elevó la mirada. Las nubes se incendiaban anunciando el amanecer, y una estrella brillaba en rojo en lo más alto. Parecía caer hacia la tierra, arrastrando una pequeña cola de fuego como un cometa.

«Es él —dijo Hell tensándose en su interior—. Es la hora».

«Si no podemos detenerle, ¿por qué luchamos?».

«La mayoría de los hombres no saben por qué mueren, y mucho menos por qué luchan, Aris».

«Soy una pieza más en el juego, ¿verdad?».

«Todos lo sois —respondió Hell—. Lucharás porque hay que equilibrar la balanza, porque la Alianza debe pagar el precio de detenerme».

Aris miró a su alrededor. La guardia Blue ocupaba sus puestos en la pirámide escalonada, en las ametralladoras y en las calles de la ciudad. Las tropas regulares se apostaban en los tejados y en las plazas, mientras las patrullas de rastreadores volaban sobre los lagos en forma de cuervo. Todos ellos le debían algo al Fénix, todos habían matado alguna vez para cumplir las leyes de la tribu. Habían perseguido a los desertores hasta cobrarse sus vidas o los habían condenado a trabajar en las minas a perpetuidad. Los mineros aguantaban hasta intentar escapar, o se cortaban el cuello presas de la depresión. Si sobrevivían al intento de suicidio, se les obligaba a pagar el agravio por derramar la sangre de Ketzal y eran quemados vivos. Las mujeres eran amenazadas con la muerte de sus hijos si se quitaban la vida. Las minas eran el infierno a la sombra del cielo.

Y allí, plantando cara al Fénix y a la Alianza de Tronos, estaban todos los causantes, instigadores y ejecutores, todos los que habían promovido aquella inmensa locura durante siglos.

Desde su nueva perspectiva, Aris era consciente del destino de aquellos hombres, del final de un camino esculpido con cada uno de sus actos. Resultaba fácil comprender de la misma forma mil batallas del pasado, intuir el precio que pagaban cada día las naciones del mundo. Era como descubrir la punta de un iceberg universal sobre la superficie. Hombres y mujeres vivían y morían sin saber que, bajo las aguas, se escondían las razones que lastraban su destino.

«No puedo guiarles hacia una lucha sin sentido».

«Pero lo tiene...», respondió Hell.

«¡Pero ellos no lo ven! ¡No pueden verlo!».

«Nunca lo hacen... Es por eso por lo que existe el juego. Os enseñamos así, poniendo a prueba vuestro ser en cada esquina, forzando situaciones que vosotros mismo proponéis».

«No puedo», dijo Aris negando suavemente con la cabeza.

«No te preocupes, yo lo haré por ti», dijo Hell tomando con suavidad el control de su cuerpo. Levantó el brazo y cerró el puño enviando una orden invisible que se extendió por toda la ciudad. «Este es un juego de dioses, Arishalotek. Te enseñaré cómo se juega».

Montecarlo:

Scyros se enfundó el nuevo mono de combate. Le quedaba como un guante. Los refuerzos de Kevlar no le hacían demasiada gracia, pero tampoco se quejó; el simple hecho de que Leo se hubiese esforzado en fabricarle una armadura a su medida ya merecía respeto. Seguramente terminaría como el resto de su ropa, destrozado, quemado, rasgado o convertido en un boceto de lo que había sido en pocas horas. Pero no pudo menos que soltar una exclamación cuando se miró en el espejo. Parecía sacado de un cómic. En tonos marrones y verdes, la armadura marcaba todo lo que tenía que marcar para asustar de lejos, protegiendo a su vez las zonas más delicadas con escamas de Kevlar y de acero. A su espalda contaba con una serie de presas para poder llevar seis de sus lanzas y tenía incorporadas dos cartucheras para armas de fuego en las caderas.

—Dame algo que meter aquí —le pidió a Star, que estaba terminando de preparar el equipo.

A su lado, Luna se había vuelto a poner ese mono de combate que llevaba en Ibiza y acariciaba el mango de su espada con la cadencia que siempre precedía al combate. Era como una madre acariciando a su hijo, y en cierto modo lo era. Fabricó esa espada ella misma y la había estado mejorando durante siglos. Star

se refería a ella como «la cuchilla de afeitar más grande del mundo», y desde que había visto el cuerpo de Alter cortado en dos la miraba con un miedo ceremonial pintado en el rostro.

En silencio, Star le entregó a Scyros dos Magnum de su «ajuar personal» con seis balas de carga explosiva en cada tambor. «Doce muertos para el Tuerto», pensó mientras devolvía su atención al maletín de aluminio en el que transportaría su propio armamento.

Joyko había sido muy escueta durante la llamada de teléfono que los había puesto a todos en marcha. «El Fénix está despierto. Preparaos para tomar Tollan a su señal. Marcará el sendero». Lee se había largado a reclutar a los fragmentos dispersos de la Alianza, que al parecer estaban sufriendo ataques de las Potestades por todas partes.

Star no pudo evitar comparar su propia situación con la general. Sobre sus cabezas, cinco pisos por encima, los servicios de emergencia de Mónaco estaban recuperando cadáveres que jamás podrían identificar bajo los cascotes de un edificio destruido por una fuerza que no sabrían comprender. Mientras, ellos se preparaban para entrar en una batalla que no podían controlar, bajo las ordenes de un ser que se había convertido en su única esperanza de sobrevivir, en un juego donde lo más sencillo era aceptar que algunos muertos necesitaban ser descuartizados para estarse quietecitos.

Resultaba tan confuso que prefirió dejar de pensar en ello y centrarse en lo que tenía entre las manos. En aquel maletín, un rifle enorme de francotirador reposaba dividido en piezas de diversos tamaños y formas, como un puzle diseñado para asesinos. Y a su lado, en una caja especial, cinco balas de mercurio congelado permanecían aisladas en pequeños compartimentos criogénicos.

Silvie había conseguido meterse en uno de los trajes que pertenecían a Leo. De altura andaban a la zaga, pero de pecho le apretaba bastante, así que le habían dado un corte al material para fabricarle un escote improvisado que llamaba casi tanto la atención como el de Luna.

Del plan, Scyros no les había contado gran cosa. Esas balas habían sido fabricadas hacía tiempo para poder eliminar a condenados sin que estos pudiesen rastrear el proyectil. Era de imaginar que el Tuerto quería llevarse a Tollan un as en la manga por si las cosas se torcían. La idea era que Silvie mantuviese a Star y a ella misma a salvo en lo alto de los riscos que rodeaban el

lado norte de la ciudad, a un kilómetro más o menos de la pirámide central. Desde allí, tendrían a tiro a toda la ciudad. Pero la teoría no tenía lógica alguna; cualquier tolteca podía volar hasta ellos si eran detectados, y eso ocurriría al primer disparo. «Esperaréis mis órdenes allí arriba», les había dicho Scyros, y nada más. Y después de haber visto en primera fila al Tuerto fuera de sus casillas, Silvie se mordió la lengua junto a las ganas de usarla y aceptó las órdenes con un gruñido.

—Luna y yo iremos delante y después marcaré el sendero para vuestra posición. Procurad que no os vean —dijo Scyros señalándoles intermitentemente.

Star tan solo asintió, y Silvie perdió la vista en el pequeño rifle de asalto que le había tocado, que dicho sea de paso, le parecía de juguete al lado del de Star. Pero al menos el suyo ya estaba montado y no pesaba una tonelada.

—Marcaré el sendero lo más alejado posible de la ciudad, así será menos probable que os detecten. Supongo que las patrullas estarán regresando a Tollan en cuanto empiece la lucha. Evitad el enfrentamiento a toda costa, tenéis que llegar a vuestra posición sin que nadie —hizo una pausa para mirarles a los dos a los ojos—, absolutamente nadie sepa dónde estáis. ¿Lo entendéis? Si se dan cuenta de lo que queremos hacer no estaréis a salvo.

Star estuvo a punto de rascarse la cabeza. No lo entendía, pero el tono de Scyros no dejaba opción a réplicas, así que hizo lo que siempre había que hacer en estos casos: esperar a que la incógnita se resolviese sola.

—Toma —le dijo Scyros al tiempo que le daba un pequeño intercomunicador—. Póntelo. Te daré órdenes sobre la marcha.

Star miró el dispositivo un segundo antes de cogerlo mientras paseaba la vista por los demás ojos que le observaban a su alrededor. Tan solo Luna le devolvió la mirada con la misma sospecha pintada en la cara que él. ¿A qué venía todo aquello?

Scyros era listo, todo lo listo que un humano sería de llegar a cumplir más de tres mil años, así que esperó el momento justo para que la respuesta a aquellas dudas no generase más preguntas de las que estaba dispuesto a contestar.

—Si Hell vence al Fénix, una de esas balas puede quitarle la cabeza de los hombros —dijo señalando la caja criogénica—. Sería nuestra última oportunidad. ¿Entendéis?

Luna se ciñó la espada a la espalda y no dijo una palabra, mientras Star y Silvie se tragaban la mentira sin intuir la verdad que se ocultaba entre líneas. No tenían por qué saber que si era el Fénix quien vencía se le dispensaría el mismo trato.

El Gigante caminó lejos del armario del arsenal hasta donde el sarcófago de Alexias descansaba a los pies del espejo. Perdió la mirada entre los tesoros que llenaban el suelo, amontonados en los bordes de la cueva como juguetes sin dueño, y recogió de uno de los montones una espada pequeña cuajada de piedras preciosas y con un filo azulado que delataba su procedencia.

—Toma, Silvie —le dijo mientras se acercaba a ella ofreciéndole el mango de la espada—. Es acero de Damasco. Te será útil. Star no se ha entrenado mucho con arma blanca.

En otra época, un regalo del guardián de la Alianza era un honor que aumentaba tu reputación notablemente. Pero dada la situación, aquello parecía más un gesto desesperado, como ponerse el cinturón de seguridad en un avión, tan útil en caso de colisión como un cortaúñas ante un carro blindado.

—Gracias —respondió Silvie preguntándose si su falsa sonrisa resultaría tan creíble como la que lucía el Tuerto. No le caía bien y seguramente no terminaría de hacerlo nunca. Pero no podía negarse a obedecerle, así que recogió aquella chuchería y comenzó a buscarle al traje de combate alguna rendija donde meterla.

Luna parecía ajena a todo, como si el simple hecho de haber vuelto a hablar le hubiese costado toda su energía. Permanecía de pie mirando a lo lejos el sarcófago de Alexias, como si el espíritu de este le estuviese haciendo señas para que se acercase. Mientras, Star la miraba de hito en hito sin saber bien qué decir. Cuando Scyros fue a sentarse sobre el sarcófago para matar el tiempo, Star se acercó a ella y le ofreció una pistola. Ella tan solo le devolvió una sonrisa triste y negó con la cabeza.

—¿Qué te pasa, Blancanieves? —le preguntó a media voz.

Ella pareció dudar si responder con las manos o hacerlo con su recién recuperada herencia.

—Joy... Joy nunca se atrevería a transmitir una orden directa sin citar la fuente —dijo al fin.

—No entiendo a qué te refieres —respondió Star.

—Ella siempre diría: «Mell ha dicho» o «el Romano me ha dicho». Jamás le suprimiría de una orden de ataque.

—No sé... —dijo Star rascándose la cabeza—. Tal vez se lo ha ordenado el Fénix directamente.

—Los eones siempre siguen la línea del primogénito.

Aquello era cierto. Los eones, salvo en contadas ocasiones o por fuerza mayor, siempre daban las órdenes desde la base de la familia, por eso se terminó distinguiendo a los primogénitos.

—Crees que está...

—«Sé» que está muerto —dijo Luna con convicción sin dejar de acariciar el mango de su espada.

Star se quedó sin palabras, tan solo buscó a los demás con la mirada. Scyros mascaba su piedra imaginaria junto a la tumba de Alexias, y Silvie seguía buscando un orificio donde meter la espadita enjoyada. Ambos fingían no estar escuchando algo que, en una cueva cerrada y con el oído del condenado, resultaría imposible no escuchar.

—Ya le lloraremos más tarde —dijo Star—. Tal vez tengamos a más que llorar antes de que termine el día.

Aquella especie de presagio se extendió por toda la cueva, y las miradas se cruzaron en todas direcciones.

—Ya le lloré una vez... —dijo Luna—. Hace mucho tiempo, cuando nos dimos cuenta de que el amor caduca como todo lo demás. —Colocó la mano en el hombro del Marshal y prosiguió—: Lloro por la muerte solo una vez y vive recordando que tú... seguirás el mismo camino.

Sin más, se dio la vuelta y se fue hacia Scyros. Le dedicó una mirada larga y sostenida que ni Star ni Silvie supieron cómo interpretar. Después se giró en redondo y se sentó a los pies del sarcófago, apoyó la espalda en él y cerró los ojos.

Scyros había oído aquella frase un millón de veces de la voz de aquel que reposaba dentro de aquella caja de piedra negra. Lo recitaba siempre que un condenado moría y estaba escrito en aquel sarcófago en griego minoico. Pero el significado que Alexias le daba a aquella frase era mucho más profundo que la frase en sí. Para él significaba que, tarde o temprano, todos los condenados seguirían el camino que abandonaron el día de su muerte, y eran sus actos durante aquella prórroga vital lo que dictaminaría el «camino» que terminarían

por recorrer. Mellias de Syracuse se había ganado a pulso la redención de sus actos. Con aquella mirada, Luna le estaba preguntando a Scyros si él podría decir lo mismo.

Scyros tan solo parpadeó, sin saber muy bien si había comprendido la indirecta, para después lanzar una mirada de reojo a la inscripción. Y, desde algún lugar de su mente, creyó escuchar la voz de Alexias preguntándole algo sin ningún sentido: «¿Has sido justo, Scyros?». «¿Justo? —pensó él—. Ser justo es un capricho que no me puedo permitir...».

Tollan.

Y cayó del cielo, como una lágrima del Creador, como una estrella fugaz, como una llama, dividiendo en dos el firmamento a su paso. En Tollan vieron cómo ganaba velocidad a cada metro de caída, alargando su cola de fuego hasta donde alcanzaba la vista. Y cuando tocó el suelo, toda aquella energía se extendió con fuerza tiñendo de llamas toda la playa de los cañaverales. La onda expansiva evaporó el agua del río a su espalda, y frente a él, las chozas de la ribera se hicieron astillas de carbón y hierro fundido. Todo quedó arrasado en dos kilómetros a la redonda y el sendero quedó marcado.

Las torres de Hell se protegieron del fuego para después intentar entre todos contener la tensión elemental. Fue como si el Fénix sujetase un extremo de una inmensa soga que después se dividía en más de un centenar a manos de todas las piezas de Hell.

Siguió un segundo de silencio como el que precede a la explosión de un cohete, a un grito de guerra o a un suspiro. Y los cañaverales se llenaron de condenados...

La Alianza se presentó al completo, con las veinticuatro torres que le quedaban, ciento treinta y siete alfiles y doscientos ochenta y ocho caballeros. Todo el que sabía usar algún elemento estaba allí, empuñando las armas.

Joyko y Tarik cruzaron casi al mismo tiempo flanqueando la figura de Marc, que permanecía de pie en el centro de aquel ejército improvisado.

—A eso le llamo yo «marcar el sendero» —dijo Tarik bromeando mientras rastreaba alrededor.

Aquello, más que una marca en el astral era un boquete tan difícil de ver como el sol en el desierto.

Joyko se había puesto su mono de motorista ceñido, negro y sin refuerzos confiando más en su destreza que en ninguna armadura. Llevaba la espada de su hermano, la ninjatō de filo recto y hoja teñida de negro; una pistola en cada pierna, y en cada antebrazo veinte dardos tan largos y afilados como agujas de tejer. Por su parte, Tarik venía de sport con el pantalón del chándal que le quedaba como un tiro, la chaqueta abierta y aquella espada en la mano. Al ver a Hiken, Joy no pudo evitar sentir un escalofrío recorriendo su espalda.

Scyros y Luna se acercaron a ellos. El Tuerto venía sonriendo a costa del atuendo de Tarik, que viéndose venir la broma le dio la espalda por inercia.

—Muy bien, Fénix —dijo el Tuerto llegando a su altura—, ya que el juego es tuyo, tú dirás qué se te ofrece.

Marc permanecía mirando al horizonte, donde una figura lejana coronaba la gran pirámide central. A su alrededor, los condenados cargaban sus armas e iniciaban modestas cargas de energía, que se sentían en la tensión elemental como cientos de abejas recolectando polen picando aquí y allí para arañar algo que llevarse a la boca. Frente a ellos, las piezas de Hell hacían lo mismo, convirtiendo el sendero en un caos de sombras y de luces.

La primera ráfaga de ametralladora sonó tan extraña en aquel entorno que llamó la atención de todos los presentes. Fue como haber puesto un petardo en una iglesia. La gente comenzó buscar cobertura extendiéndose por la planicie de los lagos y de los riscos que recortaban la ciudad por la derecha.

Saber quién fue el primero en caer resultaría imposible, pero la Alianza comenzó a devolver golpes y el ataque se convirtió en un hecho sin dar tiempo a orden alguna.

Marc perdió algunos segundos en dedicarle a Joy la misma sonrisa que el día en que la besó por primera vez, algo tan rotundamente suyo que no dejaría dudas sobre quién estaba allí, tras aquellos ojos de fuego. El sentimiento del amor, aunque ligeramente deformado por su transformación, seguía allí, tan fuerte como el primer día y tan confuso como siempre. Ella no supo si reír o llorar, y apretó el mango de la espada por simple inercia al sentirse impotente ante la magnitud de todo lo que estaba sucediendo en el interior de Marc. No sabía, ni se atrevía a querer saber, hasta qué punto había cambiado.

—Hablaemos luego —le dijo él con su habitual tono de novato indolente—. Ahora tengo algunas cosas que hacer. Tú no te separes de Tarik.

La orden le sentó como una patada, pero tan solo asintió.

—Joy... —La voz de Luna la cogió tan de sorpresa que casi suelta la espada. La miró con la boca abierta mientras en su mente el recuerdo de lo sucedido a Mell a floraba.

Fue en su mirada donde Luna encontró la confirmación a lo que ya había imaginado: Mell coronaba la lista de bajas de aquella locura. La Albina torció el gesto automáticamente, dio un pequeño paso al frente y se echó a llorar. Mientras, a su espalda estallaba la batalla.

—No tenemos tiempo —dijo Marc mientras comenzaba a caminar hacia Tollan—. Tenemos que terminar con esto.

Joyko cogió a Luna del brazo y la empujó hacia delante.

—Lucha, Luna. «Las lágrimas no devuelven la vida a los muertos».

Interior de la selva.

Sheteck volaba bajo intentando no llamar la atención de las tropas regulares. Por desgracia, no le salió bien la jugada y terminó en el suelo en dos minutos defendiéndose como pudo de un comando completo de cinco hombres. De dos de ellos dio cuenta al tocar el suelo, para después comenzar a correr entre los árboles obligando a los otros tres a perseguirle. Lo que más le dolió fue el instante de reconocimiento en los ojos de sus víctimas antes de asestar el golpe de gracia, un instante manchado de incertidumbre y de culpabilidad que le arrancaba pedacitos de alma cada vez más grandes. No quería matarlos, solo quería llegar hasta las minas, salvar a todos los que pudiese y morir..., regresar al rostro de Yalia, a su calor, aunque tan solo fuese un instante antes de sucumbir al frío de la oscuridad.

Sabía que le llevaba ventaja a Talos, pero no sabía cuánta, y vio al Fénix caer del cielo como toda criatura con ojos en doscientos kilómetros a la redonda. Cuando escuchó los primeros disparos ya estaba a menos de seiscientos metros de las minas, pero se encontró con otra patrulla de frente y no le quedó más remedio que parar. Y llegó el conflicto. El simple hecho de haber perdonado a

tres de sus perseguidores le pasó la factura al detenerse. Ahora tendría que ocuparse de ocho hombres a la vez, y para colmo, uno de ellos era un Blue.

Una vez más llegó el reconocimiento en aquellas miradas, y se interrogaron unos a otros sin comprender.

—¿Sheteck? —preguntó uno de ellos al aire mientras los demás asentían para afirmar lo que veían.

—Tenéis que escucharme. No tengo tiempo para explicar lo que está pasando, pero tengo que llegar a las minas. Las mujeres, los niños, los sacerdotes... Sus vidas dependen de que llegue hasta las minas, y si tengo que mataros lo haré —dijo mostrando el filo de las dagas. Le sorprendió verles dudar. Ningún tolteca dudaría de las órdenes de Kexal, así que apuró su suerte.

—Sabéis de sobra que ese no es Kexal. Ni siquiera es Aris. La que os devolvió la vida no era mi mujer. Era Hell, un eón.

Aquellos ocho pares de ojos le miraban sin pestañear.

—Tú también sirves a uno —le dijo el Blue señalando el anillo de su dedo.

—Sí, es cierto. Sirvo al mismo que está arrasando Tollan ahora mismo. Nos hemos convertido todos en piezas de su juego por culpa mía y de Aris. —Negó con la cabeza, furioso—. Pero el ser al que yo sirvo solo busca justicia, y lo que busca Aris es venganza. La venganza terminará con todos muertos. La justicia me permite salvar a los inocentes.

El primero en sentir la vibración de Hell en el anillo fue el Blue, que se miró la mano y comprendió que la orden era atacar a la Pantera. Pareció dudar un segundo y parpadeó incrédulo mientras asimilaba la verdad que había intentado no ver, enterrada entre promesas de redención y de venganza. Miró a Sheteck a los ojos, agarró su anillo y le dijo:

—Buena suerte. «Yo no tengo linaje». —Se arrancó el anillo del dedo sin completar su letanía y se desplomó muerto ante la atónita mirada de Sheteck y de los demás guerreros de las tropas regulares.

El instante que siguió fue confuso para todos. Entendían de sobra su situación. Algunos querían luchar y otros solo querían dejarle ir.

—Tengo que llegar a las minas... —susurró.

Uno a uno fueron preparando sus armas sin más que poder decir. Desearían tener la convicción de aquel fanático Blue, pero no la tenían.

—Lo siento... —dijo uno de ellos antes de lanzarse al ataque.

Los demás le siguieron, y Sheteck se vio obligado a matarlos uno por uno con el regusto amargo del verdugo, incapaz de ver otra opción.

Cuando todo terminó, se maldijo a sí mismo. Golpeó el tronco de un árbol con los nudillos hasta partirlo en dos y terminó de rodillas ante el cuerpo de aquel Blue, el único al que no se había visto obligado a matar.

El cadáver tenía la vista perdida más allá de la realidad, de la misma forma en que lo había hecho en vida, cuando permanecía firme ante la entrada de la cámara de Ketxal.

Sheteck le cerró los ojos, se levantó como pudo y siguió caminando. Concesiones, sacrificios... Todo aquello tenía que servir para algo, tenía que dar sentido a cada paso que daba, a cada muerte que causaba hasta alcanzar su destino. Tal vez ya no quedase nada que salvar, tal vez Talos los sepultase a todos por culpa de los pecados que arrastraban..., pero tenía que intentarlo.

Tollan: Piramide central.

Hell observaba la ciudad con la sonrisa bordada al rostro de Aris. Arrancaba las astillas de terror de los hombres que creían proteger a su dios mientras el mismo Aris comprendía en su interior la verdad de todo aquello. Era una ejecución general, daba igual de qué bando hablasen. La Alianza había perdido su ventaja ante aquel ejército de condenados y las balas arrancaban miembros por igual tiñendo de rojo y de odio las mansiones doradas y el azul de los lagos. La muerte campaba a sus anchas de lado a lado mientras hombres y mujeres sin rostro luchaban sin saber que ni el Fénix ni Hell valoraban sus vidas.

Tan solo algunos elegidos, algunas piezas cuyo destino se reservaban, llegarían al final de la partida.

Tollan: Sierra de Zarhan.

Star obedeció como se esperaba que haría. Cruzó al punto señalado, más allá de los riscos. Se encontró con una jungla espesa y viva cuajada de rocío y de humedad, fría como una cripta bañada por los escasos rayos de sol que conseguían atravesar la espesura. Silvie lucía un rictus de terror en la cara

mientras intentaba ignorar los sonidos lejanos de una batalla que sonaba a carnicería.

—Camina —le ordenó a Star—. No quiero estar aquí un solo segundo más de lo necesario.

El Marshal obedeció más por comprensión que por respeto, aunque sabía que de encontrarse con el enemigo ella era su única posibilidad de sobrevivir.

Caminaron lo más rápido que les permitía la selva intentando no hacer más ruido del necesario. Pero, por desgracia, en la selva su simple respiración era como una salva de cañonazos. Les encontraron cuando no habían caminado una docena de pasos, y para cuando empuñaron las armas ya les habían rodeado.

Star contó una docena, y Silvie media más. Llevaban armas automáticas y dagas de timer, y no tenían cara de plantarse a negociar.

En un abrir y cerrar de ojos ya les habían llovido un centenar de balas, que trocearon la vegetación a su alrededor. Por suerte, Star colocó algunas balas entre las cejas de dos de ellos y ambos bandos terminaron cubriéndose entre los árboles.

—Pinta feo —dijo Star devolviendo balas al tambor de su revólver.

—Ya te digo... —susurró Silvie, que había sacado el teléfono móvil del bolsillo e intentaba cambiar la configuración para alcanzar el satélite.

—¿Qué haces? —preguntó el Marshal—. ¿Te parece un buen momento para comprobar el correo?

Sonaron un par de disparos y el tronco que les cubría dio un par de crujidos de aviso. Star devolvió todos los disparos que le permitieron las armas antes de volver al hueco del tronco y ponerse a recargar rezando todo lo que sabía.

Silvie tan solo se puso el teléfono en la oreja y esperó con la misma cara que pondría de tener que hablar con su operadora:

—Responde, joder... Responde...

Dos balas salidas de la nada le acertaron en el pecho, mientras Star las devolvía casi sin apuntar. Se escucharon un grito y un sonido similar al que hace una sandía al reventar contra el suelo, y los toltecas decidieron reagruparse para pensar.

—¡Ven aquí, por el amor de Dios! —le dijo Silvie a su interlocutor en una súplica que sonó desesperada.

Luego dejó caer el móvil e hizo una señal en el aire como una T invertida con un aro en la parte de arriba, marcando el sendero con él.

—¿A quién...? —Star no terminó la pregunta.

Uno de los toltecas apareció de la nada con esos cuchillos suyos en las manos y se abalanzó sobre él. Forcejearon y los dos terminaron rodando por el suelo hasta que la enorme caja de aluminio que el Marshal llevaba a la espalda los detuvo a dos metros de Silvie. Se escuchó un sonido extraño seguido de la típica vibración de un salto en el sendero y después una especie de gruñido.

El tolteca se zafó del abrazo de Star, se incorporó a medio cuerpo y se dispuso a rebanarle el pescuezo apurando un poco más de la cuenta. Se escuchó un silbido muy raro y después un golpe seco, y donde antes había una cabeza tolteca tan solo quedó un cuerpo sin vida que se desplomó a un lado sangrando al por mayor.

—Más vale que no me hayas hecho venir para matar a un palurdo y salvarle la vida a otro —dijo Sílex mientras hacía girar uno de sus martillos para sacudirle la sangre, a lo que Silvie respondió señalando con el pulgar por encima de su hombro hacia la vegetación al otro lado del tronco.

—Qué va... Hay un montón de palurdos, mon amour —respondió Silvie apurando un suspiro de alivio.

Sílex se encaró en esa dirección y comenzó a caminar hacia allí mientras cargaba la vibración de la tierra.

—Salid de aquí.

Cuando llegó a la altura de Silvie, su piel ya parecía hecha de piedra. Hizo una pequeña pausa para mirarla. Ella se puso en pie, le dio uno de esos besos que no se olvidan fácilmente y se hizo a un lado.

Tal vez para ir avisando a los toltecas de lo que se les venía encima, o tal vez porque le daba pereza dar un rodeo, el caso es que hizo astillas el tronco de un martillazo y salió a campo abierto. Se empezó a escuchar una retahíla de disparos seguidos de campanadas que terminaban en gritos agónicos.

Star se recompuso lo mejor que pudo. Estuvo tentado de preguntar, pero no dijo una palabra, recogió la caja del rifle y salió en dirección a los riscos perdiendo el culo detrás de Silvie.

Llegaron a la posición indicada cinco minutos más tarde. A sus pies se extendía toda Tollan, y el espectáculo era dantesco: fuego, gritos, disparos, explosiones... A Star le vino a la memoria la toma de Saigón, seguramente porque fue la única batalla en una ciudad que había presenciado. Se obligó a dejar de mirar y echó la caja al suelo. Allí estaba el rifle, por suerte no demasiado

maltrecho. Ajustó las piezas a buen ritmo mientras Silvie se cubría y sacaba unos pequeños prismáticos de la caja, pero cuando le llegó el turno a las balas se encontró la caja rota.

—¡Venga, hombre, no me jodas! —maldijo el Marshal mientras removía la caja de proyectiles—. ¡Joder, esta mierda es de película!

Ella le interrogó con la mirada.

—Una bala... Solo tenemos una bala.

—Vaya... —respondió ella—, creía que pasaba algo malo. —Él la miró sin comprender—. Si realmente creías que ibas a poder disparar ese trasto dos veces, es que estás más loco que Scyros.

Star levantó las cejas y asintió. La verdad era que tenía razón, así que metió la bala en la recámara y cerró el cerrojo.

La vista desde la mira telescópica era aún más impresionante. Allí estaban muchos de los que habían compartido su mesa durante la Carneia repartiendo y recibiendo plomo a toneladas. Las torres destacaban cubriendo a los demás como podían mientras iban ganando terreno a través de una ciudad de oro que parecía sacada de un cuento de hadas.

—Así que esto es Tollan... —susurró a Silvie mientras se hacía poco a poco con la respiración y con el ritmo de la pelea.

—No me he traído la guía de viajes, pero me da que la pirámide del centro es esa —respondió ella señalando a algún lugar que solo ella veía. Pero de alguna forma, Star también la encontró.

Casi llegando a su base estaba Scyros, que movía una de sus lanzas como si fuese una majorette. A su lado estaban Luna, Tarik y Joyko repartiendo «regalitos» a los asistentes, y un Marc que caminaba con calma hacia la pirámide haciendo gestos que parecían saludos a derecha e izquierda. Podría parecer un desfile muy bonito, salvo porque lo que estaban repartiendo no eran caramelos, y porque a los que saludaba Marc terminaban ardiendo o explotando sin venir a cuento.

Hacia el otro lado de la ciudad se veía revuelo. Había cuervos volando en círculos sobre los edificios y gente disparando desde los tejados a algo o a alguien que se movía muy deprisa.

—Qué coño... —susurró Star mientras apuraba el zoom de la mira telescópica. Vio cómo un tolteca atravesaba una de aquellas paredes de ladrillo pintado con la cabeza, y después cómo lo hacían dos más.

—¿Qué pasa? —preguntó Silvie mientras paseaba los prismáticos por toda la ciudad.

—Al sur, donde está la maraña aquella de cuervos volando.

En ese momento, uno de los edificios del fondo se vino abajo y una decena de toltecas salió corriendo de allí. Huían de algo dando alaridos.

—No tengo ni idea... —Entonces lo vio, se quitó los prismáticos de la cara y afiló la vista como si quisiese verlo con sus propios ojos a pesar de la distancia.

Mientras, el Marshal analizaba la ciudad. Allí faltaban cosas que estaban en el mapa de campaña que habían visto en la cueva. Y lo más raro era que lo habían sacado de un plano militar por satélite de no más de una semana.

—¿Aquí no había tres lagos? —preguntó—. Pues yo solo cuento dos... —Silvie no respondió, así que Star miró a ver si le pasaba algo.

Estaba mirando hacia la ciudad con la boca abierta y señalaba algún lugar allí abajo sin dar crédito a lo que veía. El Marshal lo encontró con facilidad y soltó una pequeña carcajada.

—Es la primera vez que lo ves, claro...

—Pero ¿qué diantres es eso? —preguntó ella sin quitar ojo de allí.

—No te preocupes... Es Lee.

Tollan: Sendero de los tres lagos.

Los primeros minutos de pelea fueron bastante difíciles para Lee. Todo el mundo tiraba de la tensión elemental por todos lados y, además, allí hasta el más tonto usaba el fuego con cierta maestría. Por suerte, eso hacía que el agua fuese fácil de acumular. A medida que la gente iba abandonando el mundo de los vivos, la tensión se fue soltando y los caóticos combates con armas dieron paso a otros más organizados y ceremoniales, donde los más fuertes se empleaban a fondo usando la poca energía disponible en la zona.

Lee apuró el agua y la tierra sin mucha dificultad para luego centrarse en el viento sin soltar los anteriores. Por desgracia, llevar los ojos tan cargados le convirtió en el centro de atención en la batalla, puesto que, si conseguían herirle, soltaría aquella ingente cantidad de energía sin haberla utilizado, permitiendo a los enemigos cercanos hacerse con ella y usarla para esquilmar a la Alianza, y, para completar el lote, parecía un chavalín al que no le había salido

la barba. En resumen, iban todos a por él. Pero por suerte, aunque no de la buena, a Lee le arrancaron el miedo a golpes antes de cumplir los dieciséis años.

Caminaba entre las casas despacio, con las manos a la espalda, vestido de ese naranja chillón que se había puesto en la Carneia, dado que era la única ropa que le quedaba después de que arrasase la isla para enterrar, bueno... mejor dicho, ahogar su pasado. Por suerte, se cambió de ropa en los sótanos de la villa de Licos gracias a que la bolsa consiguió sobrevivir a «la noche del muerto».

Entre ataque y ataque disfrutaba de su primera visita a la ciudad de Tollan. Resultaba impresionante para alguien que amaba la arquitectura, aunque, para su gusto, le resultaba un tanto asfixiante la ausencia general de ventanas. Habían transformado algunas casas retirando uno de los muros y sustituyéndolo por cristal, pero eso no era una ventana como Dios manda. Se tomó la licencia de entrar en algunas de aquellas casas, como si en realidad estuviese haciendo turismo. Por desgracia, le perseguían y no pudo evitar abrir algunos boquetes improvisados al viejo estilo, usando a sus rivales como arietes.

Todo parecía ir bien hasta que esquilmo lo suficiente a las tropas regulares como para que Hell centrase su atención en él y le echase encima a media guardia Blue.

Esos ya no le servían para abrir ventanas; se recuperaban de los golpes más rápido que él y tuvo que emplearse a fondo para que no le cortasen los brazos. Cuando empezaron a usar el fuego de forma sistemática, la cosa se puso aún más fea. Estaba bordeando uno de los lagos cuando consiguieron cerrarle el paso y, en un golpe de suerte, le asestaron un corte de timer y le arrojaron al lago con un golpe de fuego que le habría costado caro de no irse derecho al agua. Mientras se sumergía, aguantando como pudo el dolor, se le pasaron mil excusas por la cabeza para no hacer lo que haría, para no usar lo que sabía que usaría, para no matar a todos los que mataría... Pero esas excusas morían siempre ahogadas por otra: el deber, ese «cuento chino» tan arraigado en él como las raíces de los árboles lo están al suelo.

«Sirvo al Dragón porque debo hacerlo —pensó—, sirvo a la Alianza porque debo hacerlo, y mataré a estos hombres... porque debo hacerlo».

Fue el sentimiento del deber el que desencadenó al Dragón por el simple hecho de que era ese mismo sentimiento el que lo mantenía encadenado. Esa

era la naturaleza de Shen, ese era el significado de su nombre, el deber, la mano que rige la vida del hombre honrado.

Así que Lee cumplió con su «deber» y enseñó a la guardia Blue una lección importante: «Nunca trates de ahogar al primogénito de un eón de agua», al igual que no apagarías una fogata con gasolina.

Vació los pulmones de aire para irse al fondo del lago y, una vez abajo, ancló uno de sus pies en una piedra hasta que se mitigó el dolor del corte. Luego concentró el sentimiento a su alrededor extendiendo sus sentidos por todo el lago. Allí habría unos doscientos mil metros cúbicos de agua. No pudo evitar sonreír. Como habría dicho Ryu, daba para un dragón de mil pares de...

Tollan: Las minas.

Sheteck alcanzó las minas y le sorprendió ver que casi no estaban vigiladas, aunque dada la situación era de imaginar que los guardias escaseasen lo suficiente como para dejar a los esclavos tranquilos. Pero cuando entró en el pasillo central vio lo que había sucedido en realidad. Los guardias decoraban el suelo con claras muestras de lucha a su alrededor. Se acercó despacio, vigilando las sombras. Tal vez Talos había llegado antes que él, pero a aquellos hombres los habían matado con armas de filo, no a dentelladas. Estaba comprobando los cuerpos cuando escuchó una voz conocida a su espalda.

—¿Sheteck? —El aludido se giró rápidamente y se puso en guardia—. No vas a necesitar eso conmigo —dijo el capitán de los Blue saliendo de uno de los pasillos laterales—. ¿O sí?

Sheteck tan solo negó sonriendo, envainó las dagas y se abrazó a aquel hombre con desesperación. No habría podido soportar tener que matar a un solo tolteca más.

—Están todos en el pasillo grande. Creo que es el punto más cercano al final de la cordillera —dijo el capitán mientras guiaba a Sheteck por los pasillos de la mina.

Antes de llegar al grupo, el Blue se paró y cogió a la Pantera del brazo.

—Sheteck... —le dijo—. ¿Estás seguro de esto?

—No...

—¿Eres consciente de que si el Lobo nos echa la cueva encima este será el fin de toda nuestra raza? Aquí están todas las mujeres, Sheteck... ¡Todas! ¿Crees que los eones dejarían pasar la oportunidad de quitarnos de en medio de un solo golpe?

No hizo falta ser experto en lenguaje corporal para interpretar la cara que puso Sheteck al escuchar aquello. Ni siquiera lo había pensado. El mismo Fénix podría haberlo planeado. Tal vez él solo era un instrumento para destruir a su pueblo.

Se desinfló como un globo, incluso creyó que la tierra a su alrededor se lo quería tragar. Apoyó el cuerpo en la pared del corredor y dio un vistazo al fondo desde la esquina. Estaba plagado de gente: mujeres, niños, sacerdotes y también los esclavos. Podían verse hileras de rostros asustados por todas partes. Incluso le pareció reconocer a algunos guardias de las tropas regulares que no habían pasado por las manos de Hell.

—¿También hay guerreros? —susurró en la oscuridad.

—Estaban en instrucción. La mayoría no sabe sostener una daga... Son inocentes —respondió el Blue, aunque no sonó muy convencido.

—Joder... —maldijo Sheteck mientras se hacía la cuenta de cabeza. No pudo evitar recordar una de las frases favoritas de su mentor: «Nunca pongas todos los huevos en la misma cesta»—. ¡Joder, joder, jodeeeeeer!

Entonces la tierra vibró levemente, algunos pequeños cascotes se soltaron del techo y el polvo llenó el aire a su alrededor. Los gemidos de los niños se mezclaron con los gritos de sus madres y la gente comenzó a temblar como la misma tierra, pero por diferente motivo.

—Ponte a cubierto... —ordenó Sheteck—. Llevas un mono de pelo de murciélago. —Ambos se miraron, y el capitán asintió.

—A mi señal —dijo la Pantera empujándole hacia la oscuridad justo en el momento en que se empezó a escuchar el paso lento y acompasado de Talos por el pasillo. Venía gruñendo y con los ojos cargados del verde de Licos.

Tollan: Escalinata de la gran pirámide.

Por suerte, Marc había conservado la ropa en su transformación. La experiencia de Horck en aquel oasis y la lección de Joyko en la playa de

Montecarlo le habían enseñado a dejar al hambre pasar de largo sin reclamar con fuego todo lo que ansiaba. Aun así, sentía el tejido duro y tenso, como si lo hubiesen planchado en exceso. El chaleco antibalas que llevaba debajo de la camisa le estaba poniendo de los nervios, pero no tenía tiempo para pensar en quitárselo.

Comenzó a subir las escaleras de la gran pirámide con paso lento y firme, como el minuterero de un reloj, devolviendo cada golpe que intentaban asestarle y reflejando cada descarga de energía. A su alrededor, Tarik, Joy, Scyros y Luna formaban una defensa perfecta. De vez en cuando, alguno de ellos abandonaba la formación para evitar algún ataque y después regresar a la fuente de energía elemental que el Fénix suponía. Era como llevar una pila inagotable.

Al principio, Hell concentró en ellos sus ataques, pero al cabo de un rato se centró en eliminar al mayor número posible de condenados de la Alianza a su alrededor. Era como si les estuviese dejando pasar mientras les observaba desde lo alto de la pirámide. Cuando alcanzaron el mirador central, Arishalotek hizo un gesto para ordenar a la élite Blue que le esperase a la entrada de la sala del trono y comenzó a bajar escaleras al mismo ritmo que el Fénix las subía, como si aquello fuese una visita de cortesía.

Desde la perspectiva de Marc, las cosas eran muy distintas. No había abierto la boca en todo el trayecto, puesto que no tenía intención de mentir si se le preguntaba. Aquella masacre suponía el objetivo en sí misma. La Alianza atacaba Tollan para esquilmar a los toltecas e intentaba usar al Fénix para terminar con Hell, y Hell lo permitía para diezmar a la Alianza y permitir al Fénix restaurar el equilibrio siempre y cuando la Alianza pagase el precio de su venganza. Resultaba difícil diferenciar el martillo del yunque. Y Marc era ahora consciente de todo. Veía a la muerte campar a sus anchas por la Ciudad de Oro, mientras Tarik, Luna, Scyros y Joyko creían estar protegiéndole, sin saber que aquello era exactamente lo contrario.

Se encontraron casi llegando al mirador superior. Aris les esperaba con una sonrisa antinatural en la boca y el brillo verde de Hell en los ojos.

—Hola, hermano. Sé bienvenido a Tollan, la ciudad sagrada de los toltecas — dijo Hell con mofa mientras señalaba el caos a su alrededor.

Scyros caminaba delante de Marc con una de sus lanzas en cada mano, como una torre protegiendo a su rey en la partida.

Para el Fénix fue fácil distinguir la presencia del verdadero Aris tras aquellos ojos que observaban con odio a Scyros. Aquel era el hombre que había matado a su hija. Desde el punto de vista del chamán, él era el instigador de toda aquella locura.

—Siento tener que decirte que el Lobo no es una presencia grata aquí —continuó diciendo Hell mientras leía el pensamiento del Fénix—, puesto que es el único culpable de todo esto.

—Eso es mentira... —replicó Scyros—. Tu locura es la única causante. —Una frase ambivalente, pues resumía muy bien la posición de la Alianza respecto a Hell y al propio Aris.

Siguió un momento de calma que tan solo rompió el rugido de un enorme dragón de agua en la distancia, al que ni Hell ni Aris ni el propio Fénix parecían prestar atención alguna.

—Habló el mono... Sin más derecho a hacerlo que las piedras que piso —dijo Hell dando un pequeño paso al frente y quedando al alcance de la lanza de Scyros.

—Scyros, apártate —ordenó el Fénix, pero el Tuerto estaba empezando a perder el sentido del oído, o simplemente no le daba la gana obedecer.

—No —respondió—. Si pretendes culpar a Licos de la locura de tus actos, tendrás que explicar en qué te basas.

Hell agrandó la sonrisa de Aris antes de responder.

—Así que estás pidiéndome explicaciones... Tú..., que no eres más que una sombra. No obstante —dijo respondiéndose a sí misma—, tal vez merezcas la respuesta.

Dio dos pasos hacia Scyros tan deprisa que nadie pudo reaccionar y le cogió por el mentón. El Gigante se quedó paralizado, dejó caer la lanza y se estremeció en toda su envergadura mientras Hell aprovechaba aquel segundo para entrar en su mente.

«Así que quieres saber en qué se basa la Mentirosa para culpar al Lobo». La voz de Hell resonó en su mente con la fuerza de un trueno abriendo brechas entre recuerdos perdidos, batallas más sangrientas que la de Tollan, que se sucedían en su interior sin principio ni fin. Mil rostros desfigurados por el dolor y la ira... Ocultos en lo más profundo de su infierno privado.

Después la perspectiva cambió y fueron los recuerdos de Hell los que invadieron su mente. Vio a hombres y mujeres del norte plantando trigo y

cereales. Vio cómo levantaban templos y construían barcos cuando tan solo el amor a Hell les empujaba a hacerlo. Y, por último, vio a Alexias y a Hell ante el rey Salomón, compartiendo su mesa. Vio a Talos tumbado a los pies de la cama del mago compartiendo con él los recuerdos de la hora del Fénix...

Entonces lo entendió todo... No fue Hell quien instigó al mago, fue la visión que Talos le enseñó sobre el poder de las Potestades. Aquello fue lo que empujó a Salomón a invocarlos uno por uno... Y el Fénix fue el primero en caer.

—¿¡Pero tú acusaste a Licos!?

«Yo dije que fue el Lobo. Pero Licos no quiso escuchar y ordenó mi muerte antes que reconocer lo que había consentido porque sabía que el poder absoluto se escondía tras aquel desliz. Me tachó de mentirosa ante mis hermanos aceptando que la vida había cambiado mi ser. ¡Pues es más fácil aceptar que el mundo de los vivos puede pervertir a los dioses que entender que la vida puede enseñarles algo!».

Sin decir más, liberó su cuerpo, que cedió hacia atrás hasta caer en las manos de Marc. Este le puso en pie de nuevo y lo echó a un lado.

—Y te diré más —dijo Hell guiñando un ojo a Marc mientras se giraba para volver a subir por la escalera—. Yo aprovecharía la ocasión para preguntarle a Tarik sobre la muerte de Alexias y... también por la de Ergara.

Scyros tardó unos segundos en procesar lo que acababa de escuchar. Estaba allí intentando evitar la destrucción de la Alianza ayudando al Fénix, que era el único capaz de detener aquello. ¡Pero no lo hacía! Y la Alianza caía en aquel fuego cruzado. Y por último estaba Tarik, que le miraba con el pánico pintado en el rostro proclamando a gritos que lo que había dicho Hell era verdad. La consabida ira le trepó por la garganta con el sabor amargo de una hiel inexistente, y el poco juicio que pudiese conservar se fue al fondo de su ser a compartir espacio con su infierno de batallas y de sangre.

Cogió una de su lanza del suelo y se lanzó a por Tarik.

«¿¡Vas a dejar a ese monstruo con vida?!», preguntó Aris a Hell mientras subía lentamente la escalera en dirección al santuario.

«Tranquilo... —respondió Hell—. Todos los pecados se pagan..., pero no le mataremos nosotros. Ese es el precio final de tu condena, acéptalo, y tal vez el Creador acepte todo lo que has aprendido de mí hasta esta hora».

Cuando pasaron junto a la élite de los Blue, se detuvo un segundo para darles instrucciones:

—Dejad entrar al de los ojos de fuego. Y cuando lo haga, matad a los que queden en la escalera.

Tarik contuvo el ataque del Tuerto como pudo mientras Luna y Joy se miraron sin saber qué hacer. No había orden de Licos de atacar al Fénix ni de este para atacar a Licos. Pero aun así se pusieron en guardia la una ante la otra.

Marc siguió caminando tras Hell.

—¡No atacéis a la Alianza! —le ordenó a Joy mientras se alejaba de ellos—. Necesito tiempo.

El Gigante descargaba golpes cada vez más fuertes contra Tarik, que tan solo podía recordar a Tanis y la suave tensión de los músculos de su cuello cuando clavó su rostro en la almohada para no responder a su pregunta. No podía matar a Scyros aunque tuviese la ocasión, tanto por la orden tajante del Fénix como por la súplica velada de Tanis. Pero allí estaba, blandiendo el acerado filo de Hiken ante la lanza del Tuerto.

—¡Por el amor de Dios, tuerto de mierda! ¿Es que no ves lo que esa zorra pretende? —le gritó furioso mientras Luna y Joy seguían sin saber qué hacer.

—¡Scyros! Por algo la llaman la Mentirosa —dijo Luna mientras seguía a Marc con la mirada.

Lo vio desaparecer por la puerta de la cámara de Ketxal y después vio bajar a tres guardias Blue por la escalera.

Scyros hizo blanco en Tarik con el asta de la lanza y lo mandó escaleras abajo para después coger impulso y saltar sobre él asestando un golpe devastador que el Turco esquivó por unos milímetros. La lanza se hizo añicos contra el suelo y Tarik le soltó un corte lateral que le cruzó el abdomen haciéndole perder el equilibrio. El Gigante terminó rodando escaleras abajo sin control. Tarik había ganado unos minutos, así que se dispuso a ayudar a las chicas a detener a aquellos Blue.

—Luna, tienes que ayudarme a controlar al Tuerto —dijo suplicante al llegar a su altura.

La Albina miró al fondo de la escalera, donde Scyros empezaba a incorporarse. Podía leer la locura en sus ojos. Tenía la misma expresión que lucía mientras empotraba los restos de Alter contra el suelo a puñetazos. Luego elevó la mirada hacia los Blue que se le venían encima y no tuvo duda alguna sobre qué enemigo prefería tener enfrente.

—Es el primogénito de mi familia, Tarik. No puedo hacer lo que me pides — respondió encarando a los Blue mientras medía los pies descalzos del Turco de un vistazo. Tenía el mismo número que las huellas del mirador de Ergara.

—Además..., aún tendrías que explicar lo de Alexias y lo de Ergara.

—Fueron accidentes... —dijo Tarik aun sabiendo que eso era avivar un fuego que no necesitaba demasiada leña para arder.

—Pues lo que sube por la escalera no parece un accidente.

—Jod... ¡Fue Tanis! ¡Mató a Alexias sin querer, y Ergara se quitó la vida a mi costa!

La Albina recibió al primer Blue mientras valoraba las palabras de Tarik. Podía sentir que aquello era cierto, pero si se enfrentaba al Tuerto en ese estado...

Joyko apuró las distancias con su adversario, le asestó dos cortes en las piernas casi pasando por debajo de él y terminó enviándolo escaleras abajo envuelto en llamas. Luego intentó cerrarle el paso al que atacaba a Tarik, pero tan solo consiguió llevarse un corte en el pecho y perder el equilibrio. El dolor la inundó con fuerza mientras la toxina se extendía por su torrente sanguíneo. Cogió todo el aire que pudo e intentó soportar el dolor, pero era tan intenso que perdió pie y cayó de rodillas ante el Blue, que levantó una de aquellas dagas y lanzó un golpe final contra su cuello.

Tarik se las vio negras para esquivar a Scyros, interponerse entre la daga de aquel Blue y el cuello limpio de Joyko y devolver el ataque, pero Hiken parecía moverse sola y a la velocidad del pensamiento. Seccionó la mano de aquel Blue casi al mismo tiempo en que detuvo una estocada de la lanza del Tuerto. Luego cargó el filo con una carga de fuego y le asestó un nuevo corte al Gigante. El filo falló, pero la descarga de energía lo mandó de nuevo escaleras abajo.

—¡Luna! —gritó—. ¡Por Dios!

La Albina fintó el ataque del Blue que le tocaba, metió el filo de su espada en su defensa y de un giro le cortó el cuello, cargó la piedra y le asestó un golpe que lo lanzó lo suficientemente lejos como para que terminase al final de la escalera con todos los huesos rotos.

Por desgracia, Scyros se agarraba al suelo como un gato y ya venía una vez más de camino sacando la última lanza que le quedaba a la espalda.

Tarik seguía junto a Joy, que estaba temblando en el suelo tan aferrada al dolor como a los escalones. El Turco sostenía la espada con la punta dirigida hacia el Tuerto mientras miraba a Luna, suplicante.

Entonces el suelo tembló con fuerza por toda la ciudad, los tejados de algunas casas se vinieron abajo y la parte alta de la pirámide salió volando con una fuerte explosión. El fuego barrió la terraza superior lanzando las puertas del santuario por encima de sus cabezas. Luna sintió una fuerte descarga en el anillo tan intensa que le obligó a sujetarse el brazo.

Scyros detuvo su ascenso mirando hacia lo alto de la pirámide, se palpó el oído derecho y dijo algo que Luna no alcanzó a entender.

Marc apareció entonces recortando su figura en la terraza arrasada del mirador y comenzó a bajar la escalera tan despacio como la había subido. En la ciudad se escucharon clamores de victoria, los cuervos caían muertos al suelo y la tensión elemental se perdía de nuevo en el entorno. Scyros no perdió la oportunidad de hacerse con toda la energía elemental que pudo acumular en su interior. Sus ojos se iluminaron con tal fuerza que sus rasgos dejaron de poder percibirse con claridad.

Luna vio una vez más cómo el Tuerto empezaba a correr escaleras arriba hacia Tarik. No entendía bien lo que estaba sucediendo, pero estaba claro que el Fénix había cumplido su parte del trato. Scyros no tenía derecho a atacarle; además, con la carga de energía que llevaba el Gigante encima, el ataque acabaría con Joyko. Tenía que detenerle, o al menos intentarlo.

Tollan: Las minas.

Talos entró en la cueva despacio mientras usaba el don de la tierra para deformar el pasillo de la mina cerrándolo a su paso. Enseguida le llegó el olor del miedo, hombres, mujeres y niños temiendo por su futuro. Le miraban aterrados, como todos los humanos lo hacían cuando le veían por primera vez. Sheteck caminaba hacia atrás, interponiéndose entre su pueblo y el lobo.

Decir que a Talos no le hacía gracia la situación era quedarse corto. No tenía nada en contra de aquella gente, ni siquiera del «asesino de estrellas», pero él era un lobo... Y el bien y el mal no tenían el mismo sentido para él que para aquellos humanos asustados. El bien era cumplir con los deseos de su amo, y el mal era aquello que le enfadaba. Así de sencillo. Por eso Talos siempre prevalecía, porque no tenía moral. Ni le hacía falta tenerla. Licos, el de los mil nombres, regente y guardián de la Alianza, había condenado a aquel pueblo a

muerte. Y al igual que otros pueblos en el pasado, debía extinguirse. Aquella cueva sería su tumba.

—No lo hagas, Talos. Por favor, por lo que más quieras —suplicó Sheteck dejándose caer de rodillas ante él—. Hay niños que no saben nada de la locura de Aris ni de la mía, no saben nada de juegos, dioses o demonios... Por favor.

Ojalá pudiese hacerle entender la situación real. Talos era un esclavo, no un condenado normal, no podría negarse aunque quisiera y, por otro lado, tampoco quería. Obedecía ciegamente a su señor porque esa era la naturaleza de su especie. No había duda, ni dolor, ni remordimiento. Cargó la tierra con todas sus fuerzas y esta vibró para él anunciando el fin de todo el linaje de Ketxal.

—Como quieras... —dijo Sheteck vencido—. Haz lo que debas. «Yo no conozco mi nombre».

La gente se puso en tensión de golpe, en lo que Talos supuso un segundo de comprensión general. Pero cuando iba a ejecutar la sentencia de Licos, algo le cayó encima. No lo sintió llegar; su collar no vibró y ni siquiera pudo olerlo. Algo afilado le atravesó el cuerpo por dos puntos, sobre el lomo y en las costillas, dejándole clavado al suelo, literalmente. Sheteck rodó por el suelo tan rápido que a Talos no le dio tiempo ni a gruñir mientras un dolor increíble le asediaba por todas partes. El tolteca le inmovilizó el morro con la rodilla y metió una de sus dagas entre su cuello y el collar.

—¡LICOS! —gritó Sheteck—. ¡VAMOS A VER SI TE QUEDA CLARO...: O ABRES EL MALDITO PASO... O TE QUEDAS SIN PERRITO!

Talos sintió el filo de aquella daga rozando su collar y la voluntad de la mano que lo empuñaba. En cierto modo comprendía lo que estaba sucediendo, pero no alcanzaba a entender por qué Licos podría cambiar de idea. Nunca aceptaría las exigencias de un humano... ¿o sí?

Nunca sabrían los motivos. Tal vez Licos no estaba en disposición de perder otra torre, tal vez la presencia de Talos le garantizaba una pieza sin voluntad que no podría sustituir fácilmente... El caso es que el lobo sintió la orden invisible de su señor y canalizó todo el dolor que estaba sintiendo hacia el fondo de la cueva. El suelo tembló con fuerza y la piedra empezó a deformarse. Poco a poco un nuevo pasillo se extendió hacia el exterior y la luz entró a raudales en la cueva mientras la roca se resquebrajaba hacia lo alto. Aquella brecha en la piedra sería recordada siempre como «El paso del lobo».

Sheteck espiró aliviado.

—Saca a esta gente de aquí —le pidió al capitán. Este extrajo las dagas del cuerpo de la bestia, que parecía haber perdido el conocimiento, y se puso en pie de un salto.

El cuerpo de Talos se quedó laxo bajo el peso de Sheteck, que simplemente se dejó caer sobre él, agotado por la tensión.

—Por cierto —dijo el Blue—. Yo sí conozco mi nombre.

Sheteck le miró frunciendo el ceño.

—Me llamo Dhijelva, de la cuna de Eharek —le dijo el Blue sonriendo.

—¿De Eharek? —respondió Sheteck sin saber bien qué decir.

Eharek había sido el más letal de los enemigos de Aris. Él mismo había matado a muchos de los miembros de ese linaje por orden del chamán. Fueron ellos quienes atacaron a Aris en casa de la madre de Marc. Resultaba muy curioso que, al final, fuese un hijo de Eharek el único guerrero que sobreviviría en toda Tollan, pues era el único que no se sustentaba con el poder de Hell.

Basándose en cómo funcionaba el juego y teniendo en cuenta que el Fénix no daba puntada sin hilo, resultaba fácil llegar a la suposición de que aquello no era una coincidencia. Allí se estaban cerrando círculos que él nunca conocería. Se estaban pagando deudas que nadie vivo estaba en disposición de cobrar. «Eso es lo que hace el Fénix», pensó. Es lo que está haciendo en este momento.

—Bien, Dhijelva... Hijo de Eharek —dijo al fin—. Saca a esta gente de aquí.

Cuando el capitán se puso en pie y se fue caminando tras los restos de su pueblo, la Pantera se tomó la licencia de relajarse. Gateó hasta la pared y apoyó la espalda en la fría roca. Una silueta se acercó entonces a él, recortada en la luz que entraba ya a raudales por aquella enorme herida en la montaña.

—Hola... —dijo Aritx-sechá.

Sheteck reconoció su tono de voz en el acto y fue como sentir una bofetada. En cualquier otra situación se habría puesto de rodillas de forma instintiva, pero después del día que había tenido tan solo bajó la vista a sus pies como muestra de respeto.

—Creo que deberías tener esto —dijo ella, y le entregó algo que no podía ver con claridad.

Era un colgante. Tardó un par de segundos en reconocerlo. Llevaba un grabado en oro con el rostro de Yalia y una inscripción con su nombre y el sello de su linaje. Esos colgantes eran los que se entregaban como prenda de matrimonio.

—¿De dónde?

—Arishalotek me lo dio para ti.

—¿Cómo dices? —preguntó Sheteck sorprendido—. ¿Cuándo?

—Él me mandó llamar en cuanto supo que había ordenado a la gente venir a rezar a las minas —respondió ella.

Sheteck se quedó en silencio. Si Aris lo sabía, Hell también. Había consentido que los inocentes huyeran. Pero ¿por qué? O estaba permitiendo salvar a aquella gente o conocía de antemano los planes de Licos.

—También me pidió que te dijera que lo sentía, que todo había sido culpa suya y que no te culpes por nada de lo que suceda.

Sheteck tan solo suspiró apretando con fuerza el colgante de Yalia.

—Hace dos noches —prosiguió la Única— se asomó a la terraza y gritó el nombre de tu padre. Lo hizo una y otra vez durante horas. La culpabilidad no es buena compañera de cama —concluyó sonriendo.

—¿Cuál era el nombre que gritaba? —preguntó Sheteck.

Ella le miró un tanto sorprendida. Aunque sabía que el nombre de su padre había sido prohibido poco después de que el chico naciese, no podía imaginar que la gente hubiese sido tan cruel como para no decirselo.

—¿No te lo dijo Zelkar?

—Él decía que no se debía mentar a los muertos porque no les dejaba dormir tranquilos —respondió Sheteck sonriendo.

Aritx-sechá asintió mirando a su alrededor antes de responder.

—Pues creo que hoy es un buen día para despertar a Keletxian... —Acarició el pelo de Sheteck y se fue caminando hacia la luz sin decir nada más.

Él repitió aquel nombre para sí mientras veía la silueta de Aritx-sechá fundirse con la luz del sol. Apretó con fuerza el colgante de Yalia contra el pecho mientras, frente a él, Talos no daba señales de vida.

—Mierda de juego... —susurró al tiempo que miraba el anillo del Fénix que rodeaba el dedo corazón en su mano.

Estaba rozando impunemente el rostro de Yalia, como si el destino le estuviese dando a elegir. Acarició aquel rostro de metal mientras recordaba aquella sonrisa una vez más. «No puedes dejar así a mi pueblo». Miró hacia la luz. Los toltecas caminaban hacia una libertad que nunca habían tenido, lejos del yugo de Ketxal. La mayoría de ellos nunca olvidaría y la otra mitad crecería oyendo historias que nunca alcanzarían a comprender. Era el fin y el principio

del pueblo chamán, y Sheteck había formado parte tanto de lo primero como de lo segundo.

Hizo un esfuerzo por levantarse y se puso el colgante de Yalia alrededor del cuello.

—Parece que vas a tener que esperar un poco más, mi vida —susurró.

Se transformó en cuervo y se elevó hacia lo alto. El nuevo paso había cortado en dos la montaña asemejando el corte triangular de una espada. A medida que se elevaba, los restos de su pueblo se veían más y más pequeños. Se alejaban hacia la selva con Dhijelva a la cabeza del grupo.

Sintió una punzada de cariño en su pequeño corazón de cuervo, pero al superar la montaña y regresar a Tollan la visión de la muerte sacudió aquella hermosa sensación con malicia. «Esto es lo que has conseguido —pensó—. Cientos de toltecas repartidos entre los escombros de una ciudad en ruinas».

La Alianza también había pagado caro su ataque. En el suelo de aquella ciudad humeante, los cuerpos sin vida de decenas de condenados acompañaban a sus hermanos caídos.

Se elevó hacia la gran pirámide. El techo había desaparecido dejando la cámara de Ketzal a la vista. El oro estaba fundido y creaba ondas deformes en las paredes, como si la piel de la eternidad hubiese envejecido de golpe y hubiese cuajado aquellas paredes de arrugas. Irónicamente, la decimotercera columna era la única que permanecía en pie, respetando el trono de Ketzal como si este hubiese sido el único testigo del fin del mundo. Y en la escalera... En la larga y brillante escalera se encontró con algo que le costó asimilar: ¡Él estaba muerto! Su silueta ensangrentada decoraba la escalera justo en el mismo lugar donde el destino cercenó la cabeza de Yalia. ¿Quién pudo haberle matado? Y lo más importante, ¿cómo y... por qué?

Tollan: Sierra de Zarhan.

A medida que las cosas se iban calentando en la ciudad, Star se pegaba más y más al suelo. El miedo a ser descubiertos crecía a medida que la batalla arrancaba piezas del juego en un intercambio feroz. Toltecas y condenados estaban pagando el pato por igual, y él se sentía como un gato asustado entre las piedras, con solo una bala para cambiar el destino del mundo. A su lado,

Silvie se concentraba en evitar que les detectasen los cuervos; un par de ellos les habían pasado tan cerca que les podrían haber cagado encima, y estaba asustada de verdad. Para ella el juego no pasaba de algún que otro enfrentamiento a tiro limpio, donde lo más que arriesgaba era tener que extirparse algunas balas.

Allí estaban arrancando cabezas, brazos y manos como si la gente fuese de peluche. Durante su época más salvaje en plena Revolución francesa, la única pieza que te separaban del cuerpo era la cabeza, y con mucha ceremonia. Pero en Tollan, el que menos se había quedado sin manos, ardía de los pies a la cabeza o reventaba contra alguna pared con descargas de viento que ella, a pesar de ser un alfil, no había visto en su vida.

Apretaba con todas sus fuerzas los prismáticos contra los ojos, como si de esa forma pudiese meterse dentro de ellos y espiar sin que pudiesen verla, e intentaba mantener su don lo más activo que podía para pasar desapercibida. Pero la sombra a veces se fundía, y tan solo podía rezar sin fe hasta que recuperaba suficiente tensión elemental para volver a invocarla.

Star, por su parte, intentaba parecer tranquilo repitiéndose una y otra vez que aquello no podía durar mucho más. Desde la mira del rifle vio a Lee distraído a casi todos los Blue de la ciudad. El Dragón los vapuleaba como a muñecos de juguete lanzándolos contra las casas como si fuese el chorro de una enorme manguera antidisturbios.

El grupo principal de ataque rodeaba al Fénix escaleras arriba rebanando y tostando toltecas de camino al santuario.

Cuando Aris bajó las escaleras para reunirse con ellos tuvo su cabeza en el punto de mira durante un eterno minuto. No pudo evitar preguntarse un centenar de veces por qué no le ordenaban disparar, e incluso terminó por preguntárselo al Tuerto. Pero al otro lado del intercomunicador Scyros no parecía tener intención de escucharle.

—¿Qué distancia marcan los prismáticos? —le preguntó a Silvie—. Es la cifra que se ve abajo a la derecha en verde.

—Pone 1.220 —respondió ella en susurros.

«Doscientos veinte metros más de lo previsto», pensó mientras ajustaba la mira del rifle.

—Si tienes a Aris a tiro, ¿por qué no disparas de una vez?

Star tan solo dio un pequeño gruñido en respuesta mientras se respondía a sí mismo la pregunta.

—Scyros, ¿qué narices pasa? —dijo activando el intercomunicador. Pero lo único que le llegó en respuesta fue una maldición.

El Gigante se había dado la vuelta y se había lanzado contra... ¿Tarik? Star abrió mucho los ojos sin comprender qué estaba pasando. La Geisha y Luna se miraban, pero no peleaban, y Marc subía las escaleras tras Aris sin demasiada prisa. Después aparecieron esos Blue, que se lanzaron sobre ellos, y Tarik peleaba para ayudar a las chicas mientras Scyros le atacaba sin descanso. Y desde la perspectiva de Star, quedaba bien claro que el Turco hacía todo lo que podía para mantener al Tuerto a raya sin hacerle daño.

—¿Se puede saber qué coño pasa!?! —preguntó Silvie nerviosa.

—No lo sé... Joder, no lo sé. —Pulsó de nuevo el intercomunicador, y al otro lado solo se oían maldiciones y frases sin sentido.

Entonces se escuchó una especie de crujido y la tierra entera vibró, las montañas detrás de la pirámide temblaron y parecieron separarse resquebrajando la piedra como si fuese de papel. Una fuerte explosión voló por los aires todo el tejado del santuario de Ketxal mandando piedras doradas al cielo como un volcán en erupción. Las enormes puertas de oro del santuario volaron describiendo una parábola perfecta en su dirección.

Silvie dio un grito corto y se echó las manos a la cabeza cuando una de aquellas puertas se estampó a menos de diez metros a sus espaldas llevándose dos o tres árboles por delante. Star tan solo tragó saliva, se pegó un poco más al suelo y volvió a centrarse en la mira del rifle.

Allí abajo, Scyros caía por segunda vez por la escalera. El Turco parecía estar protegiendo a Joyko con su cuerpo, y Luna se acababa de poner delante de ambos con la misma intención. El Gigante se puso en pie de nuevo y esta vez dio una orden bien clara y contundente a través del intercomunicador:

—¡Dispara al Fénix!

Star giró el rifle hacia lo alto de la pirámide, donde Marc ya empezaba a bajar las escaleras. La falta de tensión elemental era palpable. Hell había caído, y con ella todos los condenados que había levantado en Tollan. El dragón de Lee se deshizo en la distancia y todo parecía haber terminado. El Fénix había cumplido su parte del trato, ¿por qué disparar a Marc?

—¿Al Fénix? —le respondió—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Está con la Alianza!

—¡¡¡Es una orden de Licos, cretino!!! ¡OBEDECE O TE ARRANCO LOS PULMONES!

Star se llevó la mano al oído con una mueca de dolor, y Silvie le multiplicó el estrés preguntando sin parar: «¿Qué pasa?, ¿qué pasa?, ¿qué pasa?».

El anillo de Licos parecía estar secundando aquella orden mientras el Gigante se cagaba en todos y cada uno los dioses corriendo escaleras arriba con una carga de energía de tal magnitud que podría reducir a Luna, a Tarik y a Joyko a una masa informe. Star fijó a Marc en el punto de mira, dejó de respirar y tanteó el gatillo.

—¡Maldita zorra! —le escuchó susurrar a Scyros mientras, en la distancia, veía a Luna intentando cortarle el paso—. No volverás a cruzarte en mi camino...

—¡Star! —gritó Silvie una vez más.

Scyros corría hacia Luna, Tarik y Joyko cargando toda la energía que tenía en aquella lanza dorada mientras Marc caminaba hacia ellos con la calma del que acepta su destino.

El anillo de Licos vibró con fuerza ordenando la muerte del Marc, y Star... disparó.

Tollan: Santuario.

Cuando Marc entró en el santuario, las grandes puertas se cerraron tras él. El estruendo se extendió por la sala, las paredes reflejaban su imagen repetida una y otra vez en todas direcciones, las columnas doradas reflejaban la luz del sol y los ruidos de la batalla se amortiguaron, resonando en la distancia como ecos de una película olvidada en el televisor.

Aris permanecía sentado en el gran trono de su padre, elevado sobre la decimotercera columna. Pero su reflejo en las paredes era el de una mujer de menor estatura ataviada con una especie de túnica escarlata. Poseía una belleza irrefutable y la presencia de quien ocupa el lugar que le corresponde. A pesar del tamaño y del porte de Aris, sentado en su trono real, quedaba en poco al compararle con su reflejo sobrenatural en las paredes doradas.

Marc caminó despacio mientras su imagen en la pared lo hacía a otro ritmo aún más lento, dilatando una fracción de segundo en cada uno de sus reflejos infinitos. Hell estaba deformando el espacio tiempo, por lo que Marc ya estaba

casi a los pies del trono antes de que sus últimos reflejos diesen siquiera el primer paso.

—Sin duda, sabes jugar a este juego, «pajarito» —dijo Hell haciendo resonar su voz en las paredes—. Cualquiera diría que arriesgas más que el resto de nosotros.

—En cierto modo lo hago —respondió Marc deteniendo sus pasos ante el primer escalón de la columna partida.

—Ya... Tu sacrificio, la hora del Fénix... ¡Qué teatral! —respondió ella moviendo su mano inexistente en los espejos—. ¿Cómo dijiste?... «Volveré con mi hermana de la mano al universo». —El cuerpo de Aris se inclinó hacia adelante en el trono con la sonrisa de Hell fundida en el rostro—. ¿Quieres que lo comprobemos? —preguntó jocosa.

Marc esbozó una sonrisa cansada mientras negaba suavemente con la cabeza.

—Claro que no —dijo Hell reclinando el cuerpo de Aris a su posición anterior, relajado, en el respaldo del trono de oro—. Menuda jugada... La verdad, has expulsado del juego a todo el que se interponía en tu camino, amenazándoles con reclamar una deuda que pensabas cobrarte de todas formas. Athena, Lex, Sachiell, Anthiles, Astarte... Incluso a Baal. —Hizo una pequeña pausa para ampliar su sonrisa—. Todos han pagado el precio de tu venganza.

—Venganza no, Hell... Justicia.

—Llámalo como quieras, pajarito. Pero el Lobo sigue en el juego. Y no volveré al Sephyra sin él.

—No puedo consentir que destruyas por completo a la Alianza —dijo Marc—. El Lobo está pagando su deuda. Confía en mí...

Hell clavó sus mil ojos en Marc desde todos los rincones de la sala, desde cada columna, desde cada reflejo.

—Cuando toqué a Scyros vi lo que Licos planea.

Marc amplió su sonrisa entrecerrando un poco los ojos en un gesto que hacía entender que él también lo sabía.

—Confía en mí. Pagaré. Y lo hará jugando con mis normas, lo quiera o no.

Hell dejó pasar un par de supuestos segundos antes de responder, y una vibración lenta se extendió por el suelo, como el eco de un terremoto a cámara lenta.

—Allá van los inocentes —dijo Hell, y el rostro de Aris pareció relajarse—. La verdad es que eran pocos.

—Gracias —respondió Marc.

—¡Agradécelo sacando a Licos del juego!

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes —dijo Hell furiosa—. ¡Él es el causante de todo!

—Mientes, Hell... —respondió Marc mientras la sonrisa desaparecía de su rostro—. Yo sé la verdad, y tú también. Tú fuiste quien habló con Salomón, tú le pediste a Talos que le mostrase mi poder, tú decidiste quedarte embarazada a pesar de la prohibición, tú te negaste a regresar al Sephyra... Tú aceptaste el trato de Aris y has sido tú la que engañaste a todo Tollan sobre tus intenciones. Tú fuiste quien decidió usar el nombre de Yalia para obtener un ejército con que el que diezmar a la Alianza... Y ahora abogas a mi humanidad... Te escondes tras el rostro de mi padre pensando que detendré mi mano para salvar su vida. Por eso le dejaste coger el teléfono. Pretendes usar la liberación de los inocentes que has conservado como rehenes desde el principio para pactar conmigo la destrucción del Lobo. Tú, y solo tú, eres la responsable de tus actos.

Hizo una pausa y se puso tenso mientras, tras sus ojos, se intuía el verdadero poder del Fénix.

—Es una lástima que lo único que parece que has aprendido del ser humano es a mezclar la verdad con la mentira. Pero hay algo en lo que no pensaste, algo que parece que has olvidado: aún soy un eón y no puedo ir en contra de mi naturaleza. No haré nada de lo que me pides por el simple hecho de que no sería... justo.

La temperatura en la cámara de Kexal se elevó de golpe y el oro empezó a fundirse en las paredes distorsionando la realidad.

Hell se hizo una vez más con todo el cuerpo de Aris, y su imagen desapareció de la pared mientras cargaba toda la energía de la que disponía, preparada para presentar batalla. Sus ojos se inflamaron con el fuego azul de la ira, y la corriente eléctrica de Kexal se extendió por toda la sala. Bajó los escalones de la columna partida hasta quedar delante de Marc.

—¿Es esa tu última palabra? —preguntó concentrando en el cuerpo de Aris todo su poder.

Fue un instante fugaz en el que Marc pudo sentir claramente a Aris, un hombre que nació creyéndose hijo de un dios y que finalmente había terminado siendo el padre de uno. No lucharía. Era completamente consciente de la magnitud de sus actos, de su completa culpabilidad. Ni siquiera le dio a Hell la

posibilidad de hacerlo. Se negó con toda su energía, otorgándole al Fénix el tiempo necesario para atacar.

—Hay algo más —dijo Marc mientras se preparaba para liberar todo el peso de su deuda.

Pudo ver el sorprendido rostro de Hell tras el semblante de Aris cuando el chamán concentró toda su voluntad para aceptar su destino.

—Jaque mate...

El dolor de las madres de Tollan al ver morir a sus hijos en una guerra instigada por su sed de poder; la traición que condujo a la muerte de su hermano; la esclavitud de su cuñada, confinada en las minas hasta el final de sus días; la impotencia de cada uno de los soldados toltecas que aceptaron la muerte a sus manos... Tan solo la deuda de Aris bastaba para reducir todo Tollan a cenizas, así que el Fénix se conformó tan solo con ella, sin reclamar a su vez la provocada por Hell o la de todo el pueblo tolteca.

El santuario se inflamó con tal violencia que el techo saltó en mil pedazos. El cuerpo de Aris quedó convertido en ceniza y tanto Hell como Ketxtal perdieron su vínculo con el mundo de los vivos.

La Serpiente, por fin liberada de su cautiverio, intentó regresar a la selva, pero terminó irremediablemente en manos del Fénix, que la guardó con cariño en su interior.

Hell regresó al Sephyra, donde recuperaría su propio equilibrio y, a su vez, devolvería al universo el suyo.

Y Marc tan solo metió las manos en los bolsillos mientras su ser asimilaba aquella fracción de justicia.

Caminó de nuevo hacia sus hijos con el paso lento y la mirada perdida. Había llegado el momento de enseñar su última lección a dioses y a hombres, una lección sencilla, algo que él aprendió la primera vez que permitió a un alma humana unirse a la suya.

En la escalera, Tarik se esforzaba por protegerse de la ira de Scyros cubriendo con su propio cuerpo a Joyko, que parecía estar inconsciente.

Luna miró a Marc cuando superó el límite del mirador, y durante aquella fracción de segundo el Fénix vio en ella mil sentimientos enfrentados: la pena por la muerte de Leo, de Ergara y de Mell; el miedo a perder a Joyko; el respeto hacia las normas de la Alianza; la obediencia hacia Licos, y el miedo a Scyros.

Pero de todo aquello surgió la determinación de la justicia, que la empujó a dar un paso al frente e interponerse entre Scyros y los hijos del Fénix.

La vio gritar, decirle al Gigante que se detuviese. La sintió intentando arañarle al astral el poder suficiente para detenerle, y al no conseguirlo, la escuchó rezar al universo. Y en respuesta, un disparo se escuchó, una pequeña e insignificante explosión en la distancia, un silbido sin sentido... Y la cabeza de Scyros estalló dejando un cuerpo mutilado en mitad de aquella brillante escalera.

La Albina gritó y Tarik maldijo en silencio sin alcanzar a entender lo que veía.

A un kilómetro doscientos veinte metros de allí, Star levantó la vista de la mira telescópica, se incorporó y lanzó el rifle al fondo del desfiladero. Mientras, a su lado, Silvie descolgaba la mandíbula y balbuceaba algo incomprensible. Luego bajó los prismáticos negando con la cabeza como una loca.

—Se te ha desviado un poco, ¿no? —preguntó incrédula sin saber bien dónde posar la vista.

—Tú también te diste cuenta... —respondió Star mientras se sentaba en el borde del desfiladero con los pies colgando en el vacío. Sacó un cigarrillo del chaleco y se lo puso en la boca mientras tanteaba los bolsillos buscando el mechero—. Es el efecto Coriolis: la distancia y el viento influyen en la trayectoria de la bala. ¿Tienes fuego?

—Ya... —respondió ella, que chascó los dedos para encender el cigarrillo.

Star le dio la primera calada con fuerza y después suspiró dejando salir el humo de los pulmones con satisfacción.

—Dios... Qué a gusto me he quedado —susurró dando otra calada al cigarrillo.

Silvie dio un vistazo rápido por los prismáticos. Allí abajo, Luna se había sentado en la escalera junto al cuerpo de Scyros. A su espalda, Marc estaba ayudando a Joy a levantarse y el Turco miraba hacia los riscos con una de esas sonrisas suyas de psicópata.

—Yo me largo de aquí —le dijo a Star mientras se ponía en pie.

Al borde de la arboleda estaba Sílex con sus dos martillos relucientes. Su lenguaje corporal daba a entender que llevaba allí un buen rato, tal vez valorando la posibilidad de intervenir, o tal vez solo protegiendo a Silvie. Un misterio más que no se resolvería aquel día.

—Bon voyage, chérie —respondió Star haciendo un gesto infantil con la mano.

No tenía ganas de más. La descarga de energía que le había soltado Licos al sentirle disparar aún le radiaba el brazo. Seguramente el eón estaba

pensándose muy seriamente rescindir su contrato.

—Usted verá, jefe... —susurró Star apurando el cigarrillo mientras Sílex y Silvie saltaban al sendero junto a los árboles—. Usted verá...

Luna miraba el cuerpo de Scyros sin creer lo que veía. Le hubiese gustado sentir dolor, incluso ira..., pero no sintió nada. En la distancia, podía distinguir la pequeña figura de Star sentado al borde del desfiladero esperando el castigo que Licos pudiera darle.

Marc no tardó mucho en alcanzar al grupo, se detuvo unos segundos para ayudar a Joy a levantarse, le dio un pequeño beso que sonó a relación estable y la estrechó entre sus brazos como si en realidad fuese uno más, un marido que acababa de regresar a casa sin nada más en su interior que el amor que sentía. Le agradeció a Tarik su fortaleza con algún piropo inconsistente y después se sentó junto a Luna en la escalera.

—¿Cómo...? —preguntó Luna mirándole de soslayo—. Y no se te ocurra decirme que no lo tenías planeado, porque no hay quien se lo crea.

Marc asintió sonriendo para luego acariciar con la mirada los contornos de aquel drama en sangre y oro.

—Verás, Luna... Los eones son previsibles. Como en el ajedrez. Sabes cuáles serán sus movimientos porque siempre actúan según esa naturaleza. De esa forma, sé que Licos no castigará a Star, incluso el Marshal lo sabe. Ya ha perdido demasiadas piezas en este juego, y no está por la labor de quedarse fuera de él. Yo sabía lo que harían mis hermanos porque forman parte de mí.

—¿Y cómo sabías que Star dispararía a Scyros? —preguntó la Albina.

—Conozco la naturaleza del hombre, Luna, porque, a diferencia de mis hermanos, yo soy uno con él. Vosotros creáis el bien y el mal cada día cuando inculcáis a los niños vuestros propios valores. Les decís qué es bueno y qué es malo, y así moldeáis cada día vuestro mundo, creando conflictos futuros basados en vuestras creencias, en vuestros deseos y en vuestros miedos. Pero, si te fijas, hay algo que todo el mundo es capaz de reconocer, incluso aunque se lo nieguen a sí mismos por esas mismas creencias, deseos y miedos: hasta el niño más pequeño es capaz de discernir lo que es justo de lo que no lo es. —Hizo un gesto con la mano, como si con esa explicación la Albina ya fuese servida, y se giró para sonreír a Joy y a Tarik, que estaban escuchando la conversación a su espalda.

Luna asintió en silencio antes de ponerse en pie. Había llegado el momento de salir de aquel infierno dorado.

—Salve, Fénix —dijo mientras cargaba la vibración de salto.

—Salve, Luna —respondió Marc—. Guardián... de la Alianza.

Sheteck recuperó la forma humana en el arrasado santuario de Ketxal. Las paredes de oro fundido aún estaban calientes, arrugadas y deformes como todo lo que reflejaban. Las columnas habían terminado esparcidas en tres kilómetros a la redonda, todas, excepto la columna partida, el símbolo del decimotercer mes, sacrificado a Ketxal para el nacimiento del pueblo tolteca.

A Sheteck se le antojó irónico, incluso cínico... Pero ya nada le importaba. Había visto morir a la mitad de su pueblo y no podía evitar sentirse culpable, aunque tal vez todo aquello estaba escrito desde antes de que él naciera. Caminó hasta el trono y se sentó en los escalones apoyando la espalda donde deberían estar los pies de su dios.

Pudo sentir cómo Luna, Star, Joyko y Tarik saltaban al sendero y cómo Marc subía de nuevo aquellos escalones caminando, como si fuese un simple ser humano. Demasiado cinismo para él.

Afiló su sonrisa y se sacó el colgante de Yalia del cuello para poder mirar de nuevo su rostro. Se la veía distorsionada y muy mal definida, pero era ella, sin duda. Con un formón y algunas horas podría rematar aquella imagen si quería. Eso era lo suyo, ¿no? Dibujar.

Miró a su alrededor para aceptar que ya no se conformaría con eso. No quería pintar el rostro de Yalia, quería verla de verdad, besarla..., decirle que había salvado todo lo que había podido.

Una vez más, miró su rostro y tras él, en su mano, el anillo del Fénix brillaba con su tono rojizo a la luz del sol.

—No tienes por qué elegir, Sheteck —dijo Marc aproximándose a él.

Venía caminando como un turista, con las manos en los bolsillos y sin rastro de fuego en aquellos ojos azules. Tan solo al rastrear el sendero se apreciaba lo que habitaba en su interior, una inmensa energía reluciente y viva desplazando miles de tentáculos finos y brillantes en todas direcciones, tocándolo todo a su alrededor mientras un ave de fuego latía en el interior de su pecho.

—Te va de lujo el disfraz —respondió Sheteck negando con la cabeza.

—¿Verdad que sí? —dijo Marc divertido. Acortó las distancias con Sheteck y se sentó a su lado en los escalones del trono.

Él le dedicó una de esas miradas suyas de pantera analizando su aspecto, sopesando el hecho de estar sentado a medio metro de un dios.

—Sé lo que hacéis, lo he visto...

—¿Y bien?

—No es mi juego —dijo Sheteck sin dejar de acariciar el rostro de Yalia.

—Has matado a mucha gente inocente, Sheteck. Mereces una condena. Si te vas ahora, no sé si vencerás a la oscuridad —dijo Marc—. Un par de siglos conmigo pueden cambiar eso.

—Teníamos un trato. Tan solo lucharía por ti hasta salvar a mi pueblo.

—Pues hagamos otro —respondió Marc sonriendo a alguno de sus reflejos abstractos—. Renace para luchar por mí y te enseñaré el verdadero significado de la justicia —dijo levantándose y encarando de nuevo a Sheteck. Estiró la mano, ofreciéndosela al tolteca—. ¿Qué me dices? ¿Sí... o no?

Sheteck se quedó mirando aquella mano, pensativo. La vida le ofrecía el mismo dolor que la muerte. Servir al Fénix significaba dejar de valorar la vida, dejar de lado su propio juicio para aceptar la justicia de un dios. Y todo ello en un mundo que no conocía, lejos de la ciudad de sus ancestros, convertida ahora en una tumba dorada. Y, sobre todo, faltaba Yalia. El simple hecho de haber sentido su presencia en la oscuridad era acicate suficiente para lo que estaba a punto de hacer.

Estrechó la mano de Marc con una sonrisa triste en los labios. Se había quitado el anillo del dedo y ahora aquel apretón sujetaba el aro entre ambas manos.

Marc perdió la sonrisa y torció el gesto. Le hubiese encantado contar con Sheteck en sus filas, pero un trato era un trato...

—Lo siento, pero no —dijo Sheteck apretando con fuerza a Marc, preparándose para el instante final. Cuando sus manos se separasen, él volvería a la oscuridad.

—¿Estás seguro de esto, tolteca? Escapar de mí es sencillo, pero no escaparás de la justicia —dijo Marc negando con la cabeza.

Sheteck tan solo soltó su mano y todo se volvió oscuro. A su alrededor, el tiempo y el espacio dejaron de importar y sintió un vértigo atroz, la sensación de que caía y caía sin control.

—¡Yalia! —gritó, pero a su alrededor tan solo percibía presencias furiosas que parecían intentar alcanzarle con uñas y garras afiladas. Sintió el terror trepar

por el interior de su ser.

—¡Yalia!

Algo eléctrico frenó en seco su caída y parecía sujetarle por la boca del estómago. A su alrededor, las presencias parecían agazapadas en la oscuridad, asustadas por una extraña luz que salía de él. La sintió ardiendo en su pecho, como si su corazón fuese una brasa ardiente. Y entonces la vio, reflejando en su cara la luz que salía de su pecho. Acercó el rostro ceniciento a sus labios y lo besó.

«No es aquí donde debes buscarme, amor mío. —La escuchó decir en su mente mientras sentía sus labios cálidos en la piel—. Te esperaré en la luz».

Intentó responder, decirle que no podía regresar al mundo de los vivos ni conseguiría nunca llegar a la luz. En la oscuridad estaba su sitio, allí donde había enviado a tantos a través de los siglos. Que debía pagar su condena... Y se había negado a hacerlo por regresar a su lado. Intentó abrazarla, asirse a su contorno indefinido, alargar ese instante con desesperación... Pero ella se esfumó como un fantasma, y aquel fuego que sentía en el pecho se extendió por su ser. Sintió un fuerte latido en el corazón y de nuevo el suelo bajo sus pies. Abrió los ojos y vio a Marc mirándole, con el fuego del Fénix tras los ojos. El anillo chocó entonces contra el suelo y, tras rebotar, rodó incontrolable sobre el suelo dorado.

Sheteck dio un paso atrás, asustado. Algo en su interior se retorció como una anguila eléctrica tratando de encontrar un hueco por el que escapar, arañaba su alma y mordía su piel con vehemencia. La Serpiente luchó durante un par de segundos para después calmarse y anidar en el corazón de aquel hombre confuso.

—Pero... ¿¡qué has hecho!?! —preguntó Sheteck intentando asimilar de antemano la respuesta.

Marc tan solo se dio la vuelta sonriendo, se metió las manos en los bolsillos y se alejó de él cargando la vibración de salto.

—Justicia... —respondió justo antes de saltar al sendero. La mujer que amaba le esperaba en Tokio, dentro de una bañera llena de espuma. Y él ya no tenía nada que hacer en Tollan.

CAPÍTULO XXXIV

Vivir para ver

Finca de Mellias (Palermo, Sicilia)
Una semana después de la batalla de Tollan

Estaba cayendo el sol cuando Luna llegó a la finca de la torre de Mell en Palermo. Si alguna vez hubo un edificio allí, no lo parecía. Los cascotes estaban distribuidos en mil metros a la redonda, como si un meteorito le hubiese caído encima. Algunos olivos quemados resistían en pie como espectros de ceniza y carbón. El suelo estaba negro, calcinado hasta una profundidad imposible. Nada vivo prosperaría allí en décadas. Decir que Tarik se había pasado cuatro pueblos era quedarse corto; aquello parecía la ladera de un volcán.

Caminó hacia la parte norte de la finca, donde aún parecía quedar un olivo con vida, y se encontró a Sílex sentado en una piedra delante del único testigo que había quedado en pie. El pequeño olivo estaba tan maltrecho como el Astur. Conservaba dos de sus ramas verdes y parecía dispuesto a sobrevivir. Por su parte, Sílex se había rapado el pelo al cero, algo que en sus tiempos era muestra de vergüenza. Tal vez ni Snake ni la pequeña Min fuesen conscientes de ello, pero Luna era nórdica, y esa costumbre era compartida por casi todos los pueblos del norte.

Se acercó al olivo y depositó un enorme ramo de hortensias junto al tronco, a lo que Sílex reaccionó riendo.

—Hortensias... —Eran las únicas flores que odiaba el Romano, las que le hicieron polvo la boda de Milee, las que el mismo Sílex le había enviado por mensajero el día de su cumpleaños—. Me encanta tu sentido del humor, Luna —dijo el Astur con un toque de sarcasmo en la voz.

—Esté donde esté, se estará riendo ahora mismo —respondió la Albina.

—Vaya... Has vuelto a hablar.

Luna asintió en silencio. No tenía intención de explicarle por qué. Ya no quedaba nadie en el mundo capaz de entender por qué había guardado silencio

durante tanto tiempo. Dejó de hablar cuando su voz sentenció a René y a sus hijos porque la culpa atenazaba su garganta, porque el miedo a cometer el mismo error podía costarle la vida a aquellos a los que amaba: Mell, Scyros, Ergara, Leo...

Leo... Tal vez tuviese razón, pensó, ella debía de ser un fantasma en realidad, un espectro incorpóreo. Hacía tanto tiempo que no recibía una caricia que no podía estar segura. Haber sobrevivido a la gran batalla tolteca había acrecentado su leyenda. Ahora ella era el guardián de la Alianza, la nueva primogénita de Licos.

—Te sienta bien el corte de pelo —susurró con una media sonrisa. Aquello era un insulto. Tal vez Sílex le habría arrancado la piel a tiras a cualquier otro «gracioso», pero la dulce voz de Luna, tan sencilla y hermosa, siempre atravesaba la mente sin levantar ampollas, y la broma flotó en el aire tirando de sus labios hacia arriba.

—Volverá a crecer, pero mi vergüenza no morirá con Mell.

—Así es el juego... No te atormentes —dijo la Albina mientras se sentaba apoyando la espalda contra el tronco de aquel olivo maltrecho.

—No puedo comprenderlo. ¿Sabías que el emperador Cómodo lo mandó arrojar a los leones? —Luna asintió. Había escuchado cien veces aquella historia—. Lo metió en una celda con seis leones. ¡Con seis! Y los mató a puñetazos. Después de aquello lo llevaron a la arena. No dominaba ni un solo elemento, y aun así mató a cinco hombres, hasta que la Alianza mandó a Ursus a salvarle el culo. No puedo comprender, no alcanzo a entender cómo Zhelma pudo acabar con él.

—Yo te lo diré —dijo una voz a su espalda.

Marc estaba allí. No provocó vibración alguna ni violentó el aire. Simplemente apareció. Vestía un luto completo: pantalones de pinzas, camisa y un gabán negro hasta las rodillas. Sus ojos constataban la íntegra presencia del Fénix, dos globos ardientes y cristalinos semiocultos por los párpados, como si la luz pudiese afectarle de algún modo.

Luna hizo amago de ponerse en pie, pero Marc le hizo un gesto sonriendo para que no lo hiciese. Sílex ni lo intentó. No estaba de humor para normas de cortesía, pero agachó instintivamente la cabeza un palmo.

—Murió porque ya había pagado su deuda, porque ya no le quedaba más que aprender. Se sacrificó. Al igual que... —pareció dudar medio segundo y prosiguió

—al igual que yo —dijo al fin.

Luna cerró los ojos y giró levemente la cabeza hacia la derecha.

—Pero podéis estar seguros —dijo Marc— de que os está observando en este momento.

Luna y Sílex se miraron.

—Tengo un mensaje de su parte. —En ese momento los dos levantaron la vista hacia él con avidez—. Dice que prefiere que Luna levante de nuevo la estatua a tener que aguantar esas malditas flores.

Sílex levantó las cejas, luego miró a Luna y después se echó a reír. Fue una risa sencilla y franca. Se puso en pie y golpeó con los nudillos el tronco del olivo.

—Hasta pronto, hermano... tempus fugit. —Hizo una reverencia comedida a Marc y se proyectó al sendero.

Luna y Marc se quedaron solos, el nuevo guardián de la Alianza y el primer exponente de las Potestades. Era de suponer que el Fénix estaba allí para matar dos pájaros de un tiro.

—¿Algo más? —preguntó Luna con el tono que utiliza una mujer cuando sabe de sobra la respuesta.

—Sí... —dijo Marc dando un par de pasos hacia el olivo. Tocó ligeramente la piedra donde había estado sentado Sílex, y esta se retorció en el acto. Tanto la ceniza como la arena comenzaron a trepar a su alrededor mientras Marc la rodeaba y comenzaba a sentarse. Surgió un banco de piedra negra y brillante con las formas de un banco Romano de tijera, que trepó hacia el cuerpo de Marc al mismo tiempo que se sentaba—. Eres Ynanna Segud, decimotercer guardián de la Alianza de Tronos —dijo Marc mientras, bajo su cuerpo, el banco de piedra se pulía y grababa con signos y letras brillantes en oro, plata y cuarcita negra palabras que Luna no alcanzaba a entender.

—Y yo soy Marc, la quinta encarnación del Fénix de Bellarda, y el juego debe continuar.

Luna permaneció en silencio mientras los destellos de aquel banco reflejaban la luz del sol.

—Permitiré el levantamiento y el entrenamiento de toda pieza que la Alianza desee. Incluso una dama si es su intención. Pero combatiré todo acto humano o divino que me parezca injusto. Vigilaré tanto a Tronos como a Potestades y repeleré con dureza cualquier atentado contra mi integridad o la de mis hijos.

—No puedes darle a Tarik carta blanca. Ese hombre...

—Ese «hombre» —cortó el Fénix— es cosa mía. Si Licos cree que debe ser destruido —hizo una pausa teatral, la coronó con una cínica sonrisa y concluyó— que lo intente...

Luna tragó saliva y cerró la boca. Podía sentir vibrar el aire a su alrededor. La presencia de Marc se extendía en todas direcciones; era como estar sumergida en él.

Sin decir más, el Fénix se puso de pie y se giró de nuevo hacia el yermo calcinado. Podían verse las huellas que la Albina había dejado al aproximarse. El suelo comenzó a cambiar, y el carbón se comprimió creando una superficie lisa y brillante de unos doscientos metros cuadrados, como una pequeña plaza. A su alrededor, los olivos se regeneraban y la vida renacía cuajando de brotes verdes los olivos calcinados, y en el centro de la explanada se levantó una estatua del mismo material, tan cercano al cuarzo que reflejaba la luz como un diamante. En su base estaban grabadas las palabras *Mellias Syracusae, Milles Gloriosus*.

El Fénix desapareció como había llegado, sin el mínimo sonido. Tan solo su energía se dilató en el entorno, resucitando olivos y perfilando los grabados del banco de piedra.

Luna se incorporó. El Fénix había dejado al único superviviente intacto para que se regenerase por sí mismo, en claro eufemismo a los supervivientes de aquel infierno.

Aquel banco reflejaba sus nombres en oro para la Alianza de Tronos: Talos, Luna, Star, Lee... En plata para las Potestades: Tarik, Joyko y Marc. El propio Mellias firmaba la última frase: «Vivir para ver».

CAPÍTULO XXXV

A sangre fría.

Misiva de Star colgada en Megacrip.com tres semanas después de la batalla de Tollan

Una vez conocí a un hombre, se llamaba Pedro Cifuentes.

Pensaréis: «¿Por qué quiere hablar de ese Pedro Cifuentes?». Bueno, en realidad he conocido a muchos hombres a lo largo de mi existencia, como hombre vivo y como condenado. Pero os hablo de este porque es un buen ejemplo de lo que quiero transmitir.

Ese día, el 20 de mayo de 1778, el señor Cifuentes se cobró la vida de un gran hombre, Diego de Quesada... Un hombre de honor, uno de los pocos a los que he tenido bien llamar “amigo”, un hombre que se había jugado la vida por mí sin pensárselo dos veces en multitud de ocasiones. Lo mató por locura y avaricia, sin darle siquiera la opción de defenderse... Diego yacía sobre un tronco partido, con medio cuello abierto por el balazo que le propinó. Y allí estaba yo, en ese bosque perdido de las Montañas Rocosas, frente a ese miserable y con el más hermoso de mis cuchillos en mi mano derecha.

Diego y yo nos lo habíamos encontrado en ese bosque por pura casualidad, y, aunque nos presentamos pacíficamente en su campamento, el canalla de Pedro le pegó un tiro en cuanto nos descuidamos.

Por aquel entonces yo tenía dieciséis años, serrín en la sesera y la creencia de que los desconocidos no tienen por qué ser mala gente. Años después espabilé y entendí que empuñar una pistola era mucho mejor que un cuchillo. Armas de fuego, sí, las he utilizado mucho en toda mi vida; me han salvado muchas veces, he matado a muchos hombres, y a mí me mataron con una de ellas. Pero todos aquellos a los que yo quité la vida, absolutamente todos, se lo merecían. Por justicia humana o divina, o incluso por venganza personal, pero tened claro que se lo habían ganado a pulso.

Cuando aquel día me abalancé sobre Pedro, este empuñaba una pistola cargada. Una gran ventaja contra un chaval armado con un cuchillo, ¿verdad?

Pues no, os aseguro que no. Apretar un gatillo para abatir a un hombre no es una decisión sencilla, y acertar a un blanco en constante movimiento es aún más difícil. Al tirador le corre un temblor desde las entrañas hasta las puntas de los dedos, por muy templado que sea. Se siente miedo a matar, pero más a morir, porque si fallas..., si fallas ya no te da tiempo a recargar el arma, amigos. Esas viejas pistolas del siglo XVIII no se parecen a las armas automáticas de ahora, esas que escupen balas una detrás de otra hasta la saciedad. No, las viejas, cuando fallabas, se convertían en cachiporras, y una cachiporra no te defiende de un cuchillo de treinta centímetros de hoja si el que lo empuña la maneja con destreza. Y yo lo manejaba, sí, con tan solo dieciséis años lo manejaba de lujo.

Mientras me acercaba a Pedro Cifuentes, yo saltaba de un lado para otro y me agachaba. Y su mano temblaba. Era un viejo chiflado que había enloquecido extrayendo oro en los arroyos de esas montañas. Pero tenía miedo. Lo único que no le temblaba era la voz cuando me decía que me estuviera quieto, que no iba a dispararme.

Sí, yo tenía dieciséis años, pero él no veía a un chavalín inofensivo, sino a un hombre con una firme determinación, la de vengar a su amigo.

Y disparó. La bala me pasó a pocos centímetros de la cabeza y se perdió en el bosque. A partir de ese momento, los temblores del viejo arreciaron. El cuchillo que yo blandía era el que solía utilizar para destripar los animales que cazaba. Y ahí enfrente tenía trabajo. En circunstancias así, a todo el mundo le pasa algo. A mí, personalmente, me hirvió la sangre, pero no la del cerebro. Esa la necesitaba bien fría para lo que iba a hacer. A él se le desencajó la mandíbula y supongo que se debió de hacer sus cosas encima...

Cuando llegué hasta él... Oh, cielos... Sentí como toda mi rabia estallaba dentro de mí.

Una cuchillada, dos, tres cuchilladas, cuatro, cinco...

¡Zas, zas, zas, zas y zas!

Aquello fue... ¿Cómo decirlo? ¿Increíble? No... Decimos que algo es increíble cuando podríamos llegar a imaginarlo. Es como si una parte de nosotros diera por hecho que eso podría ser real. No, increíble se queda corto. Yo diría imposible. Sí, imposible. Nunca te creerías ser capaz de hacer algo como eso, aunque ya hubieras matado antes de una forma similar. Simplemente, no terminas de creerte que puedas hacerlo.

Pues yo lo hice.

Cuando le vi tumbado boca arriba con una expresión de vacío y los brazos estirados sobre el suelo, pensé en la muerte. Siempre me la imagino así, con el cadáver de Cifuentes, mirando hacia el cielo y con los brazos en cruz. Vacío, como si no tuviera nada que ofrecerle al Creador: «Esto es lo que soy, Señor».

He meditado mucho sobre mi reacción de aquel día. Ciertamente es que intentaba salvar mi propio pellejo, pero también lo era que podría haber huido hacia el interior del bosque. Aquel chiflado jamás me habría encontrado. Pero me quedé allí para matar a ese canalla.

Y ahí murió, el 20 de mayo de 1778 en las Montañas Rocosas. A cuchilladas..., a “sangre fría”. Pero no me arrepiento, por supuesto que no. De eso nada, estoy seguro de que, incluso a día de hoy, estoy orgulloso de haber limpiado este mundo de aquel pedazo de escoria.

Y ahora, cuando me preguntan por qué disparé contra Scyros, cuando me preguntan por qué he dado el jaque mate a la misma Alianza a la que sirvo... ¿cuál podría ser mi respuesta?, ¿cuál?... ¿Podría echarme a reír, decirle al mundo que lo maté por orgullo? Tal vez debería permitir que la gente crea eso. Sí, supongo que todos podrían pensar que lo hice por orgullo. Pero, si algún día termino tumbado como Cifuentes ante Dios con los brazos en cruz, vacíos..., me gustaría que todos supiesen la verdad, tal vez porque mis motivos bien pueden poner algo en esos brazos vacíos.

Lo maté por un motivo muy simple, por el que he matado tantas otras veces, el mismo por el que fui levantado de la tumba tras mi muerte y por el que cumplo mi condena bajo el yugo del Lobo. Lo hice porque era justo. Lo hice porque creo en la justicia... Podéis llamarme idiota o crédulo. Yo he visto mi cuerpo cubierto por dos metros de tierra, así que cuidado con creer que soy un crédulo.

No os dejéis engañar. ¿Acaso creéis que todo esto no estaba previsto? ¿Creéis que el Fénix habría dejado algo al azar? A ver si al final los «crédulos» vais a ser vosotros...

El triunfo del Fénix no tiene nada que ver con mi mano. La justicia es algo curioso (citando a Alexias os diré): su línea es fina, pero su sombra es tan grande como las puertas del infierno. Cuando quieres darte cuenta, ¡zas!, ya estás atrapado dentro.

Maté a Scyros porque la única alternativa posible era injusta, y no se le puede pedir algo injusto a alguien que vivió para hacer justicia y que murió por ella.

El Fénix venció hacía mucho tiempo. Venció el día en que yo nací, venció el día en que maté al canalla de Pedro Cifuentes. Venció el día en que salí de mi tumba jurando que haría justicia. Y, por último, venció el día en que disparé a Scyros.

Así que no me juzguéis. Dejaos de tonterías. Todos, absolutamente todos, somos peones en este juego, desde que nacemos hasta que morimos. Nos dan un mundo de color para vivir, y nosotros vamos pintando instantes en la vida. Pero ellos son quienes nos venden la pintura, son los que deciden qué debemos pintar. Nos ilustran con cariño o nos obligan a latigazos, según vamos necesitando. Son como los maestros de escuela. Igual te enseñan a pintar que a matar... a sangre fría.

Jeremiah Porter, Star

CAPÍTULO XXXVI

Fin... de la partida

Y así es como coloqué a un mestizo en el trono de Ketxal, una lección de humildad para toda su tribu. Hoy en día, seis años después de la batalla de Tollan, Sheteck ha reconstruido la hermosa Ciudad de Oro. Dhijelva es ahora el sumo sacerdote, y la estirpe de Eharek es la línea de sangre más influyente de la tribu.

La mayoría regresó a Tollan sin dudarle un segundo. La costumbre, tal vez... La necesidad. La mayoría de las mujeres toltecas no había trabajado en su vida, y la oferta del nuevo Ketxal resultaba tentadora: nuevas normas, libertad, sustento... Las minas están ahora gestionadas por profesionales y todo el pueblo comparte los beneficios. Las mujeres pueden casarse libremente, y corre el rumor de que algunos jóvenes cursarán en Oxford el próximo trimestre. Un final que podríamos definir como «feliz».

Sheteck cumple ahora su promesa, pues hay muchas formas de «salvar a un pueblo». Y a su vez también cumple su condena libre de las cadenas de los eones. No obstante, hemos prohibido el uso del timer para forjar armas, y solo le dejo ganarme al ajedrez dos de cada diez veces (no me lo tengas en cuenta; Dhijelva también te deja ganar). El año pasado vino de invitado a la Carneia (ahora las organizo yo) y tuvo un pequeño altercado con Talos. Por desgracia, hay cosas que no se pueden perdonar el uno al otro. Pero tiempo al tiempo.

Los hijos de Licos ahora viven en una casa preciosa en las montañas, en la antigua frontera entre Austria y Alemania, a poco más de diez kilómetros de donde estaba el pueblo natal de Luna. Hay rumores de que se ha echado novio o novia (no lo tenemos muy claro) y está entrenando a dos nuevos peones. Una vez al año, el 15 de agosto (no sabemos por qué eligió esa fecha) visita la tumba del Romano en Palermo, le lleva dos docenas de hortensias y canta en su honor durante toda la noche. ¡Qué decir! Ahora se reúnen allí más condenados que en la Carneia, y ya empiezan a llamarla «La noche de las hortensias».

Star se está sacando la carrera de ingeniería aeronáutica, dice que «para matar el gusanillo». Si alguna vez se sintió culpable por el disparo en Tollan,

debió de ser en presencia de Tanis dos días después. Ella le apuntó durante al menos quince minutos con esa pistola suya. Star no dijo una palabra, solo se fumó un paquete entero de cigarrillos esperando su decisión. Cuando ella se fue, decidió escribir la carta que habéis leído hace un momento.

Talos se presenta de vez en cuando en nuestra nueva casa en Osaka, persigue un par de horas a mi gato por el jardín y luego se duermen el uno junto al otro al borde del estanque. A saber qué le cuenta en sueños... (Por cierto, mi gato se llama Sheteck. Fue la única forma de que «el verdadero» empezase a usar el nombre de Ketxal. A grandes males, grandes remedios. Es un gato negro común, que parece una pantera en miniatura. A «Ketxal» le encanta, se tira horas acariciándole cuando viene a visitarnos y nos cuesta mucho saber cuál de los dos ronronea más fuerte).

Pablo, el chaval al que Dhijelva salvó en el hospital de San Antonio, ya tiene claro que quiere ser prestidigitador. Se hace llamar «el Cuervo» y ya es capaz de hacer desaparecer las notas del instituto.

Jean, el niño que sufrió el atentado en Montecarlo, también está rehaciendo su vida. Ahora vive con su padre en París. Luna se las apañó para que el padre aceptase una pensión vitalicia con más cifras que mi número de teléfono. Les he mandado una máquina de bolas para que el niño la investigue a voluntad.

Silví y Sílex están juntos (ya es oficial desde hace un par de años) y andan de gira con la Harley por el norte de Europa. Dicen «las malas lenguas» que de vez en cuando les surge algún conflicto de intereses. Pero por lo demás parece que la relación funciona. Al parecer, Luí despertó del coma y recuperó la memoria en un par de meses. Dicen que andaba buscando a Silví para devolverle el favor, pero se encontró con Sílex, y el Astur le invitó a cenar sus propios dientes. Sílex se ha dejado crecer el pelo y la perilla un centímetro más cada año.

Respecto a Santi (el científico), terminó su proyecto. Ahora está propuesto para un premio Nobel, y su turbina oceánica se ha llevado dos premios de Greenpeace. El ejército intentó alterar el proyecto para construir un nuevo submarino; dejémoslo en que hubo un terrible incendio en el hangar de construcción... Que Tarik estuviese por allí fue pura coincidencia.

Lee ingresó en un templo Saholin, al parecer siguiendo la pista de un nuevo peón de Shen, que debe de estar a punto de unirse al juego. Dicen que se tira las noches jugando a la consola on-line con Snake y con Kini (el peón de Alariel).

No le vemos el pelo desde el entierro de Ryu. Fue un acto muy emotivo en lo alto de una de las montañas que rodean Hong Kong. Han dejado una llama eterna allí en honor a su memoria. (Como no consiguieron los permisos para enterrarle fuera de un cementerio, ahora han inaugurado uno nuevo allí).

Tanis tardó más de dos meses en dejar de llorar a Scyros, durante los cuales Tarik no sonreía ni a tiros. Una tarde tropezaron «por causalidad» y desde entonces no se separan ni a sol ni a sombra. A la mujer de madera ya la llaman «la mujer de carbón» (supongo que porque estar con Tarik puede quemar a cualquiera...).

Baal anda algo inestable. En ocasiones levanta un par de centenares de condenados y se los manda a Tarik. Pero lo único que consigue es mejorar su estilo con la catana (ya le va cogiendo el truco a Hiken). La última vez tuvimos que quemar un hotel entero en Dubái porque nos salía más rentable que limpiarlo.

Muchos eones están regresando al juego, incluida Hell. Ya sabemos de la existencia de dos peones suyos en Hawái y de otro más en Sierra Leona. Dejo que la mayoría de ellos entren en el juego, pero en ocasiones me veo obligado a enviarles a Joyko y a Tarik para suavizarles un poco.

Nuestra relación familiar prospera. Tarik vive con Tanis en Moscú. No sabemos cómo lo hizo, pero recuperó su local y se está pensando si vuelve a abrirlo al público (dada la manía de Baal de enviarle mensajeros, no lo vemos muy viable de momento).

Joyko y yo vivimos juntos. Intento ser lo más humano posible. Sus besos son un bálsamo capaz de curar cada herida del pasado, y su simple compañía me estimula para seguir haciendo el papel de «novio perfecto». Ella, por su parte, cuando me ve mirar al mundo con los ojos del Fénix se retira silenciosamente a sus dominios (el cuarto de baño), se mete en la bañera, la llena de espuma y se asegura de que me llegue el sonido que hace al descorchar una botella de champán. Si buscabais alguna forma de llamar la atención de un dios del fuego, probad con esto... Conmigo no falla. Como diría el Romano: «Vivir para ver».

Después de la batalla de Tollan, decidí contarle al mundo todo esto por tres motivos principales. El primero es la necesidad de que el ser humano entienda al fin cuál es el lugar de mis hermanos en el mundo, cuál es su razón para existir. Lo hacemos para enseñar lo que necesitáis aprender, y lo hacemos según las propias necesidades de cada uno. Si se precisa voluntad, cariño y fe,

los Tronos son los que se ocupan de ello. Pero si el alumno precisa mano dura y disciplina, si precisa justicia... entonces las Potestades ponemos nuestro granito de arena, o en mi caso... de ceniza.

El segundo motivo es haceros entender que en esta vida cada decisión que tomamos cuenta, que cada palabra que decís, cada sonrisa que dais, cada grito, cada paso tienen un precio que siempre terminaréis por pagar de una forma u otra. Formáis parte de este juego y sois peones en él desde el día en que nacéis hasta el día en que la muerte os devuelve al universo.

Y, en tercer lugar, he escrito estos tres libros para haceros una pregunta. Es sencilla, pero esconde una respuesta que bien podéis considerar una clara amenaza. Y no le deis más vueltas, porque lo es. Tú, que sostienes este libro en la palma de tu mano, que crees que todo esto es un cuento de hadas. Tú, que crees que la vida que llevas se escapa a tu control, que no te crees responsable de las consecuencias de tus actos... Dime, humano...

¿Has sido justo?... ¿Sí... o no?

AGRADECIMIENTOS

Bueno, llegados a este punto, creo que soy el primer escritor que se ha conseguido «calzar» una trilogía entera con un iPad. (Señores de Apple, esto se merece dos cosas: un par de collejas para mí, por tonto..., y un iPhone de última generación para mi correctora).

Llegó la hora de agradecer la infinita paciencia demostrada por todos los implicados en el proceso de edición de Las crónicas del bien y del mal.

Gracias a todos mis amigos por apoyarme y darme ideas (aunque no haya plasmado ninguna. Los escritores somos así).

Gracias a mi familia por demostrarme día a día que ser perseverante termina por agotarle la paciencia a cualquiera.

Gracias a free-ebooks.net por la fantástica promoción de Jugando con fuego. Nunca podré agradecer lo suficiente la ayuda de Nick, de Jafet y, sobre todo, de Jacobo Shiffter, tres personas que tienen mucho que hacer por el mundo editorial y que tuve la gran suerte de encontrar en mi camino.

Gracias a mi mujer, Cristina López, por aguantar mis berrinches (absolutamente justificados) y sacrificar su tiempo a Las crónicas (incluso aún se disfraza de Hell en carnaval).

Gracias a Teresa Aguilar, de TAS Traducciones, mi correctora, que me ha enseñado a escribir ninjatō con ese macrón tan gracioso encima de la «o».

Gracias, en definitiva, a todos los que están y siempre estarán a mi alrededor. «Por ser el marco de mi cuadro».

Y por último, gracias a ti por leerte incluso esto. Gracias por empujarme a seguir adelante. Tras cada una de las líneas que has leído he pensado en ti, en cómo hacerte entender el único mensaje de toda esta locura: «El bien y el mal son dos palabras que solo tienen sentido dentro de ti».

Gracias... una vez más, de corazón a corazón, pues sin vosotros no solo no habría escrito Las crónicas... Tampoco habría merecido la pena hacerlo...

Con todo mi cariño.

J. Mariño

Otros títulos de la Colección OTROS MUNDOS

Trilogía LAS CRÓNICAS DEL BIEN Y DEL MAL

Libro I



Libro II

